232.91 Sola APOLOGÍA del CULTO

DE LA

Santisima Virgen Maria

Edición dedicada á la mujer cristiana

y publicada bajo los auspicios del Consejo Superior de las Hijas de María del Uruguay

POR EL EXCMO. SEÑOR ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

Doctor Don MARIANO SOLER

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ
CALLE BUENOS AIRES, 155 ESQUINA MISIONES

1904

12958

PROEMIO

Publicamos la presente Apología del culto de la Santísima Virgen con la propicia ocasión del jubileo ó quincuagésimo aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, como homenage á tan purísimo misterio y tributo de amor y veneración á la que es bendita entre todas las mugeres, saludada llena de gracia por el mensagero divino, y á la que amó y veneró como Madre nuestro propio Redentor, mereciendo así culto supremo, después de Dios, por su dignidad incomparable de Madre de Dios.

Dedicamos esta obra á la muger cristiana por ser María el tipo-ideal más sublime de la muger, así como su gloria y modelo; y como á ella especialmente rinden culto filial las Hijas de María, ha querido el Consejo Superior de las Hijas de María del Uruguay patrocinar esta publicación en homenage á la que es gloria

y honor de sus Hijas.

Ademas, esta Apología es una protesta contra la heregía que tacha de supersticioso é idolátrico tan santo y sublime culto; pues la Iglesia católica nos enseña que, si tributamos á María el culto de amor y veneración debido á la criatura más digna y más perfecta salida de las manos de Dios, no se le debe tributar el culto de adoración, debido á solo Dios.

Contendrá, pues, este libro una exposición teológico-histórica del culto que debe rendirse á María, Madre de Dios, y la exposición filósofico-social de ese cen todos los grandes Doctores: « De María nunquam satis: nunca podrá afirmarse demasiado, ni bastante de María». Y de ello podemos indicar una razón accesible al corazón y á la inteligencia de todos. Si el Hijo de María, Jesucristo, es verdadero Dios ¿qué no debió hacer para acumular en la felicísima criatura destinada á ser su Madre, todas las grandezas comunicables é imaginables según su omnipotencia y sabiduria de Hijo de Dios, y en su cariño de Hijo de María?

Por eso la humilde María declaró en su cántico sublime del Magnificat: «Realizó en mí grandes cosas, me hixo grande, el que es Omnipotente: fecit mihi magna qui potens est: » Y ¿acaso no estaba en el honor de ese Hijo omnipotente hacer de su Madre un ideal de la grandeza creada? Pues ¿qué hijo bien nacido, entre los hijos de los hombres, no honraría á su madre cuanto estuviera de su parte? No exagera, pues, la Iglesia al decir que no sabe con qué alabanzas honrar la grandeza de María, Madre de Dios.

Y en verdad, que toda grandeza y perfección es debida á su maternidad divina, fundándonos en aquel lema incontrovertible: potuit, decuit, ergo fecit; Jesucristo pudo hacerlo como Dios, y convenía como Hijo, que confiriese á su Madre toda grandeza comunicable; luego así lo hizo, esto es, le comunicó todas las grandezas y prerrogativas posibles; así lo exigía el decoro de su divino Hijo. De aquí resulta que María es el bello ideal de la creación, pues jamás podrá idearse virtud ó perfección que no tenga: el Evangelio así lo demuestra declarándola llena de gracia.

Pero no podríamos resumir mejor la belleza ideal del tipo de María, que con estas hermosas palabras del marqués de Valdegamas en su discurso sobre la Biblia: «Para conocer á la mujer por excelencia, arquetipo soberano, para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios, para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima, para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner

la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesía hebraica, que han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca, ni Débora, ni la Esposa del cantar de los cantares, llena de fragancias, como una taza de perfumes. Es necesario ir más allá y subir más alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa; para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la muger, es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María.

María es una criatura aparte, más bella por sí sóla que toda la creación; el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras; la tierra no es digna de servirle de peana, ni de alfombra los paños de brocado; su blancura excede á la nieve que se cuaja en las montañas; su rosicler al rosicler de los cielos; su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, venerada de los hombres, servida por los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es el señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la muger se le adelanta y le deslumbra y le vence, porque María tiene nombre más dulce y atributos más altos; el Padre la llama hija y la envía embajadores; el Espíritu Santo la llama esposa, y le hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre y hace su morada de su sacratísimo seno; los serafines componen su corte; los cielos la llaman Reina y los hombres la llaman Señora; nació sin mancha, salvó al mundo, vivió sin pecado, murió sin dolor.

He ahí la muger; porque Dios en María las ha santificado á todas; á las vírgenes, porque ella fué virgen; á las esposas, porque ella fué esposa; á las viudas, porque ella fué viuda; á las hijas, porque ella fué hija; á las madres, porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: él ha hecho paces entre el cielo y la tierra; ha destruído la esclavitud; ha proclamado la libertad hu-

mana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la más portentosa de todas sus maravillas, la que más hondamente ha influído en la constitución de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificación de la muger, proclamada desde las alturas evangélicas.

Y cuenta que desde que Jesús habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto, porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena bajo su amparo; y cuando hubo llegado el día tremendo en que se nubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de la cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así á entender, que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento».

He aquí con qué rasgos de elocuencia sublime expone Donoso Cortes la excelsa grandeza de María y la regeneración de la muger por el cristianismo en María. ¿Y se extrañará después, que amemos y veneremos con indecible ardor á tan simpar criatura, deidad sublime en el cielo y en la tierra?

* *

Por tanto, no exageramos nuestro culto á María, al rendirle homenajes como á Madre del Redentor, ni al proponer su imitación como tipo ideal, por ser la criatura que más se acerca á Jesucristo.

Para ello le erigimos altares, templos y santuarios, no como á una divinidad, sino como á la criatura sublime que más se le acerca, y que después de Dios, merece un culto de amor y veneración sin igual. Ni ¿cómo extrañar que esté como cubierta la tierra de monumentos sagrados, erigidos por la piedad filial de los cristianos á la gran Madre de Dios bajo múltiples y simpáticos títulos?

Pero, asómbrese el lector, el culto de María ha arrancado confesiones tan elocuentes como las de los santos Padres á la misma heregía. Lutero puede enseñarnos en este punto, al tratarse del culto debido á María, como Madre de Dios: «Ser Madre de Dios, dice, es tan elevada, tan inmensa prerrogativa, que no la alcanza á comprender la inteligencia humana. Ningún honor, ninguna felicidad podría compararse á la de ser, en la universalidad del género humano, la única persona superior á todas, sin igual en la prerrogativa de tener con el Padre celestial un Hijo común. ¡Ser Madre de Dios!... en esta única palabra pues, se contiene toda la excelencia de María, y nadie podría cantarla mayores alabanzas, aunque tantas lenguas tuviese como yerbas y flores hay sobre la tierra, estrellas en el cielo y granos de arena en el mar». (1)

Diciéndonos, pues, el Evangelio que María es Madre de Jesús, encierra en esta palabra, si bien lo meditamos, cuantas magnificencias pueden entonarse en honor de María, colocándola á una altura á donde no llegan todos los homenages del universo. Si la desconocemos, no es á María, es fundamentalmente á Jesús, es á Dios, á quien dirigimos nuestra ofensa; puesto que de Jesús, de Dios mismo, nace la grandeza de María.

Se sabe que los romanos, admirados de las virtudes de Cornelia, madre de los Gracos, le dedicaron en vida una estatua con esta única inscripción: Mater Gracchorum — Madre de los Gracos.

Así también «La Madre de Washington», es el epitafio de la muger que tuvo el honor de ser madre de ese gran hombre. Pero ¿con quién podrá compararse la Madre de Jesucristo?

De igual suerte leemos en la historia del cristianismo primitivo, que los griegos, tan amantes del culto de la santísima Virgen, jamás ponían corona alguna

^{1—}Martini Lutheri super Magnificat. Tom. V. de sus obras, pág. 85. Witeberg. Es de 1521, un año después de su protesta que fué el 15 de Diciembre de 1520.

de oro ó pedrería en sus imágenes; solo escribían en su frente con letras de oro, esta palabra: *Madre de Dios*. Así, pues, todas las glorias, todas las grandezas y honores que reverenciamos en María, y aún las que sobre éstas pudiéramos imaginar, se hallan compendiadas en la palabra *Madre de Jesús*, *Madre de Dios*, que leemos en todo el discurso del Evangelio.

Más aún; la misma María, divinamente inspirada en su cántico del Magnificat anunció su culto, cual se lo tributa la Iglesia, al profetizar: « En adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada.» Y lo admirable es que el mismo Lutero, que entrega al desprecio, al odio y destrucción el culto de los santos y el culto externo del mismo Dios, sin embargo su mano escribe este asombroso comentario de la mencionada profecía de la Virgen, que tal vez constituye su más prodigioso cumplimiento: (en el lugar citado).

« La Virgen María dijo que su culto duraría de generación en generación, de tal suerte que todos los siglos resonarían con sus alabanzas. Así lo expresa al decir: Hé aquí que en adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada; es decir: desde este momento principia lá serie de alabanzas que ha de dilatarse á todas las generaciones y á la posteridad.

« Respecto á las palabras: me llamarán bienaventurada, bueno es advertir que en el texto griego tienen un sentido más amplio que llamarla bienaventurada, pues significan hacerla bienaventurada ó beatificarla; de suerte que no solamente ha de tributarse culto á María con palabras, ó genuflexiones, inclinaciones de cabeza, erección de estatuas é imágenes y construcciones de templos, cosas todas que los mismos impíos hacen; sino con todas las fuerzas de nuestro ser, con verdad, y desde lo más profundo del alma. Principia este culto en el instante que, considerando su pequeñez y el favor de la divina gracia, experimenta el éxtasis de júbilo. Ante Dios y desde el fondo del cora-

zón, con el pensamiento y la palabra, digámosle, pues. ; Oh bienaventurada Virgen! Beatificarla es, en verdad, honrarla y venerarla de una manera propia y conveniente ».

Dejamos á los protestantes y á los censores del culto de María el cuidado de meditar este oráculo, que la sola fuerza de la verdad católica pone en boca de su mas violento agresor. Parécenos ver en el celo de Lutero, que halla insuficiente el culto externo consagrado á la Virgen por la devoción católica: las genuflexiones, el culto de las estátuas é imágenes, la consagración de templos en honor de María, que ni aún los impíos, dice, la pueden rehusar; y que procura animar dicho culto con el más vivo y profundo sentimiento de veneración, de honor y de alabanza; parécenos, repito, ver en el vehemente celo de Lutero, el prodigio de aquel adivino de los Ammonitas, Balaam, obligado por el espíritu de Dios á bendecir á Israel, cuando su intención era maldecirlo; « porque, dice, yo no puedo cambiar las palabras del Señor para decir mas ó menos de lo que me ha dicho. » (Num. 25.73.)

Así la palabra que el Señor ha hecho oir por boca de María: «Todas las generaciones me apellidarán bienaventurada», no puede cambiarse; y es preciso creer que el mismo Espíritu divino, que ha inspirado esta profecía, inspira también su cumplimiento, y reanima de generación en generación, la devoción universal de los pueblos hácia María. ¡Qué prueba tan insigne de la verdad de nuestra fé y del culto que rendimos á la Madre de Dios! Pero al mismo tiempo advirtamos que para reprochar al protestantismo su indiferencia y negación de culto á María bastaría re-

cordarle las palabras de su fundador.

El culto de María

El dogma de la maternidad divina de María es el grande y principal fundamento del culto que la rendimos, y lo vindica de la acusación de supersticioso: no hay honores superiores á esa dignidad, mas que los rendidos al mismo Dios. Y tanto se ha ejercitado en ese culto el espíritu humano, que se conoce un catálogo, aunque incompleto, de libros inspirados en su devoción, en el que se da noticia nada menos que de cuarenta mil volúmenes, en folio y en cuarto la mayor parte. Y entre esos monumentos erigidos en honra y gloria de la humilde y excelsa María, los que más la exaltan, los que más ardiente devoción reflejan, están firmados por los nombres más grandes y más puros que resplandecen en los anales del mundo: San Agustín, San Anselmo, San Bernardo, Alberto Magno, el gran Gerson, San Alfonso María de Ligorio y el águila de Meaux, Bossuet, por mentar únicamente los más devotos é ilustres, y para que se vea que la devoción á María no es ni una superstición, ni algo propio solamente de espíritus apocados y sin ilustración, como dicen sus infelices adversarios; porque es verdadera infelicidad no amar y venerar á la criatura más amable y veneranda, cual lo es la gran Madre del Redentor del mundo.

Y nótese desde luego el admirable carácter del cristianismo, cuyas más elevadas doctrinas se manifiestan por medio de dogmas y hechos positivos, concretos, sin que por eso sean capaces de agotar sus abstracciones los más rigurosos entendimientos. Es el Crucifijo, es la Virgen-Madre, lo más accesible, lo que habla más de cerca á los pequeños y á los que sufren; pero este Crucifijo derrama la luz á oleadas sobre las páginas que han venido á constituir la Suma de Santo Tomás; y esta humilde Virgen, transfigurada á los

ojos del águila de Patmos, reconcentra en sí todos los resplandores de la creación: las estrellas ciñen su frente, el sol la viste con sus radiantes fulgores, y el genio humano brilla á sus piés como la hermosa media luna.

Y debe advertirse que el culto de María no es una superfectación, ni algo que sea extraño al cristianismo, como pretende la heregía protestante, ya que se funda según dijimos, en el misterio de la Encarnación del Verbo, supuesto que únicamente porque es Madre de Dios, tributamos á María ese culto, que bajo este aspecto es esencial al cristianismo y una de sus más grandes bellezas; ¿quién podrá negar que el misterio de la Encarnación del Verbo es el fundamental del cristianismo, y que al mismo tiempo, no se concibe sin María?

Todas las grandezas y prerogativas de María se encuentran, pues, compendiadas y expresadas en este pasaje bíblico: « María, de quien nació Jesús, llamado Cristo.» (Mat. I. 16.) Si nada más dijera de María el Evangelio, este solo pasaje formaría como la compendiosa apología de su incomparable dignidad y grandeza, y de su culto, como lo reconoce el mismo Lutero.

Y en verdad, la expresión Madre de Dios resume por si sola todo el cristianismo.

Honrar á María, confesar á María, vale tanto como profesar el dogma esencial del cristianismo; ya que equivale á confesar que Jesucristo es Hombre, supuesto que es hijo de la mujer; y que es Dios, dado que esta mujer es Madre de Dios encarnado; equivale en suma, á confesar que es Hombre-Dios; puesto que por un solo nacimiento se unieron para formar á Jesucristo la naturaleza humana y la divina. Ni debe parecer excesivo é hiperbólico el título de Madre de Dios, porque, antes bien, es rigurosamente propio, una vez reconocida la divinidad de Jesucristo.

Así como la madre del hombre que es Rey, tiene la

dignidad de Madre del Rey, del mismo modo la Madre del hombre que es Dios, Jesucristo, es Madre de Dios. Si Jesucristo es Dios hecho hombre, Dios encarnado, lo escandaloso es mirar con desden la dignidad de Madre de Dios; y si esta misma dignidad se considera escandalosa, entonces es porque no se reconoce á Jesucristo como Dios. He aquí la razón teológica del culto que rendimos á María.

* *

Pero la grandeza de María tiene otro título más á nuestro culto, ó más bien dicho, su culto tiene otra razón altísima, cual es que María es la primera persona en quien el misterio de la Santísima Trinidad, fundamental en el cristianismo, se manifestó claramente en el mundo; como quiera que su inmaculado seno es el primer Santuario de su operación divina en los misterios de la redención del mundo.

Encontrábase María en su pequeña mansión de Nazaret, cuando habiéndosele aparecido el Angel del Señor, la saludó llena de gracia y bendita entre las mugeres, anunciándole que el Espíritu Santo sobrevendría en Ella, que la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, y que el fruto que de ella nacería, sería el Hijo de Dios. Y habiendo respondido María: «Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí su voluntad, según tu palabra,» sobre ella descendió la Trinidad misma y la penetró de su magestad tres veces santa. Así María, no solo fué la primera confidente y cooperadora de la Trinidad, sino que desde entonces quedó convertida en su más clara manifestación, por sus sublimes relaciones con las tres divinas personas. Esposa del Padre-Madre del Hijo-Santuario del Espíritu Santo-Hija de la Santísima Trinidad. Así concentra María y refleja el misterio de la Trinidad en este triple y único estado de su persona.

Y es de advertir que, si por lo común solo se la considera como Madre del Hijo de Dios; no llegó á serlo por casualidad ó de un modo ordinario; pues esta dignidad, tan prodigiosa, va en ella unida á la de Esposa del Padre Eterno, de Santuario del Espiritu Santa en de Hijo del Alló.

ritu Santo y de Hija del Altísimo.

Nosotros sucumbimos bajo la idea de tantas grandezas y renunciamos á desarrollarlas, contentándonos con indicarlas; más no por eso dejan de elevar á María á la mayor dignidad después de la de Dios; y esto basta para legitimar el culto de hiperdulia que le rendimos, superior al de todos los demás santos y solo inferior al de la divinidad. Es, por tanto, falsa la calumnia de idolatría, con que el protestantismo disimula su ingratitud para con la Madre de Dios; puesto que la Iglesia no hace de María un Dios, sino la criatura más sublime que de las manos de Dios saliera.

Muy bien sabe y enseña la Iglesia que nadie, fuera de Dios, merece el culto supremo de *latria*; pero sabe también que la Madre de Dios, sólo á este es inferior, aunque su culto sea superior al tributado á los san-

tos, que llamamos culto de dulia.

« Nada se ha omitido, dice el anglicano Perceval Hard, para inspirar al pueblo protestante el menosprecio á la Santísima Virgen; sin embargo, es moralmente imposible adorar al Hijo cuando no se venera á la Madre. ... Este menosprecio es un obstáculo insuperable para toda verdadera adoración de Jesucristo: pues ¿cómo puede abrigar el mismo corazón sentimientos de adoración á Jesucristo y sentimientos irrespetuosos para con María? » Hé aquí el buen sentido de un protestante, que reprocha al protestantismo su insensato desprecio é indiferencia para con la Madre de Dios.

Pero ya que la heregía no titubea en reprochamos el filial y tierno culto de María, nosotros reprochamos á los sectarios que ellos lastiman el sentimiento cristiano, pues no tienen ni una palabra de respeto para esa Señora á quien saludó el ángel y á la que su Hijo manifestó su amor, hasta adelantar su hora para complacerla con el milagro de Caná; que no tengan honores para Aquella á quien honró el cielo con el dictado de llena de gracia, y sobre la que tuvo puesta su mirada el Padre desde la eternidad, porque desde la eternidad había decretado la Encarnación de su Hijo; y no titubean en dar un mentís á las palabras del Espíritu Santo, que por medio de la Virgen hizo oir esta hermosa profecía: « Me hizo grandes cosas el que es omnipotente. Por lo mismo, desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. » (Luc. I. 48).

Y así lo han hecho todas las generaciones, pues ya las catacumbas presentan desde el principio imágenes de la Santísima Virgen, teniendo en sus brazos al niño Jesús, la causa de su grandeza y de su culto.

* *

Y ¡con qué universalidad se cumple la profecía de la Virgen! todas las generaciones la bendicen; todas las mañanas se despierta su alabanza en millones de corazones y en millares de lenguas que la llaman bienaventurada en toda la superficie de la tierra. Tal era María en medio de la Iglesia naciente en Jerusalén, tal es todavía y tal permanecerá en todos los tiempos. Y, ¡qué admirable cumplimiento de esta profecía! Después de millones de días, tres veces al día, millones de corazones, á la señal de la campana, pronuncian á la vez en toda la tierra: ¡Ave María.' como eco eterno de la salutación del Angel.

Y es natural; un sentimiento profundo nos dice que el que desea honrar al Hijo no debe faltar al respeto á la Madre. El protestantismo desconoce esta voz de la naturaleza, al aparentar temer que el respeto mostrado á la Madre disminuya el honor debido á Jesucristo, único Mediador y Salvador. «Existe entre nosotros, confiesa el protestante Dieblein, cierto sentimiento de alejamiento y de desconfianza respecto á la Madre de Dios, y hasta nos abstenemos de dirigirla la salutación que Dios se dignó enviarle por el ángel, para poner término á la antigua maldición que nos separaba del Señor y de su amor. Si un hijo de los hombres, cualquiera que sea, marcha á la patria celestial, no vacilamos en decirle «Are pia anima»; y este sencillo homenaje se lo rehusamos á la Madre de Dios; porque esto, ¡sería ejecutar un acto de catelicismo!»

Este desdén, además de insensato, es contrario á la más remota tradición cristiana, comenzada en las catacumbas y esparcida en todos los pueblos cristianos.

Para dar de ello una idea, queremos terminar este punto con las magníficas, aunque insuficientes palabras de San Epifanio, con que la remota antigüedad cristiana celebraba la maternidad divina:

«¿Qué diré y qué palabras pronunciaré? ¿cómo haré para alabar á esta reina bienaventurada de la gloria? Ella es superior á todas las cosas, fuera de Dios sólo; es mas santa que los querubines, más elevada que los serafines, é incomparablemente mas encumbrada en gloria que toda la corte celestial. Para loarla dignamente, no hay alabanza que baste, ni aún la de los ángeles, pues esta santísima Virgen, que es superior á ellos, concibió en la tierra al Dios que habita en los cielos...

¡Oh! bienaventurada Virgen! paloma purísima, esposa celestial, Madre, cielo, templo y trono de la divinidad, que tienes en ti á Cristo, sol resplandeciente en el cielo y en la tierra; nube luminosa, que condujiste á Cristo del cielo para que, fulgurante rayo, iluminase la tierra. Nube celestial, que atrajiste al mundo el Espíritu Santo, para que derramase á torrentes su lluvia sobre la tierra para producir en ella el fruto de la fé. Salve, llena de gracia, puerta de

los cielos, por donde nos vino el Señor Dios, en quien esperan todas las gentes!»

Pero este culto á la Madre de Dios tiene relaciones y aplicaciones muy trascendentales, que por lo menos es necesario indicar someramente.

Maria, Madre de los hombres

Hé aquí una dulce creencia del cristiano: la Madre de Dios es también Madre de los hombres; y así como no se concibe la familia humana sin madre, tampoco sería perfecta sin Madre la familia espiritual de los cristianos. Los hermanos de Cristo deben tener por Madre á la Madre del mismo Jesucristo.

En efecto; el Dios encarnado, que tomó el lenguaje y las costumbres de la humanidad, que tomó esta humanidad misma, es, por otra parte, su autor. El es quien, en el principio, hizo el corazón del hombre con todos sus afectos: el corazón del padre, de la madre, del hijo, del esposo, del amigo; esa es su obra maestra, en la que infundió su soplo, su amor, esencia de todos los amores. Pero si no fué indigno de El el formar ese corazón y animarlo ¿pudiera serlo el apropiárselo para rehacerlo y purificarlo? Cuanto más estrecho, miserable, desgraciado y carnal se había tornado el corazón humano, tanto más digno de la bondad divina era el curarlo, y tanto más necesario que Dios lo tomase, tratando con él de corazón á corazón para realzarlo.

Y en verdad; á fuer de religión verdadera, formada para la santificación del hombre, debía Dios, en el cristianismo, estar en relación con nosotros, mediante todas las afecciones de la naturaleza humana, para ganarnos con ellas elerándolas y sobrenaturalizándolas. No hay ninguna de que él no se revistiese: la de padre, desde lo alto de los cielos; las de hijo, her-

mano y amigo sobre la tierra; la de esposo de nuestras almas, en fin, en la comunión inefable de su cuerpo, en el banquete eucarístico.

¿Hubiera podido omitir, en este orden manifiesto de comunicación, la relación que mayor lugar ocupa en la naturaleza humana, y que ejerce sobre ella la más pura, la más incesante, la más universal influencia, la madre? Esto sería inconcebible en el autor de la naturaleza y del cristianismo: sería un profundo

vacío para el corazón humano.

Cuando el hombre despierta á la vida, el primer objeto que, en su vaga mirada primera, entreven sus ojos, es la sonrisa de la madre. Después de haberlo llevado esta en sus entrañas con amor anticipado, apenas él nace, cuando la madre le hace como un nuevo seno con sus cuidados y caricias, con sus inquietudes, desvelos y sacrificios, con su calor y sustancia maternales. Cien veces le devuelve á la vida; ella se lo disputa á la flaqueza, á los peligros, á las enfermedades y á la muerte. Y cuando termina esta prolongada generación á la existencia, la madre comienza á engendrarle á la verdad, á la virtud, á la familia, á la sociedad, á la religión, que la hacen otras tantas veces madre del único objeto de tanto amor y cuidados. Ella no cesa de asistirle, interviniendo en todos los encuentros á que está expuesto con la autoridad del padre, la parcialidad de los hermanos y las exigencias de los maestros, con los escollos de la inexperiencia y de las pasiones y las pruebas de la vida, aun después de haberse lanzado á sus borrascas, donde ella es su puerto, y donde su recuerdo le sirve de norte, cuando la muerte ha helado su corazón. ¿Hay algo comparable á ese ser querido que se llama madre?

Podemos carecer de esposa, de hija, de hermana, pero ¡de madre! nó. Todo hombre ha tenido una madre, cuyo recuerdo renace en su alma de contínuo, y á la postre, triunfa. Oculto y como atrincherado en el

fondo del corazón, aún del más olvidadizo y pervertido, solo este sagrado recuerdo basta frecuentemente para enternecerle y purificarle, reapareciendo en las desgracias y peligros con el pensamiento de Dios, como el confidente y recurso más instintivo de la naturaleza humana. ¿Y habíamos de carecer de este recurso y de este confidente en el orden espiritual y religioso? ¡Carecer de una Madre en la vida sobrenatural y divina y en el negocio esencial de nuestra salvación! Esto no es concebible, ni digno de la religión del Hijo de María. ¿Cómo hubieran podido ser descuidados en un sistema de religión, como el cristianismo, formado visiblemente sobre la naturaleza y la familia humana, un sentimiento tan profundo, una relación tan íntima, una afección tan santa, esto es, una madre?

La humanidad toda entera en esta religión, en la Iglesia verdadera, forma en Jesucristo una familia de hermanos. Ella tiene un Padre, que está en los cielos; necesita, pues, de una Madre, si el corazón del hombre no fué formado al acaso, y si la religión que á él se dirige, viene de su autor, Dios. Apelamos al testimonio de las tristezas, abatimientos, temores, miserias y peligros de este corazón que, en todos sus afanes busca, para depositarlos y para trasmitirlos á Dios, el corazón de una madre. Y ¿ para los temores y peligros del orden espiritual y de la vida religiosa, habíamos de

carecer del corazón de una Madre?

Más aún; apelamos al testimonio del mismo Dios. La confianza es lo que El más ama, lo que más desea en nosotros; y tan es así que, para excitarla en nosotros, no se desdeñó en compararse con una madre, que acaricia y consuela á sus hijos; « Yo os consolaré con los cariños de una madre.» (Isai. 46. 13.)

Y como queriendo ir más lejos que el corazón de una madre, cual sólo Dios puede hacerlo, nos pone aquella otra incomparable sentencia: «¿Podrá una madre olvidarse de su hijo, de modo que no tenga lástima del fruto de sus entrañas? Pues bien, aunque ella

se olvidare, yo nunca me olvidaré de tí. » (Ibid 49. 15.)

Diríase que está celoso en su amor, de todos los sentimientos de ternura, mediante los cuales nos ha unido unos á otros, y especialmente de su obra maestra, la Madre.

Así que el cristianismo no sería la completa y perfecta religión del hombre sin el culto de esa Madre espiritual, María, Madre de Dios y de los hombres.

Evidentemente, bajo este punto de vista, no era bastante para Dios el hacerse hombre. Por más misericordioso y atrayente que sea nuestro divino Salvador, al cabo es hombre; y este carácter, considerado en sí mismo, no nos inspira desde luego tanta confianza, como el de la muger-madre. El es Dios, sobre todo; es Juez, y, por lo mismo, no puede dejar de inspirarnos temor. Convenía, pues, á su benignidad y á nuestra miseria, que entre El y nosotros colocase á la muger, pero en su carácter más puro é indulgente, en el carácter de Madre; y que le pidiese prestado su ministerio y sentimientos, por manera que la muger, á quien encomedase Dios este sublime oficio, estuviese bastante próxima á su divinidad para inclinar hacia nosotros sus gracias, y bastante distante para poder, sin mengua de su magestad, hasta parecer debil é insinuarnos una confianza sin límites.

Y ¡qué maravillosa economía! Esta mujer, siendo á la vez Madre de Dios y Madre de los hombres, pudiendo y queriendo, con poder y voluntad inmensa, nuestra salvación, por medio de esta doble maternidad divina y humana se halla puesta entre el Redentor y los hombres como un puente de misericordia, por el cual podemos ir á El, siguiendo el mismo camino que El tomó para venir á nosotros: descendió de los cielos encarnando en las entrañas de la Virgen María, como dice el símbolo apostólico; y así todo en esta divina teología, todo pasa por el corazón maternal de María Santísima.

Tal es el sublime, dulce y admirable ministerio de

María, Madre de misericordia, vida, dulzura y espeperanza nuestra, por su maternal intercesión ante el corazón de su divino Hijo, que es en sí mismo misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra por el misterio de la Redención.

* *

Tanto abundan en esta materia las demostraciones, que á estas reflexiones naturales podemos añadir las razones dogmáticas en que se funda esta consoladora verdad.

En efecto; es una ley de la economía del cristianismo que se hagan comunes á nosotros las relaciones de las Personas divinas. Así el Hijo de Dios, es al propio tiempo, el Hijo del Hombre y nuestro Hermano Primogénito; el Padre celestial es nuestro Padre; y somos sus hijos en el Espíritu Santo, hecho en nosotros el Espíritu de adopción, por el que llamamos á Dios, Padre.

¿Pudiera no verificarse lo mismo respecto de la *Madre de Dios?* Pudiera dejar de ser *nuestra Madre* en ese mismo orden de adopción espiritual? Los hermanos adoptivos de Jesucristo ¿no deben ser los hijos adoptivos de la Madre del Cristo?

Y no se diga que María no tiene parte en la Trinidad, y que por consiguiente, no puede decirse de ella lo que del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto es muy cierto, si se habla de la Trinidad en sí; pero nó, si se refiere á la Trinidad considerada respecto de nosotros; porque, y esta razón no admite réplica, si con relación á nosotros, la Trinidad se extiende hasta comprendernos en su seno como hijos ¿ cómo excluiría á María como Madre, Madre nuestra, por consiguiente, como lo es de Dios?

Y si ella, por esta razón entra en la familia divina, siendo ella Madre, Esposa é Hija de Dios ¿ cómo no había de ser nuestra Madre, á la manera que el Hijo es nuestro Hermano y el Padre es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos en el Espíritu Santo? Por tanto, que María, que pertenece á la humanidad, sea su Madre para la regeneración, como Eva lo fué para la ruína; esto por grande que sea, nada tiene de ininteligible.

Pero las razones de esta misericordiosa maternidad se acrecientan cada vez más. En efecto; es necesario reconocer que María no entró, sino para nosotros, en estas divinas relaciones, y que nosotros sólo entramos en ellas per medio de María: su maternidad es el vínculo de nuestra filiación. No somos hijos del Padre, sino porque el Hijo es nuestro Hermano á causa de su nacimiento de María. María, pues, por medio de este nacimiento nos engendró á la vida de hermanos en Jesucristo é hijos de Dios. Ella, por lo mismo, es manifiestamente nuestra Madre en ese orden espiritual y sobrenatural.

Más aún, de tal modo es Madre nuestra, que únicamente por esto es Madre de Dios: « Por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió de los cielos y encarnó por el Espíritu Santo de María Virgen. » Estas palabras de nuestro Símbolo son la profesión de fe de la maternidad humana de María, no menos que de su maternidad divina.

¡Cosa admirable y harto digna de excitar nuestro amor y confianza para con esta Virgen María, de quien nació el Hijo de Dios! María fué su Madre por la misma razón que á El le trajo á ser su Hijo; para hacernos hijos de Dios, para salvarnos.

Madre del Salvador, en El lo es de los salvados, cumpliendo así el fin para el cual le había engendrado á la naturaleza, que no era otro que el de engendrarnos á la gracia; y asistiendo al sacrificio del Calvario, acabó de constituírse en lo que su Hijo la proclamó, cuando todo estuvo consumado, en Madre nuestra.

Esto es muy claro, con poco que reflexionemos; pero lo que quizás nos impide comprender este misterio es que separamos la redención de la encarnación. Nos figuramos desde luego á María Madre del Cristo, como cualquiera otra madre natural, y después nos cuesta trabajo el concebirla Madre de los hombres, considerando el engendramiento espiritual, en cuya virtud viene á serlo al pie de la cruz, solo como una

piadosa amplificación.

Este modo de ver es tan grosero y falso, que nunca nos esforzaríamos demasiado por rectificarlo y espiritualizarlo. La encarnación y la redención, el nacimiento y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, se enlazan entre sí estrechamente como el principio y el fin de un mismo misterio. La encarnación del Verbo en las entrañas de la Virgen es la redención incipiente; como la redención es el fin de la encarnación, que se cumple.

Así lo proclamó el Salvador desde lo alto de la cruz con aquella gran sentencia: todo está consumado; esto es, según él mismo se explica en otra parte: Consumé, Padre mío, la obra que me diste á hacer, y por la cual

vine al mundo. (Joan. 17. 4.)

María es, por tanto, desde el origen de su maternidad por la encarnación, la Madre de nuestro rescate, nuestra Madre; y cuando traspasada al pie de la cruz, según le estaba predicho, traspasada por el mismo cuchillo que su Hijo, es allí declarada Madre nuestra, ella no hace sino acabar de constituírse tal y consumar también, por su parte, la obra que se le había dado à hacer. Esta obra era la de ser, según la carne, Madre de nuestra cabeza, Jesucristo, para ser, según el espíritu, madre de sus miembros, como dice San Agustín. Nueva Eva, es Madre de los vivientes redimidos en Jesucristo.

La intercesión y la imitación en el culto de Maria

Ahora debemos considerar algo muy consolador para nosotros los cristianos en el culto de María.

En efecto; como es nuestra Madre, tiene María todas las prerrogativas de tal, para prestarnos con ellas todo género de auxilios; y por ella nos vienen todas las gracias, al modo que por ella nos vino su autor, Jesucristo. Y hé aquí la demostración: «No pasaré en silencio, dice Bossuet, una consecuencia de la maternidad de María; y es que, habiendo Dios querido darnos una vez á Jesucristo por medio de la Santísima Virgen, este orden no se cambia jamás, pues Dios nunca se arrepiente de sus dones. Es y será siempre verdad que, habiendo recibido nosotros una vez por medio de Ella el principio universal de la gracia, recibimos constantemente por su mediación las diversas aplicaciones del mismo en todos los diferentes estados que componen la vida cristiana. Habiendo su caridad maternal, que hace nacer, dice san Agustín, los hijos de la Iglesia, contribuido tanto á nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, que es el principio universal de la gracia, María contribuirá á ella eternamente en todas las demás operaciones, que no son más que dependencias de ese principio, ó misterio. »

Y en verdad; María es poderosa para conseguirnos todas las gracias de que habemos menester, como dice tan acertadamente Germán, « porque tiene para con Dios el crédito de una madre. » Cuando el pueblo romano se vió amenazado por Coriolano, sin que hubiese podido detenerlo embajada alguna, recurrieron en súplica á la intercesión de la madre, ante la cual se detuvo aquel, declarando que le era imposible negarse al ruego de una madre. Así Jesús, no pudo negarse á la súplica de María en

las bodas de Caná obrando el milagro pedido, aún cuando no había llegado la hora de su glorificación.

Ni es de extrañar, lo que dicen tantos Santos Padres: «que es grato al Señor concedernos sus gracias por intercesión de María, así como le fué grato darse

El mismo al mundo por su mediación.»

Esta verdad es de inmensa importancia, y sobre ella gira el culto excepcional de intercesión de que María es objeto en el mundo espiritual y religioso. Ella constituye un ministerio aparte del de todos los demás santos, los cuales pueden alcanzarnos gracias; pero no son, cual María, el cauce nato de las mismas, y como dice San Bernardo, su acueducto. Si, pues, por María se obtienen, si por María pasan todas las gracias, por María también conviene impetrarlas de Jesucristo; Ella tiene el ministerio de dispensarlas; por lo cual no debemos tener escrápulo en llamarla con los más ilustres Doctores: « Nuestra Medianera, por cuyas manos determinó el Señor dar todo lo que otorga al género humano». Medianera ante el Mediador y Salvador, su Hijo Jesús.

Todos los cristianos saben que no tenemos más Mediador que Jesucristo, en cuanto que nadie sino El ha satisfecho por los pecados del mundo en todo rigor de justicia ante el Padre; pero la Iglesia reconoce que todos los santos son nuestros mediadores por intercesión suplicante, colocando una especie de omnipotencia suplicante en María por su dignidad incomparable de Madre del Mediador Jesucristo. Así que, cuando la Iglesia se dirige á Jesucristo dice siempre: «Ten piedad de nosotros», y cuando á la Santísima Virgen y á los santos: «Ruega por nosotros», no reconociendo en ellos sino una mediación de intercesión, que lejos de disminuir la magestad de Jesucristo, como cree el protestantismo, la realza y manifiesta, cual origen primordial de toda gracia.

La herejía y la incredulidad ridiculizan neciamente

esta intercesión é interposición de María y de los santos, con la banal razón de que Dios no necesita de intermediarios para concedernos sus gracias y beneficios: es esta una vulgaridad, aún en el orden natural.

Y en verdad ¿porqué extrañarlo? La intercesión, como ley comun, estriba en razones de admirable

filosofía, es la ley de solidaridad universal.

En el orden natural, lo mismo que en el sobrenatural, Dios no obra generalmente sinó por interposición de personas; quiere que nos debamos unos á otros el bien que El nos hace, para unirnos reciprocamente con la misma caridad que nos une á todos con El. Así en el orden natural, Dios podría por si mismo alimentar al pobre, curar al enfermo, enseñar al ignorante; sin embargo se vale para ello del rico, del médico, del maestro. ¿Qué responderíamos al que nos viniese á observar que, siendo Dios el autor de todos los dones, no debemos recurrir á interposición de personas para conseguir lo que necesitamos? Responderíamos que es una necedad. Pues eso mismo sucede cuando en el orden espiritual recurrimos á Dios por interposición de María. Y esa ley de intercesión humana es muy benéfica: por este medio fomenta Dios en nosotros mil virtudes recíprocas; caridad, agradecimiento, humildad, fé, sociabilidad.

Así encarece sus dones que, con la sobrada inmediata facilidad de obtenerlos, desmerecerían á nuestros ojos; y sin embargo, comparte con nosotros su dispensación, para honrarnos con este beneficio, al propio tiempo que lo realza; y lo pone al alcance de nuestra confianza, á la vez que sobre nuestra presun-

ción.

Esta economía se hace manifiesta en el pasaje del libro de Job, donde Dios rehusa acceder á los deseos de los interlocutores de aquel hombre santo, y los envía á él para concederles, mediante sus oraciones, la misma gracia que les niega directamente. Id á mi siervo Job, y ofreced un holocausto. Mi siervo Job

orará por vosotros, y EN CONSIDERACIÓN Á ÉL, no os será imputada la insensatez de vuestros discursos. (Job. 42.8). Así mismo el Cristo, juez, no menos que hombre, no se deja rendir del todo, sino por consideración á su Madre, más santa que Job y que todos los santos.

Así, pues, por Jesucristo María, que es Madre de Dios y de los hombres, viene á ser, como lo proclama la Iglesia vida, dulzura y esperanza nuestra.

¡Qué admirable economía la del cristianismo! puso un corazón de madre para cobijar á los hijos de Dios bajo su intercesión y amparo. Dios, que en el orden de su Providencia prepara los efectos en las causas más lejanas, al decir de Bossuet, prepara también todas las gracias que habían de franquearse á los hombres, en su causa ocasional, María. Su aplicación no hace más que desarrollar este designio, ni es, por consiguiente, con relación á María, otra cosa que la extensión y desenvolvimiento de su divina maternidad.

Así, que, María es mediadora en el sentido propio de la frase, por Jesucristo su Hijo, á quien ha dado de su seno virginal la carne y la sangre que fueron el precio de nuestra redención. Pero la historia de Nuestro Señor es una historia eterna, y su oficio de Mediador lo ejerce universalmente y lo ejercerá siempre hasta el fin de los siglos. Del mismo modo, María es para siempre mediadora cerca de su Hijo, y su mediación durará hasta el fin de los tiempos; no cesa de dar nuevos hijos á la Iglesia por la gracia del Espíritu Santo, ni de hacer nacer á su Hijo en los corazones; porque la Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, (Hæbr., VII. 25). Lo que una vez hizo dando á luz al Salvador, continúa haciéndolo siempre; y esa primera obra es la forma, el tipo y el símbolo de su constante operación en la Iglesia; y hasta que se haya cumplido enteramente la obra de regeneración, seguirá pronunciando ese fiat, del que dependió un día la redención del mundo. Mientras que el pecado, la necesidad y la muerte moren en la tierra, María acudirá al socorro de los infelices que caigan; y mientras que la carne y sangre de su Hijo permanecieren en nuestros altares, no cesará su amor materno de llamar á la puerta del corazón de su divino Hijo, á fin de que abra para el mundo el tesoro de las gracias celestiales, y que no se haya derramado en vano la sangre de su Hijo, que es su propia sangre.

Si Jesús escuchó la súplica de su Madre cuando tan solo le pidió vino en el banquete de las bodas de Caná, (Juan II. 4) ¿podrá, acaso, negarla algo cuando la Virgen pide para nosotros su amor y su misericordia, que regocija con un santo placer nuestro corazón, y

llena de fuerzas nuestra alma?

Y ya que del pasaje de las bodas de Caná, han abusado los protestantes, queremos recordar que las mismas palabras de que abusan los enemigos de la santísima Virgen, demuestran, no obstante, la grandeza de su crédito y de su virtud, igualmente que el poder de su intercesión, siempre dispuesta á estimular la efusión de los beneficios de Dios. « No tienen vino», dice María á Jesús. A estas palabras, que indican la necesidad, solicitan el socorro y respiran la confianza, contesta Jesús: « Quid mihi et tibi, mulier; ¿qué nos vá en ello, muger, á ti v á mí? Todavía no ha llegado mi hora», esto es, no ha llegado para mí el tiempo de los milagros, no es todavía hora de manifestar mi poder milagroso. Sin embargo, no duda María de que sea oída su súplica, en consideración á ella, porque en seguida, hablando á los criados dice: « haced cuanto él os dijere ». Y en efecto, Jesús realizó el milagro, mandándoles llenar de agua las hidras; agua que en seguida se convirtió en vino, que es el milagro pedido por María en favor de los esposos y convidados á las bodas de Caná. ¡Hasta este punto llega el poder de María, obligando en cierto modo á su Hijo á violentar su hora, aunque no había llegado, solo en consideración á ella.

Recurramos, pues, muy confiados á la intercesión de María, sabiendo que esto es agradable á su divino

Hijo.

« Conviene, dice el gran teólogo Suárez, que nos dirijamos algunas veces directamente al Hijo; pero también le es grato que recurramos á su Madre. Cuando la magestad de Dios nos llena de profundo respeto, sentimos principalmente la necesidad de ofrecer nuestros homenages á su Madre, á fin de que interceda por nosotros, y para que nuestra indignidad halle una compensación en su mérito; no porque desesperemos de la misericordia de Dios, sino porque el conocimiento de nuestra indignidad nos inspira una vergüenza y un temor profundo. Ella, á su vez, pide á su Hijo y al Padre por su Hijo, todo cuanto agrada á Dios y redunda en gloria suya y provecho de nuestras almas. » ¡Qué natural es esto, y tan acomodado á nuestra propia flaqueza y confianza filial! Jesucristo honra así á su Madre y consuela á los pobres pecadores, exaltando su propia misericordia.

* *

Pero no se limita el culto de la Santísima Virgen al honor y á la invocación de su intercesión con Dios para recabar sus gracias en favor nuestro, y aún de su cooperación para salvarnos; tiene por objeto además la imitación de sus virtudes; y de este modo contribuye á nuestra perfección moral y religiosa.

Considerar y reproducir en la propia conducta las virtudes de un padre ó de una madre, he aquí los verdaderos homenages con que la ternura de los hijos debe consagrar su memoria. Así habla la naturaleza humana por boca de uno de sus más profundos intérpretes.

Él culto de honor, que debemos á la Santísima Virgen, ha de traducirse, pues, en culto de imitación. Y lo que de esta suerte ha sido tomado de la naturaleza já qué grado de verdad y de excelencia no se eleva en

la religión! La religión tiene por objeto final la imitación, la reproducción de la misma perfección divina en el alma humana. Redimirnos y santificarnos, tal es el doble fin de la encarnación del Verbo.

Para esto se hizo hombre, para tener en la naturaleza humana, no solamente con qué expiar nuestros pecados mediante su sacrificio, sino también con qué reformarnos por medio de su ejemplo; aunque con la diferencia de que la expiación no fué más que el medio, mientras que nuestra reforma ó santificación era el fin. Con este objeto, pues, se puso Dios mismo, en la persona de Jesucristo, por modelo acomodado á nuestra naturaleza.

Pero esto no fué más que el principio del sistema; su consecuencia ha sido reproducir la imagen de Jesucristo en copias bastante perfectas para llegar á ser modelos secundarios de imitación, mediante los cuales, como por medio de una enseñanza mutua, pudiésemos elevarnos al divino modelo. Tales son los Santos y tal es, por encima de todos ellos, la Santísima Virgen, en quien Dios realizó la plenitud de aquella perfección, que en diversos grados ha puesto en los Angeles y en los Santos; no solo para sacar de Ella su gloria, como de su obra maestra el artífice, sino también para hacerla instrumento de reproducción de su santidad en nuestras almas. He aquí el ministerio de la Santísima Virgen entre Jesucristo y nosotros; de donde se sigue necesariamente que tenemos obligación de imitarla, y, para esto, de honrarla y venerarla.

Por manera que, si el culto de honor, cuya razón de ser encontramos en su dignidad de Madre de Dios, debe traducirse en culto de imitación; éste, que tiene también su fundamento propio, debe á su vez traducirse en culto de honor, engendrándose y corroborándose recíprocamente estos dos caractéres del culto de la Santísima Virgen. La admiración de su grandeza y perfección nos lleva á la imitación, y la imitación nace de la admiración, la justifica y la fecunda; hace que el

culto de honor no sea estéril y supersticioso, sino altamente piadoso y religioso; tanto más piadoso y religioso, cuanto que lo que honramos é imitamos en María son virtudes por medio de las cuales nos conduce á Jesucristo y nos eleva á Dios; virtudes que nos disponen para ser siervos de Dios, bien como Ella fué su esclava, y que hacen de su culto la principal escuela de la imitación de Jesucristo, ideal de la perfección cristiana, tanto más cuanto que María es un retrato acabado de Jesucristo.

Además, debemos reflexionar que en Jesucristo el sujeto es Dios, y por más que se haya hecho hombre, las virtudes que desplegó, como que están basadas en un fondo divino, parecían punto menos que inaccesibles á la imitación propiamente humana; mientras en María, á pesar de una santidad incommensurable, su plenitud es creada y finita, siendo un modelo cuyo fondo es enteramente igual al nuestro, aunque sea una obra maestra de santidad y perfección, cuyos grados jamás podremos alcanzar. Es la mayor gloria de Jesucristo y de la humanidad; pero este punto merece un desarrollo más extenso y explícito.

Grandezas del culto de Maria como tipo universal de perfección

María, como tipo de perfección, realiza y compendia en sí las leyes del orden moral y religioso: es modelo de perfección y santidad accesible á todos, por lo mismo que es una perfección creada.

En efecto, Dios se hizo hombre para enseñar á los hombres el arte sublime de la virtud, mostrándoles el tipo absoluto de ella bajo humana forma, Jesucristo.

Creados á su imagen y semejanza, con la sublime facultad de poder alejarnos ó acercarnos indefinidamente, para nuestra desventura ó felicidad, al divino original de la perfección, nos hallábamos caídos de aquel grado primitivo de semejanza en que nos creara; y nunca menos que entonces podíamos ir á El, si El no hubiese venido á nosotros, si no hubiese puesto á nuestro alcance su perfección divina, no disminuyéndola, sino encubriéndola con una semejanza humana, vaciándola, por decirlo así, en un molde humano, haciéndose á nuestra imagen para rehacernos á la suya, presentándosenos Dios hombre, de tal suerte, que solo necesitásemos imitar á un hombre para imitar á Dios. In similitudinem hominum fuctus, et habitu inventus ut homo. (Philip. II. 7.)

Cristo es, por tanto, la perfección soberana hecha hombre, el hombre-perfección, el hombre-Dios, tipo universal, cuya vida entera, y sobre todo, su muerte expuesta á la vista de la naturaleza humana en lo alto del Gólgota, tuvo por objeto servirle de modelo, y edificarla.

Pero, por muy grande que haya sido esta misericordiosa condescendencia de Dios para con la naturaleza humana, y por más digna que de su bondad por eso mismo fuese, no pudo hacer de modo que la perfección* propuesta al hombre en Jesucristo dejase de ser una perfección divina, una santidad increada, infinita, y por consiguiente, de una naturaleza que está fuera de toda proporción con la nuestra. Es cierto que esta santidad se halla apropiada á nuestra condición por la forma de las virtudes bajo las cuales se manifestó: la humildad, el sufrimiento, la resignación, la obediencia, el perdón de las injurias, el sacrificio, etc., que son virtudes humanas, esto es, virtudes que la criatura solo tiene lugar de practicar; pero en el fondo, la santidad que las practicó en Jesucristo, es divina; por lo que dijo perfectamente Roussean: «Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios. »

¿Cómo alcanzar, pues, semejante perfección? Lo

mismo que la recomienda á la eterna admiración del mundo, parece sustraerla á su imitación.

No es así, en verdad; porque, mediante la gracia de Jesucristo, mediante este auxilio sobrenatural con que nuestro divino Modelo atrae y sostiene á sus discípulos, el Inimitable es quien ha suscitado mayor número de imitadores, rehaciendo á su propia imagen el mundo entero.

Pero la gracia de Jesucristo es una fuerza secreta y discreta, que cuenta con la naturaleza y la respeta, asociándosela en sus operaciones por medio de transiciones y miramientos con que disimula sus milagros.

Según esta economía general, Dios debía colocar entre la santidad increada de su Hijo y nuestra natural flaqueza, siempre inclinada al desaliento, un modelo de santidad creada, la cual, mediante esta naturaleza creada, semejante á la nuestra, estuviese más al alcance de nuestra imitación, y pudiese, por el sublime grado de perfección á que sería elevada sobre todas las criaturas, servirles realmente de modelo. Debía hacernos ver, como en un retrato antes de la letra, la primera prueba, si así se nos permite hablar, de la impresión de Jesucristo en el alma, y la cbra maestra de su gracia, á fin de presentarnos, juntamente con el divino Modelo, un modelo acabado de su imitación; modelo creado, pero insuperable.

Pues bien; eso es lo que hizo en María. María no es santa como los demás santos, en quienes la santidad es más ó menos santa por algún lado: su santidad es absolutamente sobrehumana, sobreangélica: excede á toda proporción, á toda concepción: se eleva hasta un cielo infinito; ya que, por valernos de las palabras de Gerson, constituye una gerarquía única, la segunda inmediatamente después de la gerarquía soberana de la Trinidad.

No es posible, en verdad, analizar esta santidad de María, ni hacer ver los hechos que la comprueban; para ello sería necesario describir los misterios de la vida de la Santísima Virgen; pero bástenos hacer notar que podemos perfectamente concebir un tipo de santidad sin el auxilio de sus actos, cuando tenemos términos de proporción, para sostenerlo en nuestro espíritu. Tal sucede con el de la santidad de Dios, que estriba principalmente en la idea de su infinidad; tal con el de la santidad de la Virgen, como la mayor después de la de Dios, por la plenitud de gracia que le fué comunicada.

No se engaña el pueblo acerca de esto: en las expresiones de santisima Virgen, llena de gracia, Madre de Dios, Santuario del Espíritu Santo, Madre purísima, concebida sin pecado original, Reina de los ángeles, y en otras mil calificaciones que su piedad, confianza y amor han aplicado á porfía al nombre de la Virgen, él encierra una idea, un sentimiento incomparable de santidad, de pureza, de maternidad, de virginidad, de dulzura, de misericordia y de todas las más sublimes y hermosas virtudes. Ponemos por testigo las representaciones de la virginal figura de María, hechas por el arte cristiano en los siglos de fe, y la delicadeza con que todos los hombres de buen gusto tachan las faltas de parecido de los mismos, aun bajo el pincel de los más esclarecidos maestros; lo cual no puede nacer sino con arreglo á un tipo, á un ideal de santidad que guardan en lo más sano y mejor conservado de su alma, debiéndolo á la fe común de los cristianos, aun cuando ellos estén muertos á esta fe.

Este es el tipo que el Espíritu Santo pintó el primero en María, cual la mas perfecta imágen de Jesucristo, y la mas gloriosa para Dios: mas gloriosa que la creación, que es solo una imagen material, mientras que María es una imagen espiritual, viviente, santa, y cuya humildad retorna eternamente la gloria de sus

grandezas á la Omnipotencia, que se desenvolvió para realizarlas en Ella: «Realizó en mí grandes

cosas el Omnipotente.»

Esta obra maestra de santidad, cuya gloria sube á Dios, y es de gran auxilio á los hombres, hace de María una criatura universal, que sirve de modelo y transición á la naturaleza humana, para elevarla, desde el abismo de su degradación, á Jesucristo, mediante la imitación de María; así como esta se eleva á Dios, mediante la imitación de Jesucristo. Así, pues, veneramos á María como el modelo creado y humano mas acabado para los hombres, en todas las virtudes cristianas, que vino á enseñarnos Jesucristo. Y ¡á esto llaman un culto fanático y supersticioso los hereges, no advirtiendo que se rinde á la mas perfecta de las criaturas, y á la que mas nos acerca á Dios por su imitación!

Y sin embargo, la heregía quita á Dios la gloria de esa obra maestra de santidad negando el culto de María; pero ¿queréis saber porqué? Entre otras razones, porque, cuando las heregías pululan, el antídoto consiste en fomentar la devoción á María, de quien dice la Iglesia: «Cunctas hœereses sola interemisti in universo mundo.—Tú sola has destruido las heregías en todo el mundo». Hé aquí explicado el odio al culto de María de parte de los sectarios y hereges, y la necesidad de fomentar su devoción cuando las heregías pululan, como en nuestra época.

Así lo ha dispuesto la divina Providencia en todos los tiempos y países; pues es muy digno de notarse que la sincera devoción á María es como el barómetro de la religiosidad y costumbres de un pueblo, como lo han observado y declarado escritores é historiadores notables. Es que por María, la dulce Madre, se va al divino Hijo, por el cortejo de las mas hermosas virtudes.

Grandezas del culto de Maria como tipo ideal de la mujer

Hay además otra razón, perfectamente comprensible, de la conveniencia del ministerio de María, como

ejemplar de imitación.

Por más común que sea la humanidad en ambos sexos, y por más general que sea la infinita superioridad de Jesucristo, modelo divino; es preciso reconocer, sin embargo, que encarnándose en el sexo masculino, no pudo suministrar al de la mujer un modelo de santidad especialmente acomodado al mismo, en los estados que le distinguen, con particularidad en los sublimes estados de la maternidad y de la virginidad.

Para comprender cuán conveniente es que haya un tipo especial para la muger bajo este aspecto, basta considerar la importancia de la influencia de la mu-

ger en el mundo moral y social.

La muger, en los estados que le son propios, en la influencia que su sexo ejerce sobre el hombre, es un poder inmenso, por la fuerza mas avasalladora que se conoce, por la fuerza de su misma flaqueza, de su

gracia y del embeleso.

La antigüedad pagana es eco acabado de esta verdad; y el último de sus grandes historiadores, Tácito, dedujo de ella enseñanzas que apenas se distinguen de los avisos de la sabiduría. En efecto; la muger forma al hombre en el niño como madre, hasta la adolescencia; apenas le deja como madre al llegar á esta edad, cuando le toma como hermana; muy pronto como esposa, como hija al fin, y como muger siempre.

No puede perfeccionarse ó degradarse, sin perfeccionarlo ó degradarlo todo en torno suyo, y nunca á medias. Ella forma ó destruye las familias, las sociedades, las costumbres públicas; ella hace poner en

boga la impiedad, y cuando quiere mata la incredulidad con un celo admirable, constante é irresistible. En fin, ella arruinó al linage humano en su origen; no podía, pues, dejar de rescatar su gloria, contribuyendo á restaurarle.

Pero bajo este aspecto, no puede ser más distinta la historia del género humano, antes y después de la redención. Sin desconocer los rasgos de virtud, de influjo maternal, de fidelidad conyugal, de piedad filial, de castidad y de dignidad, que honraron á la mujer en los tiempos antiguos, y aún fundándonos en esos mismos rasgos, tanto más señalados, cuanto más excepcionales, al contrario de lo que sucede en los tiempos modernos; es preciso reconocer que la mujer tenía en la antigüedad escasa influencia para el bien é inmensa para el mal; permanecía siendo, como en el drama primitivo de nuestra caída, cantado por todas las tradiciones, hermoso mal, según la llamó Hesiodo, y á porfía la calificaban todos los sabios.

Mas, para el bien se hallaba dominada por el hombre, sin influjo reconocido, y más ó menos humillada en la familia y en la sociedad; mientras que para el mal, dominaba al hombre, siendo para él fruto emponzoñado, foco de muerte: era la Onfala de este Hércules. Ultrajada en su pudor por todas las representaciones, ritos y juegos del paganismo, no podía hallar asilo en parte alguna, hasta tener al cabo que aceptar el ultraje, é imponérselo á si propia, como una religión, para retornarlo al hombre, como una venganza y convertirse en divinidad de la corrupción, cifrando su honor supremo en su suprema vergüenza.

Y no podía ser de otro modo; el tipo religioso de la muger en la antigüedad era Vénus. Vénus que no era virgen, ni esposa, ni madre, ni hija, ni hermana, ni nada de lo bueno que puede ser la muger, siendo todo lo malo que ésta ser puede, y que hace mal, hasta hoy día, en sus propias impúdicas estátuas.

Despojada de toda prenda moral, así como de todo

velo, armada de todos los dardos é incentivos de la concupiscencia, de los cuales compusiera su cinturón el viejo Homero, era la divinidad mas victoriosa, dominadora de los dioses y de los hombres, madre cruel de los impuros deseos.

Y eso vuelve á ser la mujer en los tiempos modernos, cuando, abandonando el purísimo culto de María, rinde culto, quizás más altanera é insolente, á la impúdica Vénus; baste recordar una Mesalina, una Teodora ó una Pompadour, que ostentaba su desvergüenza cortesana, hasta burlarse de la santa reina María Lezinski, la legítima esposa de Luis XV.

Para juzgar de la influencia que este tipo de la muger pagana, Vénus, ejerceió sobre su sexo, y por medio de él, sobre las costumbres, basta recordar el culto infame de que era objeto en Chipre, Samos, Corinto, y el Monte Ericio, donde en magníficos templos, le daban culto millares de cortesanas impúdicas.

Pero echemos un velo sobre semejante abyección; pues lo dicho basta para hacer sentir la importancia en bien ó en mal, dado el carácter asignado á la mujer en el mundo, de un tipo especial para su sexo.

Y en verdad, que no sabe la civilización moderna cómo agradecer al cristianismo el haber sustituido esos magníficos templos dedicados al culto infame de Vénus, degradación de la muger, con los santuarios dedicados al culto ideal y puro de la Virgen Inmaculada, tipo de pureza y belleza celestial, que tanto contribuyó á la dignificación y regeneración de la muger cristiana. Entre todos los beneficios que el mundo debe al cristianismo, éste quizás, es el más grande y trascendental, por lo mismo que nada hay comparable para el engrandecimiento de la humanidad como la perfección y regeneración de la muger, que tiene el poder soberano de hacer al hombre lo que es, al decir de de Maistre; así como fué gran fortuna para la civilización cristiana que el protestantismo apareciese tarde yá, en el siglo XVI, cuando el tipo purísimo de María, que él desprecia, había transformado y dignificado á la muger en toda la cristiandad.

* *

Pero conviene que desarrollemos más la consideración de la necesidad de un tipo especial de perfec-

ción para la muger.

En efecto: supuesta la naturaleza humana, sobre todo en el estado de miseria á que había llegado, la mujer debía encontrar, en el seno de una religión regeneradora, como es la cristiana, un tipo especial de santidad y dignidad, del mismo modo que había tenido un tipo de corrupción é ignominia en el gentilismo; tal que, reformada sobre él, pudiese reformar todas las cosas que penden de su influencia. Pues bien; este es el tipo sublime y encantador, por su grandor y pureza, que ha recibido en la Santísima Virgen.

Pero es preciso ver de qué suerte le ha sido apropiado, para comprender mejor toda su graudeza rege-

neradora en dignidad é influencia benéfica.

La castidad, esta virtud que sujeta el cuerpo al alma, que hace al espíritu señor de la carne, que constituye, por consiguiente, su libertad, su nobleza, su grandeza, su hermosura propias, haciéndolas irradiar en ella, y transfigurándola como cristal del alma, en vez de ser su sepulcro; esta angélica virtud tiene principalmente su santuario en la muger. No siendo en su origen la lujuria, otra cosa que una relación entre los dos sexos, cuyo principio de atracción reside en la muger, esta es por lo mismo señora, en cierto modo, del pudor, no solo en ella, sino también, mediante ella, en el hombre y en la sociedad entera; siendo muy sabido que en el respeto á la muger honesta y pudorosa está el honor de la sociedad.

Para interesar á la muger en la guarda de esta preciosa virtud, la Providencia la ha identificado y honrado con ella, haciendo depender de la misma el mismo atractivo que ejerce sobre el hombre, á fin de que el peligro llevase consigo, en cierto modo, el preservativo, y que ambos fuesen solidarios. La muger es pudor, y esto hace que sea gracia, según la admirable sentencia de la Escritura: « Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata: gracia suprema es la muger santa y pudorosa.» (Eccli. XXVI. 19.)

Nada sobrevive al pudor en la mujer, y el indigno atractivo que, una vez perdido aquel, puede ejercer

aún, lejos de reparar su ruina, la consuma.

Ahora bien, aunque la castidad y el pudor puedan conservarse en todos los estados legítimos de la muger, la virginidad, amada y guardada por sí misma, ha sido siempre considerada como el más alto testimonio de integridad.

La virginidad tenía, no obstante, en contra suya el deshonor de la infecundidad, cediendo, por lo mismo, la delantera á la maternidad, que engendra y perpetúa

la especie.

¿Cuál de estos dos estados podía darse á la Mujertipo sin agraviar al otro, y sin empobrecer á entrambos?

Porque, si se le daba la virginidad, quedaría privada del honor de la maternidad; y si, por el contrario, se le daba la maternidad, quedaría privada del honor de la virginidad.

La Sabiduría divina resolvió esta dificultad juntando y armonizando admirablemente la virginidad y la

maternidad en María.

En Ella y por Ella, en las costumbres modernas, la maternidad y la virginidad se penetran recíprocamente, y recíprocamente se prestan lo que les falta. La maternidad ha sido honrada por la virgininad de María, y la virginidad por la maternidad; siendo así bendita toda muger en Aquella que lo fué entre todas las mugeres.

Y no solo fué bendita en Ella toda muger, sino también elevada á la participación de su virginal

maternidad. La maternidad cristiana está marcada, en efecto, con el sello de una pureza moralmente virginal, y con el de una fecundidad moralmente maternal la

virginidad.

La virginidad cristiana no es esteril, engendra á Jesucristo en las almas, por el apostolado de la fe; y le hace vivir aún en los cuerpos mismos, por el de la caridad. Nuestras vírgenes cristianas son las hermanas, las madres de todos los miembros pacientes de Jesucristo en las múltiples instituciones de beneficencia, que honran á la sociedad cristiana; son más madres frecuentemente que las de la naturaleza: ellas continúan el ministerio de la maternidad divina. ¿Y no hemos llegado á ver que las vírgenes consagradas al Señor se dedican á regenerar á sus desgraciadas hermanas caídas en el deshonor, como lo hacen las Religiosas del Buen Pastor?

La maternidad cristiana, por su parte, no es menos virginal, á causa de la gracia del sacramento del matrimonio, que le hace cumplir sus fines siu menoscabo moral de la castidad, y producir y cultivar sus frutos para el cielo; ella continúa el ministerio divino de la angélica virginidad de María. Así participan de María todas las mujeres, engrandeciéndolas y dignificán-

dolas á todas en todos los estados.

El carácter de la Virgen María se ha grabado profundamente en la muger moderna, haciéndola á su imagen; y si el arte cristiano representó tan admirablemente este original divino en los siglos de fe, débese á que por todas partes le cercaban sus copias.

Maria Virgen y Madre

Pero fijemos un tanto más nuestra consideración en este modelo para comprender mejor toda su influencia.

La virginidad, que es la integridad perfecta, no había tenido cabal manifestación antes de María. No fueron más que un efímero homenaje á la virginidad las tan célebres vestales de la antigüedad; aunque no merecería la pena de hablar de ellas, pues, fuera de que apenas se podían reunir siete, San Ambrosio calificó su virginidad con sumo acierto: « Vestalium virginitas erat emptitia, temporanea et fastu plena, era una virginidad pagada, temporal y fastuosa»; tres caracteres incompatibles con la verdadera virginidad, cuyas cualidades son el ser amada por sí misma, ser entera en su duración, como en todos sus demás caracteres, y estar velada de modestia y humildad. ¡ Por eso es tan hermosa y encantadora la virginidad cristiana, cuyo modelo es María!

Y este carácter esencial á aquella que había de suministrar la carne del Santo de los santos, no consiente admitir que jamás tuviese mácula alguna; por eso la Inmaculada Concepción forma, en cierto modo, parte de su virginidad. Ella debió ser virgen purísima en el más alto grado desde el primer instante de su con-

cepción, y para siempre.

Pero el carácter singular de esta obra maestra de virginidad consiste en el privilegio único é inaudito, incomprensible al espíritu humano, admirable en el cielo y en la tierra, de la virginidad unida á la maternidad. María es virgen, y no obstante, madre; es madre, y, sin embargo, virgen. Y no podía ser de otro modo, sabiendo de quien es Madre, Madre del Hombre-Dios.; Ah! este colmo de grandeza en María, nos confunde, en verdad; pero confundiéndonos, nos hace comprenderlo. Y ¿ cómo no comprender que María sea virgen, aunque madre, puesto que es Madre de Dios?

Tan evidente es la razón dogmática de esta maternidad virginal, que el protestante Metersen en su Dogmática cristiana, ingenuamente declara: « dígase lo que se quiera, el alumbramiento virginal de María es la única solución que puede admitir la teología, y la única que satisface al cristiano. »

Y ¿ porque no había de hacer Dios este prodigio en favor de María, cuando existe en el orden natural lo que los naturalistas llaman partenogénesis, esto es, el nacimiento de sólo la madre?

Lejos de extrañar que semejante maternidad no menoscabe la virginidad de María, contemplamos y admiramos en tal maternidad el más sublime grado de la virginidad. Aquel que es la santidad infinita, la integridad esencial, la virginidad misma; Aquel que hace la santidad y la integridad en sus criaturas, debió de llevarla hasta el más alto grado de perfección en su Madre. María debe ser tanto más virgen cuanto más madre, supuesto que es Madre de Aquel que es la virginidad por esencia.

Debe ser también, y por la misma razón, tanto más madre, cuanto más virgen, siéndolo excelentemente, doblemente, como madre y como virgen; ya que en el fruto de su maternidad ve la flor de su virginidad.

« María, dice el gran Bossuet, con una gracia propia de su genio sublime, María amaba á su divino Hijo como madre; pero le amaba también como virgen; consideraba á Jesucristo como una flor que había brotado su integridad, y en este concepto, le daba besos más que de madre, porque eran besos de Madre-Virgen.»

Lo que en cualquier otra mujer se excluye de todo punto, en ella se acrecienta y multiplica mutuamente, para ofrecer al mundo, y especialmente á su sexo, el más prodigioso, y diríase el más adorable modelo de virginidad y maternidad, de santidad y dignidad, si el oficio propio de esta obra maestra del Altísimo no fuese el de glorificar y engendrar á su Autor.

María representa así un tipo santificante en que toda muger puede gloriarse é inspirarse, y que consagra todos los estados de su sexo. Por eso, la muger cristiana se distingue tanto por su devoción á la Santísima Virgen; y por la misma razón que la Iglesia tiene en honor ese culto, son enemigos del culto de

María cuantos profesan las teorías materialistas, cuyo resultado sería volver á poner en boga el culto de Venus, con consecuencias que serían funestísimas, tanto para la muger, como para la civilización de los pueblos.

Idea general sobre la importancia religiosa, moral y social del culto de María

El notable escritor Hettinger, en su hermosa apología sobre el cristianismo, tiene una conferencia dedicada á María, Madre de Dios; siendo verdaderamente incomparable, nos contentaremos con el resúmen de la misma, pues constituye un mentís irrefutable á las anticristianas críticas del protestantismo acerca del culto de María.

En efecto; con el cristianismo se han introducido en el mundo dos ideas siempre vivas y representadas por María: la idea del Hombre-Dios y la de Virgen-Madre; aquella es la más grande, la más sublime y la más poderosa que ha entrado en el entendimiento del hombre; esta es la más delicada, la más dulce, la más profundamente simpática á la humanidad, á pesar de lo misterioso que aparece siempre para el hombre ese amor de la Madre estrechamente unido con la casta pureza de la Virgen; pero es un ideal tan divinamente hermoso y delicado, que jamás dejará de encantar á las almas puras y castas.

Y ¡qué inmensa influencia la de estas dos ideas! ellas han hecho desaparecer todos los cultos impuros y mentirosos de la idolatría, y han levantado al mismo tiempo á la mujer de una profunda humillación. El culto de Vénus y de Astartea por una parte; por otra el de la Santísima Virgen; aquí la Madre de Dios al pié de la cruz, sumergida en profunda angustia, pero glorificada por el sacrificio que ofrece con

su Hijo; allí Niobe petrificada por un dolor melancólico, frío y desesperado: no es menester más para medir la distancia infinita que separa el antiguo mundo del mundo cristiano.

Y no es pequeña gloria para el catolicismo el haber luchado tanto la Iglesia desde el principio por esas dos ideas. Son los dos principales rasgos de la figura de la bendita Virgen, los dos rasgos sin los cuales no sería lo que es; es decir, una figura de un ideal tan sublime, de tanta suavidad, de tan celestial gracia y de tan divino atractivo, que no pueden mirarla los ojos sin que se conmueva nuestro corazón en sus más secretas y delicadas fibras, y sienta despertarse en él los más profundos, los más nobles y los más bellos sentimientos.

De aquí que la religión y la moral tomen del culto de María los más poderosos motivos; que el arte y la poesía no tengan asunto más bello que ese ideal, y que reproduciéndolo sea como consiguen sus más gloriosos triunfos. Porque ese ideal comprende todo lo que la tierra puede concebir de sublime y divino,

de amable v gracioso.

Todas las situaciones de la vida, todos los grados de civilización se hallan penetrados por su saludable influjo; desde la magestuosa cúpula, que descuella en las regiones de las nubes, hasta la humilde imágen de la Virgen, que proteje la choza del pobre ó se oculta en el hueco de una encina de los bosques; desde las flores más galanas de la poesía, desde las preciosas guirnaldas colgadas por el genio en los altares; desde las letanías, esas fórmulas de oración tan compendiosas y primitivas, engastadas en forma de himnos sublimes, tan profundamente teológicas como psicológicas, hasta el sublime Ave María, que balbucea la infancia imitando á los ángeles: en todas partes existe el culto de María. Y ¿quién puede decir el poder que ha tenido para sacar á los pueblos de los cenagales de la vida sensual, mundana y terrestre,

para hacerlos salir del embrutecimiento del materialismo, para ennoblecerlos, espiritualizarlos y moralizarlos? ¡La Virgen! Es para el alma una visión tan deliciosa, una belleza tan pura y tan superior á cuanto es terrenal, que toda otra belleza palidece á su lado. Es la belleza de la santidad, el encanto de las vírgenes, la suavidad de la madre, que respira humildad, misericordia y amor, realzado todo esto por la inefable magestad que conviene á la Madre del Redentor; en una palabra, es una figura del todo celestial sin dejar de ser humana, con la cual no puede compararse nada en la historia, y que para describirla carece de expresión la lengua del hombre y del ángel, aunque sienta su grandeza el más humilde fiel, con solo recordar que es Madre de Dios. Basta que pase por nuestra mente su idea, basta decir sólo: Ruega por nosotros, para que al punto ocupe nuestra imaginación la humildad de la Virgen, y para que el ejemplo de su abnegación nos mueva á entregarnos á la voluntad de Dios. El ojo del hombre se hace más puro desde que se eleva á esta Virgen de las vírgenes; y el corazón que la tributa homenajes se llena de un casto y santo amor, de la misma manera que el lirio se vuelve luminoso, puro y blanco con la luz del sol que aspira cada día.

La juventud suspira por lo ideal; y ¡cuántas penas no se toma para hallar ese ideal en el mundo, en esta región de muerte, en esta tierra de sepulcros, en este valle de lágrimas, donde extiende la muerte su sombra sobre todo cuanto brilla! Busca un ideal que sea estable, incorruptible y digno de un primero y eterno amor: pues bien; hé aquí un ideal, que es al mismo tiempo una cosa real, que entró en el tiempo, pero que no pasa con el tiempo. Trátase de una imágen verdaderamente viva, y no de una ficción de la poesía ni del arte, que jamás podrán copiarla, agotándola. Y este ideal no tiene nada de inaccesible para nosotros, no es sobrehumano; por el contrario, es huma-

no, completamente humano, finicamente humano; es la carne de nuestra carne, pero transfigurada con la gloria de las gracias más abundantes que han sido concedidas á la criatura; es una imágen visible de la belleza invisible de Dios.

Esto es María, Madre de Dios y Madre nuestra. Ave, llena de gracia, bendita entre todas las mujeres! María, Madre de Misericordia, dulce, clemente, pía, purísima; ¿cómo hemos de pedirte que tengas piedad de esos pobres hermanos nuestros en el cristianismo, que no podemos olvidar al verlos tan desgraciados, porque no te aman, ni veneran? Tanta es, Señora, su ceguedad que protestan contra tu culto hermoso y sublime.

* *

No ver en María tanta grandeza, tanta humildad,

y sobre todo, una belleza tan pura!

Y sin embargo, este ideal, repetimos, es puramente humano, está á nuestro alcance, nos invita y, como que nos hace señas, para que nos acerquemos, porque se llama la *Madre del amor hermoso;* y su amor á nosotros no es superado más que por el que nos tiene el mismo Dios, porque Dios ha querido ostentar en María todo cuanto puede hacer su gracia del hijo del polvo. Estrella de la mañana, que brilla en la aurora de la vida de la gracia y que anuncia á Jesucristo, vuélvese estrella de la tarde cuando declina el día, es decir, ese día, que se transforma en el explendor de la eternidad.

Su luz, dulce y tranquila como la de la luna, nos alumbra durante las oscuras y frías noches de esta vida terrenal; pero esta luz la recibe del que es el Sol de justicia. «Temes, oh hombre, dice San Bernardo, acercarte al Padre y te ocultas desde que oyes su voz; pues mira que te ha dado á Jesucristo por Mediador. ¿Qué no puede hacer semejante Hijo para con su Pa-

dre? Es tu hermano, tu carne, es hombre en todo, excepto en el pecado, para tener compasión de nosotros. Pero quizás también te asustes de encontrar en este Hermano la magestad de Dios; porque siendo Hombre, no por eso deja de ser Dios. ¿Quieres que álguien interceda por tí para con él? Dirígete á María. Es una persona humana, nada más que humana, por admirables que sean sus dotes. No temas nada: el Hijo escucha á su Madre, y el Padre oye á su Hijo: tal es la escala mística por la que el pecador se eleva hasta Dios; en ella pongo mi confianza y es toda mi esperanza».

Este hermoso compendio de la doctrina católica respecto á la Madre de Dios, forma también el coronamiento, que el gran poeta del catolicismo, Dante,

pone en su Paraiso, al divino poema:

« Virgen Madre, Hija de tu Hijo, más humilde y más excelsa que ninguna otra criatura, término fijo en el consejo eterno. Por tí se ha ennoblecido nuestra naturaleza de tal modo, que su Creador no se desdeñó llegar á ser su propia obra. En tu corazón se encendió el amor que eternamente arde en el seno del Padre, y así es como germinó esa flor celestial. Eres para nosotros un sol de caridad ardiente; pues durante el tiempo que atravesamos esta región de muerte, derramas sobre nosotros una contínua oleada de esperanza y de vida. ¡Oh, querida Señora nuestra, tan grande y tan poderosa! Buscar la gracia y no acudir á tí, es querer volar al ciclo sin alas. Tal es tu bondad, que vienes en nuestro auxilio cuando te invocamos, y aún antes que te invoquemos. En tí está la clemencia, en tí la piedad, en tí la gloria y en tí se encuentra reunida cuanta virtud tiene la criatura.»

Hé aquí una hermosa y sublime deprecación á María, que constituye al mismo tiempo, en inspirados rasgos poéticos, la apología de la Virgen, la legitimidad de su culto, y todos los encantos que él contiene

para los verdaderos cristianos.

Más, ¡qué lástima y qué compasión nos causan escs queridos hermanos nuestros, que han renunciado en una hora triste de su vida al culto de esa criatura tan sublime, y que han rehusado los cariños y auxilios de esa Madre, que es Madre nuestra para amarnos, y Madre de Dios para socorrernos! Y á tal punto ha llegado su desdén incalificable é irreflexivo, que raya en impiedad al despreciar lo más amable y venerable que existe en la tierra, calificando su culto de supersticioso é idolátrico. Compadezcámoslos y roguemos por ellos á esa misma Madre, que desconocen para su desgracia; pero este culto es nuestro honor y nuestra gloria: no renunciaremos á él por mas que hagan la heregía y la impiedad, para quitar esa gloria al catolicismo.

Y en verdad, no comprendemos la indiferencia del protestantismo respecto al culto de María, ya que es una excepción en todo el cristianismo; pues todos los pueblos cristianos, desde su origen hasta nuestros días, proclaman el culto tan hermoso y benéfico de María, así en Oriente como en Occidente, hasta los cismáticos y heterodoxos, los Griegos, Melquitas, Coptos, Sorianos y los mismos Nestorianos. ¿ Dónde estará el secreto origen de adversión tan excepcional á esta purísima Virgen? Alguién ha querido verlo en la cuna del protestantismo: Lutero se une á Catalina Bora, después de haber hollado ambos su voto de castidad ¿cómo podían mirar sin ruborizarse la castísima hermosura de María? Parece, pues, un pecado original del protestantismo: Calvino viola también la castidad sacerdotal, lo mismo hace Zwinglio; y Enrique VIII con su poligamia sucesiva no podía tener simpatías por el culto de la purísima Virgen. (1)

Estos tristes recuerdos podrán disgustar á los adeptos del protestantismo; pero al mismo tiempo que no hacemos más que consignar hechos históricos, también es verdad que mucho más nos disgusta á los católicos. y á todos los demás cristianos del mundo, ver desconocidas y vilipendiadas por el protestantismo la grandeza y belleza incomparables de la excelsa criatura, que es Madre de Dios y nuestra, hasta llegar á ofendernos llamándonos idólatras y supersticiosos, porque veneramos y amamos á la que el cielo declaró llena de gracia y bendita entre todas las mugeres. Siendo digno de notarse que si Lutero hizo de María el sublime elogio que hemos mencionado, fué antes de haberse unido á la religiosa profesa con quien consumó la relajación

de su voto de castidad.

Un célebre escritor ha dicho: « Mi vida ha sido una eterna lucha entre las aspiraciones del espíritu y las sugestiones de la carne; pero cuando he llegado á tener un momento de inspiración superior á las insinuaciones sensualistas de nuestra mísera existencia, y quise buscar en este valle de lágrimas un ideal digno del más puro amor, del arte, de la poesía, un ideal incorruptible, capaz de arrebatar los corazones y las almas ¿ sabeis dónde lo encontré? En la muger; pero en una muger que no era Venus, porque nos había degradado, en una muger que la Iglesia católica llama Madre de Dios; pero Madre-Virgen, llena de un casto y puro amor, ideal de grandeza y perfección; y me rendí á ese ideal, porque no he visto que el mundo, la religión y la poesía hayan inventado ningún otro ideal que le sea superior. » ¿Sabeis quien es este autor, este literato, este genio? es Paul Bourget. El genio, aunque extraviado, al fin va á parar á lo que está en la cumbre de toda grandeza, á María; el incrédulo podrá creer que es una invención poética, una ficción romántica; pero no podrá negar que es el más sublime ideal, que ha podido proponerse á la consideración del corazón humano, del arte, del genio y de la humanidad.

¹⁻Si Enrique VIII, despues de haber defendido el verdadero Evangelio, hasta merecer del Papa el titulo de defensor de la fé, que usan su sucesores, cambió sin embargo de religión, fuó porque, según frase del Dr. Zorrilla de San Martín, vió otro Evangelio en los ojos seductores de Ana Bolena.

Mas, por fortuna, el catolicismo ha triunfado sosteniendo en el mundo tan sublime y bello ideal; mientras el protestantismo se ha anonadado, desconociendo ese ideal de perfección cristiana que flotará eternamente en el seno de las naciones civilizadas; y que hace sus conquistas entre los mismos protestantes sinceramente cristianos, porque no se puede adorar sinceramente al divino Hijo, sin honrar á la incomparable Muger que es su dignísima Madre.

CONFIRMACIÓN HISTÓRICA

DEL

CULTO DE MARÍA

La historia del cristianismo, desde su origen, es un himno perenne al culto de María, cuya resonancia se prolonga con el eco de las catacumbas al través de los siglos. Pero los protestantes, enemigos declarados del culto de la Santísima Virgen, como hemos visto, ármanse contra este culto de un implacable rigorismo en cuanto á la justificación de su antigüedad; no pueden negarle por lo menos quince ó dieciseis siglos de plena existencia, ni suprimir el hecho resplandeciente, el hecho inmenso del concilio de Éfeso. en el año 431, dedicando, ó mas bien, conservando á María un templo que ya le estaba consagrado; y en medio de las entusiastas aclamaciones de todo el Oriente, tributándola el título y los honores de Madre de Dios, fundados en la divinidad de Jesucristo su Hijo, que era negada por la herejía nestoriana.

Pero ni esta antigüedad, ya tan venerable, ni el entusiasmo unánime de toda la cristiandad, atestiguando desde entonces una antigüedad mayor todavía; ni, finalmente, la conexión íntima demostrada en tan memorable circunstancia entre el culto de la maternidad divina de María y la divinidad de Jesucristo, han podido conmoverlos ni satisfacerlos.

Menos cristianos que protestantes en su conducta, el triunfo del dogma fundamental de la divinidad .de Cristo no puede hacerles perdonar el de la gloriosa maternidad de María; obrando, respecto del gran Concilio citado, como verdaderos nestorianos.

Preciso es, por tanto, remontarse á época mas lejana; pero ¿hasta cuál? Y ¿con qué pruebas será necesario presentar el culto de la Madre de Dios en posesión de los honores que se le niegan? ¡Oh! aquí es donde los protestantes muestran una exigencia que nada puede satisfacer. Cuanto mas nos remontamos, cuanto mayores pruebas aducimos, más exigentes se muestran, y la antigüedad que se nos pide, cesa de ser antigüedad desde el momento en que logramos manifestarla. El siglo IV, el mismo siglo III, estos siglos de los Agustinos, de los Crisóstomos, de los Jerónimos, de los Ambrosios, de los Epifanios, de los Basilios, Atanasios, Efrenes, Dionisios de Alejandría, Ciprianos, de los Gregorios de Neocesarea, de los Orígenes, estos venerables siglos en que la fe cristiana, acrisolada en el martirio y saliendo de las catacumbas, se levanta y personifica en los hombres más ilustres de la tierra por el genio y la santidad, son confundidos con los siglos inferiores en un común desprecio, desde el momento en que se inclinan en presencia de María; ya que María es para los protestantes un objeto de desdén rayano en un odio inconcebible.

Medítese bien. El culto á la Santísima Virgen solo data del siglo IV, decís: pero ¿qué diríais si hubiera principiado en el XVI, como vosotros? Cuanto la Iglesia tiene más puro y santo lo recomienda: ¿qué sería si tuviese por fundador á un Lutero y á un Enrique VIII?

Ha nacido de la natural inclinación de los hombres á figurarse el cielo á imagen de la tierra, de la sórdida codicia de monjes y sacerdotes, de los falsos milagros; todo esto afirmais, como hombres que desesperan de su

causa. Pero ¿qué sería si en vez de tan venal y vaga imputación, altamente desmentida por el carácter de los grandes siglos á que vosotros mismos hacéis remontar este santo culto, hubiese nacido claramente, como la Reforma, de la lujuria de los monjes, trocando la vida religiosa por la del matrimonio; de la codicia de los príncipes, sacudiendo el yugo de la Iglesia para arrojarse sobre sus despojos; y del desencadenamiento de todas las pasiones contra todos los frenos? ¿Qué sería, pues, si sus mismos príncipes y fundadores dijesen de él «que fué obra del interés en Alemania, obra del amor en Inglaterra, y en Francia, hijo de la novedad (1), » ó que «entre cada cien partidarios suyos apenas se encontraría uno solo que no lo siguiese para poder entregarse con más libertad á toda clase de voluptuosidades é incontinencias?... > (2)

Preciso es convenir en que nos honran mucho las exigencias del protestantismo, si las medimos por sus propias licencias de origen; y es evidente que esto nos distingue. De igual manera su odio contra un culto tan antiguo, tan casto y humilde, como el de María, es la consecuencia lógica y el glorioso testimonio de la novedad, de la incontinencia y del orgullo que le movió á aborrecerlo; ya que no queremos atribuír á esas mismas causas, el desprecio, desdén ó indiferencia de los actuales protestantes, sino á una tradición, que siguen irreflexivamente quizás.

Ahora bien; como ha querido y pretendido hacer ver el protestantismo que rechaza el culto de María por ser una novedad no contenida en el Evangelio y desconocida en la Iglesia primitiva, vamos á demostrar hasta la evidencia la gran antigüedad del culto de la Santísima Virgen, para que quede patentizada la apostasía protestante; y para examinar mejor la cuestión empezarémos por exponer históricamente que el culto de María es un culto evangelico

^{1—}Federico el Grande, Memorias de Brandeburgo. 2—Calvin. Comment. in II epist. Petri.

y bíblico, ya que esta es la gran objeción, aunque-falsa, que opone perpetuamente el protestantismo; después examinaremos los demás títulos y fuentes históricas de ese mismo culto, empezando por las catacumbas hasta nuestros días. De manera que demostrarémos por la historia lo que hemos demostrado teológica y filosóficamente.

Culto evangélico y biblico de Maria

Aunque tan deplorables son los orígenes de la Reforma, y ningún derecho tiene para ser exigente, pretende, sin embargo, que sólo ha arrojado todos los yugos para sujetarse únicamente al más antiguo y sagrado de todos, al del Evangelio. El Evangelio: he aquí á lo que todo debe ser sacrificado, todo inmolado, todo subordinado. Por tanto, es ante el tribunal del Evangelio donde la Reforma examina el culto de la Santísima Virgen, y el Evangelio solamente debe ser su medida.

Para no complicar la cuestión, no preguntarémos de qué evangelio se trata; si es del evangelio de Lutero, del evangelio de Zwinglio, del evangelio de Calvino, del evangelio de Enrique VIII, del evangelio de Socino, del de Strauss, y demás; pues hay tantos evangelios contradictorios como sectas existen en la Reforma, é indivíduos en estas sectas. Aceptemos el argumento, sin embargo, como se nos presenta. La Reforma rechaza la tradición por el Evangelio; nosotros, que no rechazamos el Evangelio por la tradición, y que á la vez tenemos uno y otra; nosotros, por quienes la Reforma posée el mismo Evangelio que nos opone, aceptamos el juicio del Evangelio.

Digamos de paso que la Reforma, que no solo odia el culto de la Virgen, sino también la virginidad y por ende el celibato en los sacerdotes, indudablemente olvida esta sentencia del Apóstol: « El que contrae matrimonio obra bien; pero el que no lo contrae obra mejor. (I Cor. VII. 38.); Y critican á la Iglesia por haber optado por lo mejor!

Ahora bien; no solo no nos limitamos á aceptar el Evangelio; sino que lo invocamos en apoyo del culto de María como la roca viva de donde arranca el primer anillo histórico de semejante culto; como á la antigua fuente de donde brota y de donde le veremos dilatarse sin interrupción al través de los tres primeros siglos, hasta el concilio de Éfeso, de donde se pretende tomar su antigüedad.

* *

Ahora bien; ¿qué culto más evangélico que el que principia el Evangelio por este homenaje del mismo cielo: Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus; — Salre, llena de gracia, el Señor está contigo y bendita eres entre todas las mugeres? Que el que nos representa á Maria cooperando por el libre consentimiento de su fe, de su virginidad, de su humildad al misterio inicial del cristianismo; cubierta con la sombra de la virtud del Altísimo, investida del Espíritu Santo, y concibiendo en su seno virginal al HIJO DE DIOS?

¿Qué culto más evangélico que el que nos representa á María, Madre de Dios, respirando con él un mismo aliento, palpitando con la misma sangre, llevándole en sus entrañas y comunicándole por su voz á Juan Bautista y á Isabel, que le honran por su conmoción y entusiasmo; á Juan Bautista, que recibe por María la gracia que debe anunciar á todos los hombres; á Isabel, que, poseída del Espíritu divino, exclama con una gran voz: Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el Fruto de tu vientre; que la tributa, como á MADRE DE SU SEÑOR, el más profundo culto de su veneración;

que la atribuye la dispensación de la gracia, cuyo estremecimiento acaba de sentir, y que la proclama Bienaventurada por haber creído, y por haber así preparado á Dios el cumplimiento de sus misericordias?

¿Qué culto más evangélico que aquel que en el mismo instante y ampliando las palabras de Isabel señala el Verbo de Dios á su Madre y el Espíritu Santo á su Esposa, en el sublime Magnificat que le inspiran, en que todas las generaciones futuras son convocadas á honrar sucesivamente á María con el mismo culto que acaba de inaugurar Isabel, porque el Todopoderoso ha obrado en Ella grandes prodigios?

¿Qué culto más evangélico que el que continúan tributándola los pastores y los Magos, los judíos y los gentiles, adorando al Niño en los brazos de su Madre María, y el santo anciano Simeón asociando á esta Madre, en su profecía, á todas las contradicciones de que habrá de ser objeto su divino Hijo, y más particularmente á la espada de dolor que debe unirlos en el gran suplicio de la cruz, et tuam ipsius animam pertransibit gladius?.

¿Qué culto más evangélico que el culto filial de confianza, de ternura y abandono que Dios niño ha querido por sí mismo tributar á María, haciendo del seno virginal, en que ya había tomado la vida humana, su trono, su refugio, su alimento, su lecho; que el culto de sumisión que además ha querido tributarle con todo el brillo de la sabiduría, que había hecho resplandecer en el templo, y que ha prolongado en la más gloriosa oscuridad para

María, hasta los treinta años: et erat subditus illis? ¿Qué culto más evangélico que el de la divina deferencia del Hijo de Dios á una sola palabra de María, adelantando por Ella la hora de su manifestación en el gran milagro de Caná, y constituyéndonos deudores á su maternal influencia del principio de sus

milagros, de la fe de sus discípulos, y por ellos de la del mundo?

¿Qué culto más evangélico que el que tributa á María la mujer del Evangelio, exclamando entusiasmada por la palabra de Jesús: Dichoso es el seno que te ha llerado, y dichosos los pechos que te han amamantado; exclamación que el mismo Jesús realza con su respuesta: Mucho mas dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la observan, ratificando así las palabras de Isabel á María: Bienarenturada tú, que has creído, y la del Evangelio: y María conservaba todas estas cosas y las repasaba en su coraxón?

¿Qué culto más evangélico, en fin, que el que ha conquistado María del reconocimiento y del amor del género humano, engendrándolo tan dolorosamente al pié de la cruz por su maternal compasión, y que la misma augusta Víctima instituyó por este supremo testamento: Hijo, hé aqui á tu Madre? (1).

¡Apelais al Évangelio! Pues bien, hé aquí el Evangelio: este es el culto de María en su primera fuente. Y tan cierto es esto, que el culto de María solo se forma del Evangelio; es el Angelus, es el Magnificat, es la conmemoración de los misterios de la Anunciación, de la Visitación, de la Natividad, de la Purificación, de la Presentación y de la Compasión; es la sencilla lectura de las páginas del sagrado Libro en que es glorificada María; y al citarlas, no hacemos más que recordar la liturgia de su culto.

Vocotros que intentais sustraeros á él, que le atacais é insultais, bien podeis hacerlo; pero no sin desgarrar el Evangelio y abjurar el cristianismo. No se trata aquí de interpretación; se trata de lectura, se trata de la creencia en Jesucristo.

Más, he aquí una singular confesión de esta verdad: Bayle que, en el artículo *Juno* de su Diccionario,

¹⁻Hemos omitido las citas de los lugares de los textos aducidos, ya por ser muy conocidos, ya por no cargar de citas este capítulo.

nos dice que el culto de María principió en el siglo IV, y que debe su origen á la sórdida codicia de los sacerdotes, (perenne calumnia protestante); el mismo Bayle, en su artículo Nestorio, juzga que « cuantas alabanzas se han tributado á María, aún las más excesivas, proceden naturalmente del título Madre de Dios; y que, aún limitándose á la sola cualidad de Madre de Jesucristo, como pretendía Nestorio, se habrían sacado infaliblemente iguales consecuencias.»

Filosóficamente, Bayle tiene razón: cuanto hay de más excesivo, si algo puede serlo, en el culto de la Santísima Virgen, procede naturalmente del título de Madre de Dios. En verdad, el cristianismo ha presentado en Jesucristo tan alta idea de santidad, de sabiduría, de amor, poder y magestad victoriosa, ha realzado de tal suerte el ideal divino, la noción de Dios, que llamar á María Madre de Dios, es reconocer en ella una prerrogativa tan alta, tan prodigiosa, que supera á todo entendimiento y reclama todo honor: pues « en esta sola palabra, como dice Lutero, todo honor se contiene en María, y nadie pudiera publicar en su alabanza cosas mas magníficas. »

Limitarse á la única cualidad de Madre de Jesucristo, según lo entendía Nestorio, es decir, al hecho de haber producido á un hombre, pero á un hombre á quien Dios mismo se habría juntado en el seno que lo concibió, es dejarla todavía una gloria tal, que tendría derecho á un culto excepcional; y la prueba es que los nestorianos se lo tributan. No es excesivo el culto que tributamos á María, sino el Evangelio que la saluda y preconiza Madre del Espóritu Santo en Isabel.

He aquí lo excesivo, si alguna cosa puede serlo, en el culto que tributamos á María. ¿Qué es necesario hacer para rechazar este culto, y qué hacen los que lo rechazan? Caen más bajo que los netorianos, reniegan del Evangelio, abjuran el cristianismo.

Háganlo enhorabuena, pero con una condición; y

es, que no pretendan pasar por cristianos, ni evangélicos; que nos abandonen el Evangelio, como nos han
abandonado la tradición; que no vuelvan á decir que el
culto de la Santísima Virgen ha nacido de la sórdida
codicia de los sacerdotes, y que solo data del siglo IV;
que confiesen con Bayle que, nacido del título de
Madre de Dios, ó del de Madre de Jesucristo, proviene del Evangelio, que preconiza en María este título
inefable, y que proviene naturalmente de él.

Está demostrado, pues, que el culto de la Santísi-

ma Virgen data del Evangelio.

* *

Pero aún es más antiguo; no solo es un culto erangélico, sino también, y en el más alto grado, un culto bíblico.

El Evangelio mismo lo dice expresamente: « Todo esto se ha verificado para que se cumpliese lo que había anunciado el Señor por el Profeta, diciendo: « HE AQUÍ QUE LA VIRGEN CONCEBIRÁ Y dará á lux un Hijo, á quien se dará el nombre de Emmanuel, que significa dios con nosotros. » (Matth. I, 22.)

Por tanto, LA VIRGEN MADRE fué presentada á la admiración y al culto del universo, desde tiempos anteriores al Evangelio, como el prodigio, según la expresión de Isaías, de la unión de Dios con su obra. Esta preconización de María se remonta, mucho antes de Isaías, á los Patriarcas, á Abrahan, en quien María misma eslabona el culto que todas las generaciones le tributarán desde entonces hasta el fin de los tiempos: sicut locutus est ad Patres nostros, Abraham et semini ejus in sæcula:—según habló á nuestros Padres, á Abrahan y á su descendencia por los siglos, (Cántico Magnificat); y antes del mismo Abrahan, á la primera pareja humana y al primer acto de la historia, que nos representa á María en la Mujer

que recobrará sobre la serpiente el imperio que tan deplorablemente le había cedido Eva, y será para todo el género humano libertado la nueva Eva.— Inimicitias ponam inter te et MULIEREM, inter semen tuum et semen illius, et Ipsa conteret caput tuum. «Pondré enemistades entre ti y la MUGER, entre tu descendencia y la suya, y Ella quebrantará tu cabeza». Esto es, Maria, por medio del Cristo.

He aquí, pues, el origen histórico del culto de la Virgen; de ahí procede. Y ¿por cuántas profecías, figuras y símbolos no ha sido recordado y conservado en el mundo? Verdad esta que merecía un estu-

dio especial, pero bástenos ahora enunciarla.

María es la única criatura que ha ocupado al mundo antes de aparecer en él, la única que no ha cesado de ocuparle después; que llena de este modo todos los tiempos, y que forma, según las bellas expresiones de San Bernardo: « el asunto de los siglos » negotium sœculorum.

Ella debe este culto indefectible á Jesucristo, como Madre suya; á Jesucristo, que existe antes de que Abraham existiese, (Joan. VIII, 58) — que fué ayer, que es hoy y será siempre, (Hebr. XIII, 8) y que, siendo Hijo de María, la comprende en esta perpetuidad histórica de su existencia y de su acción; y la comprende sin absorberla, haciéndola resplandecer con la luz de su divinidad, por ser Ella la que da á luz su humanidad.

El culto de María es, pues, un culto evangélico y un culto bíblico; añadamos que ha sido también, en su antigüedad más remota, un culto místico y universal; asunto que solo podemos tratar lacónicamente.

Resulta, en efecto, que este culto evangélico, tal como lo practicamos hoy, fundado en la dignidad de Madre de Dios, consagrado por todos los honores que el hombre, el Angel y Dios mismo tributan á María en el Evangelio, es solo la consecuencia cumplida del culto profético de que era objeto la Virgen-Madre en-

tre los judíos, y que desde este centro sagrado se difundió en mitos diversos entre todas las naciones

paganas.

En los mitos profanos de Mitra, de Isis, de Io, en estos misterios legendarios, y aún en la concepción divino-humana de todos los libertadores y semidioses, que no quiero nombrar, es la Virgen María quien se encuentra velada y honrada; porque todos estos errores se hallaban fundados en una verdad: en la maternidad divina de María. Si en todos estos mediadores, que debían libertar al mundo del imperio del mal, Mitra, Horus, Epaphus, Apolo, Hércules, Teseo, el Niño-Dios cantado por Virgilio, es permitido ver sombras y figuras, más ó menos informes ó deformes, aunque siempre claras, de Jesucristo, y la confirmación de estas palabras: Este será la expectación de las naciones, necesariamente deben verse las sombras y figuras de la Virgen María en las madres de estos libertadores, y la verdad de estas otras palabras: Inimicitias ponam inter te et mulierem: pondré enemistades entre tí y la mujer — Ecce virgo concipiet et pariet: hé aquí que la Virgen concebirá y dará á lux.

Saquemos, pues, de todas estas indignas fábulas, apartemos de ellas, como una usurpación y un testimonio, la única verdad que las sostenía, la verdad del culto universal de María antes del Evangelio; despues de lo cual, rechacémoslas con horror, diciendo con Tertuliano: «Léjos todas esas impuras y groseras imágenes, léjos todas esas impúdicas supercherías de Isis, de Céres y de Mitra! El rayo de Dios, hijo de la eternidad, debía por sí mismo desprenderse de las celestiales alturas, como estaba predicho. Por fin ha descendido, reposando sobre su frente virginal, y se cumplió el gran misterio del género humano: adoramos á un Hombre-Dios y reverenciamos á una

Virgen-Madre.»

El culto de la Santísima Virgen en la primitiva Iglesia antes del Concilio de Efeso

María es inseparable del Cristo, como la Madre del Hijo. Así que, tanto para Jesucristo, como para la Virgen María, que forman, en la referencia que los une, un solo prodigio, base de toda la Religión, cual es el gran prodigio del Verbo hecho carne, el Evangelio es á un mismo tiempo el término y el orígen del culto: el término para los siglos anteriores á la Encarnación; el orígen para los siglos posteriores.

Así como el cristianismo de los tiempos antiguos profesaba el culto de la Virgen que había de dar á lux al Mesías, el cristianismo de los tiempos nuevos profesa el culto de la misma Virgen, habiendo ya dado á lux al Redentor.

El Evangelio, la humilde morada de Nazaret, el seno virginal de María, forma de este modo como el centro vital al rededor del que gravitan todos los siglos, recibiendo de allí la influencia de la gracia que los fecunda para la eternidad.

La historia por su parte confirma tan bella verdad, antes y después del Evangelio, no dejando una sola época, un solo día de interrupción en el testimonio que le tributa, según hemos visto.

Sin embargo, la situación del cristianismo naciente, confundido entre la muchedumbre del mundo pagano, antes de que lo hubiese convertido, y durante el gigantesco trabajo de esta conversión, no debía ser la misma que cuando, vencedor y elevado del Gólgota al Capitolio, empuñó las riendas del mundo cristiano.

Es necesario, pues, tener presente esta consideración para explicar la reserva ó falta de esplendor de la primitiva Iglesia respecto al culto de la Madre de Dios; y baste indicarla para apreciar, en vista de tal reserva, el valor extraordinario de los testimonios que vamos á presentar respecto á los primeros siglos.

Estos testimonios son: las pinturas de las catacumbas, los Evangelios apócrifos y las antiguas liturgias: empezaremos por el primero.

Pinturas de las catacumbas

La Iglesia de las catacumbas es como la cuna sagrada y veneranda del cristianismo histórico. Pues bien; el culto de María se halla, desde luego, atestiguado por las pinturas de las catacumbas, esa mansión primera del cristianismo.

Todos han oído hablar de los descubrimientos de las catacumbas, y de la ciencia de los Marchi y de los De'Rossi para interpretarlos. Estos sabios arqueólogos han sido los *Cuviers* de estas *capas* fósiles del mundo cristiano, con una precisión más incontestable todavía que la que aquel ilustre geólogo ha introducido en la explicación de las catacumbas de la naturaleza; el protestantismo entero se ha conmovido, muchos de sus sectarios han sido convencidos por estas santas apariciones de los primeros siglos, viniendo á dar testimonio en favor de nuestra fe con la magestad del martirio sufrido por ella, y reduciendo al silencio de la confusión y del respeto á los que se obstinaban en no confesar la verdad.

En todo el protestantismo han producido las pinturas de las catacumbas un estremecimiento que no ha podido ocultar, y que prueba la importancia de éstas para demostrar el culto de la Madre de Dios. Nos limitaremos á dos 6 tres ejemplos que juzgamos suficientes.

En su grande obra sobre los monumentos del arte cristiano primitivo, describe así el P. Marchi la cripta

de *María y del Niño Jesús* en las catacumbas de Santa Inés:

« Sobre el pequeño altar de esa cripta se ve una « figura de la Virgen, de medio cuerpo: está senta- « da, teniendo sobre sus rodillas al divino Niño. Para « evitar cualquiera equivocación, ha grabado á dere- « cha é izquierda el pintor el doble monograma de « Cristo. Su divina Madre extiende los brazos en ac- « titud de súplica; pero no así el Niño, para señalar « de este modo la distancia infinita que separa al Hijo « de la Madre. La Madre es una criatura, sin duda » la más poderosa de todas, pero solo por su influencia « de intercesión y súplica; mientras que el Hijo es « omnipotente por sí mismo. » (1)

Añade el P. Marchi que pertenece esta pintura á

los últimos años del siglo II.

Por tanto, desde el siglo II el culto de la Madre de Dios unida á su divino Hijo y mediando entre El y los hombres, era recibido entre los cristianos y expre-

sado por imágenes.

Digo el culto, porque estas pinturas se encuentran en las capillas, sobre el mismo altar, que era la tumba de los mártires, sobre la cual se celebraban los santos misterios. De suerte que se presenta aquí á un tiempo el culto de la Virgen, el culto de los mártires, el de las reliquias y el de las imágenes; en una palabra, el catolicismo entero: la más completa condenación de la Reforma, que se ha opuesto á tales cultos, fundándose solamente en el uso de la primitiva Iglesia, que hoy viene á desmentirla, probando lo contrario.

Sin duda estas imágenes eran secretas, furtivas como el culto, alumbradas solamente por las antorchas de la proscripción y del martirio; pero por esta misma causa son aun más sagradas: y sus rasgos ahumados, enrojecidos, martirizados también por la noche y el tiempo, expresan mejor así la venerable antigüedad de nuestra fe.

Otros descubrimientos modernos han venido á ilustrar completamente la multiplicidad de estas primitivas representaciones de la Madre de Dios, con la notable circunstancia de que frecuentemente la Vir-

gen está sola, sin el divino Niño.

En la pintura de las catacumbas de Santa Inés, de que acabamos de hablar, se halla representada la Virgen con los brazos extendidos en ademán de súplica: el Niño-Dios y su monograma la dan á conocer. Además, un gran número de pinturas representan una mujer en ademan de súplica, pero sola: es el mismo cuadro, menos el niño. La idea de que pudiera ser la Virgen María no llamó al principio la atención, y se dió á tales figuras el nombre general de *Orantes*.

Sin embargo, como en muchas de ellas se encontrase escrito, ya el nombre de *Mara*, ya el de *Maria*, tuvieron que considerarse como representaciones de la Virgen María; y se confirmó tal idea por haberse encontrado semejantes pinturas en capillas donde estaban colocadas formando simetría con la figura de Nuestro Señor, bajo el emblema del buen Pastor.

¿No son estas figuras hieráticas de María, otros tantos testimonios de su culto entre los primitivos cristianos? Hé aquí lo que la ciencia ha resuelto por

la más legítima inducción.

Pero hay más; los posteriores descubrimientos de De'Rossi han hecho retroceder más todavía la antigüedad de tan insignes testimonios. El cementerio de Domitila ha presentado á su ciencia cuantos tesoros y secretos tiene; y siguiendo sus pasos, penetramos en el siglo I. Lenormant, que ha tenido la satisfacción de recorrer también estas catacumbas, nos ha hecho de ellas una relación en que la autoridad de De'Rossi se robustece con la suya, y en donde nos hace partícipes de las impresiones que experimentó su alma católica en esta cuna sepulcral de nuestra fe.

¹⁻Monumenti delle arti christiane primittve nella Metropoli del Christiauesimo, pág. 152, 157.

* Apoyado, dice, en la convicción perfectamente razonada de De'Rossi, y aun me atrevo á decir, en nuestras comunes observaciones, no temo asegurar que puede formarse una historia completa de la pintura cristiana desde el fin del siglo I, ó principios del II, hasta el IV. Estos antiguos títulos de nobleza se demuestran con incontestable evidencia.

« Después de haberme hecho examinar las figuras de Cristo y los Apóstoles, que parecerían, exceptuando el asunto, sacadas de los muros de Herculano, así como los símbolos evidentes de los misterios eucarísticos, me llevó á otra cámara en que la Virgen, con su divino Hijo sobre las rodillas, se muestra recibiendo los presentes de los reyes Magos. ¡Oh dulce y poderosa comparación! Rafael ha visto seguramente muchas pinturas de las catacumbas, y se ha aprovechado de ellas.

«Así, la Virgen de la catacumba de Domitila tiene la casta graeia y la delicadeza de una madona de Rafael. La fe del católico se exalta al reconocer las indudables pruebas de que el culto de la Madre de Dios se hallaba establecido en las más remotas épocas de la primitiva Iglesia. El artista y el sabio se maravillan de la antigüedad de un tipo cuya memoria había conservado la edad media, y que el Renacimiento restituyó á su primera elegancia. »

Esta emoción tan natural en el alma católica, descubriendo las huellas de sus autores y los fundamentos de su fe, parecería en cualquier otro haber preocupado el juicio; pero en el sabio Lenormant atestigua la profundidad de la convicción, y es la mayor fianza de ella.

Šin embargo, para los que prefieren un informe más frio, y aún imparcial por la manera con que se recomienda, citaremos este lugar de la segunda relación de Mr. Desjardins al ministro de Instrucción Pública y Cultos, de Francia, acerca de una comisión científica en Italia. Al mismo tiempo se verá en ella la

importancia de tales descubrimientos reflejada en la emoción que causaron en el mundo protestante.

« De'Rossi, dice este sabio, distingue tres cementerios hacia la vía Apia, y otros tres hacia la vía Ardeatina. Los más curiosos, después del de San Calixto, son el de Domitila, del siglo I, al oeste del anterior, donde actualmente prosiguen las investigaciones, y el de San Pretextato al sudeste y del lado de acá de la basílica de San Sebastián. El centro histórico de la catacumba de Domitila está reconocido. En él deben encontrarse las sepulturas de San Nereo y San Aquileo, y de los Mártires contemporáneos del Apostolado. Las pinturas ya descubiertas ofrecen el mayor interés. Es notable que en los cementerios descubiertos por Mr. De'Rossi figure el retrato de la Virgen, lo que parece probar claramente que su culto alcanza á los primeros tiempos de la Iglesia. Confusos han quedado los protestantes de Alemania en presencia de tan insignes testimonios religiosos descubiertos por un sabio católico, cuyos trabajos no han sido sometidos á examen alguno (aunque hoy no es así). Ataques directos y emanados de altas regiones sociales se han publicado en Berlin; pero Heuzen, aunque perteneciente al culto reformado, fué el primero en elevar valerosamente su voz en Roma para defender la probidad científica de Mr. De' Rossi, cuyo carácter y exclusiva abnegación por la grande causa de la verdad están sobre toda sospecha. El acto valeroso de Heuzen, acto que honra, tanto al que lo ejecuta, como al que es su objeto, á nadie ha sorprendido; y los que le conocen, no esperaban menos de él...»

Hé aquí los sábios y respetables fiadores de la antigüedad apostólica del culto de la Virgen, según las pinturas de las catacumbas. Unido semejante testimonio al de los Evangelios apócrifos, no deja la menor duda sobre la verdad histórica de este culto público, inmediata consecuencia del Evangelio, de donde nace.

Evangelios apócrifos

Este testimonio es mas importante de los que se puede creer. Llámanse Evangelios apócrifos las narraciones compuestas sobre el mismo asunto que los cuatro Evangelios canónicos, en época contemporánea ó próxima á la en que estos fueron escritos, y que constituye lo que justamente se ha denominado Ciclo evangélico, teniendo por objeto llenar los vacíos ó lagunas que la austera sencillez de la sagrada narración dejaba á las tradiciones ó á la imaginación. Pero se diferencian de los verdaderos Evangelios: 1.º en que no son inspirados; 2.º en que están suscritos con nombres de autores supuestos; 3.º en que á veces se hallan mezclados con leyendas piadosas no admitidas por la crítica. Tales monumentos tienen, sin embargo, una importancia verdadera, que bajo cierto aspecto debe apreciar la crítica juiciosa.

Primeramente pueden verse en ellos, en no pocos casos, muchos acontecimientos verdaderos, cuya tradición, viva en los recuerdos públicos de aquellos tiempos, se ha depositado en tales narraciones: á cuyo número pertenece, por ejemplo, la Presentación de la santístma Virgen en el templo. Además, en lo que es dudoso ó inexacto, en cuanto á los mismos hechos, preciso es considerar, como en toda leyenda, aunque sea falsa, el carácter del espíritu del tiempo, del estado de las almas, de la impresión producida en ellas por los acontecimientos que han tenido lugar y por los personajes que han obrado en la historia.

Nosotros leemos la historia, el Evangelio, y recibimos tal ó cual impresión, una impresión de admiración y de culto hacia la Madre de Cristo. Mas tal sentimiento, aun cuando quieran presentarlo como nacido de una preocupación católica posterior al Evangelio ¿no resulta del Evangelio mismo y de los acontecimientos que refiere? Esta es la cuestión. Y ¿qué mejor manera de resolverla, que consultar la impresión inmediata, sencilla, espontánea que la historia evangélica produjo en la sociedad contemporánea? Pues bien: los apócrifos son testimonios vivos de esta impresión; son el cortejo popular de Jesús y María, que nos es dado contemplar, y en el cual vemos de dónde recibimos la idea y el sentimiento que produjeron en la multitud, y el grado de culto de que fueron objeto. No importa saber precisamente si es verdad cuanto de ellos se dice: en cuanto á esto, la crítica puede correr á sus anchuras; se trata de saber lo que de ellos se piensa, el ideal que de ellos se ha formado; y unicamente con este fin se trata de saber lo que de los mismos se dice. Y aun cuando esto se halle mezclado con leyendas, no solo no dañarían estas á la revelación de lo que se piensa, sino que lo harían conocer más á fondo, mostrándolo hasta el punto en que la imaginación conmovida no se satisface con la verdad y recurre á la invención; y la misma crítica, que rechaza las fábulas, guarda y aprovecha el ideal contenido en ellas.

« Estas narraciones familiares y anecdóticas he « chas en el hogar doméstico, bajo las tiendas, en los « campos, en los descansos de las caravanas, dice un « crítico distinguido, autor de un trabajo notable « sobre este asunto, contienen un cuadro vivo de las « costumbres populares de la naciente Iglesia. En « ninguna parte se estudiará mejor la transformación « que bajo la influencia del cristianismo se verifi- « caba entonces en las clases inferiores. La rica « fuente de ideas y sentimientos, abierta por el nuevo « culto, se derrama aquí con abundancia y libertad. « Podrá suceder que lo que nos refieren estos libros « de la santísima Virgen y de sus parientes, de Jesús « y sus Apóstoles, no sea muy exacto, lo cual es pro- « bable; pero los usos, las costumbres, las prácticas,

« que involuntariamente revelan, son verdaderas. Evi« dentemente atribuyen á los personajes sagrados
« discursos que no han pronunciado jamás; pero si
« les han atribuido esa conducta, esas palabras, es
« porque estaban en el espíritu del tiempo, y las
« creían dignas de aquellos á quienes las atribuían.
« Estas leyendas son, pues, en verdad, un comentario
« popular del Evangelio, en que aun la misma men-

« tira es verdadera (1). » Esto no es decir que todo sea pura invención en los apócrifos, sistema que el racionalismo alemán no ha temido llevar hasta el absurdo, extendiéndolo á los mismos Evangelios canónicos; pues entonces ¿cuál sería la base de un ideal semejante, y cómo hubiera podido salir de una sociedad, que le era tan contraria, é imponérsele de un modo tan prodigioso? Evidentemente esta base es histórica en el mas alto grado: á saber, los cuatro Evangelios canónicos de san Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan, cuya autenticidad, sinceridad y veracidad, como se ha demostrado repetidas veces, son inimitables. Vienen después los Evangelios de autores supuestos, apócrifos, pero ortodoxos, no conteniendo nada que sea contrario á las doctrinas y hechos expuestos en los Evangelios canónicos, conformándose enteramente á su contenido, procurando solo amplificarlos, y presentar al lector una vida mas completa del Hijo de María, mas acomodada á las ideas y sentimientos que el mismo Evangelio acababa de suscitar en las almas; hechos, en una palabra, conformes al Evangelio.

Los apócrifos se colocan al rededor, mas á cierta distancia, de los *canónicos*, del propio modo que la crónica respecto de la historia, completándola, sin comprometerla; presentándola escrita, no solo en los sagrados Libros, auténticos con todos los caracteres de la verdad histórica y todas las seguridades de la inspiración, sino en las emociones y conversaciones de la muchedumbre, y tributando al Evangelio un doble testimonio por la semejanza y la diferencia: por la semejanza, mostrando el Evangelio en las almas con amplificaciones, cuya sencillez, aun en lo perteneciente á la invención, atestigua la verdad del fondo, siendo solo una manera de traducirla; por la diferencia, haciendo resaltar en cierto modo la magestuosa sencillez, la celestial veracidad de los Evangelios trazados con el estilo de Dios, por su comparación con los Evangelios amplificados según el estilo del hombre.

Tal es el carácter de los apócrifos; pues hemos querido discernirlos bien, á fin de establecer que el culto que tributamos á la Madre de Dios resulta, no solo del Evangelio, según hemos demostrado, sino de la impresión del Evangelio, tal como la sintieron los primeros cristianos, y lo constatan los evangelios apócrifos, cual simples documentos históricos. Pues se llaman apócrifos, como Evangelios, en oposición á los canónicos; pero no son apócrifos como crónicas contemporáneas á la época de los Evangelios.

Ahora bien; poseemos tres Evangelios apócrifos relativos solamente á la Madre de Dios; sencilla expresión del culto que el Evangelio había inspirado hacia Ella en las almas. Estos son el Proto-Evangelio de Santiago, — la Historia de la Natividad de María y de la infancia del Salvador, — y el Evangelio de la Natividad de María Santísima: todos de muy antiguo origen.

Sabemos por testimonios positivos que el Erangelio de Santiago pertenece á la primera edad de la era cristiana; San Justino lo menciona en el siglo II (1); Tertuliano, Orígenes y San Epifanio hacen alusión á él (2). Los otros dos, la Historia y el Erangelio de la Natiridad, son evidentemen-

¹⁻Dial. cum. Tryph. 78, 2-Sanct. Epihan. ad. Haeret. 1. III, t. 2.

te de la misma especie y nacen de la misma inspiración. Además de estos tres Evangelios, tenemos el Erangelio de la infancia y la Historia del carpintero José, que reflejan, especialmente la primera, el más tierno brillo sobre María; siendo ambos libros de la misma época (1). Por último, el monje Epifanio nos revela la existencia de otras tres leyendas que no han llegado hasta nosotros: una abrazaba entera la vida de la Santísima Virgen; las otras dos estaban consagradas á la narración de sus últimos años y su muerte.

Todas estas narraciones brotaron del sentimiento de admiración, de veneración y bendición de que la Santísima Virgen es objeto en el Evangelio por su dignidad de Madre de Dios. Sentimiento que resplandece en la exclamación salida de la multitud: ¡Bienaventurado el seno que te ha llerado, y dichosos los pechos que te han nutrido! y que, contestado por Jesucristo, se halla tan altamente consagrado por Simeón, por Isabel, por el Angel, ó más bien, por el mismo Espíritu de Dios que les animaba. Tal es el germen de los apócrifos.

Pero ellos son los testigos irrecusables del culto de María como infiltrado en las creencias y costumbres de los primeros cristianos. Testigos, sí, pero no los fundamentos; pues no se crea que se basa en los apócrifos la devoción á la Madre de Dios. El fundamento de la devoción á María, mediadora de las gracias de Jesús, es el Evangelio, la maternidad divina de María. Los apócrifos son únicamente los testigos de la existencia de esta devoción entre los primitivos cristianos, y bajo este aspecto, son irrecusables y terminantes.

Ni se diga tampoco que, estando desacreditados por las leyendas en que abundan, no son dignos de fe, como testigos. También esta dificultad se halla resuelta. Doctrinalmente son ortodoxos, puros de toda superstición y exageración: históricamente atestiguan de un modo incontestable la creencia en el poder de María, en la intercesión de su divina maternidad para obtener las gracias de Jesús. Nada importa que los hechos particulares en ellos narrados hayan acontecido ó no. Por lo demás, en lo relativo á nuestro objeto, son muy verosímiles.

Pero sobre todo, lo cierto es que expresan la idea, la creencia, las costumbres religiosas de su tiempo,

y esto es lo que se necesita.

Por tanto, el culto de María en la primitiva Iglesia se halla atestiguado por los Evangelios apócrifos, como dato histórico irrecusable.

Pero un tercer testimonio viene á concurrir ampliamente á esta demostración, y es el de las liturgias.

Antiguas liturgias

La liturgia es el lenguage del culto. Más este tercer testimonio, aisladamente considerado, pide algún estudio para resaltar en toda su fuerza. Pero los dos testimonios anteriores, los Evangelios apócrifos y las pinturas de las catacumbas, vienen en cierto modo á prestarle su apoyo para disminuir este

trabajo, y para prestarle fundamento.

Con efecto, en las capillas subterráneas de las catacumbas, ¿qué plegarias, qué alabanzas han debido resonar? ¿qué memorias debían celebrarse? ¿ qué culto, en una palabra, qué liturgia había de observarse? Evidentemente, una liturgia que comprendiese la alabanza y la invocación de María, después de la adoración de Jesucristo y el culto tributado á Dios. Claramente lo dicen las imágenes que allí se ven todavía. Tales imágenes, en verdad, son litúrgicas: representan á la Virgen María en su ministerio de Madre, y

^{1 -} Moelher, La Patología de los tres primeros siglos, tom. 2.

Mas estas liturgias se sostienen perfectamente por sí mismas. Hablamos de las liturgias conocidas con los nombres de San Marcos, de Santiago ó de otro Apóstol, y que siempre han sido reputadas de origen

apostólico.

La grande objeción presentada contra su antiguo orígen consiste en que no han sido determinadas por escrito hasta el siglo V. El hecho es verdadero; más la consecuencia es falsa. En efecto, los mismos testimonios que prueban que la liturgia no ha sido fijada por escrito en los primeros siglos, prueban también que ha sido cuidadosamente conservada por tradición en cada iglesia. Era un misterio que se procuraba ocultar á los paganos, y que se transmitía por el uso diario y común de los fieles unidos á los pastores: medio el más seguro é infalible de conservación, por ser multiple y uno. Por tanto, no debemos discurrir acerca de la autenticidad de estas liturgias, como obra particular de un Padre ó de un Apóstol. Aprendidas con entusiasmo y recitadas diariamente por los cristianos, forman el monumento de la creencia y de la práctica de una iglesia entera, teniendo no solo la autoridad de un Santo, sea quien fuere, sino la sanción pública de una sociedad numerosa de pastores y fieles que constantemente la han usado. Es un pueblo entero quien, por la forma de su culto y las manifestaciones de su piedad, las tributa el testimonio de su creencia bajo el fuego de las persecuciones. ¿Qué importa, pues, la fecha de su redacción por escrito, si anteriormente, y remontándose hasta los Apóstoles, se las ve practicadas todos los días por iglesias enteras? Con razón se les ha dado los nombres de estos Apóstoles, que atestiguan su apostólico orígen. Natural ha sido llamar liturgia de san Pedro á la de la iglesia de Antioquía; liturgia de san Marcos á la seguida en la iglesia de Alejandría; liturgia de Santiago á la de Jerusalen, y así de las demás. No se quería significar con esto que las hubiesen escrito tales personajes; sino que procedían de ellos por tradición en

las iglesias que habían fundado.

Lo cierto es que la verdad de este orígen y la fidelidad de esta transmisión se hallan atestiguadas en la época de su redacción de dos maneras: material y moralmente. Materialmente, por la conformidad que se halla en el fondo de las liturgias de las diferentes iglesias del mundo; moralmente, por la notoriedad, no contradicha entonces, de su orígen apostólico.

Y ¿ qué testimonio mas decisivo de semejante notoriedad que las siguientes palabras del papa san Celestino, escribiendo en el año de 428 á las iglesias de las Galias: « Consideremos el sentido de las plegarias sacerdotales, que, recibidas por tradición de los Apóstoles en todo el mundo, son de un uso uniforme en toda la Iglesia católica; y por la manera con que debemos rogar, aprended lo que debemos creer (1) »?

Ahora, pues, en estas liturgias, cuyo apostólico orígen se halla así establecido, encontramos conmemoraciones de la santísima Virgen admirablemente conformes con las pinturas litúrgicas de las catacumbas, y los sentimientos de veneración y confianza en María que respiran los Evangelios apócrifos: «De nuevo, y siempre de nuevo, dícese en ellos, conmemoremos á la verdaderamente bienaventurada y preconizada por todas las generaciones de la tierra, santa, bendita, siempre Virgen María, Madre de Dios.» - « Acordaos de Ella, Señor Dios, y por sus plegarias puras y santas, perdonadnos, tened piedad de nosotros, aliviadnos.» - «Bendita sea María, y bendito el Fruto que de Ella ha nacido.» — «Por las plegarias de la Madre de la Vida, Madre de Dios, María, y las de todos los Santos...»

Pero una objeción subsidiaria se presenta aquí y merece que la examinemos. Dícese: es verdad que leemos estos testimonios del culto de la Madre de

¹⁻Colección de D. Coustant, Epist. 95, 217, etc.

Dios en las liturgias de que hablais. Mas ¿no se ha podido, no se ha debido, legítimamente y sin alteración, interpolar en ellas de tiempo en tiempo algunos términos destinados sencilla y puramente á profesar la fe de la Iglesia contra los herejes? La herejía nestoriana, vencida en el concilio de Éfeso, ¿no ha debido señaladamente dar lugar á estas profesiones de fe litúrgicas, de fechas posteriores, respecto al dogma de la maternidad divina de María? ¿No provienen de esta fuente, llegando á juntarse y mezclarse al río apostólico tales glorificaciones de la Madre de Dios?

Confesamos la verdad del hecho que sirve de base á esta observación; pero negamos su significado contra el testimonio litúrgico del culto primitivo de la santísima Virgen. El título de Madre de Dios, tributado á María, no data del concilio de Éfeso; se le halla con la mayor alabanza en los escritos de los Padres anteriores al siglo V, de san Juan Crisóstomo, de san Epifanio, san Efren, san Atanasio y otros. Sábese también que Juliano el Apóstata achacaba á los cristianos, como un delito, el llamar continuamente así á la Madre de Jesús: Vosotros no cesais de llamar á María Madre de Dios; y en fin, el alzamiento de todo el pueblo, cuando un discípulo de Nestorio negó por primera vez la legitimidad de este título, prueba que la devoción pública lo tributaba constantemente á María. La presencia de tan gloriosa invocación en las liturgias apostólicas puede muy bien sostener su antigüedad respecto del concilio de Éfeso. Convengo en que, hasta cierto punto, para protestar contra la herejía nestoriana, es probable que desde la época de este Concilio se haya formulado más amplia y frecuentemente en las liturgias el dogma de la divina maternidad. Mas á esto se reduce todo. En cuanto á deducir que toda memoria, elogio é invocación de la Virgen María en estas liturgias data igualmente de este punto, es de tal modo abusivo, de tal modo contrario al

texto general de las liturgias, á los demás testimonios sobre el culto primitivo de María, ya mencionados, que de ninguna manera puede sostenerse.

Además, tenemos un argumento que corta por completo la dificultad: argumento sacado de la liturgia de los mismos nestorianos, contra los cuales se ha introducido, según se dice, la alabanza é invocación de María en las liturgias apostólicas. Es evidente que los nestorianos no han podido inscribir su propia condenación en su liturgia, y que así el título de Madre de Dios no se le da en ella á María; lo cual prueba su divergencia de la Iglesia en este punto. Y si en cierto modo, salvo esta invocación, han conservado cuanto constituye el culto de María en la liturgia apostólica, la dificultad sacada de la interpelación de este culto después del concilio de Éfeso se desvanece ante este hecho. Pues en su liturgia, llamada por ellos mismos de los bienarenturados Apóstoles, los nestorianos han continuado honrando á María con un culto de los más fervorosos: « Madre de Nuestro Señor, dice en ella el sacerdote, rogad por mí á vuestro único Hijo. para que me perdone mis faltas y pecados, y reciba de mis débiles y pecadoras manos este sacrificio que mi flaqueza ofrece sobre este altar por vuestra intercesión en mi favor, Madre Santísima. » (1) Y en sus libros de oraciones tienen numerosos himnos á la Madre de Cristo. ¡Tan cierto es, en principio, que « las mayores cosas que se han dicho, según asegura Bayle, respecto á María, se deducen naturalmente aún de la sola cualidad de Madre de Cristo, como pretendía Nestorio!» ¡Tan cierto es que el culto de María, anterior al concilio de Efeso, y conservado entre los nestorianos, á pesar de la profunda escisión que los separó de la Iglesia, encuentra en esta misma escisión, á cuya prueba ha resistido, el más incontestable testimonio de la antigüedad apostólica, á que lo refieren herejes y ortodoxos!

1-Renaudot, Commentarium ad Liturgiam Copticam.

Así, el testimonio litúrgico se sostiene por su propia fuerza. Recibe, en cierto modo, del doble testimonio de los Evangelios apócrifos y de las pinturas de las catacumbas un nuevo apoyo, para formar con ellos un triple é indestructible testimonio histórico de la antigüedad primitiva y apostólica del culto de la Madre de Dios.

Pero no olvidemos un título más victorioso todavía; el de los escritos y combates de la Iglesia en los

tres primeros siglos.

Si no fuera por hacer demasiado prolija esta exposición, podríamos citar contra los adversarios del culto de María, que alegan el supuesto silencio de la edad de oro del cristianismo, textos irrefragables de San Ignacio mártir, de San Justino, San Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Origenes, San Arquelao, San Gregorio Neocesariense, San Cipriano de Antioquia, San Cipriano de Cartago y otros; todos anteriores al Concilio de Éfeso. Ni necesitamos citar el testimonio de San Agustín en el siglo V, desde que son innegables los de San Epifanio y San Efrén en el IV, de San Arquelao y de Clemente de Alejandría en el III, de San Nereo y San Justino en el II; y hasta de la Iglesia apostólica en el I, según lo demuestran las pinturas recientemente descubiertas en las catacumbas de Calista.

Mas para que se vea la claridad y eficacia de esos testimonios como profesión de fe del culto de María, nos conformaremos con citar un pasaje, que es un himno á María, debido á San Efrén, anterior al concilio de Efeso:

« Virgen soberana, Madre de Dios, puerta de la vida eterna, fuente inagotable de misericordias, ornamento de la corte celestial, océano insondable de maravillas; nosotros te regamos é invocamos, Madre misericordiosa del Señor de las bondades. Inclina las miradas de tu benevolencia hacia nuestra humildad y flaqueza; disipa nuestros enemigos visibles é invisibles; sed

para nuestra indignidad, torre de ciudadela y armadura de victoria. Haz ver hoy en nosotros tus antiguas misericordias y sus maravillas. Haz ver á nuestros enemigos que el único Rey es el Señor, tu Hijo Dios, y que eres propiamente Madre de Dios y, por tanto, que todo lo puedes, y que eres dueña de cuanto quie-

res en el cielo y en la tierra.

« Concede á todos los que te ruegan lo que convenga á cada cual; concede, Señora nuestra, la salud á los enfermos, la calma y buena dicha á los navegantes; sed para los viajeros compañía y guarda; consuelo para los corazones atribulados; y para la pobreza y toda clase de miserias, alivio. Libra, Señora nuestra, con tus oraciones á esta grey, que tiene en tí especial confianza, así como á toda esta nación, líbrala del hambre, de pestes, de inundaciones, del fuego, de la espada, de guerras, por la bondad y gracia de Aquel, que es tu Hijo Unico y tu Dios.»

Es una teología completa del culto de la Virgen.

Culto de Maria desde el concilio de Éfeso. Institución de sus festividades

No nos podemos figurar todo el entusiasmo y esplendor con que el pueblo cristiano quiso ahogar la heregía que se atrevió á negar la maternidad divina de María; así como no podemos hacernos una idea de la influencia del culto de María á través de los siglos, de lo cual procuraremos dar en los siguientes capítulos una idea suscinta, aunque mas no sea.

Nestorio fué ciertamente el gran promovedor del culto de María; pues lo consagró, queriendo deprimirlo, y lo provocó, queriendo echarlo por tierra y hollarlo. Contribuyó á aclarar, y reunió como en un centro luminoso la verdad que desde los Apóstoles se hallaba difundida en toda la doctrina de la Iglesia; esto es, que la maternidad divina de María es el argumento heróico de la divinidad de Jesucristo, y como el paladión del cristianismo.

El concilio de Efeso dió á esta verdad, y al culto que la profesa, su mas acabada forma y su mas brillante justificación; dió á los pueblos cristianos toda la conciencia de su piedad hácia la Madre de Dios. En tal sentido, puede asegurarse con verdad que el culto de María data del concilio de Éfeso en el siglo V, así como bajo otro aspecto se ha dicho con razón que afluye á él. El río se convierte en catarata, á causa del obstáculo que, aglomerando el ímpetu, hasta entonces sucesivo y pleno de su corriente, eleva su nivel á una altura de experiencia y de verdad, desde donde se derrama sobre el mundo.

Convendría describir esta nueva faz del culto de María; mas sus proporciones son tan vastas, que es preciso renunciar á ello, pues serían necesarios volúmenes en vez de capítulos. Por otra parte, el hacerlo nada añadiría á nuestro objeto, porque lejos de negarse esta plenitud de la devoción del mundo á la Virgen después del concilio de Éfeso, se la presenta como una innovación sin fundamento y sin raíces en los primitivos siglos. Lo que importaba era mostrar estos fundamentos, estas raíces de la devoción á la Virgen, que se desplegó en el siglo V, en el IV, en el III, en el II y hasta en el I. Así lo hemos hecho; pues esto era lo necesario para rechazar la falsa afirmación de ser un culto sin antecedentes en la Iglesia primitiva.

Precisamente la gran luz arrojada sobre esta última faz histórica de la devoción á la Virgen ha oscurecido la primera, dejándola como en la sombra; hemos debido seguir una marcha inversa evocando estos primeros siglos disfrazados bajo el aparato de una falsa ciencia, y los hemos presentado con la sencilla autoridad de la doctrina apostólica. Los testimonios que hemos producido, no solo no son superados, sino que me atrevo á decir que no son igualados por ninguno

de los prodigios de la devoción á María que llenan la edad media. Sin duda son maravillosos monumentos de esta devoción las catedrales de Chartres, de Reims y de París; pero todavía son más vivas y grandes la doctrina y la piedad que han inspirado su erección: esos templos resuenan con las alabanzas á María, que son el alma y el espíritu de esos grandes cuerpos. La tierra entera ha cantado y canta la gloria de la Madre de su Salvador.

Vamos, pues, á trazar aquí algunos grandes rasgos del cuadro de la vida y del culto de María en la sucesión de los siglos cristianos después del concilio de Éfeso.

Desde luego, Nestorio encontró el culto de la Madre de Dios en posesión de los monumentos seculares que el cristianismo le había levantado tan pronto como pudo construir algo sobre el suelo pagano. Constantino, consagrando á la Virgen la capital de su imperio, en medio de todos los obispos que acababan de profesar la fe en Nicea (1); su madre santa Elena, elevando en los Santos Lugares tres santuarios á María: uno, que encerraba la humilde morada de Nazaret, donde María concibió, cuando la salutación del Angel, al Hijo de Dios; otro en la gruta de Belen, donde lo había dado á luz, y el tercero en el Calvario; tales consagraciones y monumentos, digo, habían sido como la primera toma de posesión del mundo convertido por María.

A esta primera época se refiere la erección en Roma, por el papa Liberio, de Santa María la Mayor, llamada así porque fué la iglesia patriarcal elevada por el cristianismo á María, como la de Letrán á Nuestro Señor; llamada también anteriormente Santa María del Pesebre, antes Santa María de las Nieres, á causa de un milagro que determinó su primera erección, y cuyo recuerdo es objeto de una fiesta que

se celebra el 5 de Agosto. (Benedicto XIV, De Fes-

tis, 1. II, c. 7.)

De igual modo la iglesia consagrada á María por el papa san Silvestre bajo el nombre de Libera nos á pænis, en medio del Forum, y la de Santu Maria del Transtiber, cuya construcción atribuye Baronio al papa san Calixto, en el siglo III, á favor de la tolerancia de Alejandro Severo, que condescendió á la fé de su madre Mamea, nos muestran claramente la antigüedad de ese culto virginal, cuya existencia subterránea vino á enseñarnos el cementerio de Calista.

Lo evidente es, que tan pronto como ha podido la Iglesia, sin ninguno de los obstáculos referidos, ha puesto en práctica por un culto público y solemne la doctrina de alabanza y de invocación á la Madre de Dios, que no ha cesado de profesar por sus Concilios,

sus Doctores y sus Padres.

La devoción á la Virgen ha nacido con todos los pueblos cristianos; así lo que acabamos de mostrar en Constantinopla y en todo el Oriente, y después en Roma, sucedía en España y en las Galias. Los santuarios de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, de Nuestra Señora de Atocha 6 de Teotoca en Madrid, de Nuestra Señora del Puerto en Clermont, de Nuestra Señora de los Dones en Aviñón, de Nuestra Señora de las Gracias en Arlés, de Nuestra Señora de la Dorada en Tolosa, de Nuestra Señora de Roca-Amador en la diócesis de Cahors, de Nuestra Señora de Amiens, de Nuestra Señora de Chartres, de Nuestra Señora de París, pueden ejercitar más ó menos la crítica por sus pretensiones de referir su fundación al V, IV, III, II, y aún al siglo I del cristianismo; pero lo que parece incontestable es que se refieren á la misma introducción del cristianismo en sus diversas comarcas por los primeros apóstoles y obispos que llevaron á ellas la fe. .

Los papas y los obispos han sido los primeros pro-

pagadores y siempre los más fervientes celadores del culto de la Madre de Dios.

También es preciso reconocer que, por una consecuencia del mismo designio que ha querido que el mundo debiese á la muger su regeneración, las mugeres han tenido justamente una parte de influencia en el establecimiento del cristianismo, consagrándolo por el culto de Aquella que las honra, y cuyo seno virginal fué el primero y más bello templo cristiano. Calista, Mamea, Elena, Ciotilde, explican bajo este aspecto, la capilla de la Virgen en las catacumbas de San Nereo y San Aquileo, Santa María del Transtíber, la dedicación de Constantinopla á María, y Nuestra Señora de París.

La emperatriz Pulqueria que, por la eminente pureza de su carácter, tuvo tan grande influencia sobre su hermano Teodosio II, y después sobre su esposo Marciano, con quien vivió virgen, es también un brillante ejemplo de este mismo ascendiente. Mientras concurría á la celebración de los concilios de Efeso y de Calcedonia, mandaba elevar á la Virgen en Constantinopla tres basílicas magníficas y por mucho tiempo célebres, la de las Bluquernas, la de Calcopratea y la de las Guías. En la primera se veneraban las vendas que habían ceñido en el sepulcro el sagrado cuerpo de María; en la segunda el virginal cinturón que había usado durante su vida, y en la tercera la célebre imagen de sus faciones angelicales, atribuida al pincel de San Lúcas. (1)

En el mismo siglo V y en el siguiente, nuevos y espléndidos templos fueron elevados á María en Constantinopla por los emperadores que se sucedieron, principalmente por León I y por Justiniano; y no solamente en Constantinopla, sino en Jerusalén, en Alejandría y en Cartago. La gratitud se unió á la fe y á la piedad en estos grandes testimonios de religión;

¹⁻Baronius, an. 450.-Nicéforo.

pues María, por los beneficios que su intercesión atraía del cielo sobre la Iglesia, los emperadores y los pueblos, correspondía al culto de alabanza y de invocación que se la tributaba. Esta bella reflexión la presenta el doctísimo Baronio, refiriéndose á Justiniano. « La Madre de Dios y Justiniano, parecían competir en beneficios v oficios. Como este defendía contra los nestorianos el título eminente de la Virgen, su dignidad de Madre de Dios, Ella le hizo llegar al soberano poder; y como erigía numerosos santuarios á la gloria de su bienhechora, señaladamente la bella basílica de Jerusalén, le fué dado subyugar toda el África, mostrándose nuevamente agradecido á este don por el establecimiento de otros muchos templos en Cartago. Así el hombre y Dios parecen luchar en mútuos servicios; de tal suerte, sin embargo, que Dios le aventaja siempre, no quedando al hombre otro medio de vencerle, que confesar por acciones de gracias que Dios le supera en beneficios.» (1)

El combate de lo que la Iglesia ha hecho por María y de lo que ha hecho María por la Iglesia, con la gloria que ha producido a Dios y la gloria que ha dado al mundo, es uno de los más bellos espectáculos de la historia. Cada monumento elevado á María, desde la basílica imperial hasta el sencillo altar campestre, cada festividad, cada alabanza fundada ó introducida en su honor, es un testimonio de sus beneficios y no menos de la confianza que los invoca. Constantinopla, cien veces salvada del azote de la naturaleza 6 de los bárbaros, y otras tantas veces reconociendo el beneficio por nuevos honores tributados á la Madre de Dios; el imperio de Oriente, sostenido también por la protección de María hasta que los imperios de Occidente hubieron acabado de constituirse bajo la misma protección; hé aquí lo que resalta en mil rasgos de la historia de la Iglesia, que pueden leerse en

todas partes, y que por falta de espacio nos abstenemos de repetir.

* *

Los templos suponían las fiestas y todo el culto; necesario, es, por tanto, creer que la Virgen María ha tenido fiestas consagradas en su honor desde que ha tenido templos; es decir, á lo menos, desde el siglo IV.

Las fiestas de la Purificación, de la Anunciación y de la Asunción son las más antiguas de la Virgen; sin embargo, su institución regular parece posterior al concilio de Éfeso. ¿Se deberá deducir que la Virgen no ha tenido culto público hasta el concilio de Éfeso y particularmente hacia el siglo VII, como se pretende con más parcialidad que crítica? Todo cuanto hemos visto desmiente esta opinión. La devoción de la Iglesia á María ha precedido siempre, y algunas veces por muchos siglos, á la institución litúrgica de sus fiestas. Además, las primeras y más gloriosas fiestas de María han sido las de su divino Hijo, señaladamente las de la Epifanía y Natividad. Así aparece con el mayor brillo en las alabanzas y plegarias compuestas en honor de María por San Epifanio y san Efren, con ocasión de estos misterios. En fin, ¿qué mayor solemnidad que la dedicación de Constantinopla á María por el primer emperador cristiano? ¿ Qué mayor fiesta permanente que un templo como el de Santa María de Efeso? ¿Qué solemnidad de culto no supone la invitación hecha á San Proclo por el mismo Nestorio para venir á celebrar á María en la iglesia de Constantinopla, el panegírico que allí pronunció este santo Obispo, y el grito de todo el pueblo huyendo de este templo profanado por la primera aparición de la herejía? He aquí el culto de María antes del concilio de Efeso.

Tomasino, cuya severa crítica nada perdona en esta

materia, después de haber establecido que la fiesta de la Purificación fué instituída por Justiniano en el siglo VI, rebatiendo á Baronio que la refiere á San Gelasio en el siglo V, aún da mayor antigüedad al culto público de María. « Sin embargo, no sería justo creer, dice, que antes de Justiniano ninguna fiesta dedicada á María se celebrase en Oriente; pues Nicéforo y Cedreno refieren que Pulqueria elevó en Constantinopla un templo llamado de las Bluquernas, sin hablar de la basílica mucho más antigua de Santa María de Efeso, donde el Concilio fulminó sus anatemas contra Nestorio. Estos templos suponen eminentemente solemnidades relacionadas con su consagración, aún cuando solo existiese la de su dedicación. En fin, en la historia de San Teodosio se hace con frecuencia mención de las fiestas consagradas á la Santísima Virgen, de la manera siguiente: Este día era un día de fiesta dedicado á la Virgen Madre de Dios, y á causa de la gran pompa y celebridad de su celebración, se encontraba en ella un numeroso concurso. ¿Cuál era el objeto propio de esta fiesta? Lo ignoramos; pero no es dudoso que existía mucho antes de Justiniano. » (1)

Igual método sigue respecto á la solemnidad de la Anunciación: después de haber mostrado que su más antigua huella aparece en el concilio de Toledo y en el de Constantinopla, en el siglo VII, Tomasino realza muy juiciosamente el motivo de su institución por el primero de estos concilios, diciendo que: la Madre no podría tener solemnidad mayor que la de la Encarnación del Verbo en su seno; y que por consecuencia esta fiesta de la Madre debe ser solemnizada como la de la Natividad misma del Hijo; y luego deduce que este mismo motivo ha debido influír para que le sea muy célebre la fiesta de la maternidad divina de María: « Me inclino á creer, dice, que aunque en San

Agustín y en San Epifanio, cuidadosamente examinados, no se encuentre huella de la festividad propiamente llamada de la Anunciación, era piadosamente observada por gran número de fieles, y estableciéndose poco á poco esta costumbre en muchas iglesias, · llegó á su regular institución por el Concilio, que se fundó en que un gran número de iglesias lejanas y diseminadas sobre la tierra celebraban ya esta solemnidad. No temería ir demasiado lejos, añade Tomasino, refiriendo á dos ó tres siglos antes esta devoción piadosa y privada, que ha sido la primera fuente de donde, extendiéndose y propagándose las más augustas solemnidades de la cristiandad, ha llegado á su for-

mal institución. » (2)

En fin, después de haber establecido que la festividad de la Asunción no debe fijarse mas allá del siglo VI ó del V, Tomasino añade: « Muchos se asombrarán de que no asignemos un orígen mas antiguo á esta gran solemnidad. Pero los monumentos de la antigüedad en que nos fundamos, son conocidos, y todo el mundo puede apreciarlos. No es esto negar que el culto de la Madre de Dios sea mucho mas antiguo. Así, Sozómeno cuenta que en el Oratorio llamado Anastasio, establecido en Constantinopla por san Gregorio Nazianceno, habían ocurrido frecuentes milagros; y de hecho se encuentra en las mas antiguas liturgias la memoria de María, así como la de los Angeles, de los Patriarcas y de los Profetas, antes de que se hubiese establecido en su honor ninguna solemnidad. El culto de María se hallaba á tal altura, que los coliridianos cayeron por exagerarlo en el abuso de la idolatría, como lo vemos por san Epifanio. En fin, no debemos perder de vista que muchas festividades del Salvador eran comunes á su Madre, á saber: las de la Encarnación, de la Natividad, de la Epifania y de la Presentación en el tem-

plo (1).»

Teníamos empeño en citar este testimonio de un crítico no sospechoso de ligereza ó de parcialidad, porque, sin sacrificar nada del rigor histórico de los hechos, no permite á la herejía ni á la impiedad sacar de ellos ventaja alguna, á expensas de la sana apreciación que debe penetrar los asuntos para juzgarlos con acierto; lo cual constituye la filosofía de la crítica. De aquí resulta, y esto es lo que queríamos dejar sentado, que la posterioridad de la institución de las fiestas de la santísima Virgen en nada se opone á la anterioridad y antigüedad de su culto, tal como anterioridad.

riormente lo hemos expuesto.

Sobre todo, la última observación de Tomasino nos parece decisiva. No puede omitirse la figura de la Madre en los misterios del Hijo, pues este mismo la daba á conocer. Así es que desde el siglo I, el misterio de la Epifanía estaba representado en la capilla del cementerio de Calista por la pintura de la Virgen, ofreciendo su divino Hijo á la adoración de los Magos, y recibiendo Ella misma el homenaje debido á tan augusta maternidad. ¿Qué sería, pues, del misterio de la Encarnación, en que esta virginal maternidad era el mismo templo y como el foco del misterio? ¿Se podía festejar la Encarnación sin festejar á la Virgen, en quien y por quien se había obrado, ni sin festejar la Anunciación? Y ¡qué festividad más grande, pues por ella se eleva á la misma altura de la de la Encarnación! Hé aquí por qué cuando la fiesta de la Anunciación fué separada más tarde, el concilio de Toledo juzgó deber celebrarla con tanta solemnidad como la de la Natividad del Verbo, á causa de la gloriosa comunidad de la Madre y el Hijo, que hacía decir al mismo Concilio: Pues ¿qué fiesta mas propia de la Madre que la encarnación del Verbo? Así,

Por otra parte, este culto afectaba desde entonces. como hoy, modos muy diversos independientemente de la celebración de estos grandes misterios. Tal era el culto de las situaciones mas particulares de la vida de la santísima Virgen, como sus desposorios, la expectación de su parto, sus júbilos y dolores maternales; tal era el culto de sus reliquias, ó de las de su divina maternidad, como su morada en Nazaret, su cinturón, su sudario, su retrato, el pesebre, donde había colocado al Niño-Dios, la túnica, obra de sus manos, con que le había revestido; tal era el culto conmemorativo de sus comunicaciones y apariciones, de sus beneficios y milagros, orígen y alimento de muchos santuarios; tal era, en fin, bajo advocaciones sin número, el culto de sus privilegios y virtudes. El culto de la Madre de Dios se ha inclinado desde su orígen á este carácter filial y afectivo que se nutre de cuanto se refiere á su objeto, y que se divide en mil maneras de honrarla, de imitarla y de invocarla, para llegar, como por otras tantas gradas á propósito de nuestras necesidades y flaquezas, á la unión con Cristo y con Dios, según la divina economía del cristianismo.

Este carácter privado y expontáneo del culto de María ha precedido al culto mas solemne de sus misterios y lo ha producido; buen testimonio de ello es la dedicación de los primeros templos que le fueron consagrados antes de la institución litúrgica de sus fiestas, segun acabamos de exponer.

puede asegurarse que, por una tierna reciprocidad, la Madre era festejada primeramente en la fiesta del Hijo, como el Hijo lo fué después en la fiesta de la Madre. Esta festividad de la Anunciación, nacida de la de la Encarnación, se convierte en seguida como en un principio de donde emanan las demás festividades de la Virgen, señaladamente la Natividad, la Purificación y la Asunción. Tal es el génesis de las festividades de la santísima Virgen.

¹⁻Thomassinus, De Deer. festor. celebrat. c. 20.

Cuadro històrico del culto de Maria desde el siglo VII hasta los tiempos modernos

Jamás hemos podido comprender, ante el esplendor universal del culto de María, cómo el protestantismo ha tenido atrevimiento para pretender oponerse á la corriente de aclamación con que el cristianismo entero, sin exceptuar á los heterodoxos y cismáticos, ha honrado á la Madre de Dios, venerándola como el paladión sagrado de la Religión fundada por el divino Redentor. El protestantismo es como el hijo pródigo é ingrato de este culto maternal, que es la gloria del cristianismo, y el mas bello florón de los pueblos civilizados.

En efecto; con la doble llama de la razón y de la fé hemos encendido, como un fanal, con cuyo auxilio puede cada uno dirigirse en la historia de las maravillas y beneficios del culto de la santísima Virgen. Enumerarlos ahora sería tarea imposible; nos limitaremos, pues, á mostrarlos como en panorama, para indicar, al menos, la gran influencia que el culto de María ha tenido en la vida de los pueblos, vacío notable en la narración de la historia universal, escrita por historiadores, aunque instruídos, víctimas de sus ideas sectarias y racionalistas; ya que la acción del culto de María es innegable, y constituye como el perfume de las costumbres y civilización de los pueblos.

Por le demás; si nos colocamos sobre una altura para abarcar el curso general de este culto, nos llenaremos de admiración al ver su continuo desarrollo atravesando las edades. Sin perder nada, sin cambiar ninguna de las riquezas con que lo han dotado los primitivos siglos, adquiere incesantemente otras nuevas. El tiempo, que siempre arrastra consigo cuanto proporciona, pierde aquí

su carácter general de destrucción. No puede disminuirlo, ni aun limitarlo; solo puede hacerlo crecer. Este es un hecho, no solo permanente siempre, sino siempre creciente en el mundo, y, por consecuencia, siempre vivo. Solo él vive y permanece: solo él vive para crecer de contínuo; y vivir así en un mundo donde todo sucumbe, únicamente puede provenir de Dios.

Se puede afirmar, sin miedo de equivocarse, que cuanto existe que sea santo, civilizador, fecundo, fuerte, grande y creador en el mundo cristiano, se ha inspirado en la devoción á María, y la ha rendido el homenaje de su acción y esplendor. La historia del culto de María es tan fácil de indicar, como difícil de tratar; es la historia completa de la Iglesia y de la humanidad, como lo expondremos de una manera especial en otra parte de esta obra.

Los dos grandes focos que en el siglo VII resplandecían en el mundo, Roma y Constantinopla, eran dos focos de devoción á María.

Cada Pontífice que ocupaba la silla de Roma consagraba algún monumento dedicándolo á María, y colocaba la ciudad eterna y los destinos de la Iglesia bajo su poderoso patrocinio, por nuevas formas de plegarias y nuevos honores. Así Bonifacio ÍV consagraba á la Madre de Dios y á la memoria de los Mártires aquel Panteón donde se habían juntado todas las monstruosidades de la idolatría universal, y tributaba á María el honor de este gran triunfo de su Hijo sobre los falsos dioses. Juan VII reconstruía con la mayor magnificencia la basílica de Santa María la Mayor, incendiada en tiempo de Honorio III, y exponía en ella á la veneración universal la imágen de la santísima Virgen, atribuida por la tradición al pincel de San Lucas; y para perpetuar este testimonio de su devoción á la Madre de Dios, se hizo representar él mismo en la basílica de San Pedro, al pie de un suntuoso altar de María, con todo el brillo del pontificado supremo, ofreciéndola este oratorio.

Sergio elevaba también á María el templo de Sancta Maria in via lata, sobre el mismo lugar de la hospedería en que habían permanecido san Pablo y sus discípulos, é instituía procesiones públicas cantando las Letanías de la Virgen, para las solemnidades de la

Purificación, la Anunciación y la Natividad.

Constantinopla rivalizaba con Roma en devoción é invocación á María. Colocada por su fundador bajo la especial protección de la Madre de Dios, dotada por la piedad de Elena, y después por Justiniano, de suntuosos templos consagrados á su culto, no cesaba de confiarla sus destinos. Asaltada por los pueblos bárbaros que la rodeaban, siempre los rechazaba con victorias en que visiblemente la Providencia tenía gran parte; victorias que la devoción pública atribuía tanto más justamente á María, cuanto que María misma parecía reivindicarlas por signos celestiales de su protección. Tales eran las manifestaciones de la confianza y del reconocimiento público hácia María en todos estos grandes acontecimientos, que puede asegurarse que la historia de Constantinopla es la historia del culto nacional del imperio á la Madre de Dios. Manifestábase principalmente por la veneración pública á una famosa imagen de María, titulada Nicopeia, Dadora de la victoria, que los emperadores solían llevar á los combates, y que, en tiempo de paz, era reverenciada en la soberbia basílica del Faro. como custodia y protectora de la ciudad.

Los mismos barbaros que la asediaban y concluyeron por subyugarla á la hora señalada por la Providencia, los sarracenos, tenían en su territorio á uno de los más grandes hombres por la inteligencia, por la ciencia y la influencia, que se hayan señalado en la historia de la humanidad, y fué uno de los mayores siervos y más ilustres panegiristas de María, san Juan de Damasco. Hijo de un visir, y nombrado él mismo. á fuerza de saber y merecimientos, gran visir de la corte de los Califas, á pesar de la fe cristiana que públicamente profesaba, y más tarde le hizo abrazar la vida religiosa, Juan de Damasco inició á los árabes en la filosofía griega, y aplicó á la escolástica el método aristotélico. La erudición, la justicia, la fuerza y precisión caracterizan los escritos dogmáticos que nos ha dejado, así como el fuego de la elocuencia y del alma dan vida á sus composiciones oratorias. Según Belarmino, supera á cuantos teólogos le han precedido, y abrió nuevos caminos á sus sucesores. Arnaud y Claudio le apellidan el Santo Tomás del Oriente. Esta gran inteligencia, sostenida por el carácter más noble y las más santas costumbres, se dedicó de una especial manera al culto de la Madre de Dios, legándola las más ricas inspiraciones de su genio. Era tal su devoción hacia Ella, que habiéndosele cortado la mano de orden del Califa, por haber sostenido el culto de las imágenes, proscripto entonces, se refiere que el Santo obtuvo de la Virgen le fuese su mano milagrosamente restablecida para seguir empleándola en defensa de la verdad.

* *

Notable es en extremo que la civilización cristiana, amenazada desde su cuna tan largo tiempo y por
tantas partes á la vez por los infieles, haya sido salvada constantemente por extraordinarios acontecimientos, que siempre han sido atribuídos á la protección
de la Santísima Virgen. La definitiva victoria de Lepanto en el siglo XVI aparece, bajo este aspecto,
como el último acto de un gran drama cuyas numerosas peripecias se prolongan y renuevan en todos los
siglos anteriores, y toman siempre el mismo carácter.

Así, lo que había tenido lugar de un modo tan frecuente y tan ilustre en Constantinopla en los siglos VII y VIII, se reproduce igualmente, aún en el seno

de costumbres totalmente diversas, en España y en las Galias. Inundada por la invasión árabe, hallóse España muy próxima á ver extinguirse en su territorio hasta la última centella de la fe cristiana, no contando para su defensa sino con un puñado de valientes refugiados en una gruta de Cantabria, bajo el mando de Pelayo. Esta gruta, convertida por estos generosos cristianos en santuario de la Virgen, les inspiró tal confianza y ardor, que derrotaron á sus numerosos enemigos y libertaron á España, la cual, reconocida, consagró para siempre la gruta de Covadonga á la Madre de Dios. En Francia, la espada de Rolando se templa en cierto modo con el voto hecho á Nuestra Señora de Roca-Amador, y el último suspiro de este héroe es para la fundación de un santuario de la Virgen en el mismo Roncesvalles, que había de resonar por siempre con su canto de guerra contra los enemigos de la cristiandad.

El hombre más notable de aquel tiempo por su inteligencia y saber, y que era en la corte de Carlomagno lo que san Juan Damasceno en la de los Califas, el célebre monge Alcuino, había consagrado igualmente su pluma á la misma causa y al mismo culto. Al título de Restaurador de los estudios unía el de Defensor de la fe, y lo justificaba excelentemente, defendiendo con tanta fuerza como dulzura la maternidad divina de María contra la invasión del nestorianismo, apoyado por Félix de Urgel y por Elipando, cuya condenación fué objeto de muchos concilios en Narbona, en Friul, Ratisbona, Francfort, Aix-la-Chapelle, y, por último,

en Roma.

Todos los acontecimientos cooperaban á propagar el culto de María, siendo por excelencia el culto cristiano y la profesión más sencilla de la fe que producía el mundo nuevo sosteniendo al antiguo. París, asediada por los normandos, presentaba el mismo aspecto que Constantinopla sitiada por los sarracenos. Desde el principio del cerco se había colocado la ciudad bajo

la protección de Nuestra Señora, cuyo templo, ya antiguo, se remontaba á la época de Childeberto. La imágen de la Virgen era paseada procesionalmente al rededor de las murallas durante el combate. Invocábanla los arqueros al disparar sus saetas; el enemigo la tomaba por blanco de las suyas, sin poder tocarla nunca, y cada victoria de los sitiados era atribuída á María y celebrada con una iluminación en toda la ciudad con hachas de cera blanca en su honor.

Estos feroces normandos concluyeron por establecerse en Francia; pero el cielo no los recibió en ella sino en cambio del homenaje tributado á su Reina, de la que fueron, en todas partes donde se avecindaron, los mas generosos y devotos servidores. El primer acto de fe de Rollón, bautizado en Nuestra Señora de Rouen, fué reconstruir este templo con la mayor magnificencia, hacer á Nuestra Señora de Bayeux amplias concesiones de territorio, dotar no menos ricamente á Nuestra Señora de Evreux; y hasta su muerte no cesó de atestiguar de tal modo su piedad hacia la Señora santa María. Sus valientes sucesores fundaron por todas partes santuarios á la Virgen. Desde los últimos confines de la Pulla, donde quinientas lanzas normandas hacían retroceder á quinientos mil sarracenos. Tancredo y Roberto Guiscard enviaron al obispo de Coutances tesoros dedicados á la construcción de esa maravillosa catedral de Santa María, que arrancó á Vauban este grito de admiración: «¿Quién es el loco sublime que ha lanzado á los aires tan grande maravilla?»

El gran trabajo de formación que fermentaba por todas partes en Europa, teniendo como por levadura la fe cristiana, se producía universalmente por la devoción á la santísima Virgen. Este culto de la pureza y la dulzura, colocado entre la justicia del cielo y los crímenes de la tierra, obraba por contraste sobre la licencia y la violencia de aquellos tiempos bárbaros, refrenando los instintos desordenados, y formando ese

carácter caballeresco que, consagrando la fuerza á la solícita protección de la debilidad y la inocencia, preludiaba la suavidad de las costumbres y la justicia de las leyes. Suecia, Dinamarca, Noruega, Prusia, Polonia, Hungría, salieron así de las tinieblas de la barbarie, bajo la influencia de un culto que en todas partes llegaba á ser nacional, y en todas ellas avivaba las mas puras inspiraciones de la conciencia.

Las Ordenes caballerescas se instituyeron para honrar este culto, honrándose al mismo tiempo con él, y para practicar las devociones y las virtudes. Así se fundaron la Orden de Santa María de la Estrella, por el piadoso rey Roberto; la Orden de Santa María del Lirio, por Don García de Navarra, y la de los hermanos hospitalarios de la Santísima Virgen, más conocidos por el nombre de caballeros teutónicos, que tan poderosamente contribuyeron á la civilización de Alemania.

Mas, sobre todo, las Ordenes religiosas fueron las que manifestaron la fecundidad civilizadora del culto de María. Del tronco patriarcal de san Benito, tan devoto de María, no tardaron en brotar vástagos vigorosos que, en sus diversas direcciones, venían todos á inclinarse á los piés de María y á tomar allí la gracia de su particular instituto. No existe un territorio que no haya fundado su gloria en pertenecerla por alguna consagración especial. Para hablar solamente ahora de tres Ordenes, relativamente las más antiguas, la del Cister, la de los Cartujos y la de Fontevral, vemos la primera de ellas fundada por el bienaventurado Alberico, bajo el patrocinio de la Virgen Madre de Dios. Ella misma, según la tradición, en que dicha Orden funda su nobleza, entregó al fundador las constituciones que había de observar, le dió el manto ó ropa blanca que debía ser su vestidura virginal, y le prometió para siempre su protección misericordiosa. Sábese con qué trabajos y con qué virtudes honró esta gran Orden, y honra todavía después de ocho siglos, la virginidad de María, fecundando y santificando la tierra con sus sudores.

Igualmente bajo la especial protección de María colocó San Bruno su heróica fundación, siendo un santuario de la Virgen, la capilla de Casalibus, el centro á cuyo alrededor floreció la Cartuja. Aun mas; refiérese que por la prematura marcha de este santo Fundador, obedeciendo la voz de Urbano II que le llamaba á Calabria, comprometió el éxito de su primer establecimiento en Francia, y que solo pudo asegurar su existencia y recobrar nueva vida por el voto que, siguiendo un aviso del cielo, acordaron los santos religiosos de rezar diariamente el Oficio de la Virgen.

En cuanto á la Orden de Fontevral, tan célebre por el poder y la riqueza de los grandes sacrificios que inspiró para arrancar á la corrupción y santificar por la penitencia las desgraciadas víctimas de la inmoralidad pública, su fundación fué debida al tierno pensamiento de realizar, en una Orden de hombres y mujeres, la filial relación que el Redentor moribundo estableció entre su mny amado Discípulo y su Madre santísima, por este supremo testamento: Madre, he aquí á tu Hijo: Hijo, he aquí á tu Madre (1). Las célebres madres abadesas de Fontevral, que frecuentemente fueron de sangre Real, honraban así, por el carácter de su instituto, la divina institución de María Madre del género humano.

* *

Sin embargo, Europa, que hasta entonces había estado á la defensiva en esa gigantesca lucha de la civilización cristiana con la musulmana barbarie, en que

^{1—}Esta Orden, que contaba cerca de sesenta casas ó prioratos en Francia, y que fué gobernada por muchas princesas de la casa de Borbón, no existe ya.

la Cruz contra la Media-Luna se disputaban los destinos del universo, no se contentó con rechazar el desbordamiento á su antiguo cauce; sino que, separándose ella misma del suyo, fué á libertar el Oriente del poder infiel que amenazaba de contínuo al Occidente. Un pensamiento religioso, el rescate del Santo Sepulcro, de donde había brotado la Luz sobre el mundo, fué el gran móvil de un interés eminentemente social y político. Dos hombres fueron los principales organizadores de este movimiento europeo: Urbano II y Pedro el Ermitaño. Y obedeciendo tanto al sentimiento general, como á la devoción que los animaba, asociaron solemnemente la celestial intercesión de María á la virtud de la cruz de su divino Hijo para esta grande empresa. Tal fué la significación del color blanco de la cruz que llevaban los Cruzados. Con la misma idea Urbano II en el concilio de Clermont instituyó el rezo del Oficio de la santísima Virgen para todos los clérigos, de donde se extendió esta devoción á los láicos de ambos sexos, que en todas partes invocaban la protección de María para las armas de la cristiandad. Pedro el Ermitaño instituyó por su parte, para el ejército que guiaba, la práctica mas breve del Rosario, la cual produjo la del Angelus. Pues para rezar el Rosario juntos, se convocaban los ejércitos al son de una campana en medio del día, y este fué el primer toque del Angelus, que después se hizo extensivo al amanecer y al oscurecer. Cuéntase que mientras los Cruzados permanecieron fieles á estas piadosas invocaciones á la Virgen, la victoria les ayudó: y que fueron vencidos cuando faltaron á esta santa disciplina de la fe, custodia de las costumbres.

En dicha época vivía san Anselmo, grande por la inteligencia, y más todavía por la santidad, alimentando una y otra con el fuego de la devoción á la Madre del Verbo encarnado, cuyos privilegios defendió y preconizó con una amplitud que es digna de

admirar. A él se refiere la primera introducción en Occidente de la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, ya conocida en Oriente, y cuya decisión

dogmática honró al siglo XIX.

Inglaterra, donde san Anselmo ocupaba la silla de Cantorbery, experimentaba entonces la tiranía de la conquista normanda. Sábese cuán profundo era el odio que dividía la raza de los opresores de la de los oprimidos. Pues bien; era tal el imperio de la devoción á María, que triunfaba de esta división, y se veía que, reunidos ambos pueblos, iban fraternalmente, con el bordón en la mano, en peregrinación á Nuestra Señora de Racdecliff y á Nuestra Señora de Worcester, donde lady Warwik, esposa del hacedor de reyes, consagraba suntuosas vestiduras al ornamento de los altares de la santísima Virgen.

España, rica ya de numerosos santuarios á la Virgen, combatía bajo el estandarte de Nuestra Señora de los siete Dolores, alcanzaba sobre los moros la gran victoria de las Navas, y construía con manos agradecidas el templo de Nuestra Señora de la Victoria en Toledo. Su santo rey Fernando atribuía igualmente á la protección de la Virgen sus conquistas de Córdoba, Sevilla, Jaen y Murcia; y Alfonso el Sabio componía cantares en honor de la Madre de Dios, y bajo su advocación fundaba una nueva Orden

de caballería.

Portugal, atribuyendo igualmente á la protección de María la derrota de cinco príncipes moros en las llanuras del Alentejo, fundaba en su honor el soberbio monasterio de Alcobaza, y se consagraba nacionalmen. te á Nuestra Señora de Claraval.

En el extremo opuesto de Europa, Dinamarca emprendía dos cruzadas contra los paganos del Norte en honor de la Santísima Virgen, y Polonia derrotaba á los de Prusia y Pomerania, entonando el Boga de Rodzica, himno bélico á la Reina del cielo.

El culto de María no conocía fronteras ni nacionalidades, ni razas: todo lo que era cristiano obedecía su imperio, y usaba de él para propagar el de Jesucristo.

Mas era principalmente en Francia y en particular en Chartres, donde este gran culto tenía como su centro, y desde allí resplandecía á lo lejos. No podría la fe cristiana explicarla por sí sola, si no hubiese sido inflamada con prodigios reales, con milagros, atestiguando la celestial correspondencia de María á los homenages que se la tributaban; milagros no solo relativos al orden providencial, como el buen resultado de las empresas confiadas á su patrocinio, sino en el orden sensible y en realidad sobrenatural, sin que neguemos la existencia de meras levendas, que la crítica sabe distinguir. Pero existían verdaderos milagros, como lo demuestran las narraciones contemporáneas que reunen todos los caractéres de autenticidad, veracidad y notoriedad; en una palabra, todos los caractéres de credibilidad que puede exigir la crítica histórica, con un sello que vale más que todos los otros: la santidad de los narradores y la conversión de los testigos.

También y todavía existen hoy testigos de esos milagros; testigos que aún viven, y nos los refieren con elocuencia. Estos son las basílicas, erigidas por una fe que solo podía obrar semejantes milagros, sino era movida é impulsada ella misma por otros milagros. Ella es la palanca, el soplo que ha elevado y lanzado á los aires esos prodigios de piedra; las catedrales de Chartres, de Amiens, Estrasburgo, París, Reims, Coutances, Bayeux, Rouen, Séez, Clermont, Puy, Mende, Bayona, nombrando solo las principales; consagradas todas á la Virgen, y que, proporcionadas al sentimiento de sus grandezas, parecen

decir como ella: Fecit mihi magna qui potens est. (1)

En la época de su primera construcción nació un hombre que, juntando en sí todas las inspiraciones de los siglos primitivos, y renovándolas al fuego de su individualidad poderosa, debía enriquecer su edad y los tiempos nuevos. Tal es San Bernardo, el hombre más visiblemente providencial, y, si me atrevo á decirlo así, necesario en la economía de los destinos de la fe y la verdad, pues sostuvo solo el peso de su tiempo á igual distancia de lo pasado y de lo porvenir, cuvo lazo fué. Este hombre prodigioso, que reunió en sí, en cierto modo, la cristiandad entera en una de sus más grandes fases, fué por excelencia el devoto siervo y ardiente panegirista de María; de tal suerte, que nada ha dejado que decir después de él, teniendo parte en todo el culto de honor é invocación que se la puede tributar.

Sin embargo, Dios, que siempre quiere que experimenten los hombres su propia debilidad, para que á la vez conozcamos nuestra libertad y la necesidad que tenemos de su socorro, había permitido á la licencia y al error prevalecer hasta un grado amenazante para la civilización y la Iglesia. La relajación de costumbres había abierto la puerta á la herejía, disfrazada bajo su eterna máscara de reforma. Lleno estaba el mundo de falsos pobres y falsos predicadores, y la espada de Monfort no podía evitar la caída del edificio social minado por la impostura. En tan supremo peligro suscitó Dios para conjurarla dos elegidos suyos: un verdadero predicador para combatir la heregía, y un verdadero pobre para combatir la licencia; Santo Domingo de Guzman y San Francisco de Asis. Mas como si nada pudiera hacerse en el orden cris-

^{1—}Treinta catedrales en solo Francia se hallan consagradas á la Santísima Virgen. Con las que acabaros de nombrar, son: Auch, Aviñón. Cambray. Digne, Evreux. Fréjus, Gap, Grenoble, Luzón, Marsella, Montauban, Moulin, Nancy, Nimes. Rodez. Tabes y Verdum. En cuanto á las otras iglesias y santuarios dedicados á María Santísina, sou innumerables. En esto no va en zaga á Francia, ni España, ni Italia.

tiano, sin la cooperación de la Virgen que lo ha producido, fué principalmente por María por quien estos dos grándes santos salvaron la sociedad: Santo Domingo por el Rosario, San Francisco por la Porciáncula. El racionalista sonríe al oir estos nombres. ¿Qué necesita para que su desprecio se cambie en admiración? Menos orgullo y más luz; pues, bastarían algunas palabras para ilustrar al que quiera ilustrarse.

Sábese que la heregía de los albigenses, en su multitud de sectas, se reducía al maniqueismo; siendo, en religión, la negación de la maternidad divina de María, de la encarnación real del Hijo de Dios; en moral, la negación del matrimonio y de la familia; en política, á la negación de la justicia y de la propiedad, la total disolución del orden religioso, moral y social. Maravillosa justificación de la doctrina católica en la sucesión de las edades! Lo que así producía el maniqueismo en el siglo XIII fué exactamente lo que san Arquelao en su discusión con Manés, en el siglo III, le reprochaba de llevar en sí, demostrando con un razonamiento admirable que toda la cadena de las verdades religiosas, morales y sociales está suspendida de la maternidad divina de María, in Beatæ Mariæ partu suspensa est. Así el mismo sentido católico lo hizo comprender á santo Domingo. He aquí por qué tomó por base primera de su acción la profesión de fe en la maternidad divina de María, el frecuente rezo del Ave María, á que tanto horror profesaban los hereges. Para este objeto instituyó el Rosario, que es la misma profesión de fe distribuida en quince decenas, separadas por un Pater y señaladas por otras tantas cuentas, como un medio mnemónico; cuyo encadenamiento forma á manera de una corona ó guirnalda de flores, según felizmente dijo Mezerai, para colocarla en la cabeza de la Reina de los Angeles, de donde viene la palabra Rosario. El Rosario, ó alguna cosa

parecida, existía antes; pero santo Domingo le dió un sentido doctrinal, que hasta él no había tenido.

Hizo del Rosario un arma, y aún más todavía. Entre esta repetición multiplicada del acto de fe en el misterio de la Encarnación, cuya uniformidad podía llegar á semonótona, distribuyó, como sobre el tema capital de la fe, toda la enseñanza católica en quince meditaciones relativas á los principales y más tiernos misterios de la Religión. De esta suerte formó como una pequeña suma teológica, ó un catecismo para el uso del pueblo, reuniendo el doble carácter de enseñanza y de plegaria, para conservar al mismo tiempo la fe en los espíritus y el amor práctico en los corazones. Los efectos del Rosario correspondieron á su plan. Los hermanos Predicadores tomáronlo como texto é instrumento de sus predicaciones. Después de haber explicado la verdad de cada misterio, rezaban con el pueblo la correspondiente decena del Rosario, y por esta alternativa de instrucción y de plegaria, se ilustraban y vivificaban unos á otros en una acción santamente dramática, atrayendo á la fe la muchedumbre extraviada. No basta el genio para explicar esta maravillosa intención que ha conquistado la universalidad y perpetuidad, signos constantes de las cosas grandes; es preciso ver en ella la inspiración de la santidad.

* *

No menos brilla semejante inspiración en la institución de la indulgencia de la Porciúncula por san Francisco. Era la misión de san Francisco el combatir la licencia, y el inmoderado apego á los bienes terrestres, que sirve para alimentarla. Para este fin, él, que había nacido rico, hízose pobre, y levantó, ó más bien, volvió á levantar en el mundo el santo estandarte de la pobreza voluntaria, desplegado por Jesucristo. Mas esta pobreza

evangélica solo tiene precio respecto al reino de Dios, que nos procura. Establecer un cambio y como un sagrado negocio entre la pobreza y los bienes celestes, era el verdadero medio de hacerla apreciar. Pero ¿cómo? ¿de qué manera? Por intercesión del soberano negociador Jesucristo; pero de Jesucristo hecho propicio por la omnipotente intercesión de María.

Tal fué la idea de san Francisco; hé aquí su ejecución. Existía cerca de Asis una capillita muy pequeña, dedicada á santa María de los Angeles, y construída sobre una porción de terreno perteneciente á los Benedictinos, de donde había tomado el nombre de la Porciúncula. En tan humilde santuario fué donde tuvo Francisco la primera inspiración de su evangé-

lico designio.

Abandonada y ruinosa hasta el punto de no servir mas que para guarecerse en ella los pastores y ganados, la pobre Porciúncula, como en otro tiempo el establo de Belén, era muy propia para hacer brillar la celestial riqueza de la santa pobreza. Obtuvo fácilmente san Francisco la cesión de esta morada, y construyó una cabaña á su lado, que fué la cuna de una de las más florecientes Ordenes de la Iglesia: de aquí nació realmente la Orden de Santa Maria de los Angeles, y de ella han salido tantos apóstoles, confesores, mártires, obispos, cardenales, papas, doctores, teólogos y hombres ilustres en todos géneros, que han vivificado el mundo con su seráfica santidad.

Aquí María los ha formado; aquí los ha nutrido con la eminente y santa dectrina de que han estado llenos; aquí es donde, por una fecundidad virginal, los ha multiplicado para enviarlos en seguida hasta los límites de la tierra. Pues la palanca de tan prodigiosa acción fué la *Indulgencia plenaria* que, por intercesión de María, el mismo Jesucristo concedió á san Francisco en favor de los que devotamente visitasen la Porciúncula. Gracia eminente por su naturaleza, por la manera inmediata y milagrosa con que fué con-

cedida, y por los universales frutos de bendición y santidad que ha producido; pues, ratificada por muchos papas, extendida á todas las capillas de la Orden en todas partes, vió á las muchedumbres anhelantes ir á atemperarse en ella, como en un baño de vida y de salud. ¡Jamás se sabrá apreciar el inmenso beneficio de reforma moral que proporcionó á la sociedad y á la civilización!

Así crecía y se propagaba el culto de la Virgen por la reciprocidad de las gracias que su maternal intercesión derramaba sobre el mundo, y de los homenajes de filial y reconocida devoción que el mundo

le tributaba.

Siendo la Orden de san Francisco una de las que más habían experimentado las poderosas prerrogativas de María, fué también una de las más generosas en preconizarlas. Fué, en efecto, esta santa Orden la primera que hizo profesión pública de reconocer y sostener la Inmaculada Concepción de la Virgen en las cátedras, las escuelas, universidades, congregaciones y concilios; que la hizo celebrar por oficios, y que, por la prohibición de negarla que obtuvo, preparó desde lejos el inmortal decreto que, en nuestros días, ha hecho obligatorio el creerla.

Sin embargo, otras Ordenes se formaban ó reformaban según las necesidades de los tiempos, viniendo á resumirse siempre en estas dos tendencias del alma humana, la vida activa y la vida contemplativa, fecundándose recíprocamente para santificar el mundo. María, que tan perfectamente vivió estas dos vidas, fué además la madre de dos nuevas familias religiosas que la representaban, acrecentando con ellas la de su Hijo. María inspiró directamente la Orden en sumo grado activo de la Merced, para la redención de cautivos, por una triple aparición á san Pedro Nolasco, á Raimundo de Peñafort y al rey

Don Jaime de Aragón; y reanimó la Orden excelentemente contemplativa del Cármen, por el don que hizo á san Simón Stock del Escapulario, al que iban unidos tales privilegios de preservación, que han hecho de él como el escudo de la milicia cristiana, justificando cada día en el mundo la antigua creencia de la Iglesia en la protección de Aquella que dió á lux, contra los venenos de la serpiente, como dice San Agustín. Y de aquí nuevos honores y nuevas festividades se originaron para María: la fiesta de Nuestra Señora de la Merced, y la de Nuestra Señora del Carmen ó del monte Carmelo, que aumentaron el tesoro de su liturgia.

Habiendo María producido tales instituciones, las sostenía y vivificaba: su acción se dejaba sentir por inspiraciones individuales en el orden de la ciencia ó de la santidad, que, aún no siendo siempre milagrosas, no eran menos sobrenaturales, y autorizaban las piadosas leyendas con que las simbolizaba la fe de su

tiempo.

Un prodigio más averiguado como acontecimiento histórico y más universal en su providencial significación, señaló el fin del siglo XIII. Me refiero á la traslación de la humilde morada de María por los Angeles, desde Nazaret á Loreto. Los que pretenden que un milagro se demuestre por una prueba tan irresistible que la confianza cristiana no tenga parte alguna en su admisión, podrán dudar de este prodigio, como deberían dudar de todos los demás sin excepción, aunque ellos mismos fuesen sus testigos. Mas los que, movidos por esta religiosa confianza, quieran solamente que se justifique por pruebas razonables á los ojos de la sana crítica, deben creer un acontecimiento que tiene en su favor: 1.º La autoridad de los más recomendables escritores, como Canisio, Baronio, Tursellin, y otros. 2.º Las investigaciones y narraciones hechas por orden de Clemente VII, y el más severo examen de la Congregación de Ritos. 3.º Las constituciones de Paulo II, León X, Paulo III, Paulo IV y Sixto V. Por último, los numerosos milagros que se han verificado y se verifican todavía frecuentemente en la santa capilla de Loreto. Benedicto XIV, después de haber citado y adoptado tan diferentes autoridades, añade: « No podemos contenernos al ver personas que se jactan de erudición y talento, presentar dudas acerca de un acontecimiento que tiene en su favor los más sabios y grandes nombres de la crítica; » y opone á estos falsos sabios, Bolando, Papebrock, su continuador el P. Alejandro, Teófilo Raynaud, el mismo Baillet, el P. Honorato de Santa María, Graveson, Guido-Grandus, Calmet, Muratori, etc., todos los cuales admiten como incontestable la verdad de esta historia, que en su tiempo conmovió á todos los pueblos de la cristiandad. (1)

* *

Por grande que sea la incredulidad de los que no pueden admitir que un cuerpo sea trasladado de un punto á otro del globo por el poder que traslada incesantemente este mismo globo en el espacio, nos limitaremos á indicar aquí la razón filosófica de semejante prodigio. Tal razón es muy bella. Todos los pueblos de raza pagana, aunque convertidos al cristianismo, debían desaparecer, excepto uno solo, el pueblo romano, gracias al papado que lo conserva, y cuyo beneficio con tanta frecuencia desconoce. Así, todos esos grandes focos de la civilización antigua, Alejandría, Cartago, Antioquía, Éfeso, Constantinopla, ilustrados por los primeros prodigios de la fe y la ciencia cristianas, después de haber comunicado la luz y la vida al Occidente, debían de extinguirse. La caducidad se dejaba sentir en estas razas paganas relativamente á la civilización del Evangelio, demasiado generosa para que en ellas pudiera contenerse, como viejos odres á que se confía vino nuevo; ó para ser llevada por ellas sin quebrantarse, como el coloso de

¹⁻Benedicto XIV, De Festis B. V. Mariae, c. 16.

pie de barro, sobrecargado con pecho de bronce y cabeza de oro. El espíritu de Dios necesitaba pueblos nuevos y razas fuertes: así se ve durante esos doce siglos de supervivencia, calculados por la Providencia como tiempo necesario para la formación de los pueblos de Occidente, titubear el imperio de Oriente cada vez más sobre su base, y subsistir tan solo por su sucesión de prodigios que él mismo era el primero en confesar. Estos prodigios, según su propio testimonio, eran debidos todos á la especial protección de la Virgen, que había producido el mundo nuevo, y que influía visiblemente en sus destinos. Así se acostumbraba en Bizancio á llevar sobre el carro de triunfo, por ser la que realmente había alcanzado las victorias que se celebraban, á esta célebre Nicopeia, á esta imágen de la Virgen, dadora de la victoria, á la que parecían unidos los destinos del Oriente.

Cuando tales destinos se cumplieron, cuando sonó la hora del Movebo candelabrum—removeré el candelabro, la mano que había sostenido el imperio debió retirarse, ó más bien, trasladar la sucesión al Occidente, que ya era bastante grande para recibirla. Entonces la humilde morada de Nazaret, donde había brotado del seno de la Virgen la Lux que había de alumbrar á todas las naciones, fué trasladada del Oriente al Occidente, así como el hogar de la familia pasa al heredero.

He aquí la grande y bella significación del prodigio de Loreto, que á sí mismo se atestigua, puede afirmarse, tanto por su razón providencial, como por la impresión de fe y de vida que se experimenta en este santuario de gracia, donde todos hemos sido engendrados.

Si á tal interpretación se opone el Santo Sepulcro, abandonado en Oriente, sin que todos los esfuerzos de la cristiandad hayan podido rescatarlo, diremos que existe aquí otra significación no menos admirable; y es que, habiendo Dios hecho á las naciones capaces de

curación, quiere dejar en esta tierra infiel un germen y una prenda de resurrección, y que, si en efecto, como todo lo indica, el Oriente debe resucitar, resucitará del Santo Sepulcro, del foco católico de los Santos Lugares.

El siglo XIII, que fué coronado por tan celestial prodigio, lo había en cierto modo atraido por su entusiasta devoción á María. Este culto lo animaba y consagraba todo: la vida religiosa, la vida privada, la vida pública, las instituciones, las costumbres, los monumentos y las artes. Este casto ideal de la muger cristiana, uniendo en una misma maternidad la familia humana á la paternidad celeste por la fraternidad de Jesucristo, fué el punto supremo á donde vinieron áflorecer la imaginación y el corazón de toda la edad media: maravilloso florecimiento de piedad y poesía que terminaba en frutos de virtud, de gracia y de santidad. Era como una emulación universal en celebrarla é invocarla, no solo en las prosas, secuencias, antífonas y responsorios con que el piadoso genio de Hermán Contract y de los Adanes de San Víctor había aumentado el tesoro antiguo de su liturgia, y cuyas numerosas bellezas hacían resonar las bóvedas de las basílicas elevadas en su honor, sino en esas poesías errantes como la caballería de aquel tiempo, en que los trovadores provenzales, los cantores de Guyena, los cantores de amor de Alemania, los romanceros españoles, los gondoleros del Adriático, iban repitiendo las alegrías, los dolores, las grandezas y las misericordias de María; y en esos concursos académicos, conocidos con el nombre de Poemas á la Virgen, donde la sociedad entera ofrecía al mejor elogio de la Señora del mundo entero la recompensa gloriosa de una palma de oro, y así la Virgen venía á ser también la fomentadora de las artes y de las letras, como lo era de la civilización moral de los pueblos.

El siglo XIV recogió y aún acrecentó el tesoro de

piedad á María, que le transmitieron las antiguas edades. A través de todos los cismas religiosos y de todos los trastornos políticos y sociales de esta épocafunesta, para ninguna cosa hubo unidad; excepto para el culto de María. El inglés, ejecutor de la justicia celeste contra las avaras y sacrílegas disensiones del partido francés, se engrandeció para esta importante empresa, al nombre de la dulce Virgen María, invocándola en los combates con los nombres de Santa María, Nuestra Señora de Arundel, Nuestra Señora de Arletón, y suspendiendo las marchas y las batallas para celebrar en todas partes las solemnidades consagradas á su culto. Y cuando quiso el cielo retirar á Francia de los escombros de su ruina y purgar su suelo generoso de las crueles usurpaciones de un enemigo ya olvidado de la causa de sus triunfos, fué del modesto santuario de Nuestra Señora de Bermont y del pié de la ermita de Santa María, de donde la Virgen de Vaucouleurs, terrible como un ejército ordenado en batalla, salió para desplegar la bandera blanca con estos dos nombres libertadores, Jesús, María, que llevaron el terror y la fuga á las filas inglesas, y condujo al monarca á los piés de Nuestra Señora de Reims para recibir allí su consagración.

Dos grandes figuras en esta época acompañan, en segundo lugar, la radiosa aparición de Juana de Arco: una es la de « la muger mas ilustre tal vez del siglo XV, si Juana de Arco no hubiera existido, » Cristina de Pisan; la otra es la del gran canciller de la Universidad, del patriótico consejero de los príncipes, del oráculo del concilio de Constanza, y del presunto autor de la Imitación, Juan Gerson. Estas dos grandes almas, que tan acordemente se unieron para combatir la inmoralidad de la Novela de la Rosa, y para celebrar á Juana de Arco, se acordaron también en la devoción á María, como la más alta fuente de puras y nobles inspiraciones. De ello nos ha dejado Cristina un tierno testimonio en una plegaria á

Nuestra Señora, en diez y ocho estrofas, invocando á la Virgen María con todos los títulos que nuestra fé nos enseña á tributarla, y pidiendo su poderosa protección en favor de la religión y la patria, tan cruelmente sacrificadas entonces.

Gerson se declaró campeón de la Inmaculada Concepción de la Virgen, que fué defendida á nombre de la Universidad en un torneo dogmático ante el Papa en Aviñón.

* *

Sin embargo, tanto el culto caballeresco de María, como el litúrgico, no cesaba de aumentarse: en honor de María el rey Juan fundó la Orden de los caballeros de la Estrella; Cárlos VI, la de Nuestra Señora de la Esperanza; Luis II, duque de Borbón, la del Cardo de Nuestra Señora; Felipe de Borgoña, la Orden del Toison de oro; Fernando de Castilla, la del Vaso, y Cristián I, rey de Dinamarca, la del Elefante. No eran tales Ordenes puramente honoríficas, sino que imponían todos los deberes de la devoción, como el ayuno, la limosna, la plegaria, y constituían verdaderas consagraciones al culto de la Madre de Dios. Eran con mucha frecuencia el memorial y como el ex-roto del reconocimiento nacional por algún gran beneficio solicitado y obtenido de la omnipotente protección de María.

Lo mismo sucedía con las fiestas litúrgicas: así fueron establecidas la fiesta de la Visitación por Urbano VII para obtener la terminación del cisma; y bajo cuya advocación nació la Orden monástica de la Visitación de Santa María, fundada por San Francisco de Sales; la fiesta de la Presentación, por Sixto IV; la fiesta del santo Rosario por san Pío V; y la del Santo Nombre de María, por Inocencio XI.

A estas dos últimas fiestas va unido el recuerdo de los dos últimos grandes golpes dados al islamismo. Los piadosos fieles á quienes se abandona la observancia de estas conmemoraciones, tienen el glorioso privilegio de pagar, por el mundo entero, la deuda de la civilización salvada en Lepanto y en Viena por la celestial protección de María. La ignorancia ó el olvido del piadoso heroismo que postró la terrible pujanza de la media-luna, é hizo prevalecer para siempre la vivificante claridad del Evangelio, deberían ser modestas y reconocer en el catolicismo el archivero de los mas gloriosos triunfos de la humanidad, después de haber sido su promovedor.

En Lepanto el poder marítimo de los turcos fué anonadado por la cruzada de los españoles y venecianos bajo las órdenes de Don Juan de Austria y la inspiración de san Pío V. Este gran Pontífice, nuevo Moisés, se puso él mismo á la cabeza de un asalto de plegarias por el rezo del santo Rosario en toda la cristiandad, implorando el socorro de María en la suprema lucha en que se decidían los destinos de Italia y de Europa; y la visión que tuvo de la victoria en el retiro de su palacio, en el mismo instante en que se ganaba sobre las olas de la mar Jónica, fué la señal del socorro de María, á que fué debida. La conmemoración de tan grande acontecimiento fué objeto de la fiesta del santo Rosario.

Pero el poder del Alcoran se sostenía por sus fuerzas terrestres, y un siglo después, marchando hacia Alemania en número de doscientos mil hombres, se presentó ante los muros de Viena. Una cruzada de todos los príncipes cristianos, inspirada por Inocencio XI y dirigida por Juan Sobieski, reprodujo el drama libertador de Lepanto. El día en que iba á darse la batalla, Sobieski oyó al amanecer una misa, acompañado de sus generales, en la capilla de San Leopoldo. Comulgó y tuvo sus brazos en cruz durante la mayor parte del sacrificio. Concluida la misa, se levantó exclamando: Marchemos confiados al enemigo, bajo la protección del cielo y la asistencia de la Virgen. No fué vana tal confianza, pues los infieles quedaron destrozados, abandonando en el campo de batalla el gran estandarte otomano, símbolo de la fortuna de su imperio, que desde este día y el de Lepanto ha ido amenguándose. En recuerdo de tan singular favor, fué instituída, ó por lo menos extendida á toda la cristiandad, la fiesta del Santo Nombre de María, hollando real-

mente á sus piés la media-luna.

Pero la herejía protestante, desencadenada en el mismo seno de Europa, debía experimentar por una lucha más íntima y prolongada los inmortales destinos de la Iglesia y de la Verdad. El objeto principal de sus ataques fué el culto de la Virgen y de los Santos; lo cual es un gran testimonio de la importancia de este culto en el cristianismo, que lo recomienda especialmente á nuestro fervor y á nuestra pieda l. No desdeñemos, no descuidemos nunca lo que tan claramente consagrado se halla por los insultos del error y las profanaciones de la impiedad. Ade nás la heregfa muestra en su odio sacrílego contra el culto de la Madre de Dios toda la falsedad de su doble pretensión: enseñar el Evangelio y la Tolerancia; estas dos grandes palabras de que se sirve para extraviar á la multitud, recibieron de su conducta para con este santo culto el mentis más claro y solemne. Es el Evangelio, son los homenages que á María tributa por boca del Angel, de Isabel y del Espíritu Santo, y la cooperación de la Virgen á todos los misterios de nuestra salvación, los fundamentos del culto que la tributamos; culto que naturalmente se deduce, como dice Bayle, del título evangélico de Madre de Dios. Atacando este culto, la heregía ataca el Evangelio. No hiere menos á la tolerancia, por la salvaje destrucción de tantas imágenes, tantos altares y templos consagrados á María, sin respeto á la libertad de las almas fieles, y á la fe de todas las precedentes generaciones.

Mas, por disposición providencial, la Reforma provocó en el seno de la Iglesia una reacción de fe, de santidad y esplendor que fué provechosa al culto de la Madre de Dios, difundiéndolo aun más todavía en la humanidad. Redobláronse la veneración y el amor, á medida que se presentaban la profanación y el sacrilegio. Convirtióse todo en templo y altar para María; las calles, las fachadas de las casas, los árboles de los bosques, el interior de las viviendas; la imágen de María se hallaba en todas partes, y en todas recibía los homenages de la piedad tierna y de la más filial devoción. Un nuevo arte, que así puede llamarse por la perfección á que fué llevado, la pintura, se inspiró en el celeste ideal de la Madre de Dios, dedicándola sus más dulces creaciones. Fué Rafael como el florecimiento de este arte, que hacía dos siglos había preludiado con obras admirables, y que llegó en él y en Murillo, á su mayor altura. Las obras maestras de su pincel no quedaron localizadas en Italia ni en España, como las de la mayor parte de sus antecesores, sino que se difundieron per Europa, disputándoselas los soberanos y las ciudades; ejercieron una especie de apostolado universal en favor de la Virgen, y la vengaron, por un culto de admiración á las maravillas que había inspirado, de las profanaciones sufridas por otras imágenes suyas.

Pero María dió orígen á otro apostolado más directo para gloria de su divino Hijo y salvación de los hombres. Un caballero español de noble familia, Ignacio de Loyola, detenido en el curso de sus aventuras por un balazo recibido en el sitio de Pamplona, se despertó al mundo de la fe y de la gracia por la impresión que, en el retiro á que estaba sugeto, le produjo una santa lectura. Hallándose una noche prosternado ante la imágen de la Virgen, se sintió tan profundamente commovido, que resolvió consagrarse al servicio de la Madre de

Dios. Cuando se halló en estado de salir, montó á caballo y fué á la abadía de Monserrat, célebre santuario por una milagrosa imágen de María. Era el día de la Asunción. El soldado peregrino quiso hacer, á usanza de los antiguos valientes, la vela de las armas ante el altar de la Virgen. Se declaró su caballero, colgó su espada de un pilar en muestra de que renunciaba á la milicia del siglo; retiróse después á una cueva, donde entre los rezos y austeridades más propias para mortificarle y hacerle renacer, concibió y escribió el libro de los Ejercicios espirituales, la obra mas eficaz para la santificación de las almas; y creó el célebre instituto de la Compañía de Jesús, que ha justificado tan excelentemente su título y misión evangélica por el bien que ha sembrado y los ultrajes que ha recogido en el mundo; el más preciado timbre de gloria para esa Compañía es el odio que le profesan los enemigos de la Iglesia, señal de que son sus mejores hijos y más poderosos defensores, como en efecto lo han sido y lo son. Bien lo saben sus adversarios, de alguna ilustración; pero más que odiados son temidos. Sus mismos enemigos lo han dicho: son la falange macedónica, el escuadrón fulminante, los granaderos del Papa; esto es, son los centinelas avanzados de la vanguardia del catolicismo. Los primeros en ser arrojados, cuando llega la injusticia de la persecución á la Iglesia; honor que los eleva por encima de toda apología que de su instituto pudiera hacerse.

Los tiempos modernos

Otra multitud de órdenes y congregaciones, que sería prolijo enumerar, nacieron al mismo tiempo para hacer frente al error y á la licencia; todas, como las que se habían establecido antes, se hon-

raron exaltando á María y se pusieron á su servicio. La devoción á María, la exaltación de sus grandezas y privilegios fué en todas partes uno de los más vivos caracteres de la reacción católica que produjo el siglo XVII. Una pléyada de doctores ilustres tanto por su santidad como por su ciencia, y tanto por su experiencia de la vida espiritual como por las deducciones é iluminaciones del pensamiento, formó como un coro de alabanza en su honor. Basta nombrar á Suárez, San Francisco de Sales, el cardenal de Berulle, el P. Olier, San Vicente de Paul y Bossuet. La misma doctrina pareció ensancharse para dejar más amplio lugar á María, y la Religión entera adquirió mayores proporciones. Porque es cosa notable que todo lo que eleva á María exalta á Dios; y todo lo que exalta á Dios sirve para mayor gloria de María. Así, el plan divino hasta entonces había sido considerado principalmente en la relación de la Encarnación con la caída, y en antítesis de los dos estados de la humanidad elevada por la redención á la síntesis de la unión divina: magnífico plan ciertamente, cuya exposición se ha admirado en san Ireneo; que ha sido asunto de las más fecundas consideraciones por parte de todos los Padres y Doctores sucesivos, y en el cual se presentaba María como la nueva Eva. Una consideración más alta y profunda del plan divino distingue la teología del siglo XVII, tal como resalta señaladamente de Suárez, de San Francisco de Sales, del P. Olier, del cardenal de Berulle y Bossuet, á saber: que la Encarnación y, por consecuencia, la maternidad divina de María, no tiene solamente por razón la reparación de la caída, sino la gloria de la creación misma en su universalidad, no como consecuencia, sino como primordial objeto.

Hé aquí la autoridad tan mesurada v grave de Bossuet, en estas palabras de su primer sermón de la fiesta de Todos los Santos: « Si adelantamos en el designio de Dios, encontraremos cuatro comunicaciones de su

naturaleza: la primera en la creación, la segunda se verifica por la gracia, la tercera por su gloria, la cuarta por su persona. Y si lo menos perfecto es para lo más excelente, la creación será en consecuencia para la justificación, la justificación para la comunicación de la gloria, y la comunicación de la gloria para la personal. Tal es la gradación de San Pablo: todo es vuestro, y vosotres sois de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios... Y ¿cuál será la obra á que solo ha servido de preparación la creación de este universo?» Esta obra es la unión personal del Creador á la criatura en Jesucristo, por María. ¡Qué acrecentamiento de gloria recibe así la santísima Virgen! « Hé aquí por que, añade un sabio teólogo de la misma escuela, se dice de ella que es la única que ha dado vuelta al cielo; porque Jesucristo, que es el círculo que lo abarca todo, ha sido comprendido en ella, dice Ricardo de San Lorenzo; ó porque, mediante la Encarnación, el círculo de la creación se ha cerrado, como dice Santo Tomás, y las criaturas nacidas de Dios por el Verbo han vuelto á él por el Verbo, y que, por tanto, esta admirable vuelta de Dios á Dios, se hizo por Dios en María.» (1)

Como se ve por esta última cita, no era nueva tal doctrina, hablando con propiedad; porque en la verdad nada hay nuevo: mas era expuesta nuevamente, según pudo descubrirse por el estudio de las sagradas Escrituras y de la doctrina de los antiguos, como dice san Francisco de Sales (2). Y de este modo la gloria de María se acrecentaba siempre en la Iglesia.

Pero uno de los caracteres mas visibles de la gloria de María fué siempre el de participar de las vicisitudes de Cristo y de su Iglesia, saliendo de tales pruebas más resplandeciente. Así debía mostrarse por la centésima vez en la gran prueba del jansenismo.

^{1—}Vicente Contensen, Theolog, spirit. 2—Tratado del amor de Dios, 1, II, c. 4.

El jansenismo hizo abortar el magnífico movimiento de reacción católica provocado por la Reforma, contribuyendo poderosamente á precipitar la sociedad cristiana en la impiedad del siglo XVIII. Comenzó esta impiedad, como de costumbre, por un rigorismo exagerado, que atacó en primer lugar el culto de la santísima Virgen, como atentatorio al de Jesucristo. Se sabe también á qué mutilaciones litúrgicas se atrevió esta nueva secta, y por qué grande odio final contra el culto de la Virgen y de los Santos llegó á confundirse con la Reforma.

Un orgullo de este jaez debía concluir por despeñarse. Desgraciadamente arrastró consigo á la sociedad, desligándola del yugo de la autoridad y entregándola á todos los arrebatos de la licencia. El mundo se abismó; desapareció todo culto; la tempestad sumergió todo fundamento moral y social; y por última consecuencia del principio que había producido tan espantoso trastorno, la razón prostituída á todos los excesos se colocó en lugar de Dios sobre los altares, en una personificación digna de ella: en una prostituta. Hé aquí á dónde se vá á parar cuando se menosprecia el culto ideal de María!

El culto de la santísima Virgen volvió entonces con el de su divino Hijo á las catacumbas, y recibió allí, como en su principio, el homenaje de los Mártires. Brilló también frecuentemente en su boca, cuando á la faz de los tiranos y marchando al suplicio elevaban sobre las imprecaciones y blasfemias de una multitud de caníbales las angélicas estrofas del Ave maris Stella 6 del Magnificat, principiadas en la tierra y concluídas en el cielo.

La heróica Vendée tomaba al mismo tiempo en este santo culto, inseparablemente unido al de Jesucristo, sus más invencibles resoluciones y sus consejos supremos, cuando en las encrucijadas de sus campos devastados invocaban sus poblaciones proscritas á Nuestra Señora de la grande Encina, é in-

terrumpiéndose el rezo por la llamada á las armas, el piadoso rosario era ceñido como una armadura al cuello de los combatientes, mientras que las mujeres y los ancianos les ayudaban redoblando sus plegarias.

Esta hereditaria fidelidad al culto de la Madre de Dios había crecido en aquellas piadosas provincias, cerca de cien años antes, por el apostolado de un santo misionero que, en el aminoramiento de la fé' había tenido el profético presentimiento de la reacción religiosa de hoy, atribnyéndola á María. « Por la santísima Virgen María Jesucristo ha venido al mundo, escribía cerca de dos siglos hace el venerable Grignon de Monfort, y también por Ella debe de reinar... Por María principió la salvación del mundo, y por María debe consumarse... Hé aquí por qué Dios quiere que su Madre santísima sea hoy mas conocida, mas amada y mas honrada que nunca; quiere realzarla y mostrarla como la obra maestra de sus manos... María debe resplandecer mas que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos... Si, pues, como es cierto, el reinado de Jesucristo llega en el mundo, será como necesaria consecuencia del conocimiento y del reinado de la santísima Virgen María, que lo produjo al mundo la primera vez y lo hará brillar la segunda (1).»

Entre los títulos para la canonización de este gran siervo de Dios, no es ciertamente uno de los menores este anticipado conocimiento de la renovación del cristianismo por el culto de María, al que tan generosamente ha contribuido. María misma, desde el alto grado de gloria á que la eleva sobre la tierra la proclamación dogmática de su Concepción inmaculada, parece proyectar sobre su Apóstol los rayos de esa gloria que saludaba en lo porvenir, y que justamente se refleja sobre él en lo pasado.

Sin embargo, la tempestad que parecía haber su-

¹⁻Tratado de la verdadera devoción á la Madre de Dios.

mergido para siempre los destinos de la Iglesia y de la fe en Francia, se recrudeció mucho después de haber sido domada, como esas olas que prolongan sobre las costas las sacudidas de la tormenta ya apaciguada en el Océano. El culto cristiano, aunque restablecido en la ley, quedó en minoría en la opinión. El mismo poder que había restablecido á la Religión osó levantar una mano sacrílega sobre su Pontífice. Pero semejante atentado despertó la fe en las almas aún más que lo había hecho el favor, y el culto de la Virgen obtuvo sus primicias. Entre las penas y angustias de su doble cautividad, Pío VII se confió á María; y llegada la época de su definitivo restablecimiento en la conciencia intima de que tan maravillosas vicisitudes en los sucesos que le habían vuelto á su silla, con aplauso del universo entero, debían ser atribuídas á la intercesión de la santísima Madre de Dios, cuyo socorro poderoso había implorado y hecho implorar por todos los fieles cristianos, decretó este santo l'ontífice que se instituyese una fiesta en honor de la Virgen Madre, bajo la denominación de AUXILIADORA DE 1.08 CRISTIANOS, el 24 de Mayo, aniversario de su dichosa vuelta á Roma, como perpétuo recuerdo y acción de gracias por tan insigne beneficio (1).

Pío VII, al instituir esta nueva fiesta, no hacía más que continuar el ejemplo de sus predecesores: así lo declara el mismo en la levenda del Oficio, recordando la conducta de san Pío V con motivo de la victoria de Lepanto. Así se aumentaba el culto de María por sus beneficios; que en el siglo XIX estendió la Virgen por nuevos Institutos, como el de las Hermanas de Caridad de Nuestra Señora del Huerto; el de Nuestra Señora de Caridad del Buen Pastor de Angers; de las Hermanas de la Inmaculada Concepción, y otras muchas que omitimos (2); terminando con

mencionar la más importante de todas en la época moderna, inspiración de María Auxiliadora: nos referimos al doble Instituto del Venerable Don Bosco, los Salesianos y las Salesianas.

Así pues; apenas el invierno de la impiedad comenzaba á ceder bajo un nuevo soplo de vida, el culto de la Virgen fué el primero en experimentar esta reacción. En todas partes se reanimó como á la invitación del celestial Esposo, repitiendo las suaves palabras del sagrado cántico: « Levántate, amada mía, paloma mía, hermosa mía, y ven. Porque ya pasó el invierno, cesó la lluvia, las flores han aparecido en nuestros campos, ha llegado el tiempo de la poda, y se oye la voz de la tortolilla.» Todas las antiguas devociones á la santísima Virgen reaparecieron, y otras nuevas vinieron á aumentarlas. Tres, particularmente, dieron nuevo brillo á su culto, las Asociaciones de las Hijas de Maria, como las Congregaciones de los jóvenes, con el título de San Luís, bajo el patrocinio de la Inmaculada; el Mes de María y la Archicofradía de su santísimo Corazón.

La institución del Mes de María podrá ser nueva en su práctica, pero, como todo lo católico, es antigua en su espíritu; y las palabras del sagrado cántico que acabamos de citar, y que la Iglesia no ha cesado de aplicar á María, son testimonio de ese antiguo espíritu que asocia el florecimiento de la gracia al de la naturaleza, oponiendo el culto de la pureza á las seducciones de las criaturas y al ardor de los sentidos. Admirablemente se halla colocado el Mes de Maria en esa época climatérica del año, como preservativo y antídoto contra los venenos de la serpiente, según la antigua doctrina de la Iglesia. Además, esta conexión de la primavera de la naturaleza con la de la gracia en María es demasiado verdadera para no haberla sentido siempre; de lo cual se halla un interesante testimonio en un viejo capitel de la antigua abadía de Cluny, llevando, en medio de una aureola,

^{1—}Oficio de Nuestra Señora, bajo la advocación de Auxiliadora. 2—Solo mencionemos las Congregaciones Religiosas nacidas directamente de la inspiración de María, segúa el propósito de esta obra.

la figura de la santísima Virgen, á cuyo alrededor se lee este gracioso hexámetro:

« Con las primeras flores la primavera tributa (á

María) los primeros honores.»

La Archicofradía del santísimo é inmaculado Corazón de María se recomienda por su oportunidad y no menos admirables efectos. Fué un pensamiento verdaderamente inspirado por Dios el de fundar, en un tiempo de glacial indiferencia, y en un santuario que el culto de los placeres y de los negocios, en medio del cual está colocado, lo habían dejado enteramente desierto, una devoción cuyo foco fuese el corazón abrasado y virginal de María. El venerable párroco de Nuestra Señora de las Victorias vió volverse su iglesia, que era la más abandonada, en la más frecuentada, no solo de París, sino de Francia, y aún puede asegurarse que del mundo entero. Los innumerables afiliados de la Archicofradía, cuyo centro es esta iglesia, han hecho de ella como la parroquia de la devoción universal á María. ¡Cuántas gracias, cuántas maravillas de fe y de religión han sido fruto de semejante piedad! La multitud de conversiones obtenidas por esta devoción, que tiene especialmente por objeto solicitarlas por intercesión de María, ha hecho de esta institución, juntamente con la del Mes de María, el medio más activo de la renovación religiosa; sin que sea necesario advertir cuánto á ella han contribuído la institución de las Hijas de María y de los Luises.

Por lo demás; la proclamación dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen vino á colmar la medida de este culto prodigioso, cuya abreviada historia hemos presentado. Tan gran suceso reune en sí todo el movimiento de fervor y devoción á la Madre de Dios que ha movido á los pasados siglos, remontándose hasta el concilio de Éfeso, hasta la antigüedad apostólica, hasta el éxtasis de Isabel, saludando á María Bienaventurada, y hasta la misma Virgen, contando que todas las generacionee venide-

ras la glorificarán.

El mundo distraido é ignorante fué sorprendido por este hecho sublime, creyéndolo tal vez un capricho de la Iglesia, 6 un desafío al racionalismo contemporáneo. No sabe que llegó su hora, como el aparecer de un astro sobre el horizonte, al través de los espacios inmensos recorridos, siguiendo una ley de matemática precisión. Más de doscientos años hace desde que Bossuet solo podía explicar por la gran prudencia de la Santa Sede, que aún no hubiese sido definida la Inmaculada Goncepción de María.

Cuatrocientos cincuenta años hace desde que Gerson, órgano de la Universidad, cuyo canciller era, exclamaba: «¡Perezcan los que se glorifican de la mancha impresa á María y al cuerpo místico.»

Quince siglos hace que escribía san Agustín: « Tratándose de pecado, no quiero oir hablar de la Virgen María.» Seis mil años hace desde que Dios dijo á la serpiente: « Pondré enemistades entre la muger y tú: ella te quebrantará la cabeza, y tú te revolverás en vano contra su talón. » Por último, María, predestinada desde toda la eternidad para ser tabernáculo de la Sabiduría encarnada, ha podido decir: « Los abismos no existían, y ya era yo concebida » (Pro. VII, 24).

Siempre ha sido una verdad la inmaculada Concepción de María, y aún se puede afirmar que, según el designio de Dios, una necesidad. Solo que, deseando la Providencia desplegar sucesivamente tan insigne gloria para hacer sentir mejor la gracia que es su fundamento, para interesar la piedad cristiana y asociarla á su triunfo, y para reservar su manifestación á estos últimos tiempos, ha empleado diez y nueve siglos en formular su dogma.

¡ Punto admirable, cuya consideración termina feliz-

mente este estudio histórico del culto de la Madre de Dios, esperando que otro lo pueda terminar con el de la declaración dogmática del misterio de la Asunción, que es como el coronamiento de María! Este culto, como ya hemos visto, no ha cesado de acrecentarse en gloria por la mutua emulación de los honores que la Iglesia ha tributado á María, y de las gracias que ha obtenido María para la Iglesia: cada beneficio obtenido por María desde las primeras victorias contra los herejes ha sido asunto de un homenaje rendido á su gloriosa maternidad; y cada nuevo homenaje ha producido á la tierra nuevos beneficios.

Así, el culto de María se ha elevado sobre los testimonios de su poder y de su caridad para con los hombres, á manera de una asunción de María en la Iglesia. Y como es María el nudo de todos los misterios cristianos, su triunfo aprovecha á la Religión entera. Por tanto, la declaración dogmática de su Inmaculada Concepción, llevando su gloria al colmo, ha sido la mas resplandeciente confirmación del fundamento del edificio cristiano, á saber: el pecado original, que hace resaltar tan extraordinaria excepción en María; la divinidad de Jesucristo, que vale á María la excepción referida; y la infalible autoridad de la Iglesia y de su Pontifice, que la decretó y proclamó. Espectáculo muy propio para conmover á un espíritu reflexivo, y que ha inspirado á un hereje este pensamiento: mientras que la Reforma ha puesto en duda hasta la necesidad del bautismo, y llegado á quebrantar esta primera piedra del edificio cristiano, la Iglesia coloca el coronamiento y como la clave de bóveda que reobra sobre todas las partes de la doctrina; y es por María por quien se lleva á cabo tal coronamiento!

Tan supremo honor tributado á María no será menos fecundo ahora que los que le han precedido, y atraerá nuevas gracias sobre el mundo. Dios no se

dejará vencer en beneficios. Glorificado en su Madre, el Señor Jesús derramará su misericordia sobre sus hermanos y se mostrará como Salvador. ¿Y no es ya una visible señal de misericordia, y una prenda de reconciliación y de paz el haber inspirado á nuestro tiempo un homenaje hacia María, tan envidiado de los pasados siglos, y el haber reservado, al través de todas las edades de la fe, la proclamación dogmática de María concebida sin pecado para un siglo concebido en el pecado, en la impiedad y en la revolución? Sucederá con esta proclamación como con la de la maternidad divina en Éfeso; abrirá una nueva era de fe, hará dar al mundo un paso en el cumplimiento de sus celestiales destinos, le atraerá desde los últimos límites de la herejía y del racionalismo, haciéndole entrar en el camino real de Jesucristo y de su Iglesia, con plena conciencia de los errores y los males por que ha atravesado; y como la experiencia suprema de que sin religión no puede existir la sociabilidad ni la civilización.

Como un adolescente formado durante una crisis que puso en peligro su vida, el mundo se volverá á levantar mas grande, mas ilustrado, mas maduro; y será la mediación de la Madre, que por primera vez le dió la vida, á lo que este ilustre convaleciente deberá el restablecimiento y el progreso. Esto no es profecía, pertenece ya á la historia. Asistimos á esta misericordiosa renovación, de un modo especial en los países protestantes por sus numerosas y ruidosas conversiones. Donde quiera las almas vuelven á Jesucristo por María, cuyo solo nombre conmueve las ciudades y los campos. Tal es la gran señal del tiempo; y como por su tendencia se puede apreciar su dirección y alcance, contemplames ya lo por venir en lo presente.

Así, el porvenir pertenece á María, como le ha pertenecido lo pasado. Porque el Señor ha mirado la humildad de su sierva, ella es Soberana para siempre.

Para Ella no hay edad, ni decadencia, ni aun retardo. Sobre una tierra que no es más que un conjunto de ruinas sus altares subsisten, sus templos se elevan, sus estatuas se levantan hace diez y nueve siglos sobre nuestras ciudades perecederas y los imperios que se derrumban. No son bastante duros la roca ni el bronce para expresar la fuerza y la duración de su reinado. Las catacumbas de las primeras edades nos la muestran tal como en nuestros días; siempre antigua y siempre nueva, como la Sabiduría eterna, cuya sede es en medio de nosotros, y que presenta á nuestras adoraciones como la presentó á las de los Magos, y que se consagra incesantemente á la humanidad por su maternidad virginal. Otros, después, tomarán la pluma para continuar la exposición de tan grande maravilla, cuyo cumplimiento desafía ya toda explicación natural, y que por un exceso de prodigio, Dios de antemano ha señalado con el sello de su omnipotencia por esta brillante profecía, pronunciada por la misma humilde Virgen, que es su objeto: HÉ AQUÍ: TODAS LAS GENERACIONES VENIDERAS ME ILAMARÁN BIENAVENTURADA.

El culto de María ha llenado al mundo de prodigios y continúa realizándolos al presente; son innumerables los de la Medalla Milagrosa, los realizados en Nueva Pompeya y sobre todo, en Lourdes, con su asombrosa historia de cincuenta años, llena de milagros y de admirables curaciones, constatadas por una comisión de médicos, y que suministra espléndidos argumentos para confundir á la incredulidad moderna. Ni dejan de verificarse esas gracias y prodigios en tantos otros santuarios, como el de Guadalupe, Copacabana y Lujan, en América. No estamos obligados á creerlos de fé como los del Evangelio; pero estamos obligados á creerlos por la razón cuando tienen en su favor el testimonio ó demostración histórica. Y cuando han sido demostrados históricamente con el más formal de los

procesos, negarlos en general es irracional. La historia del culto de la Virgen en el mundo es una historia de milagros y de aquí provienen el origen y continuación de sus innumerables santuarios.

Pero sobre todo, por la fecundidad moral de este culto, por la corrección de las costumbres, por la conversión de las almas, por la curación de los males espirituales, por las victorias conseguidas sobre las pasiones, por el imperio así de las más tiernas, como de las más enérgicas virtudes, por todos esos milagros morales se atestiguan y confirman los milagros sensibles que mediante su intercesión se verifican. «Creo en testigos que se dejan matar», decía Pascal; y Nicolás añade: « yo creo en testigos que se convierten. »

Tal ha sido, tal será el culto de la Virgen María, encantando y beneficiando al mundo. Hemos expuesto su legitimidad y su historia: réstanos ahora, para el complemento de nuestra tarea, manifestar su influencia y sus efectos en la civilización de los pueblos.

Pero queremos terminar esta parte con una lección que un librepensador da á la incredulidad respecto al culto de María: «¿ Qué mal, dice, puede hacer á la sociedad el culto de la Virgen, esa anti-Venus, si se me permite la expresión, pues ha venido á trocar el culto de la voluptuosidad por el de un ideal de pureza incomparable? Respetad ese culto, porque es de un ideal que se considera inmaculado; aunque no creamos en él, no podemos dejar de percibir su belleza, á no ser que nos agrade más el cinturón voluptuoso de Venus. Nosotros no entendemos de esos ideales y creaciones religiosas; pero ¿cómo dejar de comprender que debe ser inmensa su influencia en la moral y en las costumbres, especialmente en la muger crevente, consiguiendo por el caracter religioso de ese culto, que la moralidad y rectitud de costumbres, no solo sea exterior, de meras conveniencias sociales, sino sincera y en conciencia? Poneis tanto celo en ridiculizar ó cubrir con la indiferencia, esa delicada veneración á la Madre del Cristo, ¿no sería mejor que lo tuviésemos mayor para atacar la pornografía, que cunde en todas partes, por la literatura, en los teatros, en la pintura... qué se yo dónde no existe? Confesémoslo á fuer de imparciales, y sin ser creyentes: ese culto ha hecho y hace tanto bien, como mal ha hecho y hace el culto de Venus. No arranqueis ese ideal á los pueblos por miedo de que no podais sustituírlo por otro mejor.»

¿Cómo explicar, pues, sino por un odio ciego, que se ridiculice ese culto, no solo por racionalistas, sino por las sectas protestantes que se llaman cristianas, y que deberían venerar á la Madre del Cristo? Pero la Iglesia no necesita de estos apologistas involuntarios para continuar ensalzando las grandezas de María.

Por lo demás, cuando asoman esos momentos históricos en que la incredulidad y la heregía hacen alarde de su genio destructor: no temais; dejad que pase el invierno de la impiedad, pues ha de sucederle luego el fuego ardoroso de la piedad entusiasta y filial.

Influencia del culto de María

ANTE

La filosofía de la historia

La historia imparcial registra con honor en sus páginas la grandeza del culto de Maria y su desarrollo al través de los siglos, como un ideal sublime de belleza y perfección propuesto á la humanidad, cual jamás lo había contemplado. Ella aparece desde la promesa paradisiaca á nuestros primeros padres, anunciada por los profetas, desenda como la expectación de los patriarcas y naciones, preconizada en el Evangelio, venerada en las catacumbas y primeros siglos del cristianismo heróico, exaltada con esplendor en el concilio de Efeso, y desde entonces con gloria creciente en todos los pueblos cristianos al través de las edades hasta los tiempos modernos; y su culto se presenta cual espléndida realización de la profecía de la misma Virgen: hé aquí que todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

Pero al exponer ese cuadro histórico del culto perpetuo de María, como biblíco y evangélico; no solo ha quedado constatada su legitimidad como esencial al cristianismo, por que no se puede concebir al Cristo sin María, sino que indirectamente ha quedado demostrada la influencia soberana del culto de María en los destinos del cristianismo bajo todos los aspectos de la civilización real de las sociedades. Sin ser una divinidad nos ha llevado al culto mas puro de Dios: por María vino el Cristo-Dios y por María nos ha lle-

vado la Iglesia al culto del Hombre-Dios, de Jesucristo, sin usurpación de los atributos de la divinidad,

y sin idolatría; antes bien, destruyéndola.

Más también, queda probada la grandeza moral del culto de María para la transformación de la humanidad, según los principios del cristianismo: su culto los inocula, y de tal manera, que ningún pueblo ha sido introducido al cristianismo sino mediante el culto de la Madre del Cristo, llevando su influencia á todas las esferas sociales y á todos los elementos de grandeza, perfección y civilización moral. Y sin embargo, queremos vindicar todavía ese culto de una acusación insostenible ante la filosofía de la historia: no solo la incredulidad, sino lo que es más inaudito, el protestantismo, que se precia de ser cristiano, ha formulado como reproche contra la Iglesia, que es doloroso el tiempo y tesoros que hace perder á los fieles en el culto supersticioso y baladí tributado á María; en vez de ocupar el espíritu y la imaginación de los pueblos en prácticas que contribuyan al perfeccionamiento moral de las costumbres, elevación de la familia y grandeza de las sociedades.

Pues bien; nada está mas bien constatado que la influencia inmensa, benéfica, incomparable del culto de María sobre las costumbres, la familia y la sociedad. Desgraciadamente en esta materia es grande el olvido, aun de parte de los cristianos, y es necesario hacer una exposición algo detenida sobre esa influencia admirable del culto de la Virgen, ya por honor de la civilización, como en vindicación del culto de

la bendita entre todas las mugeres.

La filosofía de la historia no puede olvidar ni menospreciar el contingente admirable y benéfico que por medio de María ha recibido la civilización cristiana en lo que tiene de moral y socialmente mas hermoso, noble y delicado.

Esta parte de la obra será la más extensa, porque es la más importante para los fines apologéticos de la misma.

Influencia del culto de María sobre el estado de la muger

El divino Hijo de María, Jesucristo, implantó en el mundo, por medio del cristianismo, una transformación trascendental: la destrucción de la idolatría y el establecimiento del culto del Dios único, adorado en espíritu y en verdad; la libertad de la conciencia humana; la igualdad de las razas y de los individuos; el derecho de gentes y la fraternidad de los pueblos; la libertad del esclavo; la dignidad del pobre; la rehabilitación doméstica, y el respeto social de la muger. Pero entre todas estas transformaciones, lleva esta última obra el sello divino de una creación; ya que el cristianismo ha creado la muger, la virgen, la esposa, la madre, la señora.

En efecto; la servidumbre y la degradación de la muger era un hecho universal en la antigüedad; aún más todavía, era un principio; mientras que la libertad y el culto respetuoso de la muger es un hecho y un principio en todo el mundo cristiano.

Y si se quiere una demostración palmaria de que es cristiana la rehabilitación de la muger, baste observar que todavía su desgradación se prolonga en todas las naciones y pueblos donde el cristianismo no ha penetrado, como para atestiguar el carácter sobrenatural de este beneficio inmenso é incomparable para la civilización de los pueblos, y que quizás es su más bello florón.

Un sabio católico, Dabas, decano de la Universidad de Burdeos, ha expuesto admirablemente esta verdad en su notabilísima obra «La decadencia de la muger y su rehabilitación por el cristianismo»; pero nosotros no haremos más que apuntarla en sus grandes rasgos, siguiendo siempre á Augusto Nicolás.

Y desde luego, ese principio regenerador, no es otro sino el Verbo de Dios, nacido en este mundo de María. ¿Cómo, pues, podría la muger no experimentar particularmente la redención que ha procurado á la humanidad entera, puesto que su sexo fué en María el agente bendito de esta universal redención y rehabilitación?

Sin duda, no existe para Jesucristo excepción entre hombre y muger, y esta no recibe un honor distinto al del hombre en su comun Salvador; pero en tanto que él mismo ha querido ser fruto de la muger, la muger encuentra en María un principio particular de rehabilitación.

Y así convenía que fuese, porque además de la decadencia comun á todo el género humano, sufría la muger una decadencia especial, derivada de que había sido ella el agente primitivo de esa decadencia comun.

Ella tenía que elevarse al nivel del hombre, en el momento en que el hombre iba á subir al nivel de Cristo; sin lo cual hubiera conservado en la rehabilitación la inferioridad que tenía en la comun decadencia, y el mal no hubiera sido completamente reparado. Convenía, pues, que la muger tuviese una parte especial en la reparación en lugar de la que había tenido en la culpa.

Y tal ha sucedido en la economía de la redención: siendo el agente primitivo de aquella, así como lo había sido de ésta; ha tomado y gustado la primera el fruto de vida y comunicádolo á la humanidad, así como lo había hecho con el fruto de muerte. Tal se ha verificado en María llamada, justamente por esta causa, la nueva Eva.

Como todas las mugeres llevaban la maldición por la culpa de Eva, recogieron la bendición de la gracia concedida á María; y así María es el honor y la gloria de la muger.

Y, en verdad, sirviéndonos de la antigua frase de

san Ireneo, María no solo es la causa ocasional de la salvación de todo el género humano, sino que, en particular, es la abogada de Eva; y en tanto es la abogada de Eva, en cuanto es la causa de la salvación de todo el género humano.

De manera que el culto de María tiene una trascendencia no menos considerable que legítima, como rehabilitación de la muger. Importa á esta rehabilitación, á su conservación y á su progreso: la caracteriza admirablemente en su tipo más perfecto, y la preserva no solo de toda mengua, sino de toda irregularidad y exceso. ¡Quién sabe á lo que hubiera llegado, á lo que llegaría la condición de la muger, si el culto de María terminase en el mundo! El nos salva de la muger libre; y ¿quién podría calcular las consecuencias que resultarían para las costumbres, para la familia, la sociedad y la civilización?

Para mejor apreciarlas vamos á demostrar lo que fué en todas partes la muger antes del cristianismo; lo que ha llegado á ser, y cómo ha llegado á su estado actual de rehabilitación y honor en las sociedades modernas.

Lo que era la muger antes del cristianismo

¡Qué degradante y dolorosa es y ha sido la situación de la muger fuera del cristianismo! Cuantos han estudiado tan importante materia reconocer á una voz el sello indeleble de degradación legal, moral y social, impreso á la muger fuera del cristianismo.

«Todas las antiguas legislaciones, dice el publicista de Maistre, desprecian á las mugeres, las degradan, las humillan y las maltratan más ó menos. (Instrucciones sobre los sacrificios).

«Si existe una cosa bien probada, dice Troplong, es la inferioridad en que estaban colocadas las mugeres por la religión y las constituciones políticas de todas las naciones antiguas». (Influencia del cristianismo sobre el derecho civil de los romanos). (1)

En todo el Oriente, entre los asirios, en la Persia, la India, entre los pueblos bárbaros de la Escitia, de la Libia y de Tracia, la muger se hallaba degradada por el divorcio, la repudiación, la poligamia, la prostitución religiosa, ó legal, la venta y el comercio que con ella se hacía. Sierva ó esclava del hombre, juguete de sus caprichos, víctima de su tiránica dominación, instrumento de sus placeres, añadía á todas estas degradaciones la desgracia de aceptarlas y ratificarlas por una inferioridad moral, que ni aún le

permitía sentirlas.

El Egipto, que fué como la cuna de la civilización antigua, y donde el nivel moral se consideraba á mayor altura que en otras partes, no desmentía semejantes costumbres. La repudiación, la poligamia, el incesto y la prostitución estaban allí consagrados por las leves y por la religión misma, que ponía colmo á la impudencia en las fiestas de Adonis y de Isis, y en esas procesiones cínicas, conocidas bajo el nombre de faleforias, donde las mugeres representaban el papel que se sabe. Degradada en lo que distingue su sexo, el pudor, no podía la muger aspirar á la dignidad de esposa, de hija y de madre. De tales estados tenía los cargos, pero no los honores. Así es que leves terribles castigaban su adulterio, que la obligación de alimentar á los padres correspondía á las hijas, y que las mugeres llevaban el peso del trabajo, mientras los hombres descansaban.

¿Qué dirémos de las costumbres griegas? Sin duda los caractéres de Ifigenia, Penélope y Andrómaca, aunque ficticios, suponen, por haber sido concebidos y aplaudidos, costumbres en que la hija, la esposa, la madre, no carecían de dignidad; mas estos tipos, embellecidos con todas las galas de la poesía, hacen resaltar el fondo de tales costumbres en todo lo que tenían de implacables, deshonrosas y humillantes para la muger. Así, toda la gracia de Ifigenia, toda la ternura de un padre, rey de reyes, todo el celoso amor de una madre no puede salvar del cuchillo á la inocente virgen. Penélope, tan casta y fiel, no puede libertarse de la brutal tiranía de sus pretendientes; y el mismo Telémaco, su hijo y señor, la recomienda el silencio, y la envía, no sin rudeza, al trabajo del gineceo. Por último, Andrómaca, enviada igualmente por Hector á su trabajo de muger, sobrevive á su esposo y á su hijo, y, concubina del matador de su familia, es legada por éste á un esclavo! El velo de galantería que la musa eminentemente cristiana de Racine ha extendido sobre estas situaciones de la muger antigua no debe ilusionarnos, sino más bien hacer resaltar la realidad por su oposición con ella.

¿Y qué vemos, además, en todas partes, no digo en lo real, mas en lo ideal de la Grecia heróica, sino mugeres brutalmente robadas á sus familias y á sus maridos por los Hércules y Teseos, dignos hijos de sus padres los dioses, por estos caballeros de la antigua edad media, tan diferentes de los de la edad media católica, que cifraban su gloria en honrar á la muger y en protegerla? O bien son disputadas como una presa por rivales, á quienes la poesía compara muy justamente con los toros, sin poder nunca disponer ellas mismas de su corazón y su destino: mugeres, cuyo cariño nadie procura ganar por la ternura y el respeto, y que aún desconocen su propia personalidad. Toda idea de homenage, tributado á la muger, era extraña y aún antipática á las costumbres antiguas:

la muger no se pertenecía á sí misma.

¿Qué dirémos ahora de la vida real? Para nada se contaba la muger en Atenas: secuestrada de la vida

^{1—}Consúltese también sobre este pun!o á Chateaubriand, Estudios históricos; á Balmes, El Protestantis no comparado con el Catolicismo; y á Laboulaye, Investigaciones sobre la condición civil y política de las mugeres desde los romanos hasta nuestros dias.

común y exterior, y relegada á la soledad del gineceo, dependía de una tutela perpetua. Su marido podía disponer de ella como de un mueble. Aún viviendo éste, podía, por muerte de su padre, ser recogida por su más próximo pariente. Bajo el peso de la repudiación no podía usar del divorcio; pues las costumbres se oponían á ello. Su suerte justificaba completamente esta queja que, á nombre de su sexo, exhala Medea en la tragedia de Eurípides: «De todos los seres dotados de razón, nosotras, las mugeres, somos las más desgraciadas: primeramente necesitamos con enormes sumas comprar un marido, dueño absoluto de nuestra persona... Todavía corremos grande peligro de que sea malo, y siéndolo, ¿qué hemos de hacer? El divorcio no es honroso para las mugeres: no les es posible separarse por completo de su marido... ¿Qué nos resta, pues, sino morir?»

No morían; pero, no pudiendo apartarse de sus maridos, perdían su dignidad y su moralidad en todas las depravadas licencias que semejante servidumbre debía producir. Su inmoralidad no era patente y trágica, como en los tiempos heróicos, porque vivían sujetas á clausura; pero suministraban á la comedia ese espíritu de mentira y astucia, esa propensión al hurto, á la glotonería, á la embriaguez, y todos esos vicios serviles, que Aristófanes ridiculizaba en la escena con una exageración, que era solo el espejo aumentativo de la verdad.

Atenas conocía, sin embargo, un carácter de muger que parecía desmentir esta servil inferioridad por su participación de la vida pública, social é intelectual, donde alternaba con los hombres, con los mismos filósofos y los mas ilustres ciudadanos, cuyo tipo ha llegado hasta nosotros en la célebre Aspasia. Mas, por desgracia, ni estas mugeres eran esposas, ni madres, ni hijas, ni casi mugeres; eran cortesanas. Su brillo mismo constituía su vergüenza. Como dice muy justamente Dabas, con los privilegios de su condición recogían también el desprecio; para las demás

mugeres no había mas que el desdén.

En Esparta gozaba la muger de mas libertad: estaba asociada á la vida exterior y aun á la política de los ciudadanos: ejercía á veces una influencia que emulaba á los hombres en patriotismo; era la muger libre; pero ¿á qué precio? Al precio de su carácter y de sus virtudes propias, de la modestia, del pudor, de la sensibilidad, al precio de sí misma, en fin. La muger espartana abdicaba su sexo. Virgen, disputaba casi desnuda el premio de la carrera ó de la lucha á los jóvenes; así que, según la feliz expresión de Montesquieu, las leyes de Esparta quitaban el pudor aún á la castidad. Esposa, armaba á su marido para el combate, y le mandaba no volver sino muerto ó vencedor. Madre, enterraba con júbilo al hijo que había perdido en servicio de la patria, ó daba muerte ella misma al que no se portaba con valor. Merecerá el nombre de héroe, si queréis, y aun el de héroe bárbaro; pero no el de muger. Así, solo se la consideraba, respecto á su sexo, como á una esclava pública destinada á dar hijos al Estado. Si el marido falta ó se halla ausente, los esclavos lo reemplazan. Las mugeres se prestan, se ceden, se cambian en Esparta como viles animales. El mismo rapto era la forma del casamiento, como para no dejar subsistir ninguna apariencia de dignidad y de libertad. Por último, si damos crédito á Ateneo, aún la sombra de todo sentimiento de este órden era ahogada por el uso de encerrar todas las jóvenes núbiles en un lugar oscuro, donde cada jóven llegaba á la ventura á tomar esposa. Tal era la condición de las mugeres en Esparta.

La diversidad de las leyes y costumbres de la civilización griega respecto á las mugeres era una diversidad de degradación: y tal era la fatalidad de su suerte, que allí donde parecía elevarse por su condición social ó política, era al precio de una mayor degradación moral y natural.

¿ Qué restaba, después de esto, á la muger... sino

morir? como decía la tragedia antigua.

Mas la civilización romana destinará tal vez mejor suerte á esta mitad del género humano. Un juez competente ha compendiado, en algunas páginas brillantes de erudición, cuanto es posible decir de este asunto. Troplong, en la obra citada, ha consagrado el capítulo X al estudio de la condición de las mugeres, y muestra allí toda la servidumbre legal de la muger romana y todo el empobrecimiento moral, que de ella resultaba.

Sometidas á una interdicción perpétua, las mugeres vivían IN MANU, bajo la mano del hombre. No era solamente el marido, sino todos los parientes varones, los que tenían mandato sobre la mujer; era el elemento viril que la encadenaba en sus bienes, en su actividad, en su disponibilidad, en su destino social y civil entero, y que ligaba y desligaba sus uniones. Nunca intervenía ella en el gobierno de la familia, menos aún en las empresas industriales y comerciales, y todavía menos en los asuntos públicos; por último, su familia, en cuya administración no tenía parte alguna, se erigía como un tribunal á donde era llamada á dar cuenta de su conducta, y de donde frecuentemente salían contra ella sentencias de muerte.

Tal interdicción y tamaña servidumbre, no permitiendo á la actividad de la muger ningún noble ejercicio, la forzaban en cierto modo á lanzarse en las vanas y perniciosas satisfacciones del lujo y de la sensualidad, donde acababa de perder los títulos que podía presentar para lograr una mejor suerte.

Sin duda, algunos grandes caractéres de muger parecen elevarse contra este juicio. « Yo se, dice Troplong, cuánto hay que admirar en la madre de los Gracos y en Porcia; pero guardémonos de tomar estas

nobles y bellas figuras como tipo de las mugeres romanas. La conjuración de las Bacanales, los callados ataques contra el pudor y la honra pública, los divorcios indecentes, los atrevidos adulterios, todo ese desbordamiento de malas costumbres pintado por los filósofos, los historiadores y los satíricos, que obligó á Augusto á buscar en las leyes políticas un remedio que no proporcionaban las leyes de familia, ¿no son las más incontestables pruebas del estado general de la sociedad?»

Estas últimas palabras de Troplong nos servirán para contestar una reserva que ha juzgado conveniente respecto de la conclusión que se deduce de este estudio, y es que el cristianismo solo ha hecho salir á la muger de su universal degradación.

Decimos universal, y para justificar tan importante palabra, todavía tenemos que hablar acerca de dos pueblos, de dos razas: los germanos y los judíos.

* *

Antes del Evangelio, presentan los germanos á nuestros ojos costumbres diversas de todos los demás pueblos respecto de la muger. Aquí ésta se nos aparece como la casta compañera del hombre en un matrimonio indisoluble, participando de los trabajos y peligros de su esposo, objeto de su fidelidad y del respeto de los demás hombres, obligada, en fin, á respetarse á sí misma por el público horror contra el adulterio y la inmoralidad. Hay más, la muger era considerada en estos pueblos como inspirada de cierto espíritu divino y profético. Tomábanse en consideración sus consejos y predicciones. La virginidad la elevaba, según se creía, á una comunicación más inmediata con el cielo, y valía á muchas de ellas, tales como Velleda, Aurinia y otras muchas, un culto de adoración.

Siguiendo á Tácito en sus Costumbres de los germa-

nos, hemos trazado este retrato, que contemplado en su original produce doble impresión. La primera es la extrañeza de tales costumbres, á juicio del pintor, que hace valer su contraste con la condición de la muger en el mundo pagano; lo que confirma cuanto de esto hemos dicho. En seguida es su intención convertir este cuadro de las costumbres de los germanos en una censura de las costumbres romanas, dirigiendo cada pincelada contra la inmoralidad de su tiempo. Preciso es decir que semejante intención quita autoridad á esta pintura con respecto á su exactitud, fuera de que Tácito no había estudiado á fondo la legislación y las costumbres domésticas de los germanos. La alusión hace sospechar la parcialidad; y es permitido creer que el autor solo ha tomado de su asunto lo que juzgó conveniente á sus miras.

Despiértase tal sospecha por esta reserva del mismo Tácito: «Casi todos los bárbaros se contentan con una sola muger, fuera de un número pequeño de magnates, que toman muchas, no por sensualidad, sino por nobleza.» Este último rasgo, tomado á la letra, habla contra las intenciones de Tácito; pues demuestra que no solo estaba la poligamia recibida entre los germanos, sino que era honrosa y propia de grandes.

El testimonio de Tácito es combatido más seriamente por el profundo estudio de la legislación y de las costumbres de los germanos antes del cristianismo, que nos ha legado la ciencia, tan escrupulosa como sincera, de Ozanam.

«La constitución de la familia, dice, solo deja ver entre los germanos el imperio de la fuerza. En cada casa solo hay una persona libre, que es el jefe. Ninguna libertad para la muger. Siendo hija, vive, según la enérgica expresión del derecho, en la mano de su padre; casada, en la de su marido; viuda, en las de sus hijos ó parientes. El matrimonio es un mercado cuyos términos han conservado muchas costumbres germánicas; pues aun en la edad media decían com-

prar una muger. El que compra una puede comprar muchas. La poligamia es el derecho común de los pueblos del Norte. El hombre poderoso se gloriaba de sus esposas como de objetos de lujo, que podía dejar, vender ó destruir, y que tal vez serían quemadas en sus funerales.» (1)

El yugo tiránico y degradante que pesaba sobre la muger antigua se extendía, pues, á las regiones bárbaras como á las civilizaciones paganas, y la opinión que pretende explicar el mejoramiento social de la suerte de la muger por el respeto que estos bárbaros la tributaban y que habrían propagado en la sociedad moderna, no puede sostenerse. Guizot rechaza no sin fundamento esta opinión, haciendo observar que «frases parecidas á las de Tácito, sentimientos y usos análogos á los de los antiguos germanos, se muestran en las narraciones de una multitud de observadores de los pueblos salvajes ó bárbaros, sin que tengan la menor importancia.»

Dicho esto, preciso es convenir, en cierto modo, que existía entre las razas germánicas un respeto, no legal, social ni doméstico, sino religioso, hácia la muger; respecto de que ella misma era víctima, pues llegaba hasta inmolarla en los funerales, en la creencia de que, si la esposa seguía al esposo en la muerte, atravesaría este el umbral del infierno, sin que la pe-

sada puerta cayese sobre sus talones.

« Atribuyendo á la muger, dice Ozanam, el poder de franquear al muerto la entrada del mundo invisible, se suponía en ella algo divino. Esta debil y encantadora compañera, que el hombre hubiera podido tiranizar, le asombraba y le dominaba. En la tornaboda la presentaba el regalo de la mañana: luego acudía á ella para sus heridas y sus dudas, esperando de sus cuidados la salud, y de su boca los oráculos. Una

^{1—}Ozanam, Estudios germánicos, tomo I, pág. 115.—Lo que dies Tácito de la indisolubilidad del matrimonio es cierto; pero contra la muger á quien ligaba, y en favor del hombre que podía intringirla.

huella de semejante veneración se ha conservado en las leyes de casi todos estos pueblos, que castigan con una crecida pena pecuniaria la injuria hecha á la muger, porque ella no podía defenderse con las armas. » (1)

Hay en esto ciertamente un doble elemento religioso y generoso respecto de la muger, que era extraño á las civilizaciones paganas, y que hasta cierto punto permite ver, con Dabas, en el espíritu germánico una predisposición providencial á la redención de la muger por el oristianismo. Sin embargo, cuando se considera que tal respeto á la muger era más bien supersticioso que religioso, y que la generosidad que la protegía contra el insulto de un extraño la dejaba entregada á la brutalidad de los suyos; cuando se sabe todo lo que el catolicismo ha tenido que hacer para combatir las supersticiones germánicas y para refrenar la inclinación de los príncipes á la poligamia y salvar la indisolubilidad del matrimonio, hay que convencerse de que el obstáculo igualaba y aun superaba al concurso.

* *

Sin embargo, otra cosa sucedía en el pueblo judío. Solo en él vemos una brillante derogación de la suerte universal de la muger en todo el resto del género humano.

Y ¡qué argumento anticipado no resulta de esto en favor de la verdad que examinamos! ¿Qué prueba más manifiesta de que el cristianismo, y Dios solo en el cristianismo, es el autor de la rehabilitación de la muger, que el no encontrarla relativamente honrada en la antigüedad, sino en el solo pueblo de Dios, cristiano en esperanza? Solo el pueblo judío sabe honrar á la muger, asi como solo tiene los grandes dogmas de la

unidad de Dios y de la redención del género humano. Era, en esta primogenitura de los pueblos, como un mayorazgo constituido por anticipación de herencia en virtud del Antiguo Testamento hasta la apertura del Testamento Nuevo, que había de enriquecer con el acrecentamiento y la difusión á toda la familia humana. De otro modo, ¿cómo sería precisamente este pueblo, y no el egipcio, griego, romano ó germánico, el que hubiese conocido y guardado á un tiempo el respeto de la muger, la unidad de Dios, y la esperanza profética del Redentor?...

Y ¡cuánto más resplandeciente se hace esta consideración, cuando se reflexiona el estrecho enlace de este respeto hacia la muger con los dogmas cristianos, cuya promesa y figura tenía el pueblo judío! ¿De donde viene que tenga la muger tanta importancia entre los judíos, y que tantas mugeres ilustres hayan desempeñado entre ellos tan grandes papeles, si no es porque el destino y la gloria de esta nación-madre era llevar en cierto modo, en el sono de sus mugeres la salvación del género humano, y producirla un día por una de ellas? ¿ No es de la idea de parto que está suspendida toda la esperanza de Israel, como del prodigio en que Dios ha de manifestar todo su poder; y este prodigio no será completamente en honra de la muger, puesto que consiste en que el hombre por excelencia será engendrado en ella, sin ser generador, y en que una muger rodeará (Llevará) á un hom-BRE (Jerem. XXXI, 22); en que una virgen con-CEBIRÁ Y DARÁ Á LUZ UN HIJO, QUE SERÁ DIOS CON NOSOTROS? (Isai. VII, 14).

No lo dudemos; tal era en el pueblo judío la causa profunda y como la raíz de la consideración tributada á la muger; la muger judía fué consagrada por una misión religiosa y racional de fecundidad. Cada muger concurrió al cumplimiento de las divinas promesas, produciendo al pueblo que debía ser su heredero. De aquí proviene el honor que la rodea como esposa y

como madre. Ella «es el orgullo de su esposo, como una viña abundante cuyos pámpanos cargados de racimos extienden sus festones á lo largo de su morada» (Psalm. CXVII, 3). Ella «le es querida siempre como una cierva muy amada y un cervatillo en que se recrea; se embriaga en su seno, y es un amor fiel y constante el que debe ser principio y término de su fecundidad», (Prov. v, 19). En su ancianidad, ella «recibe, lo mismo que el padre, los homenajes y sumisiones de sus hijos, y respecto á ellos tiene un poder de bendición ó maldición que Dios ratifica.» (Eccli. III. 8)

El matrimonio, en que de esta suerte ella recibe la ternura, el honor y la veneración, no se forma sin su consentimiento: no es ella, como en las demás partes, dada, vendida, ó robada, sino pedida y consultada. Llamemos á la jóren y preguntémosla cual es su roluntad, se dicen los parientes de Rebeca á la demanda de Eliezer (Genes. XXIV, 57); y es mediante su voluntad como el fiel servidor la conduce á su amo, Isaac, á quien ella se acerca con la dignidad velada de la esposa, y por quien es recibida con tan puro y tierno corazón, que templa el dolor que la muerte de su madre le había causado.

En fin, no olvidemos añadir que la posesión y administración de los bienes, signo y medio de consideración, de que estaba privada la muger en los otros pueblos, podían ser devueltos á la muger judía, ya como heredera de su padre, ya como donataria de su

esposo (Num. XXVII).

En cuanto á su participación en los asuntos públicos é intereses generales de la nación, toda la historia de los judíos atestigua la grande influencia que la muger tenía en ellos. Sara, Rebeca, Raquel, María, Débora, Jahel, Rut, Ana, Judit, Ester, la heróica madre de los Macabeos, y muchas otras, nos presentan la gloria de la muger elevada al honor de influir en los destinos rèligiosos ó políticos de ese pueblo, hasta

el punto de salvarlo muchas veces, y merecer este cántico de triunfo: «Tú eres la gloria de Jerusalen, el júbilo de Israel y el honor de nuestra raza (Judith, XV, 10).

Todas esas mugeres, y la muger judía en general, eran honradas por consideración á la muger única, á quien representaban, y que por sí sola debía realizar el suceso á que todas concurrían; á una muger que había de ser bendita entre todas las mugeres, y en quien todas las mugeres debían ser bendecidas, como destinada á ser, para todo el género humano, lo que ellas eran para el solo pueblo de Dios: la causa de nuestra salvación, «la gloria, la alegría, el honor de nuestra raza.»

Tal es, en su fenómeno y en su causa, la consideración relativa de que gozaba la muger judía en medio

de la degradación universal de la muger.

He dicho relatira, porque no ignoro que esta medalla tiene su reverso. No lo ignoro, y me valgo de ello. Fuera de que esta honra de que gozaba la muger judía hubiera sido infecunda siempre para las demás mugeres, así como el dogma de la unidad de Dios para los otros pueblos, distaba mucho de ser, aún para la misma muger judía, lo que ha sido, mediante el cristianismo, para el sexo entero. Además puede afirmarse que, respecto de la muger cristiana, la judía experimentaba también el yugo de la degradación universal de la muger: ¡de tal manera es solo el cristianismo el autor inmediato de su rehabilitación y hasta tal punto manifiesta aquél con esto su divinidad!

¿Qué vemos, en verdad, todavía en este pueblo donde relativamente se honraba tanto á la muger? La poligamia, la repudiación, el divorcio. Todo se sacrificaba á la fecundidad: ¡ay de la estéril! Ella sufría un oprobio de que nada podía librarla. De aquí el partir el lecho nupcial con esclavas y rivales, para vergüenza de la esposa, 6, lo que es peor, con su

aquiescencia y por su instigación; de lo que resulta desconocido el precio de la virginidad, el pudor mismo y la dignidad, sacrificados á menudo en licencias, tanto mas humillantes para la muger en general, cuanto que se fundaban mas en las costumbres que en las instituciones, y ni la misma vergüenza podía vengarlas. Esta vergüenza se ofende en nosotros por tales licencias hasta el escándalo y la impiedad con respecto á un pueblo que la Religión recomienda á nuestro respeto, y que, como el patriarca dormido, merece de nuestra piedad filial que andando atrás extendamos nuestra capa sobre su desnudez. ¿ A quién debemos, sin embargo, tal pudor, sino al cristianismo? ¿Qué superioridad no atestigua en nuestras costumbres? ¿Qué piedad y qué fe no debe inspirarnos hacia la fuente virginal que ha derramado este sentimiento en el mundo?

* *

Por tanto, puede afirmarse que la muger se hallaba generalmente degradada, envilecida y despreciada en su dignidad, en su pudor, en las consideraciones debidas á su flaqueza, en su carácter propio de muger antes del cristianismo, así como fuera de él lo está todavía, sacrificada en la India sobre el sepulcro de su esposo; eselava bajo el Alcoran; bestia de carga entre los salvajes, como advierte De Maistre. Este es un hecho universal, un hecho de raza.

Era más que un hecho; era un principio, lo cual colmaba su degradación. Si hubiera sido un abuso, al menos la muger habría tenido en su favor el derecho y la esperanza de un mejor porvenir; pero nó, su suerte era el cumplimiento de un anatema primitivo, de una opinión establecida de que la merceía, de una sentencia filosófica, y aun de un axioma fisiológico y médico: todo se reunía para ligar la muger al yugo de su degradación. Por último, hasta ella misma procuraba justificarla.

No creemos que, fuera del cristianismo, se haya pronunciado jamás una sola palabra á favor de la muger. Todo ha sido disputado en el mundo, excepto la incapacidad moral y la innata malicia de la muger. Algún recuerdo de la iniciativa fatal que tuvo en el drama del primer pecado había sido conservado en las tradiciones de todos los pueblos. Hesiodo, narrador de los mitos griegos, nos dice que forjando Vulcano á Pandora, en lugar de un bien fabricó un hermoso mal. Y después de haber representado á esta belleza levantando la tapa de una gran caja, de donde se derraman los males, y en cuyo fondo solo queda la esperanza, añade: « De ella proviene la raza de mugeres de seno fecundo; de ella ha salido ese linaje pernicioso, gran plaga para los mortales... Las mugeres, estos cómplices de todo mal, han sido dadas á los hombres, por el Senor del rayo, como el más funesto de los presentes. » (Hes. Teog. 589, 601).

«¡Oh mugeres, exclama el gran Esquilo, criaturas insoportables, sexo aborrecido por los sabios, con el que nunca se debería habitar, primera plaga de una familia y de un Estado.» (Esch. Sept. c. Th., v. 165).

Eurípides manifiesta en su Hipólito el atrevido deseo de ver perpetuarse la raza humana sin el concurso de la muger, para no introducir esta peste en las casas. Simónides concluye como Hesiodo contra la muger, y declara que, al crearla, Dios ha hecho para ella un alma distinta y de materias tomadas de varios animales (Simonid. citado por Dabas).

« La muger, dice Hipócrates, es perversa por naturaleza: su inclinación debe ser siempre reprimida; de otro modo la arrastra en todas direcciones, como las ramas de un arbol...» (Hipólito, citado por De Maistre)

Platón desea que las leyes no pierdan de vista á las mugeres un solo instante: «Porque, dice, si esta disposición está mal ordenada, no forman la mitad numérica del género humano, sino más de la mitad, y

tantas veces más de la mitad, cuantas son peores que nosotros....» (De Leg. VI)

No era más favorable para ellas la opinión romana: Soltad la brida á esos animales indomables, exclama Catón, y lisongeaos después de verlas poner por sí mismas límites á su licencia (Tito Livio, 1, XXXIV, c. 11). Como se dice hoy el bello sexo, ó el sexo piadoso, se decía entonces el sexo incapaz, impropio para los trabajos, aturdido, ambicioso, por oposición á la majestad de los hombres, majestas virorum, segun Troplong.

Por último, la misma Sabiduría sagrada lanzaba su piedra á la muger con esta sentencia demasiado verdadera, que constituía el fondo de la maldición universal que sobre ella pesaba: « Por la muger fué introducido el pecado, y por su causa morimos todos. »

Eccli. XXV, 38)

Bajo cúmulo tal de desprecios é imprecaciones se hallaba oprimida la muger. De aquí toman principio cuantas costumbres y leyes la negaban en todas partes el fuego y el agua del respeto y la dignidad, y la tenían en servidumbre bajo la pesada mano del hombre. Era la ejecución del decreto pronunciado por el mismo Dios: « Por que has hecho esto, vivirás bajo el poder del hombre, y él te denominará. » (Gens. III, 16).

La muger era como esa infortunada Io, que nos representa Esquilo en su drama mítico de Prometeo, incesantemente herida por un tábano vengador, universalmente perseguida por el látigo que sacude una mano divina, que la alcanza en todas partes, haciendo resonar cuantas comarcas recorre con estas lamentaciones: «¡Ay! ¡ay! ¡desgraciada! ¡oh! ¡oh! ¡grandes dioses! ¡grandes dioses! ¿porqué lugares me llevan tantas carreras vagabundas? ¿Por qué, pues, ó hijo de Saturno, por qué crimen unirme al yugo de tales sufrimientos? ¡Basta! ¡basta! ¡Oh! ¡si pudiese yo saber cuál será el término de mis males!»

Lo que ha llegado á ser la muger por el cristianismo

« El ángel Gabriel fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, á una Virgen llamada María, y entrando donde ella estaba, la dijo: Yo te saludo, llena de gracia: el Señor es contigo, y bendita eres entre todas las mugeres... No temas nada, María; porque has encontrado gracia ante Dios. El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra... Concebirás en tu seno y darás á luz un Hijo, á quien pondrás el nombre de Salvador. Será llamado Hijo del Altísimo, y su reinado no tendrá fin. — María dijo: Hé aquí la sierra del Señor: hágase en mí según tu palabra. » — María partió al mismo tiempo, y fué á visitar á su prima Isabel. Al oirla Isabel, llena del Espíritu Santo, exclama: ¡Bendita eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre! ¡Bienaventurada eres, porque has creido! Y María dijo: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu es arrebatado de júbilo hacia Dios mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva: en adelante siempre me llamarán bienarenturada, porque el Señor ha obrado en mí grandes prodigios ... » (El Evangelio).

Tal ha sido el desenlace de los males de la muger,

y así se ha verificado su rehabilitación.

En María, es á todo su sexo, es á la muger á quien ha dicho el Angel: Yo te saludo, llena de gracia; á quien ha dicho: Bendita eres, y has encontrado gracia ante Dios; á quien ha dicho: Bienaventuradu, porque has creido; y la misma que entona este himno de redención, antítesis de las lamentaciones de Io: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu es arriebatado de júbilo...

Sin duda este misterio pertenece á María entre todas las mugeres; pero el honor se extiende á todo su sexo, la gracia hasta cierto punto, lo hace propio

de cuantas mugeres sigan sus huellas.

San Jerónimo no teme aplicar á toda muger cristiana las bendiciones más personales de María, y San Bernardo, después de san Agustín, exclama: «Regocíjate, padre Adan, y tú más todavía, madre Eva, regocíjate!... Consolaos ambos en vuestra hija, en una hija tal; tú, sobre todo, por quien el mal se introdujo primeramente, y cuyo oprobio se extendió á tu sexo entero. Se acerca el tiempo en que este oprobio va á ser borrado, y en que el hombre no tenga motivo para culpar á la muger. ¿Qué digo? En lugar de culparla la bendecirá, y cambiando su acusación criminal en acciones de gracias, dirá: «La muger que me habeis concedido, me ha presentado el fruto de vida, y él me ha regenerado.» (Sermón XVII De Diversis.)

Bajo el imperio de la fe cristiana, y en particular de la devoción á María, ¿qué revolución no han debido producir en el estado social de la muger estas grandes creencias? Debemos tener en cuenta respecto á las mugeres, decía un poeta del siglo XIII, que la

Madre de Dios fué muger.

Refiérese del bienaventurado Enrique Suzón, que, encontrando un día á una muger en la calle mas súcia de la ciudad, se metió en el lodo para dejarle paso por el único sitio enjuto que había. Notó la muger este acto de humildad, y le dijo: «Padre mío, ¿qué hacéis? Sois sacerdote y religioso, ¿por qué cederme el camino á mí, que solo soy una pobre muger, y confundirme con tanta bondad?» El hermano Enrique la contestó: «Hermana mía, tengo la costumbre de honrar y venerar á todas las mugeres, porque ellas me recuerdan la poderosa Reina del cielo, la Madre de mi Dios, á la que tanto debo.»

Este sentimiento exclusivamente cristiano, ó mejor dicho, católico, distingue á la muger, no solo en las calles, sino en las costumbres y en las leyes, y esto desde los primeros siglos cristianos. El cristianismo ha realzado extraordinariamente á las mugeres: ellas le deben el haber llegado á ser: « Las compañeras de un esposo y reinas en todas partes: libres sin deshonra y fieles sin opresión, nunca deben al temor sus virtudes. »

La muger cristiana es el nudo y el corazón de la familia. En su múltiple función de esposa, madre, hija, hermana, enlaza á todos los miembros é inspira todas las relaciones por la más irresistible de las influencias; la que se experimenta sin saberlo. El hombre en la familia es como la aguja que marca las horas; la muger, como el oculto resorte que da movimiento á todas las ruedas de la casa. Lo que quiere la muger, la familia lo quiere; y por consiguiente la sociedad.

La muger cristiana influye mas directamente sobre la sociedad, formando al hombre en el niño y en el hermano, y reformándolo con frecuencia en el esposo y en el padre. Las costumbres, carácter y resoluciones con que el hombre se presenta en sociedad, frecuentemente son tomados de su trato con la muger. La fábula de la ninfa Egeria se ha convertido en verdad general; cada hombre tiene su Egeria tras la cortina, y con frecuencia detrás del sepulcro. ¡Cuántas mugeres, esposas ó madres que no aparecen, ó que ya no viven, inspiran, invisibles y presentes, los pensamientos, sentimientos y papeles de los actores de la vida humana!

Por último, en las relaciones públicas y aparentes la señora cristiana influye muchísimo en las costumbres de la sociedad, cuyo homenaje recibe. Establece, en medio de un mundo de luchas y conflictos, un centro de conciliación y de respetos, donde cada pretensión se despoja de su carácter exclusivo y personal, para reconstruir en una apreciación más templada la noción de lo justo y verdadero. Ella mantiene el nivel moral á una elevación, por la cual cada uno modifica y regula sus debilidades: ella desinfecta, en fin, el aire respirable de la opinión, por la pureza de su influencia.

El cristianismo ha hecho de la muger cristiana tres cosas que no conocía la sociedad antigua: la dueña de la casa, la Egeria del hombre y la señora en sociedad.

Un ilustre publicista, Tocqueville, escribiendo á una señora que fué la más rara personificación de la muger cristiana en el mundo moderno, decía: « Nada me ha llamado tanto la atención, en la ya bastante dilatada experiencia que tengo de los negocios públicos, como la influencia que siempre ejercen las mugeres en esta materia; influencia tanto mayor, cuanto que es indirecta. No dudo que sean ellas las que dan á cada nación cierto temperamento moral que se manifiesta luego en la política. Podría señalar en gran número ejemplos que demostrasen lo que digo. Cien veces he visto en el curso de mi vida mostrar virtudes públicas hombres débiles por encontrarse al lado suyo una muger que los ha sostenido en este sendero, no aconsejándoles tales ó cuales actos en particular; sino ejerciendo una influencia fortificante sobre la manera con que deben considerar en general el deber y aún la ambición. Con más frecuencia todavía, preciso es confesarlo, he visto el trabajo interior y doméstico que transformaba poco á poco á un hombre dotado por la naturaleza de generosidad, desinterés y grandeza, en un ambicioso cobarde, vulgar y egoísta, que, en los asuntos de su país, concluía por buscar solamente los medios de hacer su posición particular más cómoda y segura. Y ¿cómo sucedía esto? Por el trato diario con una muger honrada, esposa fiel, buena madre de familia; mas en cuya casa

la gran noción del deber en materia política siempre había sido, no diré combatida, pero sí ignorada.»

No nos declararemos ahora campeón de las mugeres contra la severidad de un juicio que, en nuestro concepto, debe ser reformado. Sacaremos más bien de esta misma severidad la consecuencia general que nos propusimos sacar de esta cita, á saber: que es tal la influencia de las mugeres en las sociedades modernas, que puede afirmarse que dan á cada nación cierto temperamento moral que se manifiesta luego en su politica, hasta el punto de hacerlas responsables, si tal temperamento se debilita, aun cuando sean mugeres honradas, esposas fieles y buenas madres de familia; y únicamente porque no han ejercido esta influencia. ¡Ciertamente que tal responsabilidad supone un gran poder!

Este poder se manifiesta como un fenómeno nuevo desde los primeros siglos cristianos. «Entre Constantino y Justiniano, dice Troplong, hay acontecimientos que prueban que la muger supo elevarse á la altura de sus nuevos destinos. Hay mugeres que sostienen imperios; otras que los convierten; otras célebres en el cultivo de las letras, en romancescas aventuras, en sublimes abnegaciones religiosas, en todas las cosas por último, que alimentan el gran drama que va á desenlazarse durante la edad media... Ya las mugeres marchan á la cabeza de su siglo, preparan grandes acontecimientos, figuran en primer término en la historia de su país, que ellas dirigen, agitan ó pacifican.»

Esta emancipación moral de la muger, efecto de su emancipación religiosa, debe tener por resultado su emancipación legal, que no se hizo esperar largo tiempo. El primer emperador cristiano, Constantino, ya en situación de apreciar la grandeza de la muger cristiana en su madre la ilustre santa Elena, á la que profesaba gran respeto, y como tipo de semejante grandeza, á la Madre de Dios, bajo cuyo patrocinio

colocó la nueva capital de su imperio, rompió los lazos que hasta entonces habían sujetado á la muger á una degradante inferioridad, haciéndola subir al nivel del hombre.

He aquí como consigna Troplong tan insigne cambio. Después de haber pintado la sucesiva disminución de la tutela de las mugeres, luchando contra este yugo, dice: «Tal fué el estado de las cosas hasta los áltimos emperadores paganos. Todavía se encuentran bajo Diocleciano claros vestigios de esta tutela degenerada. Pero Constantino la abolió en 321, y reconoció en las mugeres mayores de edad iguales derechos que en los hombres. Justiniano hizo desaparecer hasta el recuerdo de su antigua dependencia, borrando de sus compilaciones cuanto pudiese recordarla. En el mismo año 321, consagrado por Constantino á dar al cristianismo tantas pruebas de abnegación, fué cuando este príncipe concedió á las madres el derecho general de tomar parte en la sucesión de sus hijos. Pronto demostraré la importancia de esta innovación, que se desarrolló más y más bajo los siguientes emperadores cristianos; innovación memorable, por la cual equilibra la muger los derechos atribuidos á la parentela masculina, y que devuelve á la naturaleza una de sus más sagradas prerogativas. »

« Considerando todo esto, añade Troplong, no podemos menos de reconocer aquí la influencia del cristianismo, que en su moral y en su culto ha dado á la muger tan elevado puesto. Evidentemente es él quien ha, ya que no creado, apresurado el movimiento que acabo de señalar, regularizándolo y consumándolo.» (1)

Más adelante Troplong cree encontrar, en la propagación de las ideas orientales bajo los príncipes africanos y sirios, que dejaron tomar á sus madres ó á sus mugeres una parte en el gobierno, el anuncio de un nuevo elemento en los futuros destinos de la humanidad. Con todo, solo ve en esto preparaciones parciales y combatidas, especies de afluentes pasajeros que vienen á llerar su tributo á una idea que solo el cristianismo ha realizado sistemática y completamente. Más adelante todavía, Troplong, después de haber bosquejado rápidamente un cuadro de la emancipación moral y doctrinal de la muger por el cristianismo, y de haber observado en ella una existencia enteramente nueva, dice: « Después de todo, que este sistema esté fundado en ciertos datos anteriores ó colaterales; que haya sido secundado por una suerte de predisposición que favorecía la conclusión, ó la modificación de todos los géneros de servidumbre, es lo que no puede buenamente impugnarse. Mas ¿qué argumento podría sacarse de aquí contra la influencia cristiana? ¿No es, por el contrario, uno de los méritos del cristianismo el haber sido la expresión de las tendencias y de las necesidades contemporáneas? ¿O esque, á pesar de todos los precedentes, no es él quien ha generalizado la idea de la redención de la muger? »

Hemos comenzado el presente capítulo, profesando la convicción de que no es admisible esta participación de la influencia del cristianismo con las predisposiciones y las tendencias de que solo hubiera sido la expresión, y que solo hubiera tenido que apresurar, regularizar y consumar. Seguramente no es decir demasiado atribuir al cristianismo el haber CREADO, pues esta es la palabra verdadera, este movimiento. La opinión contraria tiende á generalizarse; pero, es completamente falsa, y la combatimos porque es peligrosa; porque pone á los incrédulos honrados, tan numerosos en nuestros días, en la mas perniciosa de todas las situaciones respecto al cristianismo, en el equívoco, donde se duerme entre el respeto que satisface y la incredulidad que dispensa.

Combatimos en esta parte la opinión de Troplong, con tanta mas confianza, cuanto que la destruimos

¹⁻De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil de los romanos.

valiéndonos de él mismo y en la autoridad de los filósofos y legisladores romanos.

Comencemos por tomar acta de lo que él mismo establece en dos bellas páginas relativas á la investidura, por la muger cristiana, de nuevos deberes y nuevas obligaciones que la harán desplegar virtudes y revestir caractéres, cuya superioridad constituirá un sistema completo de emancipación y de igualdad moral. Observemos que cada uno de sus elementos, y por consecuencia el sistema mismo, era nuevo, enteramente nuevo; siendo como él dice, cosa desconocida hasta entouces.

Recordemos que la opinión y la conducta de Aquel que es la verdad misma, y cuyo Evangelio será el código de los códigos, la ley de las leyes, la opinión y la conducta de Jesucristo respecto á la muger cambiaban por completo las ideas y las costumbres: primero y principalmente por el prodigio de la maternidad divina, de la virginidad fecunda, mediante la cual había querido nacer, no por una concepción pasiva en María, sino activa, deliberada, consentida libremente con el mismo cielo, y fruto de una plenitud de gracia que elevaba á la muger al excelso merecimiento de Madre de Dios; después por el homenage que había querido rendir á esta maternidad gloriosa, asociándola á todos los misterios de nuestra salvación, obedeciéndola hasta la edad de treinta años, recibiendo de Ella la anticipada impulsión de su vida de milagros, y legándola á todo el género humano desde lo alto de la cruz.

A tal conducta del soberano Legislador respecto de esta muger, tipo de la muger nueva, unamos su conducta libertadora respecto de las demás: respecto de Magdalena, la pecadora pública, que será preconizada en todo el universo (Matth. XXVI, 19); de Magdalena, que ferma por sus particulares circunstancias perfecto contraste con la Virgen María, y comprende con Ella el sexo entero rehabilitado por

la virginidad ó por la penitencia, y por el amor que las unió al pié de la cruz, donde tuvieron sobre el hombre el privilegio de la fidelidad. Su conducta compasiva y delicada respecto á la muger adúltera, á quien liberta al mismo tiempo de sus acusadores y de su pecado: de la Samaritana, á la que da el agua que brota hasta la vida eterna en cambio de la del pozo donde la habla; agua santa que hace de una cismática un apóstol: de la Cananea, preconizando y recompensando en ella la fé, despreciada de los Apóstoles, como incomparable en Israel: de María y de Marta, á quienes amaba, y de quienes hace tipos de la vida activa y de la vida contemplativa, y que obtienen de Él la resurrección de Lázaro: de la viuda de Naim, cuyas maternales lágrimas caían sobre su corazón, y á la que devuelve el hijo que ella acompañaba al sepulcro: de aquella pobre viuda, cuyo óbolo es exaltado sobre las mas ricas ofrendas: de las santas mugeres que lloraban sobre Él en el camino de su suplicio, y á las que extiende su propia compasión; por último, de aquellas, las primeras del género humano, que fueron atraidas á su sepulcro, y recibieron del Angel el primer aleluya de la resurrección, que luego narraron á los Apóstoles.

Toda esta conducta del divino Maestro respecto de las mugeres, de que siempre se muestra rodeado, y que figuran eternamente en su Evangelio honradas como sus favoritas y mensajeras de sus gracias, constituye para la muger una carta de emancipación exclusivamente evangélica, con la cual nada, nada absolutamente en el mundo tiene derecho de compararse.

Añadamos la doctrina no menos evangélica y completamente extraña, completamente opuesta á las ideas y costumbres del mundo antiguo, respecto á la virginidad, el matrimonio y la igualdad de los sexos en Jesucristo.

La virginidad, que sola pasa el umbral del reino celeste; que, libertando á la muger del hombre, la

constituye en un estado mas perfecto, semejante al de los Angeles, y honrado por la elección del mismo Dios en el prodigio de la virginidad, de la que prefirió nacer.

El matrimonio, vuelto á su primitiva indisolubilidad contra la costumbre de todo el género humano (1), sujetando igualmente al hombre y á la muger bajo su yugo, haciendo de ambos una sola carne, «no siendo, es verdad, la muger dueña de su cuerpo, sino el marido; pero no siendo tampoco el marido dueño de su propio cuerpo, sino la muger (I Cor. VII, 4.); » reciprocidad de derecho que encierra una revolución entera en la condición de la muger, que funde en cierto modo los dos sexos en su unión; y para mayor honra, funda esta unión misma en la mística unión de Jesucristo con la Iglesia, no sujetando la muger al marido, como la Iglesia á Jesucristo, sino bajo la condición del amor y protección del marido para la muger, entregándose él mismo por ella, tratándola con honor para santificarla, purificarla y glorificarla (2); de tal suerte, como dice san Juan Crisóstomo comentando á san Pablo, que el hombre no deba enorgullecerse con su privilegio, ni la muger envilecerse por el deber de la obediencia; pues DEPENDEN UNO DE OTRO, y ambos tienen á Dios por autor.

Por último, fuera del matrimonio, la igualdad de los sexos en su común libertador Jesucristo, proclamada por estas grandes palabras de san Pablo: «Ya no hay más judío, ni griego; ni libre, ni esclavo; ni hombre, ni muger: todos sois uno en Jesucristo.» (Galat. III, 28).

Tenemos para compendiar:

Por base, la igualdad de los sexos en Jesucristo, erigida en doctrina, después de haber sido consagrada por el favor señalado de Jesucristo para con la muger

1-Matth. XIX, 4-6; Marc. X; Luc. XVI. 2-Ephes. V, 22-27; I Petr. III, 1-7.

en el Evangelio. Sobre este fundamento, la indisolubilidad del matrimonio, la mútua dependencia en la reciprocidad de los derechos de esposo, y la dignidad de la unión misma de Jesucristo con su Iglesia impresa á su unión. Sobre el matrimonio, la virginidad, constituyendo para la muger un estado más independiente, más honrado, y que la hace semejante á los Angeles. El hecho, en fin, de la maternidad divina de María, Reina de la tierra y del cielo, y nueva Eva á la que todo el género humano deberá su salvación: hé aquí en su conjunto y en su cuerpo todo el sistema de la rehabilitación de la muger por el cristianismo, que de la Religión ha pasado á las costumbres y á las leyes. Ahora pregunto, ¿existía en todo el mundo antiguo ni aún la sospecha de esto? ¿No había, por el contrario, una violenta oposición en las ideas y en las costumbres? Así, pues, la rehabilitación de la muger ¿no es una creación en toda la

fuerza de la palabra?

No puede negarse. ¿En qué razón pretenden fundarse algunos para declinar la consecuencia? Héla aquí: verdad que es un sistema completo de emancipación y de igualdad moral; verdad es que con él aparece una existencia enteramente nueva. «Pero este sistema se ha apoyado en ciertos datos anteriores ó colaterales, y ha sido secundado por una especie de predisposición que favorecía el anonadamiento ó la modificación de todas las clases de servidumbre.» ¿Qué se quiere decir con esto respecto de la muger? Se quiere hablar del movimiento que ya se había declarado en la legislación romana á favor de la muger; movimiento efectivo, perfectamente descrito por Troplong, y que, por una sucesión de disminuciones de la tutela que encadenaba á la muger había comenzado y preparado su libertad, cuando los primeros emperadores cristianos vinieron á consumarla.

Hé aquí la objeción. Es en verdad muy especiosa;

pero no tiene fundamento; todavía más, sirve para consolidar la tesis contraria. En efecto:

El movimiento que había producido la relajación del yugo doméstico de la muger en la civilización romana, bajo los emperadores paganos, ¿era de la misma naturaleza que el que lo ha quebrantado bajo los emperadores cristianos? ¿Tenía de tal suerte la misma causa y se dirigía al mismo fin, que se pueda asegurar que el cristianismo tan solo ha sido su más alta expresión? Al contrario. No era solo un movimiento diverso, sino adverso. Era la antítesis de la libertad cristiana; era, por consecuencia, la servidumbre, y la peor de todas las servidumbres, si es cierto que nada hay tan opuesto á la libertad como la licencia.

La licencia; así resulta de las páginas del mismo Troplong, tal fué el móvil del sucesivo ensanche de la tutela; la represión, tal era su resultado. «La conjuración de las bacanales, las sordas conspiraciones contra el pudor y la honra pública, los divorcios indecentes, los atrevidos adulterios, todo este desbordamiento de malas costumbres pintado por los filósofos, los historiadores y los satíricos, y que obligó á Augusto á ir á buscar en las leyes políticas un remedio que no le proporcionaban las leyes de la familia; » he aquí el germen de esta pretendida redención, que el cristianismo se habría limitado á consumar.

Troplong mismo demuestra muy bien, por otra parte, que la tutela doméstica de las mugeres cedió, como un dique minado, batido y arrastrado por las olas, bajo las seducciones, las astucias femeniles, los manejos corruptores y atrevidas impudencias de las mugeres, hasta el punto de hacer temblar á su tutor; que « no era él, sino ella quien tenía el uso de la tutela. » (1) — Aquí se cumplía el pronóstico de Catón el antiguo, cuando exclamaba. « Lo que ellas quieren es la libertad más completa, ó más bien la licencia,

para llamar las cosas por sus nombres. Si ellas triunfan hoy ¿á qué no se atreverán mañana? Recordad todas las leyes con que nuestros abuelos encadenaron sus caprichos y las sometieron á sus maridos. Con todas esas trabas, apenas podeis contenerlas. ¿ Qué sucederá si las permitís atacar vuestras leyes unas tras otra, si sufrís que os arranquen concesiones, y acaben por igualarse á los hombres? ¿Pensáis que podréis soportarlas? En seguida, no serán ya vuestros iguales, sino que os dominarán. » (1) He aquí cual era la emancipación de que se habla. Era la disolución; la disolución de la constitución doméstica por una corrupción que, como una marea creciente, atacaba la constitución social, hasta el punto de que fuese necesario buscar contra ella en las leyes políticas el remedio que no proporcionaban las leyes de la familia.

Dabas dice muy juiciosamente: « Supóngase el imperio romano prolongado hasta nuestros días; nunca la muger se hubiera eximido de la servidumbre, y la razón es muy sencilla: á falta de leyes morales, se necesitaban reglamentos tiránicos para contenerla. Ella consiguió, hacia el fin de la república, romper algunos eslabones de la cadena que había gastado un poco á fuerza de sacudirla. Mas esta emancipación, debida á la licencia, no podía durar por su misma naturaleza: ya bajo Tiberio se comenzaba á echar de menos la severidad de las antiguas leyes, y no hay duda de que, sin el advenimiento del cristianismo, las cadenas de la muger se hubiesen nuevamente doblado. »

¿Teníamos razón en decir que lo que se quería considerar como una preparación para el cristianismo era su más perfecta contradicción? Una preparación, sí: como lo es la demolición para la reconstrucción.

La reconstrucción, no por leyes nacidas de otras

leyes, pues, quid leges sine moribus? como decía Tácito fundadamente, hablando de estas mismas leyes de que aún se prevalen algunos; sino por costumbres nuevas, fundadas sobre un principio nuevo, el principio cristiano de la rehabilitación de la muger por la gracia de la divina sangre que sobre ella ha caido desde lo alto de la cruz.

Por esta gracia, cuya plenitud en María ha levantado á su sexo de la decadencia en que la falta de Eva lo había precipitado, la muger ha sido rehabilitada primero del pecado, en el orden religioso; después, del desprecio, en el orden moral, y por último, de la servidumbre, en el orden legal. Las leyes se han limitado á decretar una rehabilitación que ya estaba hecha en las costumbres, porque lo estaba en las almas. En una palabra, la muger fué emancipada por la ley, porque la Religión la había hecho digna de serlo. Esto es lo que debemos considerar en el siguiente último parágrafo.

Cómo ha llegado la muger á su estado actual

La muger ha sido mejorada por el cristianismo: he aquí su rehabilitación, y, como consecuencia, su dignidad y su derecho. En María, á quien siempre debemos tomar por tipo de la muger cristiana, la gloria y el poder de Madre de Dios solo le han sido conferidas, porque se mostró digna por sus virtudes de la gracia de que fué colmada; por su fe, por su humildad, por su caridad: Bienaventurada tú, que has creído! Lo mismo sucede á Magdalena: se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho; y lo mismo sucedió á las otras mugeres á quienes Jesús favorecía: estás curada, Tu fe te ha salvado. De esta suerte es, en general, como se ha rehabilitado la muger cristiana. Sus virtudes, de que se ha hecho

capaz por la gracia, han abierto el camino de su regeneración.

Entre otras virtudes que han proporcionado á la muger cristiana una situación nueva al lado del hombre, y frecuentemente sobre él, y que la han puesto en condiciones de conquistar su rehabilitación, examinarémos cuatro: la virginidad, el martirio, la caridad y el apostolado; virtudes enteramente nuevas en

el mundo, y cuyo tipo creado es María.

La virginidad, no la virginidad negativa, fastuosa, retribuída y temporal, como la de las vestales, que apenas se podían encontrar en número de siete; sino la virginidad activa, humilde, desinteresada y perpetua, escogida por su propio mérito, por la unión del espíritu á Dios, y por su imperio sobre los sentidos, es una virtud exclusivamente cristiana, y que produce legiones de ángeles humanos. Ella fué la grande protesta de la santidad cristiana contra la corrupción antigua, y como la palanca que levantó el asombro y la admiración del mundo. « Apoyados en ella, dice san Juan Crisóstomo, aterramos á nuestros enemigos... porque entre los gentiles, algunos habían podido despreciar las riquezas ó vencer la cólera; pero no se conocía entre ellos la flor de la virginidad: en este punto se dan por vencidos, confesando que es cosa sobrenatural; hé aquí por qué hemos sido para todos ellos objeto de grande admiración.»

Esta virtud fué conocida de ambos sexos; sin embargo, las mugeres se aventajaron en su profesión. Preciso es confesar ingenuamente, dice Tomasino, que la profesión de las viudas y de las virgenes es mucho más antigua que la de los monjes. Ella, por otra parte, brillaba tanto más en la muger, cuanto que su sexo está más expuesto á los ardores de que es foco, y su continencia no es aliviada por el contrapeso de la actividad, que disminuye su mérito en el hombre. «¿Quién podría contener su admiración y asombro al ver en una naturaleza femenil una vida

angélica? ¿Qué hombre osaría acercarse y tocar á esta alma resplandeciente? Todos se alejarán; porque sentirán estupor, como en presencia de un oro fundido y brillante. La naturaleza del oro es brillar, pero en medio de las llamas tiene todavía más vivos reflejos...»

Este espectáculo, á que nos hallamos habituados, como á los demás prodigios del cristianismo, era entonces tanto más asombroso, cuanto que contrastaba con la molicie, la frivolidad y la corrupción de la muger pagana. Se veían entonces dos mugeres, y en ellas dos sociedades, dos mundos; el uno sensual, el otro angélico; el uno degradado, el otro rehabilitado; el uno nacido de Eva, el otro naciendo de María. Porque María es la primera que ha levantado el estandarte de la celestial virginidad en el mundo: de esta virginidad quiso ser fruto el Hijo de Dios, grano de los escogidos y vino que hace germinar las vírgenes (Zach. IX, 17). «Por esta razón no tuvo leche, dice Clemente de Alejandría, ó más bien, tuvo por leche á este hermoso Niño de su corazón, al cuerpo de Jesucristo, que, por el Verbo á quien está unido, realza á la joven generación (Pædagogus, 1. I, c. 6)...» Hé aquí uno de los primeros elementos creadores de la rehabilitación de la humanidad, y más particularmente de la muger. Esto es lo que san Jerónimo, gran defensor de la perpetua virginidad de María, escribía á la virgen Eustoquia, con estas notables palabras: « Algunos hombres solamente, y en pequeño número, habían gustado, en la antigua ley, las dulzuras de la virginidad; en cuanto á Eva, cumplía su destino, y siempre daba á luz entre dolores. Mas desde que una Virgen hubo concebido en su seno virginal, y dado al mundo un Hijo, que ha llevado sobre sí su reino, un Dios fuerte, un Dios poderoso, el Padre de los siglos venideros, su maldición fué anonadada. La muerte había venido por Eva, la vida nos ha venido por María; y hé aquí por qué, en la nueva ley, el don de la

virginidad ha sido concedido más profusamente á la muger... Tan pronto como descendió el Hijo de Dios á la tierra, quiso formar una nueva familia; era adorado en el cielo por los Angeles, y quiso igualmente ser adorado por ángeles en la tierra. Entonces fué cuando se vió á la verdadera Judit cortar la cabeza á Holofernes...»

Las cartas de san Jerónimo, de san Basilio, de san Cipriano, diversos tratados de Tertuliano y muchos otros escritos de los primeros Padres, dirigidos á mugeres, ó tratando de sus obligaciones, proyectan una luz curiosa sobre la novedad de la condición de la muger cristiana en el mundo, y sobre la importancia que la daba la profesión de virginidad; profesión todavía sin clausura, y que bajo el velo recibido por mano de sus padres, ó, mas solemnemente, de un pontífice, edificaba al mundo, proporcionándose un libre retiro en medio de su corrupción, y brillando entre sus llamas. Los mas grandes nombres de la antigua Roma, degenerados ya en los hombres del heroismo que los había ilustrado, reflorecían en las mugeres por un heroismo mas eminente: Marcela, Asela, Albina, Marcelina, Fabiola, Leta, Paula y otras muchas, se gloriaban siguiendo las huellas de María, y siendo esposas del Crucificado.

Digo esposas, porque la virginidad cristiana no es fría y estéril; sino abrasada y fecunda como el amor. Es el amor, es el himeneo espiritual del alma con Dios: es el muy amado, es Jesús preferido á los demás esposos; y la leyenda de santa Catalina, recibiendo del Niño-Dios el anillo de los esponsales por intermediación de la Virgen, es solamente el símbolo de este misterioso matrimonio, cuyos frutos son las gracias y las virtudes, y que se llama la virginidad.

No se deprime por esto el matrimonio humano, sino mas bien se realza, uniéndose á la virginidad por la castidad, que es su hermana, y que, por las pruebas con que puede engrandecerse, sube algunas veces á la altura de su primogénita. Este parentesco moral se ve diariamente entre la virgen y la madre cristianas; hay algo de la madre en la virgen, así como hay algo de la virgen en la madre: ¿y por qué? Porque ambas son hijas de la Virgen-Madre.

Toda muger cristiana, virgen, esposa ó madre, ha recibido, de su regeneración en Jesucristo, como una nueva flor de pureza y castidad, cuya mas exquisita producción es María, por quien se difunde á todo su sexo. La muger se ha convertido, de esta suerte, en objeto de respeto y casi de culto para el hombre, á quien domina con la superioridad del Angel. Al mismo tiempo ha adquirido un atractivo mayor, por ser mas puro, y que reviste los encantos de la gracia mas victoriosa, que la sagrada Escritura apellida la gracia de las gracias, la de la santidad y el pudor. (Eccli. XXVI, 19).

Atraido y contenido por esta nueva Eva, conviértiese el hombre, de tirano de la muger que era, en siervo y caballero suyo; y en esta belleza, que la corrupción había hecho degenerar en un hermoso mal, del que se vengaba con el desprecio, encuentra un móvil de virtud que él honra con sus homenajes,

porque es un hermoso bien.

Así se ha verificado la rehabilitación de la muger por la virginidad; más también y por todas las virtudes y gracias del pudor cristiano, que forman como su acompañamiento, y que son como los perfumes de la misma virginalidad: modestia, candor, sencillez encantadora, sin ostentación, humildad dignísima, pundonor sublime y delicadeza suprema, y muchas otras gracias, que forman el encanto angelical de la muger cristiana; confiriéndole una especie de magestad sobrenatural, ante la cual el más corrompido y descreído se inclina con un homenage involuntario ú obligado.

La segunda virtud que pone en evidencia, que da en espectáculo á los Angeles y á los hombres (I. Cor. IV, 9.) á la muger cristiana, como una creación nueva en el mundo, fué el martirio. ¡El martirio! esta gran prueba de la divinidad de una religión que se hace seguir, á pesar de los suplicios y de la muerte, por un mundo arrancado á todas las voluptuosidades y delicias de la vida; que ha hecho brotar la verdad de su doctrina con la sangre de sus hijos, y las sobrenaturales virtudes del alma regenerada por las heridas y destrucción del cuerpo: el martirio presentó á la muger, tan débil por naturaleza, tan degradada por las costumbres, tan incapaz de sacrificio, tan impropia para el entusiasmo de la virtud y la verdad, tan apasionadamente entregada á todas las frivolidades y corrupciones de la vida, despojándose de todas ellas, elevándose sobre las mas tiernas y legítimas afecciones, sobreponiéndose á todas las tiranías de la opinión; y, sin guardar mas que el pudor, ofreciendo su vida al suplicio, como testimonio de la verdad.

El sacrificio voluntario de la vida por la verdad ha inmortalizado en la antigüedad á un solo hombre; y aun la vida que sacrificaba estaba ya marchita por los años: la muerte llegó á él dulce como un sueño y honrosa como un triunfo. Pero la muerte de nuestros millones de Sócrates estaba cercada de los más ho rrorosos suplicios, cargada de oprobios, multiplicada por todos los lazos de la familia y de la naturaleza que cortaba, y por último, era voluntaria hasta el final suspiro, contra todas las súplicas y seducciones; pues bien, de esa muerte, ya tan sublime para el pontífice y el filósofo, es de la que se vió disputar y conseguir la palma á la muger, la madre, la esposa, la hija, la pobre esclava y la vil cortesana «; Ah! bendito sea Dios, exclama san Juan Crisóstomo á la vista de tan nuevo prodigio, bendito sea Dios! La muger es intrépida contra la muerte. La muger, que ha introducido la muerte en el mundo, quebranta hoy esta arma antigua del demonio. Sér debil y expuesto por su naturaleza á todos los ultrajes, se ha convertido en arma
invencible entre las manos de Dios. La muger es intrépida contra la muerte. ¿ Quién no verá esto con
asombro? Avergüéncense los gentiles, sean confundidos los judíos, que no creen en la resurrección de
Jesucristo; porque, yo pregunto ¿ qué prueba más
grande de la resurrección que una revolución tan
asombrosa? La muger es intrépida contra la muerte,
que los mismos Santos encontraban antes tan formidable y tan terrible. » (1)

No olvidemos nunca, para considerar bien semejante prodigio, el despojarnos de nuestras costumbres cristianas y del hábito de un espectáculo que, á fuerza de profusión, se nos ha hecho familiar, pues entonces el mismo exceso de prodigio le ocultaría á nuestros ojos, (2) y reconozcamos en el acento de san Juan Crisóstomo la novedad de tal revolución.

Y ; cuánto hacen resaltar aún más todavía su grandeza moral y sobrenatural virtud las mismas circunstancias de estas sublimes abnegaciones en el seno de una sociedad tan degenerada! Recordemos algunos de los casos más célebres.

En el siglo I aparecen santa Tecla y santa Flavia Domitila: la primera, discípula de san Pablo, versada en la filosofía y en las bellas letras, apasionadamente solicitada por un joven pagano que tuvo la infamia de vengarse de su negativa por una denuncia, y entregada desnuda á las fieras del anfiteatro, donde apareció resplandeciente de pudor, y vengada de la ferocidad de los hombres por la dulzura de los tigres y los leones; la segunda, parienta cercana del empe-

1—San Juan Cris. De SS. Bereice et Prodosce, virg.

2—Los Boletines de la Propagación de la Fe, nos traen las actas de muchas mugeres mártires de la fe cristiana en el Oriente.

rador Domiciano, (1) desterrada por éste á la isla de Pontia, y quemada después en Terracina, bajo Trajano, por haberse negado á sacrificar en honor de los dioses.

En el siglo II, santa Sinforosa de Tibur, y santa Felicidad de Roma, ambas damas ilustres, ambas madres de siete hijos y condenadas al suplicio de la madre de los Macabeos, con una diferencia que hace vacilar entre los dolores de la gracia y los de la naturaleza; y es que el suplicio de la primera precedió al de sus hijos, dejándolos expuestos á una prueba que podía quebrantar su constancia; colgada por los cabellos fué precipitada en las cascadas de Tibur donde se habían bañado las cortesanas y refrescado los vinos de Horacio, dice Chateaubriand; y el de la segunda fué posterior al de sus hijos, siendo martirizada otras tantas veces.

Santa Blandina, debil y humilde esclava, que, como para manifestar que no hay amos ni esclavos en Jesucristo, y que, según las actas de su martirio, aun las criaturas viles y despreciables á los ojos de los hombres son gratas á los de Dios, que se complace en colmarlas de beneficios, se elevó á la altura de las santas matronas y princesas que acabamos de nombrar, sostuvo con su angélica intrepidez á los mismos héroes compañeros de su martirio; y apurando en un cuerpo desfallecido todo género de suplicios, los látigos, las planchas ardientes, las fieras, la silla de hierro, la cuerda, con tanto júbilo como si estuviese en el banquete nupcial, arrancó la admiración de sus verdugos, y tuvo la gloria de espirar al fin en el suplicio de la cruz, donde apareció transfigurada en Jesús crucificado á los ojos de sus compañeros.

La joven virgen romana Teodora había resistido á la infamia, y fué condenada al suplicio. Un cristiano

^{1—}Hay dos Domitilas, una llamada la Antigua, nieta del emperador, que fué solamente desterrada, á la que se deben las catacumbas de san Nereo y san Aquileo; y otra que pereció ea el suplicio de las llamas.

llamado Dídimo penetra en su prisión disfrazado de soldado y la hace salir. El pretor hace prender á Dídimo y conducirlo al suplicio. Teodora lo sabe, y se presenta en seguida al verdugo para disputar á aquél el martirio: Soy yo, decía Dídimo, el que ha sido condenado. Y yo, respondía Teodora, no quiero ser culpable de tu muerte. Si me hubieras privado del martirio, me habrías engañado. Ambos fueron oídos,

y perecieron juntos (1).

Conocidos son los martirios de santa Perpetua y santa Felicidad, en que señora y esclava se hicieron hermanas por el bautismo de sangre y por la participación de una gloria que las tiene eternamente asociadas en el recuerdo que las tributamos en nuestros altares. Su narración ha sido repetida muchas veces: la insertamos, sin embargo, para perfumar con ella nuestras páginas; tanto más cuanto quizás no haya otra alguna en que la muger aparezca más muger, y donde el sacrificio esté más realzado por la delicadeza y gracias de la víctima.

Era Perpetua muger noble, de edad de veinte y dos años; vivían sus padres; tenía dos hermanos; se hallaba casada y criando á un niño. Felicidad era esclava, y estaba en cinta. El padre de Perpetua, celoso pagano, quería obligar á su hija á que sacrificase

á los ídolos.

« Después de haber pasado algunos días sin ver á mi padre, (es Perpetua misma quien escribe la relación del principio de su martirio), dí gracias al Señor, y su ausencia me alivió. En estos pocos días fuimos bautizadas: solo pedí, al salir del agua, el sufrimiento en las penas corporales. Pocos días después se nos

puso en prisión: quedé espantada, porque nunca había visto tinieblas semejantes. ¡Día terrible fué aquel! hacía un gran calor á causa de la muchedumbre: los soldados nos empujaban. En fin, yo moría de inquietud por mi hijo (1). Entonces los bienaventurados diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistían, alcanzaron por dinero que pudiésemos salir y pasar algunas horas en un lugar mas cómodo de la prisión. Salimos; cada cual pensaba en sí: yo daba de mamar á mi hijo, le recomendé á mi madre; reanimé á mi hermano; me consumía de dolor al ver la pena que les causaba, y pasé algunos días en tales angustias...

«Se divulgó el rumor de que iban á interrogarnos. Mi padre vino de la ciudad á la prisión, agobiado de tristeza, y me decía: ¡Hija mía, ten piedad de mis cabellos blancos! ¡ten piedad de mí! Si soy digno de que me llames tu padre, si yo mismo te he criado hasta la edad que tienes, si te he preferido á tus hermanos, no arrojes sobre mí el oprobio de los hombres! (2) Mira á tu madre, mira á tu hijo que no podrá vivir sin tí: deja esa obstinación que nos perderá á todos; porque ninguno de nosotros osará volver á hablar, si te sucede alguna desgracia.

« Mi padre se expresaba así con ternura, besándome las manos, arrojándose á mis piés, llorando, y no llamándome su hija, sino su señora. Le compadecía, viendo que de toda mi familia sería el único que no se alegrase de mi martirio. Le dije para consolarlo: En el cadalso sucederá lo que plazca á Dios; porque sabed que no está nuestro destino en nuestras manos, sino en las suyas, Mi padre se retiró afligido.

«La mañana siguiente, á la hora de nuestra co-

^{1—}De una cristiana del mismo temple de estos mártires, de madama Swetchine, hemos tomado el cuadro de este martirio, que ella misma había tomado de Fleury; madama Swetchine le añade una admirable nota, que principia así: «¡Cuán lejos está el rasgo más tierno de la antigüedad pagana de la belleza de éste! La generosa abnegación de Orestes y de Pílades les era dictada por la amistad; el dolor de sobrevivirse les arrastraba á ella. Aquí no obra el yo humano, ni su dualidad 'más humana todavía; sino la ardiente y libre caridad, fruto de la regeneración y de la gracia.»

^{1—}Admirable delicadeza de natural, muy propia para que resalte esta virtud de Dios, que brilla aún más en los débiles:

y en un débil seno enciende un gran valor!

2-; Hasta qué punto serían objeto de oprobio los cristianos, cuando un padre teme llegar á serlo él mismo: y se duda de ello aún más, al parecer, que de la pena de perder á su hija!

mida, vinieron á buscarnos para que fuésemos interrogados. El rumor de esta noticia se difundió al instante por los barrios inmediatos, y se reunió una muchedumbre innumerable. Subimos al tribunal... El procurador Hilarión me dijo: Compadécete de la ancianidad de tu padre; ten piedad de la niñez de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores. No lo haré, respondí yo. -; Eres tú cristiana? me preguntó. — Y respondí: Yo soy cristiana (1). Como procurase mi padre sacarme del tribunal, Hilarión mandó que se le arrojase de allí, y recibió un golpe: lo sentí como si yo misma hubiese sido herida, tanto sufrí al ver á mi padre maltratado en su ancianidad! (2) Entonces pronunció Hilarión nuestra sentencia, condenándonos á todos á ser arrojados á las fieras. Volvimos alegres á la prisión. Como mi hijo estaba acostumbrado á mi pecho, y á estar conmigo, envié en seguida al diácono Pomponio para que se lo pidiera á mi padre; pero no se lo quiso entregar, y Dios permitió que el niño no volviese mas á pedir el pecho, y que mi leche no me incomodase mas.»

La relación de Perpetua concluye por la tercera de

las visiones que tuvo en el calabozo.

« Felicidad se hallaba embarazada de ocho meses, y viendo tan próximo el día del espectáculo, estaba muy afligida, temiendo se dilatase su martirio, porque estaba prohibido ejecutar á las mugeres durante su preñez. Los compañeros de su sacrificio se hallaban

1-Se ha procurado explicar la conducta de los mártires por la exaltación, por el entusiasmo. Pero, además de que semejante explicación necesita à su vez ser explicada, lo que precisamente asombra en la conducta y pala-bras de los mártires, es la ausencia mas completa de exaltación; la sencillez tranquila y mesurada de sus respuestas; siendo mas notable todavía en una naturaleza de muger.

2-¡Admirable rasgo de noble emoción, que presenta toda la sensibilidad de la naturaleza en medio del triunfo de la gracia! Ella es mas sensible á un golpe dado á su padre, que á la cólera de las fieras y al hacha del verdugo.

tristes por su parte, crevendo dejarla sola en el camino de su común esperanza. Pusiéronse todos á llorar y á rezar por ella tres días antes del espectáculo. Al concluirse su plegaria, sintió Felicidad los dolores, y como su parto era prematuro, fué muy difícil, y ella se quejaba. Uno de los carceleros la dijo: Tú te quejas ahora; ¿qué harás cuando seas arrojada á las fieras? Mejor hubicras hecho sacrificando á los dioses. - Felicidad respondió: Ahora soy yo quien sufre, mas luego habrá otro en mí, que sufrirá por mí, porque yo sufriré por él.-Felicidad tuvo una niña, que recogió una muger cristiana para criarla como á hija suya... Llegado el día del combate, salieron los mártires de la prisión para ir al anfiteatro,

cemo si se dirigiesen al cielo.

Perpétua marchaba con rostro sereno y paso tranquilo, como una persona querida de Jesucristo, y bajaba los ojos para ocultar su vivacidad á los espectadores... Felicidad estaba muy contenta de haber salido bien de su parto para que la arrojasen á las fieras... Perpétua y Felicidad fueron desnudadas y metidas en una red para exponerlas á las furias de una vaca. Horrorizóse el pueblo, viendo á la una tan delicada y á la otra que acababa de dar á luz; las retiraron y las cubrieron con vestidos flotantes. Perpétua fué derribada la primera, y cayó sobre la espalda: ella se sentó en tierra, y viendo desgarrado su vestido por un lado, lo extendió para cubrirse el muslo, más atenta al pudor que al sufrimiento. Reanudó sus cabellos esparcidos, para no aparecer que estaba de luto, v viendo á Felicidad toda magullada, le dió la mano para ayudarla á levantarse. Así fueron las dos hacia la puerta Sana Vivaria, donde Perpetua fué recibida por un catecúmeno llamado Rústico... Perpetua hizo llamar á su hermano, y le dijo, así como á Rústico: Permaneced firmes en la fe, amaos unos á otros, y no os escandaliceis de nuestros sufrimientos...

Entre tanto el pueblo pidió que las llevaran al medio del anfiteatro. Las Mártires fueron por sí mismas, después de haberse dado el ósculo de paz. Felicidad tocó en parte como víctima á un gladiador poco diestro, que la hirió entre los huesos y la hizo gritar; porque estas ejecuciones de los bestiarios en los moribundos servían de aprendizaje á los nuevos gladiadores. Perpetua condujo por sí misma á su garganta la mano insegura de su verdugo. » (Act. sinc. Martyr).

La proligidad de esta narración no nos deja espacio para otras. A más de que, nunca podríamos agotarlas todas; concluiremos citando este verso de Boileau, que, aplicado al cristianismo, adquiere una

severa grandeza:

Gran Dios, cesa de vencer ó dejaré de escribir.

Bástenos citar, por todas las que omitimos, á santa Sabina y santa Serapia, santa Cecilia, santa Anastasia, santa Lucía, santa Catalina, santa Agueda, santa Inés, euyos martirios se disputarán por siempre más la admiración del mundo.

He aquí lo que hizo el cristianismo de ese sexo reputado hasta entonces pusilánime, incapaz de sufrir, perverso por naturaleza, frívolo, y por mitad menos virtuoso que nosotros, como afirmaba la sabiduría humana, (Platón, Hipócrates, Catón, etc.) y esto sin desnaturalizarlo, dejándole todas sus graciosas y púdicas delicadezas, y aún multiplicándolas.

¿ De dónde le ha venido ese valor más que viril, esa fortaleza contra la que se ha quebrantado todo el poder romano? De Aquel que ha tomado sobre si todas nuestras flaquezas y cargado con nuestros dolores, (Isai. LIII, 4) y que nos ha dado toda su fuerza; de Jesús crucificado, el gran Martir del género humano, cuyo suplicio ha llenado y llenará de goces todos los suplicios sufridos por su amor. Y en segundo lu-

gar, ha adquirido la muger, tanta fortaleza del grande ejemplo de la primera muger que participó del suplicio de Jesús, herida en su alma, según la profecía, por la misma espada de dolor que le ha desgarrado, (Luc. II, 35); dolor al que ningún otro dolor es comparable, porque ningún amor es comparable con su amor; y lo que constituye el consuelo de todos los suplicios, Jesús crucificado, constituia la mayor congoja del suyo; congoja sufrida como martir, en pie, con un ralor, dice San Ambrosio, que no degeneraba del que tenía por ejemplo ante sus ojos. He aquí el modelo que, por la misma gracia que lo ha producido, ha elevado hasta sí á todo su sexo, y lo ha rehabilitado entre los dolores por un martirio que le ha valido el título de Madre de los Dolores y el de Reina de los Mártires.

Así es como ha sido rehabilitada la muger por el martirio y por la virginidad, según el ejemplo de la Virgen-Madre.

* *

En tercer lugar, lo ha sido por la caridad. Aquí también María se presenta la primera, experimentando en sí misma y en sí sola toda la caridad que ha conmovido después el corazón de la muger cristiana, é influyendo sobre su efusión por la plenitud de gracia que la ha colmado entre todas las mugeres.

Voltaire atribuye gratuitamente à Cicerón una bella frase: Charitas humani generis. La caridad del género humano. (1) Resulte lo que quiera de la cuestión de si el mundo antiguo ha conocido ó ignorado aún el nombre mismo de un sentimiento que llena el mundo moderno, Voltaire se ve obligado á convenir en que: « no se ve que la policía

^{1—}El sabio Beuchot, editor de Voltaire, lo desmiente acerca de este punto: «Cicerón, dice, no ha empleado esta expresión: ha dicho: Charitas liberorum [Brutus, op. 12] charitas patriae [Pro Sexto, 53].

y la beneficencia de los romanos hayan establecido casas de caridad, donde los pobres y los enfermos fuesen cuidados á expensas del público. Los hospitales para los pobres parecen haber sido desconocidos en la antigua Roma. »

Por mas que el público hubiese costeado los gastos de los hospitales, jamás se hubieran levantado, y caerían ya mañana, si no estuviesen basados sobre la caridad católica de la muger cristiana, de la Hermana de Caridad, cuidando al género humano á expensas de todos los sacrificios y de todas las repugnancias de la naturaleza. Esta verdad ha arrancado á Voltaire la siguiente confesión: «Tal vez nada hay mas grande sobre la tierra que el sacrificio de la belleza y de la juventud hecho por un sexo tan delicado, y á veces de alta cuna, para aliviar en los hospitales ese conjunto de todas las humanas miserias, cuya vista es tan humillante para el orgullo humano y tan repugnante para nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana solo imperfectamente han imitado tan generosa caridad.»

No deja, en verdad, de ser muy notable que Voltaire juzgue que nada más grande hay en el mundo que la Hermana de la Caridad. Voltaire es cristiano en esta admiración, y aún católico; lo cual prueba hasta qué punto ha creado el cristianismo nuevas costumbres. Los antepasados de Voltaire, Celso, Porfirio, Luciano. se hallaban muy lejos de esto; pues denunciaban á los cristianos á la risa pública, por haberse dejado persuadir de su Legislador que todos eran hermanos. La sociedad pagana vió con grande asombro á las hijas del Evangelio cuidar las enfermedades y los dolores, socorrer á los desgraciados y lavar sus llagas. Las hijas del Evangelio eran el perfecto antípoda de la muger y de la virgen antigua, cuya suprema prerrogativa era, en los sangrientos juegos del Circo, rehusar gracia al pobre gladiador que la imploraba, y dar la señal de su muerte levantando el dedo pulgar.

La caridad, y la caridad para el desconocido, 6 más bien para el más pobre y abandonado, sin distinción de familia ni clase, la caridad para todo el género humano, charitas humani generis, es, por tanto, una creación del cristianismo, como la virginidad y el martirio; y en la práctica de esta virtud, que ha elevado el corazón del hombre á la altura, si me atrevo á decirlo, del corazón de Dios, la muger ha igualado, si no superado, al hombre. Ella se ha emancipado del egoismo, del lujo, de la sensualidad, de la pereza y de la nulidad en que yacía desdeñada, y ha conquistado, por el sacrificio de sí misma, la admiración y el culto de la humanidad.

Esta muger nueva apareció en el umbral del cristianismo aún antes que los Apóstoles: se la ve en esas santas mugeres de Jerusalén que, entre la multitud deicida que empujaba á Jesús por el camino del suplicio, se herían el pecho y le lloraban (Luc. XXIII, 27.); y en las que fueron al amanecer al sepulcro, llevando perfumes para embalsamarlo. (Id. XXIV, 1). Se la vuelve á encontrar en esa Tabita ó Dorcas, de que hablan los Hechos, llena de buenas obras y de limosnas, y cuya muerte lloraban todas las viudas, mostrando á san Pedro las túnicas que ella les hacía. (Act. IX, 36-41).

San Pablo nos pinta á csa muger en las condiciones de admisión para la orden de las diaconisas: «Que sean conocidas sus buenas obras; si ha criado bien á sus hijos, ha ejercido la hospitalidad, si ha lavado los piés á los santos, si ha socorrido á los afligidos, y se ha aplicado á toda clase de buenas obras.» (I Tim. V, 10). La caridad era ya para las mugeres cristianas una profesión; y, en su carta á Trajano, Plinio, que hizo atormentar á dos de ellas, nos dice que se las llamaba Ministræ.

Más, bien pronto la caridad fué profesión de toda muger cristiana, apareciendo de una manera brillante en esas ilustres romanas que prodiga-

ban á los miembros de Jesucristo las herencias fundadas por sus antepasados con el sudor de los esclavos y la opresión de los pueblos. Resplandece en Domitila, que compró para sepultura de cristianos el extenso campo que ha perpetuado, por las pinturas de la capilla subterránea que hizoconstruir, el testimonio de la devoción del siglo I á María; en Fabiola, que vendió su patrimonio para fundar el primer hospital que Roma opuso á sus monumentos de sangre y prostitución; y en esa descendiente de los Gracos y Escipiones, en esa Paula, en quien san Jerónimo pintaba así de antemano á la admirable santa Isabel de Hungría: « Paula se vió reducida á llorar á su esposo. Hubiérase dicho, viendo su dolor y la profundidad de sus pesares que, el sentimiento de tal pérdida la conduciría al sepulcro de su esposo; y viendo con qué entusiasmo se consagró al Señor, se hubiera creído que aguardaba con impaciencia la muerte para seguir sus piadosos deseos. ¿Hablaré aquí de su prodigiosa caridad para con los pobres, que la hizo repartir entre ellos los tesoros de una casa tan opulenta y antigua? ¿Hablaré de su mansedumbre inalterable, de su bondad con que se anticipaba á socorrer las necesidades de personas á quienes á veces ni aún conocía? ¡Cuántas veces se la ha visto despojarse de sus propios vestidos para cubrir á un desgraciado moribundo, y privarse ella misma de lo necesario para aliviar á los enfermos! Ella buscaba cuidadosamente en los más apartados rincones de esta ciudad inmensa al infeliz que languidecía sin socorro, y consideraba como una pérdida el que un indigente hubiese sido consolado por otra mano que la suya; todo lo sacrificaba á esta ardiente caridad, y cuando alguno la advertía que perjudicaba con sus larguezas á sus hijos, cuya herencia disminuía, contestaba que les dejaba una herencia mucho más preciosa, la misericordia de Jesucristo. » (1)

1-Carta de san Gerónimo á la virgen Eustoquia.

¡Qué espectáculo tan nuevo para la Roma pagana! Desde esos primeros tiempos la caridad de la muger cristiana ha ido desarrollándose, diversificándose y organizándose: se ha convertido en un combate regular contra todos los males del género humano; y hoy avanzando la primera por los caminos que abre la industria á la civilización, abarca el mundo entero.

Ahora bien, el primer corazón que ha palpitado con este divino sentimiento, y que, recibiéndolo de Jesucristo, lo ha comunicado á todo su sexo, es el gran corazón de María. Así, los orientales inotable testimonio! en el respeto y asombro que experimentan al contemplar la abnegación de nuestras Hermanas de Caridad, no creen poder caracterizarlas y elogiarlas mejor que dándolas el nombre de las Marías; nombre tierno, y que siendo entre los infieles un resto de la antigua tradición, encierra una doctrina completa.

La muger caritativa ha nacido de la muerte de Cristo y de la compasión de su Madre, tan justamente llamada Nuestra Señora de la Piedad. En Cristo compadecía la Virgen á la humanidad doliente; así como en la humanidad doliente compadece á Cristo la muger, la Hermana de Caridad. La una compadecía á los miembros en el Jefe, la otra compadecía al Jefe en sus miembros. Son los miembros de Jesucristo, en verdad, los que ve, los que honra y socorre la muger cristiana en todos los desgraciados del género humano; esto es lo que la conmueve é inflama; es la compasión de María trasladada á su corazón, y que realmente hace de ella una María, como hace de todo infeliz un Jesucristo. Y con tanto más fundamento es semejante compasión un renuevo de la de María, cuanto que esta misma era solo una anticipación de la caridad que el cristianismo ha inspirado á todas las mugeres cristianas en beneficio de la humanidad. Es la caridad, el amor al género humano el que ha hecho soportar á María tan generosamente el peso del sacrificio de su divino Hijo. Si Ella no se ha rendido, es porque la sostenía su amor hacia nosotros, equilibrando el que profesaba á su divino Hijo, y aún llevándola hasta adherirse á su sacrificio. ¿Qué caridad puede compararse con esta? ¿Quién no conoce que comprendía y sobrepujaba toda la caridad que más tarde había de sentir la muger cristiana, y que debía inspirarla, mostrándonos en todos los infelices á los redimidos con la sangre de Jesucristo y las lágrimas de María? Es un espectáculo digno de la admiración del cielo y de la tierra! Legiones de vírgenes, enroladas en múltiples órdenes religiosas, se consagran á las obras de misericordia, profesando la caridad del género humano. Qué ángeles! qué abnegación! qué heroismo!

* *

Finalmente, la muger ha sido rescatada por el apostolado. El apostolado, hé aquí una virtud más, un sentimiento nuevo *creado* por el cristianismo en el corazón del hombre, á cuya altura se ha elevado la muger, igualando ó superando al sexo que hasta entonces la miraba con desdeñosa y exclusiva superioridad.

«Santificado sea tu nombre, — venga á nosotros tu reino, — hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»; — tales son las primeras aspiraciones que la Verdad misma pone en nuestras almas y en nuestros labios, en nuestra súplica al Padre celestial, y antes de ccuparnos en nuestras mas imperiosas necesidades. Tenía razón Sócrates para decir á Alcibíades: El mejor partido, en nuestra ignorancia de lo que debemos pedir, es aguardar á que alguno venga á instruirnos de la conducta que debemos seguir para con los dioses y los hombres. ¿Quién hubiera jamás imaginado que el celo por los intereses de Dios, á quien nada falta, debió preceder al celo por los intereses nuestros, y que debemos cuidarnos de su gloria

antes de pedirle nuestro pan? Sin embargo, así es. El celo por la gloria de Dios, el acrecentamiento de su reino, el cumplimiento de su voluntad; no en sí mismo, pues plenamente se basta; no en el cielo, donde los Angeles y los Santos le bendicen llenos de felicidad; no en la naturaleza, que proclama su gloria por la armonía de sus movimientos; sino sobre la tierra y en las almas, á quien ha dado la libertad de desconocerle y despreciarle, á fin de sacar de su fidelidad y adoración una gloria mayor: el celo, repito, de esta gloria, hé aquí la nuera llama que el cristianismo ha venido á encender en el corazón del hombre, y que ha recibido el hermoso nombre de apostolado.

¡Cosa admirable! honor inaudito! El hombre fué investido de la misión y del poder de extender el reino de Dios, y de ganarle las almas, de acrecentar su gloria, y de ser no solo el heraldo, sino hasta cierto punto el autor de ella; y autor, no solo en el tiempo,

sino en toda la eternidad que le signe.

Pues bien, este servicio del apostolado, de que Dios quiere ser deudor al hombre, á quien ha prometido en recompensa el esplendor de los astros del firmamento (Dan. XIII, 3), no excluye á la muger, que ha sido elevada al honor de tributarlo al Omnipotente. La muger, que en la antigüedad pagana creía haber recibido un alma distinta hecha de sustancias tomadas de rarios animales, ha sido promovida por el cristianismo al ministerio de formar las almas, y encaminarlas á la vida de Dios, de ser la iniciadora y mensajera de la Luz eterna en el mundo. «Habrá bajo este aspecto, dice Troplong, dignidades para ella en la Iglesia: será encargada, cosa hasta entonces desconocida, de una parte de la instrucción. Participará del apostolado, predicará á las mugeres, y se revestirá de un carácter oficial.» (1)

Mas, esta es solamente una parte muy excepcional

de la acción apostólica de la muger; pues el carácter de semejante acción no es el ser pública y oficial: el catolicismo, transformándolo todo, no desnaturaliza nada, y sería desnaturalizar á la muger permitirla que predicase, lo que expresamente prohibe san Pablo; pero el apostolado de la muger se distingue desde el origen del cristianismo por un carácter privado y oficioso; por el ejemplo, por la abnegación, por una palabra oportuna, y todavía más, á veces, por el silencio de la desaprobación, ó de un deseo paciente, por la influencia de una vida que predica la verdad con la virtud, y la fé con la caridad; en fin, por el amor, que persuade más que la ciencia, y por el ascendiente del sacrificio y del beneficio. La muger ha insinuado el cristianismo en el mundo, y su acción fué tan poderosa, que atrajo á nuestra naciente Religión el reproche de Celso, acusándola de apoyarse principalmente en las mugeres: reproche que Celso juzgaba injurioso para el cristianismo, y que se ha hecho glorioso para la muger. En todas partes donde el cristianismo ha penetrado, donde quiera que se ha engrandecido, es sin duda por la acción ostensible de un hombre; pero, observad bien detrás de este hombre, y á veces delante de él, ya se trate del universo, de un imperio ó de una sola alma, y encontraréis siempre una muger.

Unas santas mugeres seguían á Cristo, y precedieron á los Apóstoles en el anuncio de su resurrección. Se las vé por todas partes mezeladas á su predicación, emprendiendo viajes, afrontando fatigas y peligros, socorriendo á los indigentes y enfermos, visitando á los cautivos, lavando sus pies, besando sus cadenas, bendiciendo su martirio, y por tales testimonios de caridad confesando y propagando la fe. Desde entonces esta cooperación, iba á decir esta conjuración, apostólica de la muger no se ha desmentido: la muger siempre ha continuado siendo fiel á ella, como á una misión instintiva de su naturaleza regenerada.

Los más ilustres Padres de la Iglesia deben la fe que han predicado y sostenido á madres cristianas que los han conducido al cristianismo y al apostolado por la instrucción, la plegaria y frecuentemente por las lágrimas. Así, debemos á san Gregorio Nazianceno, cuyo padre era pagano, á santa Nona y á su hermana mayor santa Gorgonia; san Basilio el Grande y sus dos hermanos san Gregorio de Nisa y san Pedro de Sebaste, á su madre santa Emelia y también á su hermana mayor santa Macrina; san Juan Crisóstomo á su madre Antusa, viuda á los veinte años y admirada por los paganos á causa de las virtudes que la inspiraba la fe, que á su vez inspiró á sus hijos; san Ambrosio, á su hermana mayor santa Marcelina, y san Agustín, á santa Mónica. Estos grandes doctores nos han dejado el testimonio de la obligación que debían, y que la fe cristiana debe en ellos á la muger.

Pero más claramente y con mayor alcance debía manifestarse el apostolado de la muger: santa Elena, de quien san Gregorio el Grande dice «que encendía « en todos los cristianos el fuego de que se hallaba « abrazada », hizo que el cristianismo subiera al trono con su hijo el emperador Constantino, dotó al universo del sacro madero de la cruz, vuelto á encontrar entonces, y erigió en los Santos Lugares basílicas

suntuosas.

La emperatriz Pulqueria, que « unía, dice Gibbon, á las virtudes de una virgen cristiana el celo y la liberalidad de una soberana, » llenó el Oriente de magníficas iglesias en honor de Jesucristo y de su Madre santísima, de caritativas fundaciones en honor de los pobres y los extranjeros, de considerables donaciones á los monasterios, y se esforzó por destruir las opuestas herejías de Nestorio y de Eutiques; transmitió este apostolado imperial á Eudoxia, cuyas piadosas fundaciones, limosnas y dádivas para el culto cristiano superaron, dice Gibbon, la munificencia de Elena la Grande.

Placidia, hija de Teodosio el Grande, después de haber salvado á Roma y al catolicismo por su casamiento con Ataulfo, rey de los godos, cuyas armas volvió contra los vándalos, gobernó durante treinta y cinco años el imperio de Oriente á nombre de su hijo Valentiniano III, y consagró su poder á reprimir las herejías y á conservar el reinado de la verdadera fe.

Apostol de los paganos, la muger debía serlo también de los bárbaros; así, tiene derecho á una parte de este bello elogio que hace Gibbon del cristianismo: «El Cristianismo alcanzó sucesivamente dos victorias gloriosas y decisivas: la primera sobre los ciudadanos civilizados del imperio romano, y la otra sobre los bárbaros de la Escitia y de la Germania, que derribaron el imperio y abrazaron la religión de Roma.»

El mismo autor atribuye la extinción del arrianismo entre los bárbaros y la sumisión del mundo entero á la fe de Nicea, á la conversión de Hermenegildo. príncipe visigodo, por la influencia de su virtuosa esposa Ingunda, perseguida á causa de su fe por Gosvinda, su abuela materna. Tan profunda y pura fué esta influencia, que pagó Hermenegildo con su cabeza la fe que Ingunda le había inspirado, atrayéndose el golpe fatal con la siguiente noble respuesta dada á su padre y verdugo: « Estoy pronto á devolveros el cetro que me habeis dado, y á perder la vida, antes que abandonar la verdad. Conservaré hasta el último suspiro el respeto que os debo; pero no es justo que tenga un padre más poder sobre su hijó que Dios y su conciencia.» Este acontecimiento preparó la extinción del arrianismo en el mundo germánico. Algún tiempo antes, Clodoveo caía á los pies del Dios de Clotilde, y Francia salvada del axote de Dios por santa Genoveva, comenzaba sus grandes destinos, que había de restablecer Juana de Arco.

Pudiéramos multiplicar los ejemplos; de ellos está llena la historia. Los ya citados bastan para manifestar la alta misión á que ha sido promovida la muger por el cristianismo. De esclava del hombre, se ha convertido en sierva del Señor, en apostol y propagadora de su gloria. Una nueva pasión se ha inflamado en su alma: la de mexclarse en los asuntos de Dios, cuando se la había juzgado impropia para los asuntos domésticos; la de extender su reino, aunque se la juzgaba incapaz de gobernarse á sí misma; y el más prodigioso éxito ha venido á coronar esta ambición como de una aureola; éxito, nótese bien, de que jamás se prevale la mujer cristiana, tan puro es el celo que la sostiene; éxito cuyo retardo no la impacienta, pues tan paciente es este mismo celo. No es preciso evocar grandes figuras históricas para demostrar este fenómeno; á nuestro alrededor existe en todas partes. Las madres cristianas, las esposas, hermanas é hijas, en tan diversos estados y en todas sus relaciones con el hombre, son apóstoles. Tales las proclame. ¿Quién dirá los prodigios de su constancia, de su resignación, de su caridad, de su industria, de su discreción, de su piedad, de su dolor, ó de su alegría en esa tácita conspiración para la gloria y la salvación de las almas? La misma naturaleza, con las embriagueses de la maternidad y del amor, es superada por las emociones de la gracia, cuando ellas han vuelto á reengendrar un hijo á la vida de Dios, conquistado á un padre ó á un marido á su felicidad y gloria; doblemente apasionadas de esta gloria de Dios y de esta felicidad de las almas.

Pero no son almas aisladas, es á la sociedad entera á quien conducen en nuestros días á la fe. Son ellas, en efecto, es el sexo devoto el que ha conservado el sacro fuego durante tantos años en que sola su presencia venía á consolar á la Religión de la deserción universal que la relegaba á sus templos, y de los respetos humanos que alejaban de ellos á los hombres. Son ellas las que los han hecho volver á entrar; las que, obreras infatigables de la gracia, han producido y ter-

minan esta renovación religiosa que presenciamos en todo el mundo, aún en medio de las persecuciones.

Seducidos por el encanto de tan inagotable asunto, casi hemos olvidado su conclusión, por seguir su desarrollo. Mas tan manifiesta aparece aquí que no hay necesidad de declararla. ¿Quién no ve, en efecto, que sucede en el apostolado como en los demás elementos de la emancipación de la muger, pues se limitan en esto á perpetuar á la Virgen María, y que también por esta razón podemos otra vez apellidarlas Marías? María la primera ha engendrado el cristianismo, aún en su Autor, por un acto heróico de su fé. Ha sido la primera en procurar gloria á Dios y pax á los hombres, como lo cantaban los Angeles en su alumbramiento. Ha sido la primera en realizar el reino de Dios, que Gabriel proponía á su consentimiento, al decirla: El que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios...y su reino jamás tendrá fin. Ha sido la primera en procurar que la voluntad de Dios se cumpla sobre la tierra como en el cielo, por estas palabras: Hé aquí la sierva del Señor; húgase en mí según tu palabra. Fué la primera que pudo decir: Mi alma glorifica al Señor! La primera, en fin, no solo antes de toda muger, sino antes que los hombres y los ángeles, ha sido apóstol, mereciendo ser llamada Reina de los Apóstoles.

Lo que han hecho ó pueden hacer todas las mugeres cristianas para producir almas á Jesucristo, lo que todos los Apóstoles y misioneros han trabajado para convertir las naciones, lo que ha hecho la Iglesia por el catolicismo entero, María lo ha hecho, la primera, por el mundo: «Ella ha difundido por el Mundo la Luz eterna, Jesucristo nuestro Señor, por quien no solo confiesan los hombres á Dios, sino los Angeles lo alaban, las Dominaciones lo adoran, las Potestades tiemblan, los cielos y las Virtudes

de los cielos celebran en un común éxtasis su Majestad.» (1)

De este centro, de este foco apostólico de María han partido y partirán siempre todos los rayos del apostolado. La misma Luz eterna, para resaltar mejor de la fuente virginal, desde donde ha querido difundirse por el mundo, ha querido también, aún después de haber brotado, permanecer unida á ella y conferirle el ministerio de su dispensación. Así es por ella, es por María por la que fué á suscitar á su Precursor desde el seno materno; es por ella, por María por quien ha querido ser llevada al templo y aparecer allí como la Lux que ha de alumbrar á todas las naciones; es por ella, es por María por quien ha querido ser conducida del anticipado brillo que había despedido entre los doctores á la oscuridad de una sumisión filial que prevalece, al parecer, sobre la ocupación del servicio de su Padre; es por Ella, por María por quien ha querido entrar antes de su hora en la carrera de sus prodigios y de su propio apostolado; es, en fin, por María por quien ha querido, elevándose al cielo, ser concebida de nuevo, en cierto modo, del Espíritu Santo en el Cenáculo y en la Iglesia.

He aquí á que sublimidad fue elevada la muger en María, y de donde procede la misión apostólica que desde entonces no ha cesado de llenar en el mundo.

* *

Una palabra de san Pablo comprende todo este estudio: — « Cuando fueron cumplidos los tiempos, envió Dios á su Hijo hecho de la muger. »

La muger había sido primitivamente hecha del hombre, y, degenerada por el pecado que le comunicó, de su categoría de compañera, se había convertido uni-

¹⁻Prefacio para las fiestas de la Santísima Vírgen.

versalmente en esclava suya, cumpliéndose la divina sentencia: Sub viri potestate eris, et pise dominabitur tui.

En la regeneración de la humanidad, es el hombre, y ¡ qué hombre! el Hombre-Dios el que es hecho de la muger, y esta, por la plenitud de gracia que ha recibido para derramarla sobre el género humano, se liberta de la servidumbre del hombre, y además se convierte en la soberana, la Señora.

No solo queda abolido el dominio del hombre, sino que, en cierto sentido, pasa á la muger. Dominio fundado en el respeto, en el homenaje, el reconocimiento, la abnegación y el amor que la concilian sus nuevas virtudes y las nuevas gracias que desarrolla, y cuyo culto se expresa por este nombre tan moderno como su objeto: la Señora.

La Señora es una creación del cristianismo, v tiene su más alta personificación en la humilde Madre de nuestro Redentor, en NUESTRA SEÑORA, LA SEÑORA DEL MUNDO, como se decía antiguamente: Señora, en efecto, de toda la tierra que la reverencia, que la invoca y proclama como Madre bienaventurada y Patrona del género humano; Señora del cielo, que la saluda Reina de los Angeles y llena de gracia; Señora dominadora del infierno, cuya cabeza quebranta, domando sus furores; Señora del Señor mismo, en cierto modo, por el imperio que su maternidad da á sus plegarias sobre el corazón de su divino Hijo; Señora, en una palabra, de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, cuyas relaciones anuda y concentra, y con cuyo triple brillo se decora: Vestida del sol, con la luna bajo sus piés, y las estrellas como corona de su cabexa. (Apocalipsis.)

He aquí la Señora, he aquí la Muger, tal como Cristo la ha hecho, en justa recompensa de haber sido Él mismo hecho de la muger, factum ex muliere.

Lo sucedido en María se reproduce en toda muger cristiana. El cristianismo ha continuado como comenzó; siempre puede afirmarse de él con verdad que ha sido hecho de la muger, de su castidad, de su martirio, de su apostolado, de todas las virtudes que la gracia produce en ella, y de su influencia en la humanidad; y como ha sido formado de la muger, él á su vez la forma, la eleva, la constituye en dignidad, en honor y en gloria, la avasalla los corazones, y la reviste de gracia y de amor. Existe entre la muger y el cristianismo una estrecha reciprocidad de intereses y destino. Si ella fuese infiel á su misión cristiana, el primer efecto de su infidelidad sería su decadencia, perdiendo en proporción á su falta. El cristianismo es como una propiedad, de la cual tiene ella el usufruto; y por tanto, se halla interesada en conservarla y acrecentarla.

De Maistre lo había conocido así: « La muger, protegida por el cristianismo, dice, lo protege á su vez. Se ve uno inclinado á creer que esta influencia es producida por alguna afinidad secreta, por alguna ley natural. La salvación comienza por una muger, anunciada desde el orígen de las cosas. En toda la historia evangélica desempeñan las mugeres un papel muy notable, y en todas las conquistas hechas por el cristianismo, tanto sobre los individuos como sobre las naciones, se ve siempre figurar una muger. »

De aquí los progresos y conquistas del feminismo en la civilización cristiana, esto es, la rehabilitación de la muger por el cristianismo en todo sentido, moral, legal, social y hasta político.

Si todo esto es cierto, si cuanto hemos expuesto en este estudio es fundado, una gran consecuencia se eleva sobre tal fundamento, á saber: que lo que la muger debe proteger sobre todo en el cristianismo, después del culto de Dios y de Jesucristo, lo que debe venerar y querer como el principio, el modelo y la prenda de su rehabilitación, es el culto de esa Muger anunciada desde el origen de las cosas, por quien la salvación ha comenzado, y por quien va continuando.

En tal interés y deber de piedad y de culto hacia María no puede obrar la muger en sus diversos estados de virgen, esposa, madre, hija, hermana, señora, sin tocar é interesar al hombre, la familia y la sociedad, que reciben de ella la influencia que ella misma recibe de esta devoción.

Porque, recomiendo esta última consideración, la familia, la sociedad moderna, á diferencia de la familia y la sociedad antigua, que estaban fundadas sobre el hombre, están hoy basadas sobre la muger. Este es un hecho y un principio cuya destrucción nos haría recaer en el estado de donde nos sacó el cristianismo. Lo que ha dicho san Pablo de Cristo, lo que del cristianismo decimos nosotros, se debe lógicamente decir de la sociedad y de la civilización, que son sus frutos; todo esto es hecho de la muger.

Hé aquí una verdad que nos rodea y obra sobre nosotros en todos sentidos, como suficientemente hemos demostrado. Mas si todo esto es hecho de la muger, importa para todo esto que la misma muger sea hecha según el tipo de su rehabilitación, y se conserve en relación con él por el culto.

El culto del modelo de la muger, de la Virgen María debe, por consiguiente, ser profesado por una sociedad que tiene la conciencia, la inteligencia y el valor de su destino, de su grandeza y de su gloria.

Feminismo cristiano

Aunque es, en verdad, feminista todo el capítulo anterior, pues trata de la rehabilitación de la muger, creemos que cuadra aquí tratar la cuestión tan delicada y de actualidad, titulada Feminismo, denominación sacada de la palabra latina femina, que sig-

nifica muger.

Y desde luego; así como en la historia del Renacimiento, dice un notable escritor, han distinguido los sabios historiadores de nuestros días entre el Renacimiento legítimo y justo, contenido dentro de los límites de las doctrinas cristianas, y el Renacimiento pagano y revolucionario; así también hay que distinguir entre la teoría y la tendencia de un feminismo legítimo, que no se olvida nunca de la misión natural de la muger y que se propone solo colocarla en mejores condiciones para cumplirla, y las teorías y tendencias de un feminismo que, prescindiendo por completo de la diferencia de los sexos, intenta convertir la muger en otro hombre, destinándola á las

El primer feminismo ha sido introducido por el cristianismo, y hace veinte siglos que la Iglesia lucha para que la muger sea considerada como igual al hombre en cuanto atañe á la dignidad y al respeto de sus derechos, pero conservando las desigualdades que nacen de la misión de ambos sexos en la familia y en la sociedad, y que lejos de ser en menoscabo de la muger, tienden á ennoblecerla y levantarla á los ojos de todos.

mismas funciones que éste.

En cuanto á la segunda noción del feminismo, se basa en un concepto erróneo de la muger. Para el socialismo, ésta no es más que un ser igual al hombre, destinado á los mismos trabajos, á las mismas funciones y á llegar á ser, aún en el orden económico, émula del hombre, desconociendo el papel natural de la mujer y la gran misión que está llamada á llenar en la familia y en la sociedad como esposa, como madre

y como virgen cristiana.

Lejos de negar que exista una cuestión feminista y que resta aún mucho que hacer en favor de la muger, hay sin embargo que reconcer que urge oponerse al falso feminismo que desconoce, en perjuicio mismo de la muger, la naturaleza especial de ésta y la misión que está llamada á cumplir, y que al querer igualar en todo á los sexos, priva á la muger de la aureola de dignidad, de pudor y de respeto, incompatible con el carácter masculino que se quiere darle, y la hace bajar del trono en el cual ha de reinar en la familia y la sociedad cristiana.

El verdadero y sano feminismo es el que hay que defender, y es más necesario hoy que nunca para salvar á la sociedad actual, tan amenazada hoy por la

revolución socialista.

Es evidente que la sociedad no es más que un conjunto de personas que viven en familia, y que cuanto más honradas sean éstas, tanto mejor será la sociedad, y tanto más reinará en ella la justicia, la caridad y

a paz.

Será siempre un honor para Le Play haber probado por medio del método de observación de las monografías de familia, esta verdad, conocida antes ciertamente, que la familia es la que forma principalmente al hombre desde el punto de vista moral y religioso, y que allí donde la familia es sólidamente cristiana florecen todas las virtudes privadas y públicas y reina en la sociedad la justicia con todas las otras fuerzas morales que producen la paz social y la grandeza de las naciones. Este mismo método de las monografías, así como la historia, nos enseña también que la desorganización de la familia, la impiedad y la corrupción de la muger preparan y traen las grandes

catástrofes sociales y la decadencia de los pueblos Prueba de ello, según vimos, es la historia de la familia en Grecia y Roma y otras naciones antiguas, y lo que nos dice Taine en su obra Los origenes de la Francia contemporánea acerca de la familia en las altas clases de Francia en el siglo XVIII.

En presencia de la actual desorganización de la sociedad y del grave peligro que amenaza no sólo á los intereses materiales, sino también á los más elevados de la civilización cristiana, es decir, de todo lo que constituye la diguidad y el honor del hombre, es una obra de sano feminismo y de salvación social, el mostrar la misión de la muger cristiana en el hogar doméstico y su importancia para resolver la cuestión

social.

Es la familia la atmósfera moral que rodea al hombre y en la cual encuentra, además de los cuidados necesarios para su existencia y desarrollo físico, esos otros auxilios y esas otras condiciones para llenar sus fines como ser moral. El hombre tiene necesidad de ser amado y de amar, y este amor moral, cuyo objeto más elevado es la suprema Bondad y la eterna Belleza, es una ley de su existencia moral. Este amor se dirige también hacia todas aquellas personas que le rodean, que le aman, que le hacen beneficios y que están siempre prontas á sostenerle, á cuidarle, á alentarle, á ser, en fin, un reflejo de la divina Providencia y un instrumento suyo en la familia, en ese medio en que vive el hombre y en que encaentra la satisfacción de todas las aspiraciones y de todas las necesidades inmediatas de su vida terrestre. La muger, la esposa, la madre cristiana, es la más elevada personificación de ese amor sincero de la familia, y así, mientras que el hombre, el esposo y el padre son en la familia la manifestación de la Providencia en lo que toca á la razón y la fuerza, los que ganan el pan cuotidiano y los que por medio de su autoridad dan la solución á todos los conflictos y los que defienden á los miembros de la familia de los peligros exteriores, la muger es el instrumento de la Providencia en el hogar, por medio del amor conyugal, maternal y filial y los cui-

dados que ella sola es capaz de desempeñar.

La muger es la más apta para el amor, y así cuando se quieren presentar ejemplos de amor conyugal, se cita siempre á la esposa, que se sacrifica por su marido, como se ofrece el amor maternal como tipo del amor de los padres á los hijos; y cuando hay que representar á la caridad, el amor del prójimo, viene á la imaginación de todos el tipo de la virgen cristiana, que en todos los países y climas del mundo se sacrifica por los enfermos, los heridos, los huérfanos, los ancianos, y que se llama hija de la caridad ó hermanita de los pobres.

Si bien es verdad que la naturaleza de la muger le impulsa al amor y á la familia, el cristianismo es quien ennoblece, santifica y eleva á las cumbres del heroismo este amor de la muger, de la muger formada por el modelo sublime de María, la muger por

excelencia.

De lo que antes se ha dicho, ya se puede deducir que la misión de la muger en el hogar, es la que le marcan su naturaleza física, más débil que la del hombre y su naturaleza moral, y sobre todo su amor,

más fuerte que el del hombre.

Así, mientras que el hombre con relación al hogar es como el ministro del exterior, diríamos que la muger es el ministro del interior. Le corresponde al hombre sobre todo ganar el pan cuotidiano y á la muger asistir, cuidar á todos los miembros de su familia y vacar á los cuidados de su hogar. Tiene además una misión más noble y más importante; toca á ella ser siempre en la familia fiel custodio de la ley moral y religiosa y transmitirla por la educación á sus hijos, siendo también su apóstol, dulce y atractivo para con su marido, sus hijos y sus hermanos. No hay ningún instrumento para la con-

versión y el bien moral del hombre tan eficaz como la esposa, la madre, la hija y la hermana cristiana. La observación nos enseña que á los hombres los forma la educación y que los agentes más poderosos de ésta son los padres y sobre todo la madre. La historia nos comprueba esta acción de la madre cristiana con el ejemplo de la reina Blanca de Castilla inculcando en el alma de su hijo, que había de ser el gran rey de Francia, San Luis, el temor de Dios, y también con el de la reina Berenguela, que formó el corazón del gran rey San Fernando de España.

La muger es, pues, el agente más grande de la conservación y propagación de la religión y la moral de la familia. Por medio de ella se cumple la misión moral de la familia; pero para esto es preciso que la muger sea verdaderamente cristiana y pueda estar en el hogar para llenar sus deberes de esposa y madre, para hacer agradable la vida doméstica, y para conservar más fácilmente sus virtudes, y poder cumplir

de este modo su obra de apostolado.

Esta misión de la muger es muy importante en todas las clases de la sociedad; pero en los momentos actuales, si importa mucho que la muger llene su misión cristiana en las clases acomodadas, es también de sumo interés formar mugeres cristianas en las clases obreras.

Pueden y deben ser uno de los elementos más poderosos para hacer revivir las ideas religiosas, sanas, buenas y fuertes en esas clases, combatiendo en el hogar doméstico, con esa fuerza tan grande del amor, las ideas de la impiedad y anarquía, tan desastrosas para la misma clase obrera. La revolución ha comprendido bien la fuerza de la muger, y de aquí que trabaje todo cuanto es posible para conquistarla para la incredulidad y para descristianizarla. Tienen los socialistas interés en igualar la muger al hombre, aún en el trabajo, en querer que sea en las fábricas la que le haga competencia, en sostener que el matrimonio es

una categoría histórica y que en su evolución debe terminar en el amor libre. ¿ No conduce acaso todo esto á quitar á la muger todos los medios de llenar su misión moral y religiosa en la familia? ¿ No es un medio de llegar al triunfo del socialismo?

Así, en el congreso de protección internacional obrera, celebrado en Zurich en 1897, una de las oradoras socialistas, Mma. Zetkin, declaró públicamente en su discurso que el proletariado solo podía combatir victoriosamente, si había unión de todas las fuerzas, sin distinción de naciones y sexos; que la muger proletaria estaba llamada á ser una de las fuerzas más poderosas de la lucha de clase, y que la muger obrera llegaría más fácilmente á ser un agente de esa lucha, que las mugeres que se conservan dedicadas al hogar doméstico.

* *

Deseamos ahora dar una noción más completa del feminismo. Así, aunque la doctrina feminista es múltiple, según las escuelas, y resulta imprecisa en varios puntos, siendo por tanto difícil dar una definición que pueda satisfacer á todos; sin embargo, en su importante obra: « Fara la muger, estudios feministas, » el notable escritor Naudet propone una que consideramos muy aceptable: « El Feminismo, dice, es una doctrina que reivindica para la muger, en jurisprudencia, ciertos derechos desconocidos por las leyes; y en la sociedad, un puesto más justo y legítimo, rehusado por las costumbres. » Sería, pues, el caso de examinar qué derechos han sido injustamente desconocidos ú olvidados, y qué situación ó puesto ha sido ilegitimamente rehusado á la muger contemporánea.

Desde luego, hay que colocar fuera de discusión ciertas exageraciones que han hecho mucho mal á las reclamaciones de feministas sabiamente reformadores, como son las excentricidades de ciertas ciudadanas

que, para mejor libertar su sexo, comienzan por libertarse de las leyes morales, y llaman á esto emancipación de la muger. En esto no hay más que una deformación del feminismo, que solo sirve para enagenarse á las gentes honestas. Así, no son teorías, como las del género que expone Elisa Faruham, las que podrán hacer simpática la cuestión del feminismo: « Ha llegado el tiempo, dice, en que los hombres, raza grosera y brutal de usurpadores, deben ceder á las mugeres la dominación que ellos han ejercido hasta ahora para el mayor mal de la humanidad. Las mugeres son más perfectas que los hombres y su temple más delicado y sensible; la muger es al hombre lo que éste es al gorila. » Todo esto nada tiene que ver con el verdadero feminismo, que más bien rehusa recargar el cuadro de los males muy reales y de las injusticias evidentes que sufre la muger en nuestro estado social, aunque sucede con frecuencia y felizmente que las costumbres valen más que la legislación, y corrigen lo que ésta puede tener de demasiado defectuoso.

El feminismo, por lo demás, tiene su historia en las diversas faces de su evolución, ya que en sus principios no es cuestión nueva, y encuentra su punto de partida en el cristianismo, y lo sigue al través de las edades.

En el capítulo anterior hemos visto todo lo que la muger debe á la Iglesia, al devolverle toda su dignidad, así como su justa y legítima autoridad é influencia en la familia y en las sociedades.

En efecto; los ejemplos dados por los primeros cristianos reaccionaron insensiblemente sobre la sociedad pagana y comenzó la ascensión de la muger, continuando con la influencia del culto de María, la muger ideal. La mejor prueba de que este progreso viene del cristianismo es que no lo encontramos sino donde el cristianismo ha sido predicado, y en proporción de la influencia social directa ó latente que ha ejercido. Tan es así, que hasta podría encontrarse una

demostración indirecta en una obra publicada recientemente, que no emana de una pluma católica, de C. Letourneau, quien estudiando la condición de la muger en las diversas razas y civilizaciones, nos conduce á deducir que la doctrina cristiana ha mejorado en todas partes de hecho y aún en derecho, la situación de la muger. En lo que se relaciona con el antiguo paganismo el P. Reynaud demuestra en su obra La civilización pagana y la familia, documentada en las mejores fuentes, con gran ciencia y tacto, lo que era la sociedad conyugal, la sociedad doméstica y la educación antes de venir Jesús á predicar á los hombres la doctrina de la igualdad ante la ley divina.

Hemos visto cómo la Iglesia paulatinamente mejoró la condición de la muger, y cómo progresivamente en la edad media llega á ser la reina del ho-

gar y señora en la sociedad.

Todo esto se comprende tanto mejor, cuanto más exactamente se conoce el estado económico de aquella sociedad en la que el papel de la muger era tan considerable en el interior de la casa. Como era necesario producir por sí mismo casi todo lo que hoy día se compra, todas las facultades de la muger se desarrollaban bajo el techo doméstico y aquí encontraban su empleo. El trabajo manual no era un pasatiempo, porque era necesario á veces toda la vida de una joven para hacer el ajuar, que hoy se adquiere en pocas horas en las tiendas y modistas. Esta gran utilidad económica contribuía poderosamente á revestir la muger de honor y dignidad; así como por la influencia del derecho cristiano había logrado su puesto social; de manera que oimos hov día reclamar derechos que estaban ya reconocidos en el siglo XIII, y reformas que ya estaban en vías de cumplirse. Hasta se podía ver á la muger votando como los hombres en las elecciones profesionales de los gremios obreros y aun en las comunales.

Pero á medida que disminuyó la influencia del es-

píritu cristiano, estos derechos disminuyeron, hasta desaparecer lentamente, mientras que la muger-volvía á ser sacrificada. El Renacimiento, esto es, la resurrección del paganismo en las ideas, en las artes y en el derecho, fué para la muger un período de decadencia moral.

E. Lamy en su libro admirable, La muger de mañana, ha demostrado luminosamente la obra nefasta
realizada por esos humanistas, enamorados del solo
culto de la belleza física y sensible. No podemos reproducir aquí todas esas páginas de una inspiración
tan profunda y de información tan sólida, y desearíamos verlas más bien conocidas por aquellos de entre
los católicos que, sin la menor reserva alaban este
período, generalmente aclamado, es verdad, por los
artistas y literatos; pero que los moralistas y los sociólogos deban incompresa de la maciona de

ciólogos deben juzgar con severidad.

Nos limitaremos á citar la conclusión del citado Lamy, para incitar á que se procure conocer tan preciosa obra de este eminente autor; « . . . Tal fué el cambio realizado. La sociedad fundada por el cristianismo había dado á la muger una participación asaz amplia en los honores de la Iglesia, en la solicitud del Clero, en la obra de la educación, en el gobierno de la familia y en la influencia exterior. En la sociedad fundada sobre el placer por el Renacimiento, el hombre solo aparece: todo se hace por él y todo queda usurpado por él; la muger queda reducida á servir al hombre de entretenimiento en los negocios, que él solamente dirige; y si le permite alguna influencia, esta no es ya debida á la superioridad intelectual y moral, sino á la belleza del cuerpo. A las Blancas de Castilla suceden las Dianas de Poitiers; así que las primeras tentativas de la muger para relajar los lazos con que el cristianismo había rodeado su vida, no hicieron á la muger más libre ante el deber, sino haciéndola más esclava del hombre. El resultado ha justificado á la Iglesia por

su moral intransigente; y ha quedado hecha la prueba de que es necesario quitar al hombre la esperanza de someter la muger á sus vicios, para que, librándose de sus tentaciones, se haga capaz de descubrir y amar en ella el ser de razón y de bondad; y que en sus victorias ilegítimas, el hombre no tiene ni generosidad ni justicia, y que la muger recibe por toda recompensa el salario ordinario de la debilidad, que es el menosprecio».

* *

Si el Renacimiento no sirvió á la causa feminista, la Revolución tampoco fué más favorable á la muger, aunque por otras razones. «Los hombres, advierte Naudet, al adquirir la libertad política, aumentaron aún más la distancia que separaba á los dos sexos, y tomaron una influencia absolutamente preponderante

en el organismo social».

Sin embargo, bajo la Revolución se produgeron manifestaciones feministas. Una Declaración de los derechos de la muger y de la ciudadana fué presentada á la Constituyente por Olimpia de Gouges; hé aquí algunos de los artículos de este documento asaz original: «La muger nace libre, igual al hombre en derechos; las distinciones sociales no pueden fundarse sino sobre la utilidad común. El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación, que es la reunión de hombres y mugeres. La ley debe ser la expresión de la voluntad general; todas las ciudadanas, como todos los ciudadanos, deben concurrir á su formación personalmente ó por sus representantes. La ley debe ser igual para todos. Todas las ciudadanas y todos los ciudadanos, al ser iguales ante sus ojos, deben ser igualmente admisibles á todas las dignidades, puestos y empleos públicos, según su capacidad y sin otras distinciones que las de sus virtudes y talentos. La muger tiene el derecho de subir al cadalso; ella debe tener igualmente la de subir á la tribuna.»

La redactora de esta declaración no obtuvo jamás el derecho de comparecer en la tribuna, mientras que

la Convención la hizo subir al patíbulo.

En 1848 semejó reaparecer el movimiento feminista. En la fermentación de las ideas nuevas, fueron fundadas algunas sociedades: las Icarianas, las Vesubianas, las Bloomeristas; y toda una literatura especial: el Volcán, la Vox de las mugeres, la República de las mugeres, la l'olítica de las mugeres, la Opinión de las mugeres. Pero este movimiento no tuvo consecuencias; y en realidad el feminismo solo á datar de últimos del siglo, fué que tomó una verdadera importancia. Hacia el fin del segundo imperio en Francia se organizó el primer grupo feminista con Onésima Reclus, Luisa Michel y María Deraisme. Pero los grupos feministas posteriores están lejos de entenderse, diferenciándose tanto en el programa, como sobre el modo de acción, yendo, como se ha dicho « del conservatismo religioso á la rebelión mas osada, pasando por el progresismo burgués y el radicalismo libre-pensador.»

El movimiento feminista, además de apoyarse en una prensa propia, como La Muger, el Diario de las mugeres, la Revista Feminista, el Feminismo cristiano, etc., se ha manifestado en la celebración de varios congresos. Desde luego en 1883, el « Congreso de las reivindicaciones » presidido por María Deraisme; después el « Congreso de obras é instituciones » organizado por las señoras de Morsier y Bogelot bajo la presidencia de Julio Simón. Ambos congresos llamaron la atención pública, aún fuera de Francia, sobre

el feminismo.

Se celebraron además otros muchos, contentándonos con citar el de 1891, que estudió la grave cuestión de la investigación de la paternidad, y el de 1896, señalado por escenas vituperables y grotescas exageraciones. Ninguna de estas reuniones fué capaz de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones légicas de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones légicas de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones légicas de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones legicas de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer un programa neto y preciso, con reivindicaciones de establecer de est

dicaciones lógicamente justificables.

En el momento de la exposición de 1900 hubo tentativas de preparación de un congreso al que debieron ser convocados todos los grupos feministas; pero en lugar de una asamblea única, tuvieron lugar tres: el congreso «liberal» ó protestante, que presidió Sarah Monod; el congreso con tendencias socialistas y antireligiosas, que presidiera María Pognon, y el congreso de mugeres católicas, sección desprendida del congreso nacional, y que presidió la señora de Bully. Este último, debía ser un congreso de obras, y fué también un congreso doctrinal, no temiendo abordar las cuestiones más graves: seducción, investigación de la paternidad, régimen de los contratos matrimoniales, voto de las mugeres gefes de familia para los consejos municipales y de distrito, tutela legal, reglamentación de la prostitución, trabajo de las mugeres, etc.; y debemos declarar que en tesis general no temió decidirse por las soluciones más avanzadas.

* *

El feminismo forma un complejo de reivindicaciones económicas, políticas, morales é intelectuales; pero no tenemos la pretensión de examinar todas las cuestiones promovidas por las reformadoras. De parte de los que aprueban, como de los que critican las nuevas ideas, parecen tener más vivo interés las reclamaciones de orden político, y la cuestión del voto de las mugeres es una de las más ardientemente discutida.

En verdad, comprendemos que semejante discusión no puede ser indiferente, y creemos que la concesión del derecho de voto á las mugeres podría quizás actualmente, bajo el punto de vista social y religioso, tener más ventajas prácticas que inconvenientes; y podría servirnos de prueba la tentativa hecha por varios diputados católicos belgas, poco tiempo ha, de organizar el electorado femenino para compensar los funestos efectos del sufragio universal; ni tampoco negaremos que, desde el día en que las mugeres estuviesen armadas con la balota del voto, el legislador se mostraría más bien dispuesto á darles satisfacción en sus diversas reivindicaciones.

En apoyo de la concesión del derecho de voto, el mencionado presbítero Naudet cita el ejemplo de algunos países, y aduce numerosos argumentos teóricos y prácticos; pero uno de los mejores nos parece ser el terror que inspira á los auticristianos el derecho de sufragio en favor de la muger, pues los sectarios franceses lo rechazan, aún en materia profesional de su competencia. Sin embargo creemos que el voto político podría dividir á las familias.

Mas pasemos á considerar el feminismo bajo el aspecto económico-social, que nos parece ser el más

importante.

En la sociedad moderna, cuya organización es esencialmente individualista, acontece frecuentemente que la muger se ve obligada á buscar en la industria ó en el comercio el medio de ganarse la vida y con frecuencia la de sus hijos, sobre todo en la clase media y proletaria, que son las más numerosas. El salario del padre, cuando no falta por una razón cualquiera, es con frecuencia insuficiente para sostensr á toda la familia. Es, pues, necesario, un auxilio ó sobresueldo, y este sobresueldo es la muger quien lo consigue.

Las consecuencias de esta necesidad son: desorganización de la familia, desmoralización de la joven ó de la muger, raquitismo de los hijos, cuyas madres están debilitadas por la dura y malsana tarea de las

fábricas ó talleres.

Nadie puede negar que el trabajo femenino fuera del hogar produce los más serios inconvenientes, cuando arrastra á las jóvenes á las usinas y talleres, donde la moralidad no es siempre respetada. Pero á estos males vienen á juntarse otros no menos serios, desde que se trata de mugeres casadas; la obrera detenida fuera de casa, no puede sino dificilmente llenar los múltiples y esenciales deberes de esposa y de madre. Sobre este punto el Cardenal Manning ha hecho gra-

ves reflexiones que conviene recordar.

El ilustre Arzobispo de Westminster no titubeaba en pedir á los legisladores su intervención para proteger el hogar obrero: «Ah, si el objeto de la vida, decía en un estudio publicado por el Daily News, es multiplicar los metros de paño y de algodón; si la gloria de Inglaterra consiste en producir estos artículos y otros similares en la más grande proporción y al más bajo precio posible... bien! lo comprendemos, y adelante en el camino emprendido! Al contrario, añadía, si la vida doméstica de un pueblo es la vida verdadera, si la paz y el honor del hogar, si la educación de los hijos, los deberes de esposa y de madre, los deberes de marido y de padre están escritos en una ley natural, mucho más importante que toda ley económica; si todas estas cosas son más sagradas que todas las que se venden en el mercado, entonces, yo lo declaro, es necesario obrar de conformidad. »

En su comentario sobre la Encíclica de León XIII sobre la condición de los obreros, el mismo Cardenal explica cómo, «á continuar de este modo», existiría un verdadero «caso de conciencia».—«Una muger, en el altar y ante Dios, se compromete en un contrato por toda su vida con un hombre, á cumplir sus deberes de esposa, de madre y señora de la casa. ¿Le será permitido, aún con el asentimiento del marido, de hacer además, á tanto por semana, con un patrón de usina ó taller, un nuevo contrato, según cuyos términos, le sería imposible vigilar la dirección de su hogar, educar á sus hijos, de librarse, en fin, de su carga doméstica?» Y Manning, en tono categórico,

responde negativamente: no se trata de saber si la muger puede ganar así algunos francos más ó menos, sino si le es permitido, aún al precio de un beneficio pecuniario, violar un compromiso anterior, y el más solemne de todos, natural, social, humanitario.

« No se podría admitir, declara el eminente prelado inglés, que se hagan valer aquí razones de utilidad temporal. Los derechos de la conciencia priman sobre toda otra consideración. Que la muger cumpla sus deberes domésticos, y después se podrán abordar las demás cuestiones; antes, no es permitido soñar en hacerlas. Hay hombres que elogian nuestro código porque prohibe á la madre volver á su trabajo antes de las tres semanas ó de un mes del nacimiento de un hijo. Por una ley más alta, la ley natural, todos los cuidados y todo el tiempo de la madre pertenecen al niño... No podría existir vida interior si la madre no alimenta á su hijo. En estas condiciones, la vida doméstica no podría existir, y cuando la vida doméstica está minada, la vida nacional, social ó política, reposa sobre una base de arena.»

Estas palabras son dignas de meditarse, y nos enseñan en qué dirección los católicos sociales deben orientar sus esfuerzos. ¿Es decir, sin embargo, que se debe reclamar para las mugeres la interdicción de todo trabajo industrial? No, por cierto; pero existen numerosas medidas que han sido ó que deben ser tomadas para hacer desaparecer, ó al menos limitar, la mayor parte de los efectos desastrosos del trabajo femenino, mereciendo una legislación especial. En el plan divino la muger tiene una sublime misión que desempeñar, y en su ser como en su vida, todo está subordinado, ó debería estar subordinado á lo que normalmente es su destino: la maternidad, la más sublime misión de la muger. Los seres delicados que, según una bella expresión, son las cunas vivas de la humanidad, tienen derecho á una tutela especial; en

ello va el interés propio, el interés de la sociedad y de la humanidad entera.

Entre las reivindicaciones de orden económico formuladas por las diversas escuelas feministas, existe la del libre acceso á todas las carreras, á los hombres como á las mugeres: se ha hecho una campaña victoriosa por la muger médica, después por la muger abogada y en fin, por la muger arquitecto, y así en las demás carreras.

Este aspecto del feminismo ha dado lugar á innumerables discusiones; pero bien consideradas las cosas, es de valor relativamente secundario; ya que no puede en efecto, sino modificar la condición de algunos millares de personas. Mucho más importantes son algunas otras reivindicaciones del feminismo económico; pues se trataría de muchas centenas de millares y millones de seres humanos, cuya situación por su salario se encontraría muy mejorada con el éxito de algunos principios teóricamente proclamados, cual es que á igual trabajo se de igual salario; de manera que para evitar el antagonismo entre obreros y obreras es cosa justa y equitativa la ecuación de los salarios masculinos y femeninos al tratarse de un mismo trabajo efectuado. Pero no es propio de esta obra extendernos más en semejantes materias.

* *

En cuanto á las exigencias feministas de la educación moderna de la muger, mucho tendríamos que decir: en esto es también admisible el progreso y la adaptación á los tiempos, como lo ha hecho siempre la Iglesia; pero sin sacar de quicio á la muger cuya misión es especial, y siempre dentro de los eternos principios de la naturaleza y del cristianismo. Aquí cederemos la palabra á una distinguida escritora, Magdalena de Santiago Fuentes, en un artículo que acaba de dedicar á la Unión Ibero-Americana, titulado: La

influencia de la muger en el porvenir de los pueblos latino-americanos.

«Más difícil que nunca es asignar rumbos fijos para lo porvenir entre la incertidumbre de ideales y la complegidad de aspiraciones de la época presente, en que se opera una de las evoluciones históricas mas trascendentales y profundas.

En ella, como en la de la propagación del cristianismo, como en el renacimiento más tarde, se estremece algo viejo y caduco que se desmorona entre las palpitaciones de la nueva vida...

La educación, las costumbres, la vida entera de la muger están llamadas á transformarse por completo, si ella no ha de quedar rezagada, petrificada, cual la de Lot, mientras todos emigran hacia la nueva patria de las ideas. Pero en medio de las crisis humanas hay algo eterno, inconmovible; y la misión y los deberes de la muger podrán quizá revestir nuevos aspectos, pero en su esencia son tan invariables como sagrados, tan múltiples como permanentes, (los principios del ideal cristiano).

El influyo que ejerza en lo porvenir tiene que ser más decisivo y ostensible que en lo pasado; por esto el problema feminista, desdeñado primero, discutido después hasta la saciedad, se agita actualmente en el seno de todas las familias originando las desgracias más íntimas, los dramas más terribles, pero más lógicos, dada la opuesta solución que se le ha dado hasta ahora, alejando á la mujer del cumplimiento de sus deberes por frivolidad ó por pedantería.

Y sin embargo, la transformación radical del bello sexo, su cultura intelectual y estética había constituído la esperanza más firme de redención en los últimos tiempos.

El asunto es de transcendental importancia, pues tan hermosos ideales, tachados de utópicos, serán el argumento más contundente que han de esgrimir los detractores de nuestra cultura, que confunden á la ne-

cia marisabidilla con la muger ilustrada.

El mal ha radicado siempre en que con fanatismos de secta han desnaturalizado el feminismo torciendo la senda de la muger al través del camino de la vida, inspirándole deseos de emancipación absoluta, de intervención directa en las esferas políticas, presentándole la instrucción con el peligroso incentivo con que la buscaban las heteras griegas, como medio de brillar, de comunicarse con los hombres, de exhibir su talento, en vez de consagrarla á embellecer el hogar, á dirigir con inteligencia y amor una familia.

Tan funesto sería el influjo de la muger frívola, de la Nora hechicera, pero insubstancial, que convierte su morada en casa de muñecas, como el de la pretenciosa culterana: la primera, incapaz de compartir con el hombre aspiraciones y trabajos, seguiría originando el divorcio moral, que aún desune á tantos matrimonios; la segunda le impulsaría á huir con el cómico espanto del Mireno de Bretón; ninguna de ellas habría llenado su misión humilde, pero sublime y bien-

hechora del hogar y de la familia.

La joven latino-americana ha crecido en el abandono intelectual más completo, su educación deficiente
la ha hecho poco apta para subvenir á sus necesidades, y no ha visto abiertos ante sí más que dos caminos, quizá tan violentos y desagradables para ella como
para Flora Soto, la protagonista de la novela argentina: el matrimonio ó el claustro, á fin de que el marido ó la comunidad atendieser á su subsistencia y
velasen por su suerte.

La reacción contraria, bajo el influjo de las ideas del Norte de América y Europa, ha producido el efecto contrario también: mugeres de cultura teórica, de quijotescas aspiraciones, alejadas del hogar y trasplantadas cual flores exóticas á ateneos, bibliotecas y

mitins.

Ambos extremos son viciosos, y quizá el último

más perjudicial que el primero, porque esa educación antifemenina, por más que los feministas la preconicen, llega á formar caracteres tan monstruosos y enigmáticos como el de *Hedda Gabler*, y porque el día en que todas las mugeres abandonasen sus familias para ejercer profesiones liberales ó mecánicas, quedaría la infancia sumida en el lamentable abandono en que crecen las niñas de la clase obrera, á quienes las fábricas, los talleres, las apremiantes necesidades de la vida dejan huérfanas de madre.

Tanto es así, que en las naciones que se pusieron á la cabeza del movimiento intelectual femenino, en los Estados Unidos y en Francia, se están creando centros de educación especiales para la muger, donde perfeccione y nutra su entendimiento con elevada y vasta instrucción, pero donde aprenda paralela y preferentemente los trabajos manuales, el arreglo del ajuar, todas las habilidades, en fin, que amenizan la vida doméstica.

Y así debe ser: la joven soltera ha de adquirir cultura sólida para que pueda bastarse á sí misma, para que ni la necesidad, ni el interés, ni la ineptitud la obliguen á perjurar en los altares; pero sin olvidar nunca que su puesto de honor está en el retiro del hogar, que su instrucción debe ser aroma de violeta, que embalsame tan sólo á los que la rodeen; que tiene más obligación de combatir los microbios con la desinfección de su vivienda, que de buscar bacterias en los laboratorios, y que es más admirable y sugestivo el papel de la madre que habla de Dios á solas con sus hijos, que el de la doctora que diserta ante el público con erudición y elocuencia.

Por otra parte, en las mugeres ibero-americanas predomina el sentimiento sobre el raciocinio, la dulzura sobre la energía, y es indudable que tendremos siempre más preponderancia en el hogar y en los corazones, que en las academias y parlamentos.

Ninguna imitaría á la Nora de Ibsen, ninguna

abandonaría á sus hijos por buscar su perfeccionamiento psicológico; pero al mismo tiempo las futuras generaciones no pueden crecer arrulladas entre los brazos de una muñeca inconsciente; se impone la formación de la muger del porvenir, muger verdadera, eminentemente femenina, por su destreza mecánica, por su ternura de sentimiento, por su resignación en el infortunio, pero muger dispuesta para la lucha, para el trabajo, para el valor; muger cuyos conocimientos científicos y estéticos tengan adaptación inmediata á la higiene moral y material de la familia; muger de cultura humilde y de abnegación inmensa, que difunda bienhechor influjo en las naciones latino-americanas, cuna de héroes, de santos, de filósofos, formados en el regazo de las Cornelias y las Vetrurias, de las Mónicas y las Berenguelas; mugeres, en fin, que inculquen á los niños de mañana la fijeza de ideales nobles, el amor á la patria y á la familia, el culto al deber, al verdadero honor, y la fe en las verdades eternas, que tal vez haya faltado á sus padres. »

Influencia del culto de la Virgen sobre la vida de los individuos

El feminismo, que es la rehabilitación de la muger, tiene por base el culto de María; pero influyendo en la muger y elevándola por el culto de la Virgen, el cristianismo ha elevado cuanto realza la influencia de la muger: el individuo, la familia, la sociedad. Sería completamente abusar de esta verdad el circunscribir la importancia social del culto de la Virgen á esta influencia indirecta, viendo en ella solamente una devoción mugeril. Por grande que sea semejante influencia, por activa que sea en una sociedad en que ha dado á la muger tanto impe-

rio, por considerables que sean los títulos que ella ha adquirido al reconocimiento de cuantos participan de las costumbres que ha formado y alimentado, no es esto, sin embargo, sino un grado de la verdad.

Preciso es ir más lejos; preciso es reconocer que además de esta influencia indirecta, el culto de la Virgen ejerce, en igual grado, una influencia directa sobre cada individuo, sobre la familia y sobre la sociedad, y que se dirige inmediatamente al hombre en todos los estados de su existencia.

Tan rica verdad es mucho más difícil de explorar que de establecer. En efecto, para establecerla bas-

tan algunas sencillas reflexiones.

La primera es que, independientemente de las virtudes de su sexo, presenta la Virgen María en el más alto grado las virtudes más generales y más fundamentales del alma cristiana, y que ha sido puesta como ejemplo universal de todas las virtudes, según la expresión del Angel de las escuelas.

La segunda es, que María fué constituída Madre y Patrona de toda la familia humana, y que el carácter de hijo liga en igual grado hácia una madre, y no reclama menos solicitud y protección: el culto de la madre obliga á toda la familia. Parece también, por una armonía que existe en la naturaleza y que hallamos en la gracia, que el culto filial á la madre despierta más

ternura y devoción en el hijo.

Pero la causa más irrefutable de la influencia directa del culto de la Virgen sobre todos los miembros de la humanidad, se deduce de la misma influencia indirecta que en él reconocemos, y á la cual se pretende reducirlo. Si la muger, en efecto, mejora al hombre, la familia y la sociedad, á medida que se mejora ella misma por el culto del modelo de la muger, por la imitación y reproducción de sus virtudes, de tal suerte, que la muger que más se asemeje á María obrará más eficazmente sobre cuanto la rodee, preciso es

concluir que, con mayor motivo, tendrá María seme-

jante influencia.

Por esta influencia directa, y por el culto que la establece, María toma el lugar de la muger en la vida del individuo, de la familia y de la sociedad. Conviértese en lo que es la muger cristiana para todos nosotros; pero en la muger cristiana por excelencia, bendita entre todas, elevada al más alto grado de gracia y de virtud. ¡Qué serían un individuo, una familia, una sociedad que tuviese á María misma por Madre, por Señora, por Reina; que la poseyesen, amasen y honrasen; que se criaran y formaran en su escuela, regidos por su dirección, colocados bajo la directa influencia de sus gracias é influjo cerca de Dios!

Pues bien; he aquí lo que produce la devoción á la santísima Virgen; por ella este ideal se convierte en realidad.

Pero en este capítulo solo nos proponemos apreciar su influencia y extensión en la vida del individuo, y

particularmente del hombre.

Cuando hubo Dios creado al hombre, le dijo: « No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante á él » (Genes, II, 18); y la muger fué creada semejante al hombre, en efecto, mas diversamente semejante, para acompañarle y servirle de ayuda por la armonía que esta diversidad en la semejanza establece entre los dos sexos de la humanidad. De suerte que se puede decir igualmente que son dos en uno, ó que son uno en dos.

Tal es el plan sobre que la humanidad ha sido

formada y vive.

Pero la más necesaria de todas las relaciones de la muger con el hombre, aquella sin la cual ningún hombre podría existir, sin la que el mismo Dios, haciéndose hombre, no ha querido habitar en el mundo, es la relación de *maternidad*. Por esta relación sagrada, la muger ejerce sobre el hombre una influencia que, to-

mando origen en las entrañas que le han producido, obra en él durante toda su vida, aun cuando la educación maternal haya cesado. Hay algo de la muger, hay algo de la madre en todo hombre. ¿Qué sería un hombre que no fuese fruto de una muger? Sólo puede concebírsele como á un ser desprovisto de ese elemento simpático que toma de la muger, y sin el cual no sería un ser humano.

Sentado esto, y no destruyendo la gracia á lanaturaleza, sino mas bien estando ordenada sobre ella para elevarla y enriquecerla, necesita el hombre volver á encontrar en este orden superior de la gracia lo que intrínsecamente posee por naturaleza, sin lo cual no sería él: una muger, una madre. ¿Y cómo dudar de que sea parte del plan divino de su regeneración el proporcionarle este socorro, cuando vemos al mismo Hijo de Dios, que podía más bien prescindir de él, al Hijo de Dios haciéndose cabeza y tipo del hombre regenerado, darse una madre, y, después de haberla consagrado por su dilatada obediencia y por el lugar que la ha dado en todos sus misterios, legárnosla á su muerte, como la que debía concurrir con esta muerte á darnos la vida: como la que debía ser para el discípulo, lo que había sido para el Maestro, y para los miembros, lo que había sido para la Cabeza, es decir, una Madre?

Por este visible designio, la gracia viene á colmar y á reparar la naturaleza. Así, cada individuo cristiano tiene una madre. Esta es María: en Ella el individuo mas desheredado, el huérfano mas abandonado encuentra una madre cuya dignidad, cuyo poder, ternura, solicitud y amor causarían envidia al que haya sido mas favorecido de Dios por el don de una madre, si no puede pretender que también lo sea esta: la propia Madre de Dios! — «Hijo, hé ahí á tu Madre. »

¡Qué don! ¡Cuán apropiado es al corazón del hombre! Parece que el hombre no necesita de la muger

cuando entra en la edad viril. Diríase que se basta á sí mismo, y que mas bien la muger parece necesitar de sus socorros. Ilusión que la experiencia de la vida desmiente con cada una de sus pruebas! Por fuerte y orgulloso que aparezca el hombre, por independiente que sea de los cuidados de la muger, á causa de su edad y la virilidad de su vida, queda siempre vulnerable, ya por fuera, ya por dentro. Desengaños, desfallecimientos, disgustos, reveses, necesidades, ansiedades, peligros, enfermedades, sufrimientos, muerte; hé aquí de lo que toda la vida humana está sembrada.

Y en todos estos quebrantos, que hacen sentir al hombre su miseria nativa, cuando todo apoyo le falta, uno solo parece quedarle reservado en lugar de los que ha perdido; la muger. Toda la simpatía, dulzura, caridad, paciencia, abnegación, delicadeza, fidelidad, encanto y tacto exquisito para tocar y amortiguar, así los males del corazón y del espíritu, como los del cuerpo; todo este conjunto, en una palabra, real é ideal, humano y angélico que constituye la muger, y que la naturaleza y principalmente el cristianismo la ha dado, forma como la reserva destinada al hombre en los quebrantos y desfallecimiento de su mortalidad. La muger toma sobre el hombre una especie de ascendiente maternal, por el bien que le hace. En cierto modo, toda muger se convierte en madre por esta saludable influencia, y el hombre se deja consolar y dirigir por ella como un niño.

¿Cuántas cosas no hemos visto y admirado en esta

maternal influencia de la muger?

¿Y cómo podría el cristianismo no haber tenido presente la influencia de la muger y la necesidad moral que satisfacía, cuando ha creado él mismo esta influencia y esta necesidad? El culto de la muger era, en efecto, completamente desconocido de la antigüedad, como hemos visto: es un fruto propio del cristianismo. ¡Y qué! ¿habrá criado el cristianismo una necesidad para dejarla sin satisfacer? ¿La dejará

extraviarse y corromperse, sin regularla y depurarla? ¿Y cómo la ha creado? Por la gracia y bendición de María, difundida á todas las mugeres, por lo que ha honrado á su sexo, elevada que ha sido la Virgen á la dignidad de Reina de los Angeles, de Madre de Dios. Y esta misma bendición, este mismo honor que ha valido á todas las mugeres el culto de que son objeto, ¿dejarían á la Virgen sin culto, ó sin un culto proporcionado á su dignidad? ¿Y no tendría este culto la influencia que ha comunicado al de las demás mugeres? Perfectamente legítimo dirigiéndose á nuestras señoras y á nuestras madres, ¿será idolátrico dirigiéndose á NUESTRA SEÑORA, á la MADRE DE DIOS? ¿Se juzgará el hombre exceptuado de rendir homenaje á una sola muger, á la que reverencian los Angeles, á la que el Hijo de Dios estaba sometido? ¿No deberá esperarse nada de Aquella por quien todo ha sido dado?-; Ah! cuánta sinrazón existe fuera del catolicismo!

Pero es bajo un punto de vista mas inmediato como debe ser examinada la influencia individual del

culto de la Virgen.

Si por su naturaleza primitiva no es bueno que el hombre esté solo, si necesitó una ayuda semejante á él, si le es precisa la muger para atravesar la vida, aún más allá de la infancia y hasta sus últimos días, ¡con cuánto más motivo la necesitará para nacer á la gracia y sostenerse y avanzar en esta nueva existencia en la cual jamás es, mientras vive, sino un niño! Su naturaleza, conservada en la gracia, pide, para seguir en ella, lo mismo que pide en la niñez: una muger, una madre. Así, la Religión y la Iglesia toman para los cristianos la figura y sentimientos de una madre; y quien haya estudiado todos los sentimientos del alma cristiana en sus relaciones con Dios, encontrará en ella todos los rasgos de la infancia: su falta de tacto, sus pasos en falso, sus temores, sus incorregibles debilidades, sus eternas vacilaciones.

¡ Cuán divina se ha mostrado la Religión proporcionando á la naturaleza humana, en este estado, la asistencia y patrocinio de una verdadera Muger, de una verdadera Madre semejante á nosotros para estar á nuestro alcance, y elevada en gloria para sernos una ayuda cerca de Dios! ¿Quién no admirará la conveniencia de este socorro y la gradación de condescendencia por donde se reanuda á todo el sistema cristiano? El mismo designio que ha llevado al Hijo de Dios á revestirse de nuestra naturaleza para elevarnos á la suya y á su Padre, del cual tantos abismos nos separaban, le ha hecho colocar entre su persona divina y nuestra indignidad humana, para que lleguemos á él, á la misma muger por la que ha llegado á nosotros: de tal suerte, que entre él y nosotros hubiera un lazo común; que la misma muger fuese á un tiempo su Madre y la nuestra: su Madre, por la influencia; la nuestra, por la ternura: y por ella, y en cierto modo, al través de ella, y bajo el velo de esta comun maternidad, pudiésemos acercarnos á él sin temor, elevarnos gradualmente de la Madre al Hijo y del Hijo al Padre, y consumar nuestro destino de cristianos.

He aquí el cristianismo íntegro. Ahí está la muger en María, para ejercer en el orden de la gracia la misma influencia que ejerce en el orden de la naturaleza,

y recibir el culto que es su condición.

Así satisface, no solamente á todas las necesidades de la gracia, sino á las de la naturaleza, que en aquellas se encuentran transformadas. Sin excluir el culto de las influencias secundarias de la muger, ó más bien, inspirándolo, el culto de María le quita lo que tiene de excesivo, reservando los sentimientos exaltados para esta Virgen en cuyo amor no cabe exceso. En el corazón puro, en el alma cristiana, María hace sentir un encanto de confianza, de reposo, de pureza, dulzura, abandono, satisfacción y tranquilidad, que responde á los más delicados y sencillos, como á los

más elevados y nobles sentimientos de la naturaleza humana; que hace nacer, ó aumenta en nosotros estos sentimientos por la misma satisfacción que les procura, enriqueciendo el alma con nuevos tesoros. Las mismas expresiones de este culto atestiguan toda su verdad y poder. María es la Estrella nuestra sobre la mar del mundo. Es para nosotros la l'uerta dichosa del cielo, de donde la lux se difundió sobre el universo. Es la Madre del amor hermoso, del temor saludable, de la verdadera grandeza y de la santa esperanza. Es la Reina de los cielos, la Soberana de los Angeles, la Virgen gloriosa que á todas excede en belleza. Es la Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanxa nuestra, á la que elevamos nuestra voz desde este destierro á que nos ha traido la falta de Eva; á la que dirigimos nuestras súplicas, gemidos y dolores desde este ralle de lágrimas. ¡Oh Abogada! la decimos: joh Virgen incomparable, sin igual en dulzura, vuelve á nosotros tus ojos de misericordia! Muestra que eres Madre nuestra; por tí reciba nuestras plegarias Aquel que se dignó ser tu Hijo; y al salir de este destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre, oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! (1)

Ciertamente, puede uno no experimentar tales sentimientos, pero no puede negar su verdad, su pureza y su poder; pues su expresión sola lo prueba. No puede negarse la profunda influencia que deben ejercer en el alma y la vida del cristiano para sostener su debilidad, serenar sus turbaciones, salvar su fragilidad, consolar sus dolores y consagrar sus alegrías.

¡Mogigaterías, dirán los incrédulos y los fríos de corazón! y sin embargo ha sido dado á dos escritores ilustres, ambos protestantes, Goethe y Schiller, comprender esta patética verdad y sacar de ella las mas tiernas y penetrantes bellezas.

¹⁻Extractos de diversas plegarias litúrgicas á la santísima Virgen.

Conocida es, en el poema de Fausto, la situación de Margarita, cuando caida de la inocencia en el crimen, y transformada en el mismo pecado, según sus palabras, sufre los sarcasmos de sus compañeras, cuya envidia había sido, y despreciada del mundo que la había admirado, abismada en la vergüenza y en los remordimientos, y no teniendo donde refugiarse en toda la naturaleza, halla en el hueco de un muro solitario la imagen de la Madre dolorosa, y al mirarla siente fuerzas para exhalar esta plegaria: - « Dirige, ó Madre de los Dolores, una mirada de piedad sobre mi pena! Con la espada en el corazón, contemplas entre mil angustias la muerte cruel de tu Hijo! Tus ojos se vuelven á su Padre, y tus suspiros le piden que os socorra á los dos! ¿Quién sentirá, quién sufrirá el mal que desgarra mi seno, la inquietud de mi pobre corazón, lo que teme y lo que espera? ¡Tú SOLA, ay, tú sola puedes saberlo! Socórreme, sálvame de la vergüenza y de la muerte! Dirige joh Madre de los Dolores! una mirada de piedad sobre mi pena!»

En Schiller, la inteligencia de la devoción á María ha sido mucho más penetrante, elevándose realmente hasta el genio. No es el sentimiento del dolor en la vergüenza, suplicante por su naturaleza, lo que en él conduce á la devoción: es el de la felicidad en un casto amor, exaltado hasta un ideal, junto al que todo le parece indigno y grosero, hasta los mas legítimos sentimientos de la naturaleza. Así se ve en los Piccolomini, tercera parte de la tragedia de Wallenstein. Max, viendo sus deseos por Tecla, á cuya mano aspiraba, coronados por intercesión de la condesa su tía, que le encarga no decir nada á nadie, ni aún á su mismo padre, responde: - « Inútil es encargarme esa discreción. No hay aquí una fisonomía que simpatice en nada con lo que tan poderosamente conmueve mi alma. Aquí me encuentro como en medio de un pueblo extranjero: mis compañeros se me han hecho insoportables. Ni aún tengo palabras para hablar á mi padre. El servicio, las armas, me parecen fastidiosas y vulgares minuciosidades. Lo que sentiría un alma bienaventurada que desde la mansión de la felicidad eterna volviese á sus juegos pueriles, á sus trabajos, á sus gustos, á sus relaciones y á toda su miserable humanidad...; Dónde pensáis que estaba yo, querida tía?... Pero no os burléis de mí. El ruido del campamento, esa multitud de hombres que me son conocidos; esa insípida alegría; esas frívolas conversaciones me disgustaban; me sentía mal allí, y me alejé. He buscado el silencio necesario para mi corazón, demasiado lleno; he buscado para mi felicidad un asilo puro. No os riáis, condesa, estaba en la Iglesia. Muy cerca hay un claustro: me coloqué en la escalera del santuario, y allí estaba solo. Puesta sobre el altar está la imagen de la Madre de Dios: es un mal cuadro, pero el solo amigo que hoy he querido buscar. ¡Cuántas veces había yo visto la Divinidad brillante y rodeada de la adoración de los fieles, sin que nunca me hubiese conmovido tal espectáculo; y ahora, de repente, he comprendido la devoción tan bien como el amor!»

¡Qué devoción esta que así responde á todas las cuerdas del corazón humano, al júbilo y al dolor, á la inocencia y al remordimiento, á la exaltación y al quebranto, para ayudarnos á soportar el peso siempre excesivo del destino!

Y, sin embargo, la devoción á la santísima Virgen parece pequeña á los que no la conocen; pero se siente con tanta más fuerza, cuanto que se halla el alma en una situación mas grande! Es decir, que amenguado el corazón por el culto de una personalidad que se basta á sí misma, no comprende una satisfacción cuya necesidad no experimenta, y atribuye á la devoción su propio empobrecimiento. Esta devoción avivaría en él los sentimientos que se hallan atrofiados: le haría palpitar con una vida mas pura, más humilde, más efectiva, más expansiva, más

grande; con la verdadera vida, cuya iniciadora y Madre es María.

Por lo demás, sucede lo mismo con el cristianismo entero. También Jesucristo parece un mito, y Dios una abstracción, al indiferente y al deista. ¿Cuál de los dos ve en él para el cristiano al Dios vivo, al Dios con-nosotros? ¿Cuál nos hace experimentar en Dios la ternura de un padre, y en Jesucristo el amor de un hermano? ¿Cuál nos hace vivir con ellos en esas relaciones de gracia y de vida, cuyos efectos son tan sensibles y tan personales, si no es el culto del pensamiento y de la voluntad sometidos á las operaciones de la gracia? Lo mismo puede asegurarse respecto de la santísima Virgen.

Esta Madre parece una superfetación al cristiano que la descuida, la tiene en olvido y se avergüenza de ella; que pasa ante sus altares sin honrarla ni invocarla, y que se autoriza con su propia frialdad para

negar su ternura.

Pero que este cristiano pague la legítima deuda de culto y devoción á la Madre de su Dios; que se ponga en relación con Ella por las disposiciones que caracterizan su culto, y lo recomiendan tan eficazmente á cuantos tienen el sentido cristiano, por la sencillez y humildad; en una palabra, que se muestre hijo, y pronto verá una Madre en María; sintiéndolo, no solo por su amor á Ella, sino por las gracias que de Ella recibirá, y por su amor más grande á Jesucristo y á Dios, en testimonio de tales gracias. El comprenderá la devoción tan bien como el amor: experimentará, por fin, la verdad de estas memorables palabras de san Bernardo: «¡Jamás se ha oido ¡oh dulce Virgen María! que ninguno de los que se han acogido á vuestra protección, ó implorado vuestros socorros, ó solicitado vuestros sufragios, haya sido nunca despreciado ó abandonado!»

¡Cuántos hijos pródigos serían felices, si se determinasen á volver á la casa paterna, al regaso de María!

Influencia del culto de la santísima Virgen sobre la familia

Superfluo parecerá este estudio, ya que de la influencia del culto de María sobre el individuo á su influencia sobre la familia, la transición es tan natural, como cierta la consecuencia; y también se puede

asegurar que es creciente.

En efecto; el Hombre-Dios, Hijo de Dios é hijo del hombre, debía realizar en sí la unión de la humanidad con la Divinidad, comunicando á todo hombre, que la recibiese de su gracia, la cualidad de hijo de Dios: reuniendo en sí la generalidad de los hombres, y elevándola á su propia unión con su Padre, « á fin de que todos fuesen uno solo, así como son uno Él y su Padre; y que la universa idad fué así consumada

en la unidad.» (Joan. XVII, 22.)

Al consumarse unión tan maravillosa, se concibe que debía reanudar todas las uniones secundarias, de que es término, reobrando sobre ellas é inspirándolas. De aquí, en efecto, la indisolubilidad del matrimonio sellada por la misma unión de Jesucristo con su Iglesia; la familia constituida sobre este fundamento y sobre la coexistencia religiosa y civil de la triple personalidad del hombre, de la muger y del niño; la nacionalidad asegurada por la obligación de dar al César lo que es del César, bajo la recíproca fianza entre los pueblos y los gobernantes de dar á Dios lo que es de Dios; en fin, el género humano constituido sobre el derecho de gentes del Evangelio en una sola familia de hermanos, rescatados por la sangre de Jesucristo, y llamando juntos á Dios, NUESTRO PADRE.

Esta paternidad celestial inspira todas las citadas relaciones y las reanuda, imprimiendo á cada una de

ellas un carácter de familia, cuyo círculo va siempre y al mismo tiempo engrandeciéndose y concentrándose, como la bóveda de un edificio. Así, la humanidad está constituida religiosamente sobre el plan de la familia. ¡Con cuánto más motivo debe la familia corres-

ponder á este plan!

Ahora, pues, la Paternidad celestial, que es su foco, solo resulta para nosotros de la fraternidad de Jesucristo; y la misma fraternidad de Jesucristo solo resulta de la maternidad de María. Esto es cierto. « Dios ha enviado á su Hijo, hecho de la muger, para que recibiésemos la adopción de hijos, y siendo hijos, Dios ha enviado á nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama PADRE» (Galat. IV. 4, 6.). He aquí la constitución de la familia espiritual. Dios es nuestro Padre, porque su Hijo se ha hecho nuestro hermano: y se ha hecho nuestro hermano, en cuanto ha tomado á María por Madre. La maternidad de María es comun á Él, su Primogénito (Matth. I, 25) según la naturaleza y según la carne, y á nosotros, sus demás hijos (Apoc. XII, 17.), según la gracia y según el espíritu, que nos hace entrar en fraternidad con Jesucristo y en filiación con Dios. La familia espiritual está así constituída sobre la muger, sobre María.

Por tanto, siendo verdad que lo celestial debe ser el tipo de lo terrestre, y debe inspirarlo é informarlo, María debe tener en la religión de la familia el mismo lugar que acabamos de reconocerla en la familia de la religión. El culto del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo debe encarnarse, en cierto modo, en el de María. De aquí la palabra tan verdadera de una niña á su madre, que le enseñaba á hacer la señal de la cruz:

Mamá, zes que no hay ninguna madre?

La conveniencia de este culto y la influencia que debe ejercer sobre la familia cristiana, resulta por lo

demás, de la que ya ha tenido en su formación. Si es verdad, en efecto, que la emancipación de la muger y el valor del niño, si estas dos personalidades sin las cuales no podría haber familia, y que estaban absorbidas en la personalidad del padre, son una creación del cristianismo; si es verdad que el culto de la Virgen Madre y del Niño-Dios ha contribuido poderosamente á esta creación, verdad será también que el mismo culto debe contribuir al sostén y perfecciona-

miento de su propia obra.

Nótese bien que la tendencia de la naturaleza decaida hacia la brutalidad de la fuerza no ha sido destruida totalmente, sino solo domada por el cristianismo: y volvería á mostrarse en seguida, si el cristianismo suspendiese el prodigio contínuo de su celestial imperio. Muy pronto el niño y la muger serían absorbidos por el padre y el marido, el pobre por el rico, el debil por el fuerte, los pequeños Estados por los grandes, y la tiranía antigua volvería á levantar su odiosa cabeza. Y en la familia cristiana ¿qué es lo que mantiene al marido y al padre, respecto de ellos, en el equilibrio de la justicia, en la inclinación misma de la ternura y del respeto? Nuestras leyes, se dirá, nuestras costumbres: sin duda alguna; pero subid á la fuente de estas leves y costumbres, considerad lo que las alimenta aún en el día de hoy, y encontraréis la Religión, y más particularmente el culto del Niño-Dios y de la Virgen Madre, consagrando á la madre y al niño. Ah! el culto, la dulce y santa imagen de la Virgen, teniendo en sus brazos al Cordero que debe juzgar á la tierra, imprimen á la vez respeto, dulzura y temor entre las paredes de nuestras moradas, en esa domesticidad en que la naturaleza del hombre, contenida en lo exterior por la opinión, está muy propensa á sublevarse! ¡Con qué reflejo protector cubren á la muger y al niño y qué suplemento para su debilidad!

Pero el culto de la Virgen derrama en la familia

otra influencia no menos esencial; una influencia de pureza y castidad. Reservado estaba al cristianismo el realizar la pureza de costumbres en cuantas familias reconozcan su ley. Él contiene los extravíos de la sensualidad, consagrando su legítimo uso; custodia el santuario de la fecundidad para evitar toda profanación, y preserva las fuentes de la vida de toda alteración y de toda mancha. Y en este común respeto de los esposos, ¿cuál es la influencia que la Religión opone con mas eficacia, y de la cual irradian, por decirlo así, el pudor y la castidad como de su foco celeste? ¿Qué es lo que consagra en particular á la esposa cristiana, haciéndola respetar del esposo, que tal vez no se respetaría á sí mismo, y cumplir sus deberes, excepto el honor, que jamás pierde ella sin perder su imperio, sino el culto de la castidad en la mas alta expresión que jamás haya recibido, la Virgen de las vírgenes, en quien la virginidad ha sido elevada al supremo honor de la fecundidad, convirtiéndose en Madre de Dios, sin perder la virginidad?

La educación del niño no experimenta menos tan santa influencia: se puede afirmar que no le es posible prescindir de ella. Dos vidas se despiertan al mismo tiempo y se desarrollan paralelamente en la infancia cristiana: la vida de la naturaleza y la vida de la gracia; la vida del tiempo y la de la eternidad. Estas dos vidas se penetran recíprocamente, de tal suerte, no obstante, que la vida de la gracia es la que realza y educa la vida de la naturaleza. La familia natural presta entonces sus analogías á la Religión, que se las paga con su influencia. De la noción correlativa de madre y de hijo, que la es personal é inmediata, el niño se eleva á la de su tipo, la Virgen-Madre y el Niño-Dios, y de esta á la del Padre celeste é invisible, cuyo reflejo le ofrecen. Presentar al niño la noción abstracta de Dios, sería trabajo perdido. No se podría desde el principio hacérsela concebir bajo la vaga noción de Padre, y sobre todo, hacérsela amar. Para elevarlo á esta sublime noción, preciso es conducirlo por la del *Hijo*, de Jesucristo, Hombre-Dios, muerto sobre la cruz por nuestros pecados.

Mas esta noción del Hombre-Dios crucificado es todavía escarpada y difícil para el niño: ¿cómo ponerla á su alcance? ¿Cómo? Por el mismo procedimiento que realmente ha empleado el Hijo de Dios para ponerse al alcance del hombre, el cual, relativamente á las cosas divinas, siempre es un niño; por la misma verdad del hecho y de la doctrina que nos presentan al Verbo niño pequeño, naciendo de una Virgen-Madre, recibiendo sus prolijos cuidados, creciendo en edad y en sabiduría bajo su tutela hasta la edad de treinta años, inmolándose á la justicia de su Padre para la salvación de los hombres, que reconcilió con Él por su muerte. Este es el cristianismo propio; así la eterna Sabiduría ha educado á la humanidad, y así debe guiarse toda educación. Por esto, ¡cosa admirable y tierna! la madre se apoya en la autoridad de María sobre Jesús, y en el ejemplo de Jesús obedeciendo á María, para cautivar la atención y sumisión del niño; y el niño se autoriza á su vez con la santidad de María y la sabiduría de Jesús, para obligar á la madre á ser digna de tan sublime analogía.

La lección y la autoridad son dobles: descienden de la madre al hijo, y suben del hijo á la madre; aprovechan tanto á los padres como al hijo; constituyen, en cierto modo, para aquellos un sacramento de autoridad, y para este un sacramento de libertad de conciencia. Libertad y autoridad que se concilian, como la predicación del Niño-Dios entre los doctores con su obediencia á María, y que son el gérmen de ese temperamento de autoridad y de libertad, que el niño, hecho hombre, llevará más tarde á la vida pública.

Todo esto no es especulación, sino práctica. Niéguese que la madre cristiana es la que forma la primera educación y el temperamento moral del hijo, ó

concédase que no lo hace sin la influencia evangélica de la santa infancia de Jesús y de la maternidad de María.

* *

Pero el culto de esta santa y virginal maternidad ejerce en la familia una influencia más general y más íntima todavía.

Si, como hemos reconocido en el anterior estudio, este culto influye de una manera poderosa en la vida del hombre considerado individualmente, ¡cuánto más se hará sentir en la vida de familia, en esa vida en que el hombre es más hombre, si puedo decirlo así, y más recíprocamente hombre; en este teatro íntimo de afecciones y emociones en que se desarrolla la naturaleza en toda la intensidad y libertad de sus más vivos sentimientos y sus más caros intereses; en ese hogar doméstico donde pasan tantos acontecimientos personales, tantas inquietudes, pruebas, dolores, alegrías y desengaños; donde el hombre nace, vive, sufre y muere en todos sus miembros, y donde se allegan día por día los méritos ó faltas que han de pesar en la balanza de su destino! ¡Ah! cuánto se hace sentir allí la necesidad de un Dios familiar, del Dios con nosotros, naciendo, viviendo, sufriendo, muriendo como nosotros, y santificando por la gracia de sus méritos y ejemplos todas estas visicitudes de la mortal condición!

Y ¿cómo podremos tener á este Dios con nosotros, sin la Virgen de quien ha nacido, con quien ha experimentado todas nuestras miserias desde el pesebre hasta la cruz, con quien ha vivido en familia, y para quien su último suspiro ha sido un suspiro de familia? De sus treinta y tres años, el Hijo de Dios ha consagrado treinta á la vida de familia, preparándonos en la Santa Familia, cuyo nudo ha querido ser por tanto tiempo, el modelo santificante y protector de toda familia cristiana. ¿Y sobre qué estaba fundada esta celestial familia, sino sobre la maternidad de María? José era padre de Nuestro Señor, solo por ser esposo de María. Santa Isabel, san Juan Bautista, los demás primos de Jesús y toda su parentela, debían á María semejante parentesco. El mismo no ha querido tener su cualidad de Hijo del Hombre, sino por María. Y cuando toda esta parentela humana del Hijo de Dios se hubo extinguido y dispersado, ¿quién ha vivido sola con Él, sino María?

Por último, la misma muerte no pudo romper este lazo de sangre entre Jesús y María: lo ha transformado en un lazo espiritual de adopción, extendiéndolo á toda la familia humana. Jesús ha querido sobrevivirse como Hijo de María, en la persona del muy amado Discípulo, á quien la legó al morir, y que « desde este momento la llevó á su casa », dice el Evangelio, (Joan. XIX, 27). En este caso el Discípulo era solo la personificación de todo discípulo de Cristo, que debe también conducir á María á su hogar, honrarla con un culto doméstico, honrando y amando en Ella el depósito de Jesucristo moribundo, y continuando en ser para Ella lo que su divino Hijo quiso ser durante toda su vida y después de su vida (1).

¡Qué puede igualar al testimonio de ternura única de Jesús para con el cristiano, legándole su Madre!¡Ni qué medio más precioso de fidelidad y amor del cristiano á Jesucristo, que el culto doméstico de semejante Madre! Jesús, que ha dicho: «Cuando os halléis muchos reunidos en mi nombre, yo estaré en medio

^{1—}Regularmente solo se ve una circunstancia privada de la vida de Jesús en el legado que hizo de su Madre á su Discípulo. ¡Cómo si hubiese algo privado en la vida del Hijo de Dios, y que no entrase en su misión pública y universal de Salvador de los hombres! ¡Cómo si cuanto ha hecho y dicho, especialmente desde lo alto de la cruz, cómo si su palabra suprema no tuviera la importancia de su muerte, y no se hallase relacionada con ella! ¡Cómo si El mismo no lo hubiese expresamente dicho por esta reflexión de su Discípulo, que sigue inmediatamente al legado que le hace de María: «Después de esto, viendo Jesús que todo estaba consumado...»—El legado de María está claramente compendiado en ese todo, cuyo cumplimiento constituía la misión del Hijo de Dios. Es un don místico, que, en san Juan, se dirige al género humano.

de vosotros,» ¿puede dejar de encontrarse en una familia que posee de tal modo á María? y Dios, que se nos ha hecho propicio por Jesús, ¿no deberá de habitar en tal casa?...

Y cuán propio es este culto del carácter privado, íntimo, doméstico, que constituye la familia! No hay familia sin madre; y lo que vale esta, es lo que vale aquella. ¡Qué será, pues, una familia que tiene por madre á la Madre de Dios, que vive y obra bajo la mirada y la influencia de María! Su culto atempera el de Dios y el de Jesucristo, y le hace descender, sin comprometer su majestad, al círculo de la vida privada. En todas las penas, en todas las alegrías, en todos los intereses y tribulaciones, María es de la familia, como lo era en las bodas de Caná; y Jesús es convidado allí por la presencia y mediación de María, quien dice más de una vez: «No tienen vino;» no tienen consuelo, fuerza, gracia, vida. A Ella nos dirigimos para obtenerlo todo de su divino Hijo. Nos atrevemos á todo con Ella porque es Madre, y lo esperamos todo, porque es Madre de Dios. Por Ella, en fin, Dios se hace de la familia, para hacerla familia de Dios.

* *

Pero, no se mire todo esto como una piadosa ficción.

Es una verdad doctrinal y, á la vez, práctica. María sin duda está en lo alto del cielo, junto al trono de Dios: allí es donde habla y obra en nuestro favor; desde allí derrama abundantemente sobre nosotros los tesoros celestiales; desde allí atiende á nuestras súplicas y provee á nuestras necesidades; pero todo esto á proporción de la honra que la tributamos, y según la invocamos desde la tierra. Su culto la hace descender, en cierto modo, en medio de nosotros por las gracias que distribuye; particulariza estas gracias, y las apropia á nuestras situaciones y á nuestras nece-

sidades. El culto doméstico de María obtiene gracias domésticas, así como el culto nacional obtiene gracias nacionales y bendiciones del pueblo. La familia, como familia, recibe del culto de María una influencia de gracia y de bendición, que nace de la impresión de sus virtudes, del favor de su intercesión y del poder de su influjo; sin que exista familia consagrada á María, que no experimente efectos sensibles de su maternal patrocinio.

En fin; además de la influencia del culto de María sobre el individuo, tiene otra influencia sobre la familia; influencia más grande y diversa: más grande, en cuanto la familia cristiana realiza ventajosamente lo esencial del cristianismo, la unión; y diversa en cuanto semejante culto es maravillosamente adecuado á las condiciones, necesidades y costumbres de la familia.

Sobre todo, cristianos, acordaos de estas palabras de san Anselmo, que dice: « Así como no puede perecer ninguna familia sólida y santamente dedicada á la gloriosa Virgen, de igual modo no se encontrará la bendición de Dios en una familia en que la gloriosa Virgen no sea honrada. »

Influencia del culto de María sobre la sociedad

Cuando la impiedad persigue la Religión, se funda en esta verdad, que perfectamente comprende en todo su alcance; y es que no solamente obra el cristianismo sobre el pequeño número relativo de los devotos, sino, mediante ellos, en la multitud de los indiferentes, y aun de los impíos; y que la moralidad grande ó pequeña de que estos se prevalen para pres-

cindir de la Religión, les viene de la misma Religión de que reniegan y de la devoción que desprecian.

En efecto, no puede desconocerse el poder de los medios y de los hogares. El cristianismo no existe so-lamente en los tabernáculos y templos, sino también fuera de ellos, en las plazas, en las casas, en las familias, en las instituciones y costumbres, en las ideas.

Es la impresión perenne de la piedad infantil, despertándose de tiempo en tiempo en el corazón; es el profundo recuerdo de la santidad de una madre querida, de un padre venerado, confundiéndose con el doloroso respeto que tributamos á su memoria; es la vista de un digno sacerdote, el ejemplo ó el discurso oportuno de un amigo, la inocencia de un niño, la piedad de una esposa, de una hija, ó de una hermana, la fe y puntualidad de un criado ó de una pobre sirvienta, que edifican á veces una casa entera, esparciendo en ella un perfume de religión y virtud, y que llegan á la inteligencia del amo para depositar en ella impresiones y gérmenes de moralidad, que no sospechaba, y que sin embargo recibe, aunque diga siempre que su conciencia le basta.

El cristianismo lo penetra todo. Vivimos, nos agitamos, flotamos en el cristianismo: Si él concluyera, si dejara de alimentar la caridad de las santas mugeres dedicadas al alivio de todas las miserias humanas; la abnegación de los humildes religiosos que siembran su doctrina y su moral en las generaciones sucesivas del pobre y del obrero; el celo de los sacerdotes que mantienen las poblaciones de los campos y arrabales en el respeto de Dios y la paciencia de su condición; la autoridad de los obispos que evangelizan incesantemente sus diócesis y hacen oir en ellas periódicamente, ó en cada circunstancia solemne, las grandes palabras que han convertido al mundo y le señalan su destino; si cesara de animar esa innumerable multitud de caritativas instituciones con que penetra por todos los poros del cuerpo social; si dejara de inspirar esas convicciones y esos escritos que defienden palmo á palmo el patrimonio de la verdad divina, extendiendo su reinado en las inteligencias; en una palabra, si el cristianismo detuviera el vasto mecanismo de su acción civilizadora, si dejara de inspirar su gran Sursum corda... la sociedad se abismaría.

Se abismaría, sin poder conservarse siquiera en el mismo grado de descomposición de que el cristianismo la ha sacado; porque, según la ley de la gravedad moral, caería tanto mas bajo, cuanto mas alto ha sido elevada.

d'Ejerce el culto de María influencia sobre la sociedad?

Sentado lo dicho, debemos sacar, respecto á nuestro asunto, una conclusión muy sencilla, á saber: que el culto de la santísima Virgen tiene, en esta influencia del cristianismo sobre la sociedad, la misma parte que tuvo en el propio cristianismo, considerado en su foco.

Digo, considerado en su foco, pues de otra suerte no sería solo el culto de la Virgen, sino el culto de la presencia real, el culto de la divinidad de Jesucristo, el culto del mismo Dios vivo, el que podría eliminarse del cristianismo. Hay una multitud de cristianismos de convención que repudian estos diversos elementos del cristianismo verdadero. Lutero tiene su cristianismo, Renán tiene su cristianismo, Strauss tiene el suyo, como Voltaire, lo tenía también; porque el medio de combatir al cristianismo ¿cuál es, sino robarle su título y falsificarlo?

Existen muchos de estos cristianismos de buena fe, tanto como puede serlo el acomodamiento de una regla á las miras é inclinaciones individuales que debe dirigir; tal como lo vemos en todas las sectas y variedades del cristianismo protestante, desde el puseismo al unitarismo. Pero todo este caos ¿es el cristianismo? ¿Quién se atrevería á asegurarlo formalmente? Todo lo que puede concederse es ser del cristianismo en diversos grados de descomposición, cuyo foco está en el cristianismo integral, en el catolicismo; así como los diversos grados de luz y calor, que se sienten en una atmósfera cargada de vapores, provienen del astro que lanza sus rayos desde la alta serenidad del aire.

Por tanto, en este único foco del cristianismo es donde debemos estudiar qué parte tiene el culto de la Virgen en la propagación de su vivificante in-

fluencia.

Y siempre este culto se presenta inherente al cristianismo. No vemos jamás un religioso, un sacerdote, un cristiano activo, un obrero evangélico, una institución, una obra, una influencia cualquiera, que emane directa y eficazmente del cristianismo, que no se inspire altamente en esta devoción. Esto es un hecho.

Preciso es reconocer también que esta devoción es el carácter propio de la actividad y fecundidad cris-

tianas, y forma su profesión y su perfección.

El rosario pende de la cintura de toda Hermana de la Caridad, de todo religioso ó apóstol, y su rezo entra en la vida práctica de todo sacerdote y cristiano, á medida que es más ferviente y activo en el servicio de Dios y en la aplicación del cristianismo. La imagen de la Virgen es el signo característico de toda obra cristiana, y sus devociones alimentan todo celo y toda caridad. En una palabra, si se suprimiese todo cuanto se nutre del culto de la Virgen en el cristianismo, se suprimiría el propio cristianismo, tomado en ese foco de donde emana todo cristianismo en el mundo y toda influencia cristiana sobre la sociedad.

Nos convenceremos más todavía de ello, si desde este foco del cristianismo dirigimos la vista sobre el sujeto colectivo de su acción, sobre esa parte de la sociedad que se llama la sociedad de los fieles, los cristianos prácticos, en la más amplia acepción de la palabra; es decir, todos aquellos que entran en nuestras iglesias, y después vuelven al mundo, llevando á él las impresiones religiosas que han recibido, y comunicándolas en diferentes grados á la multitud que fuera se agita. Sí, repito, se dirige la vista á esta sociedad, que comprende directa ó indirectamente la sociedad entera, no puede desconocerse tampoco la considerable parte que tiene el culto de la Virgen en la acción social del cristianismo.

No tiene la religión cristiana fiesta alguna en que no sea honrada la Virgen. No hablo ya de las devociones facultativas, como el Rosario, el Mes de María, las cofradías, peregrinaciones, etc.; hablo del culto regular, liturgico y oficial, sin el que no se puede pertenecer á la comunión de los fieles. El culto de Jesucristo, el culto divino, propiamente dicho, en el santo sacrificio que es su alma, y en la celebración de sus más esenciales misterios: los de Adviento, de la Navidad, de la Epifanía, Presentación, Pasión, Pascuas, Pentecostés, está enteramente impregnado del culto de la Virgen; y recíprocamente, el culto litúrgico de la Virgen, las fiestas de la Inmaculada Concepción, de la Natividad, la Anunciación, Visitación, Purificación y Asunción, están á su vez impregnadas del culto divino. ¿ Cuál será, pues, la influencia de un culto

tan eminentemente colectivo?
¿Y qué diré ahora del culto facultativo de la Virgen? Qué poderosa acción no ejerce sobre la sociedad?
Y esta acción es tanto mayor, cuanto es más libre, cuanto más solicitada es por aquellos mismos sobre quienes se deja sentir, moviendo las muchedumbres por su propia espontaneidad. ¿Qué influencia profunda y realmente social no atestiguan todas estas manifes-

taciones de la fe popular á María? Esas emigraciones de pueblos atraídos por la devoción á sus santuarios privilegiados; esas conmemoraciones de fiestas locales reuniendo provincias enteras en un solo punto; esas fundaciones de santuarios y esas erecciones de estatuas por el concurso de numerosas diócesis; esas manifestaciones de ciudades enteras, movidas por un mismo entusiasmo, y manifestándolo con procesiones y actos públicos; en fin, esas imágenes y oratorios que consagran nuestras moradas, esas medallas ó símbolos que individualizan el culto de María, constituyéndolo en culto doméstico y privado, así como lo es también exterior y público; todas esas manifestaciones acusan una influencia que no puede desconocerse, como la más vasta, profunda, íntima y colectiva que puede sentir y experimentar una sociedad.

Por tanto, si el cristianismo tiene una influencia vivificante sobre la sociedad moderna, si constituye su misma vida, preciso es reconocer que el culto de María determina en gran manera tan poderosa in-

fluencia.

* *

Se dirá, bien lo conozco, que así sucede en el catolicismo, y que la parte considerable formada por el mundo protestante atestigua la superfluidad del culto de la Virgen como influencia *cristiana* sobre la sociedad.

Respondo lo que ya he manifestado, é insisto en ello. El catolicismo es al protestantismo, en el mundo cristiano, lo mismo que, en cada país del mundo cristiano, es el cristianismo respecto de los deistas é impíos. En cada país cristiano, los deistas y los impíos, quieran ó no quieran, viven del cristianismo y son hasta cierto punto cristianos. Así, en el mundo cristiano, el protestante vive del catolicismo y sufre su influencia, por más que la ataque. Lo que hay de

cristianismo en los países protestantes se halla vivificado por la grande unidad central del catolicismo que obra á distancia sobre las sectas que se le han separado, retarda su descomposición, ó produce su vuelta por una fuerza de gravitación proporcional, si puedo hablar así, que se deja sentir en diversos grados aún de los más rebeldes y más revoltosos. Solo quiero por prueba á estos mismos. Hay cierta religión en el blasfemo, se ha dicho muy justamente; también hay algún catolicismo en el protestantismo; solo se protesta contra lo que obra. El odio especial de que es objeto el culto de la Virgen para el protestantismo, atestigua también la especialidad de su acción.

Además, ¿quién puede negar la influencia del catolicismo en el mundo, y que la principal causa de ella son sus religiosos, sus apóstoles; es decir, lo más cristiano que existe y lo más devoto á la Virgen?

Mas no solo debe de apreciarse la influencia del culto de la Virgen por lo que es hoy, sino también por lo que ha sido. La sociedad presente, en todas sus partes, es hija del catolicismo, y lo tiene en su sangre. Por tanto, si queremos estudiar los elementos religiosos que entran en su temperamento y lo constituyen, la influencia bajo que se ha engrandecido, cuyas impresiones consigo ha llevado, y que continúan haciéndose sentir en ella como todo lo que es primitivo y constitutivo, preciso es observar tales elementos en la edad, por decirlo así, de su adolescencia, en la edad media. Somos hijos de los cruzados.

No doy á esta expresión el sentido estrecho que se limita á las costumbres sociales de la edad media; la sociedad no debe retroceder á esa edad, bajo este aspecto, ni tampoco estacionarse en la edad presente: esto no es posible: el desarrollo es la ley de su destino; pero el desarrollo dentro del orden inmutable de la fe. Tal inmutabilidad no es un mojón, sino una carrera; porque es la inmutabilidad de lo infinito, que com-

prende y mide todo desarrollo; la inmutabilidad de Dios, de su palabra y de sus misterios. Quiero, pues, decir que somos hijos de los creyentes, que pertenecemos á una raza cristiana, que llevamos en nosotros un principio vital que sube hasta la edad de nuestra formación, y que, por consecuencia, para apreciarlo bien, debemos observarlo en esta edad.

Y en ella, ¿qué lugar no ocupaba el culto de la Virgen en la profesión del cristianismo? Testigos son de ello los monumentos dejados en esas catedrales consagradas á la Virgen, sin contar la multitud de los demás santuarios igualmente dedicados á Ella, que perpetúan esa gran devoción á María en las mas sublimes proporciones y en las expresiones mas magníficas que puede dar el arte al culto en que se inspira. Esas asombrosas basílicas, que los mas indiferentes contemplan con sábia admiración, derraman á porfía en las almas la influencia de la devoción á María, que pudo edificarlas, hacéndola brillar á lo

lejos en el espacio.

Lo mismo sucede con todas las demás expresiones y manifestaciones de la fe: la poesía, la pintura, la estatuaria, la elocuencia, la levenda, los innumerables escritos teológicos, apologéticos ó ascéticos que han sido inspirados por el culto de la Virgen, y que en tan gran parte componen esa herencia histórica de sabiduría y arte que recogemos hoy con tan escrupuloso cuidado, ejercen sobre nuestra sociedad una influencia que no podría desconocerse, sin desconocer el mismo valor que la damos. Este valor es para muchos de sus apreciadores puramente artístico ó arqueológico; pero, mediante ellos mismos, viene á ser en la sociedad como un manantial de gusto, de sentimiento, de impresión y opinión que influye sobre las creencias y costumbres. Son títulos de familia vueltos á encontrar, que revelan el culto de los antepasados, y de donde se deriva una emanación de fe

sencilla que gustamos de respirar como nuestro aire natal.

Bajo esta impresión volvemos á encontrarnos mas cristianos, más católicos, é hijos más piadosos de la Virgen. (1) En una palabra, si es cierto que provenimos del cristianismo, cierto es que provenimos de la Virgen que lo ha producido, y cuya influencia no ha cesado de vivificarlo; y á pesar de las profundas alteraciones que la herejía ó la impiedad nos han hecho sufrir, se puede afirmar de nosotros, considerándonos bien, lo que se decía de nuestro Autor: Nonne hic est Filius Mariæ? ¿No es este el Hijo de María?

Así, la renovación religiosa reviste en nuestros días por todas partes el carácter de la devoción á María. El cristianismo, cuyo eclipse ha sumido á la sociedad en tan terrible confusión, al purificarse de los vapores de la impiedad, reaparece con este mismo carácter que tenía en la edad media. Desarrolla la tradición y consuma la doctrina. ¡Tan inherente al cristianismo es el culto de la Virgen! ¡Tan grande parte tiene en la influencia que el cristianismo ejerce sobre la sociedad!

Aun mas claro aparecerá esto, si, de la demostración de tal influencia, pasamos á examinar en qué consiste y cuál es.

En qué consiste la influencia del culto de Maria

Es de tres clases: de doctrina, de moral y de culto. La influencia doctrinal del culto de la santísima Virgen, es muy anterior á la edad media, pues data

^{1—}Los diarios americanos han referido la impresión que produjo en los Estados Unidos la exposición de una *Inmaculada Concepción* de Murillo. Del culto del arte, las inteligencias suelen pasar al culto de la idea y del dogma.

del cristianismo primitivo, de la antigüedad evangélica y apostólica. Desde entonces se nos presenta como el elemento mas activo del triunfo de la doctrina sobre todas las herejías que atajaron su vuelo en los cuatro primeros siglos de lucha, que la Iglesia naciente tuvo que sostener contra la brutalidad de la fuerza y la sutileza del error, concluyendo por el triunfo de la maternidad divina en Éfeso.

Este triunfo cierra la edad primitiva y abre la edad media: resume la doctrina de la divina maternidad, y desarrolla su culto, que, por considerable que fuese entonces, no ha cesado de aumentarse, siendo la expresión misma del cristianismo vencedor; y como el destino del cristianismo es luchar siempre contra el error, el culto de la maternidad divina ha tenido y tendrá siempre, en la conservación del cristianismo, la parte que tuvo en su primitivo triunfo. Este culto es el concilio de Éfeso continuado; es decir, el propio cristianismo, cuya doctrina compendiaba este Concilio contra todas las heregías precedentes y las que habían de aparecer.

Esta verdad, en su más solemne expresión, no resalta solo en Éfeso, sino que brilla en cada página de la historia dogmática del cristianismo, ascendiendo hasta los Apóstoles.

No reproduciremos los testimonios tan fuertes, sólidos y decisivos que pueden presentarse desde san Ignacio hasta san Cirilo: bastará con que recordemos el de san Arquelao en su discusión contra Manés: « Así como toda la ley y los Profetas se hallan contenidos en el doble precepto, de Igual manera toda nuestra esperanza se halla suspendida del parto de la bienaventurada Marría. »

Esto es verdadero con verdad absoluta, y la misma experiencia viene á confirmarlo.

Muchos se lisonjean de ser morales, sin religión; otros de ser religiosos, sin cristianismo; otros, en fin,

de ser cristianos, sin devoción á la Virgen. Oponen el ejemplo del sentimiento religioso en la antigüedad pagana, tal como se ha manifestado en los escritos de los poetas, filósofos, etc. Aún cuando concediese todo esto, no sería menos cierto que lo sucedido á unos cuantos individuos no es posible para toda la sociedad, como sociedad. ¿ Puede la sociedad prescindir de una religión positiva? No. ¿ Puede tener otra religión positiva que el cristianismo? No. ¿ Puede subsistir el cristianismo sin la creencia en la Encarnación y sin el culto de la maternidad divina de María, fórmula y alimento de esta creencia? No.

En efecto, según hemos visto, la actividad cristiana positiva se nutre de este culto, y el protestantismo, que lo ha rechazado, ha perdido ó pierde diariamente la creencia en la encarnación del Verbo; y solo es retenido en su ruina cristiana por el vigor católico de esta creencia en el mundo, sostenida á su vez por el culto de la maternidad divina de María.

En cuanto á los individuos que pretenden prescindir de este culto, y aún del cristianismo, les responderé que, de hecho, se alimentan de él, como miembros parásitos de la sociedad cristiana; que si solo tuviesen el sentimiento religioso de los antiguos para sostener su moralidad, bien pronto esta moralidad sufriría el mismo naufragio que aquel cuyo asqueroso cuadro nos presentan las costumbres paganas; por último, que el sentimiento religioso de los antiguos solo era religioso porque era cuanto podia ser entonces en lumbre y en piedad; mientras que habiendo venido el cristianismo para agrandar la esfera del sentimiento religioso, no puede limitarse sin incurrir en irreligión é impiedad, á lo que era este sentimiento entre los antiguos: Atravesó la tierra una grande esperanza, que los ojos al cielo nos fuerza á levantar. (1)

¹⁻Alfredo de Musset, Esperanxa en Dies.

Defendiendo el dogma de la maternidad divina y profesándolo por el más ferviente culto, el catolicismo defiende y profesa también todo el orden religioso, moral, y, por consecuencia, social. Y la herejía de todos los tiempos, atacando siempre este mismo dogma, y cayendo en seguida en una serie de negaciones opuestas á las creencias que de él se derivan, justifica perfectamente el culto de que es objeto.

Sin duda, la sociedad cristiana, recibiendo la influencia dogmática que se desprende de este santo culto, no se da cuenta de ella, por la deducción de todas las verdades que con él se enlazan, y cuya cadena compone su fe; pero no son los razonamientos explícitos los que más determinan las convicciones y las voluntades; sino la razón implícita, el sentimiento infuso de una verdad, y principalmente su experiencia, y la vida que proporciona al alma que de ella se nutre. Esto es también lo que produce el

culto de la santísima Virgen.

El alma bebe en él la doctrina, como en los manantiales de la fe; recibe la creencia formada y en estado concreto, por decirlo así, de la manera que recibe el niño en estado de leche la sustancia de los diversos alimentos con que se nutre la madre. Bajo tan esencial punto de vista, no puede ser suplido el culto de la Virgen por ningún otro. Tiene una propiedad única. maravillosamente adaptada á las necesidades de la humanidad. Toda la Religión se cifra en él bajo su más completa forma, y también bajo la mas fácil y sencilla. Profesando la maternidad divina de María, se profesa todo el plan divino. Así, los hombres mas piadosos para con María han sido siempre los más creyentes y más fieles; y recíprocamente, aquellos cuya fe ha sido mas rica, mas luminosa y penetrante, han sido siempre los más fieles servidores de María.

Tal es la influencia doctrinal del culto de María en

la sociedad.

Su influencia moral no es menos grande.

No sé si alguna vez se ha reflexionado bastante sobre el prodigio moral que presenta el culto de la Virgen en el mundo. Tan grande es, á nuestro juicio, que no debemos titubear en colocarlo entre las mayores pruebas de la divinidad del cristianismo, por ser absolutamente inexplicable sin la virtud de Dios; la misma virtud que ha hecho caer el mundo al pié de la cruz.

Concebir el pensamiento, en un mundo de instintos perversos, como es el nuestro; en un mundo que, entregado á sí mismo, había llegado y volvería al extremo de divinizar tales instintos, á adorarlos, personificarlos y á entregarse á misterios semejantes á los que nos presenta la cirilización pagana: los de Vénus, Baco, Cibeles, Príapo, Adonis, Flora, Afrodita; concebir, repito, el pensamiento de fundar, en tal mundo, el culto de la virginidad, de la dulzura, humildad, pureza y santidad, elevadas á un tipo que supera todo ideal finito, que domina la espiritualidad del Angel, y que solo tiene sobre sí la santidad infinita de Dios, que es su autor, el culto de la Virgen María; hé aquí lo que no puede menos de ser divino, absolutamente divino; porque es la más completa reforma de este hombre animal, incapaz de las cosas de Dios, según escribía San Pablo á los corintios.

Y ahora, lograr el objeto de tal empresa, y conseguirlo hasta el punto de hacer temible el exceso, entusiasmar, no á algunas almas privilegiadas, sino á las muchedumbres; embriagar al mundo de este culto virginal; doblegar ante sus altares las más salvajes naturalezas; darle el poder de hacerse erigir, por el concurso social de todas las almas y de todos los brazos, templos como Santa María la Mayor, Nuestra Señora del Pilar, Nuestra Señora de Reims, Nuestra Señora de Estrasburgo, Nuestra Señora de Guadalupe, Nuestra Señora de París, Nuestra Señora de Lujan, y ese inagotable número de santuarios, que son otros tantos focos de cuantas virtudes inspira; hacer de él el encanto de las imaginaciones, de los cerazones y las almas; darle imperio y brillo en las artes, en la elocuencia, en la ciencia, por inmortales obras maestras que respiran su pureza, y sin poder agotarla jamás; dedicarle instituciones, sociedades, reinos; confundir á sus piés todas las condiciones de la vida humana y asegurarle los homenajes de cuantas generaciones se sucedan en lo venidero; he aquí un prodigio al que solo iguala el de la concepción de semejante culto.

Claman ¡idolatría! ¡Qué homenaje tributado á la acción de este santo culto, y, al mismo tiempo, qué contradicción! En efecto, esto es lo mismo que decir que ha conseguido apasionar al mundo hasta la idolatría, mediante sus virtudes, que son la completa ruina de la idolatría. Tal es la acción del culto de la Virgen en el mundo, que sus enemigos se lo reprochan acusándolo de exceso; el exceso de una influencia de castidad, de humildad, de piedad y santidad!!!

Tal ha sido, tal es, en efecto, la influencia moral

del culto de la santísima Virgen.

Él es, después y con la cruz de Jesucristo, el medio más poderoso de la regeneración del mundo por el cristianismo.

« Gemiríamos todavía entre los lazos de la carne, canta un poeta alemán en un bello himno á María, sufriría la muger aún el yugo de la servidumbre, si el amor puro y sublime que se te consagra, no hubiese domado en nosotros el arrebato de los deseos, y humillado á los piés de tu santa belleza los sentidos que se precipitaban desenfrenados y salvajes.»

La belleza moral de las virtudes cristianas, que se muestran en María, hubiera sido demasiado abstracta, si se nos hubiese manifestado en sí misma; no habría echado raíces en nuestra naturaleza sensible, que no puede alzarse de la tierra sino apoyándose en algo, y

que « se eleva desde los cuerpos bellos á las bellas almas, y desde las bellas almas á la eterna belleza.» Platón, El convite.

Preciso era, pues, que tuviesen estas virtudes una expresión, y una expresión humana. Por esto el Verbo se ha hecho carne, y la Belleza eterna se nos ha manifestado en Jesucristo. Mas en Jesucristo aún no se halla esta belleza á nuestro alcance, pues se presenta desfigurada para la multitud por el mismo sacrificio que moralmente la hace brillar, y pone en su boca estas palabras: «Yo soy un gusano, y no un hombre; » (Psalm. XXXI, 7.) ó bien, para quien descubre su brillo, tiene un carácter personal de divinidad que deslumbra.

Convenía, pues, que semejante belleza fuese colocada más á nuestro alcance, viniendo á reproducirse en un tipo de imitación más transparente y familiar, en el cual brillase en razón de la debilidad é inferioridad natural de su sujeto. Así se nos presenta en la Virgen María. En ella la dulzura, la humildad, la castidad, la piedad, la santidad, aparecen tales como deben ser en nosotros; no en el estado de naturaleza como en Jesucristo, sino en el estado de gracia; no en el estado de sacrificio, sino en el de fruto del sa-

crificio.

Convenía, por otra parte, que la belleza moral tuviese su expresión en ambos sexos; no solo, nótese bien esto, para que cada sexo tuviese su modelo correspondiente, sino para que la natural influencia de un sexo sobre el otro se hiciese sentir en el orden de la gracia, como en el orden de la naturaleza; en el orden de la rehabilitación, como en el de la caida.

En efecto, la influencia que desde el principio ha tenido la muger, y que tendrá siempre sobre el hombre, es una propiedad de la naturaleza humana que la gracia, que se apodera de todas las propiedades de la naturaleza para elevarlas y santificarlas, no podía descuidar. Esta influencia tan considerable, que desde su origen había trastornado el género humano, y después no había cesado de corromperlo, que había envilecido y exclavizado á la muger con todo el perverso dominio que ejercía ella misma sobre el hombre; esta influencia, repito, debía pasar del mal al bien, convirtiéndose, de obstáculo, en medio. La muger, este HERMOSO MAL, debía convertirse en un HERMOSO BIEN.

Tal es la Virgen María, cuya contraposición, en todo el mundo antiguo, era... Vénus. De Vénus á

María, ¡qué revolución!!!

La expresión de belleza, gracia, atractivos (Venus, venustas), era sinónima, en la antigüedad, ó generalmente se derivaba de la de corrupción. Por lo menos, confundíanse en esta divinidad, que esclavizaba á los hombres y á los dioses; que se lanzaba sobre el corazón y los sentidos del hombre como sobre su presa: Es Vénus á su presa enteramente asida, según Racine, en Fedro.

La que Homero nos representa armada con todos los encantos de la concupiscencia, de que su cinturón está formado; la que Horacio con tanta justicia llama «fatal madre de los impuros deseos», la que se hacía inmolar el pudor en veinte famosos tem-

plos, y cuyo culto emponzoñaba el mundo.

Abolir este culto, extirpar esta divinidad de las entrañas de la sociedad, y erigir en su lugar el culto de la Virgen inmaculada, ¡qué revolución, repito! ¡Cómo no atribuirla al brazo omnipotente, y no exclamar con la misma Virgen: Ostentó la potencia de su brazo!

Dios ha realizado en la Virgen María un ideal de pureza, que jamás hubiera imaginado el hombre. La Virgen, no es Virgen solamente, sino Virgen Madre; es decir, que en Ella la virginidad salió vencedora de la prueba que generalmente la hace perecer; la maternidad. Maravilla única de virginidad enriquecida con la maternidad, que el Profeta anunciaba con razón como el prodigio por excelencia, el que jamás hubiera

osado pedir el hombre, y que solo Dios podía concebirlo, así como Él solo podía verificarlo. (1)

¿Y de quién es Madre la Virgen por este prodigio? De Dios! ¡Qué aumento, qué colmo de pureza! ¡Cómo se armoniza con el prodigio de una Virgen-Madre y viene admirablemente á completarlo; cómo el Tallo está formado para producir y llevar la Flor, y cómo la Flor viene á coronar y perfumar el Tallo!

Bastan estas sencillas reflexiones para llevar al lector á una contemplación cuyo objeto supera todo ideal de pureza y santidad en el orden creado; que ha elevado el arte, destinado á reproducirlo, á una altura enteramente desconocida en la naturaleza; y que, por la revolución que ha producido y la influencia que sobre el mundo ejerce, justifica estas palabras de Dios, que es su autor: «Crearé una nueva

tierra y nuevos cielos.»

El culto de la Virgen, Madre de Dios, ha obrado y obra incesantemente en la sociedad humana, por la influencia de aquella pureza y de todas las virtudes que la acompañan, una acción moralizadora, ya de preservación, ya de reparación, que no intento explicar por ser tan inmensa y profunda. Puede asegurarse que es tan considerable para el bien, como la que ejercía la antigua Venus para el mal. Es aún más poderosa, pues ha derribado cuanto se oponía á su influjo. Sin duda la deidad de la corrupción tenía á su favor la naturaleza; pero la Virgen de toda pureza tiene la gracia. Por ella quebranta bajo su pié la cabeza de la serpiente, y preserva ó cura á cuantos la invocan para librarse de su veneno. Realiza lo que la pedimos cuando, saludándola con los nombres de

^{1—«}El Señor continuó hablando á Acaz, y le dijo: Pide al Señor tu Dios que te haga ver un prodigio en el fondo de la tierra, ó en lo más alto del cielo.—Acaz respondió: No le pediré nada, no tentaré al Señor —Y dijo Isaías: Hé aquí por qué el Señor te dará él mismo un prodigio. Una Virgen concebirá y dará á luz un Hijo, que será llamado Emmanuel.»—Isai. VII, 11-14.

Madre purísima, Madre castísima, Madre siempre Virgen, Madre sin mancha, la decimos: Ruega por nosotros; hax que, perdonadas nuestras faltas, seamos castos y dulces. Vela por la purexa de nuestra vida, aparta los peligros de nuestro camino, para que, llegando á la presencia de Jesús, participemos de vuestras celestiales alegrías. (1)

¡Qué influencia de pureza, de castidad, santidad y moralidad no irradiará sobre la sociedad este culto, por todos esos focos de devoción, por todos esos santuarios, asociaciones, cofradías y santos ejercicios que lo hacen penetrar en las almas; por todas esas imágenes de la Virgen inmaculada, de María concebida sin pecado, cuya sola vista desvanece los malos deseos, y que, colocadas en lo alto de nuestros templos y sobre nuestras ciudades y casas, purifican en cierto modo la atmósfera y combaten las mulignus potestades del aire! Y si el materialismo pornográfico odia ese culto ¿no es esto mismo una demostración de su grandeza moral?

* *

Por último, la Virgen María ejerce sobre la sociedad una influencia de culto.

El culto es, por lo común, eminentemente colectivo y social. Divididos por los intereses del tiempo, realmente los hombres solo se han asociado para la posesión del bien indivisible é inagotable, de Dios, y por la religión que los induce á ella. La familia, la patria, son ya poderosos modos de esta sociabilidad, que es uno de los mayores atributos del hombre. Pero la familia, la patria, son temporales como la vida, é insuficientes como todo lo humano. Para consolidarse y completarse deben unirse á la familia y á la patria celestiales por la Religión, esto es, por el culto.

El cristianismo ha creado también en este orden lo que no existía. Ha hecho descender al tiempo lo inmutable y eterno, Dios-con-nosotros, y nos ha puesto en comunión con Él por su caridad, que le hizo víctima de nuestra reconciliación con su Padre, convirtiéndonos á todos en miembros de un solo cuerpo, que alimenta de sí mismo, y cuya cabeza es Él. Admirable unión, que ha pedido, para poder ser expresada, nuevas y desconocidas significaciones de la antigüedad, siendo entre todas la mas alta y perfecta La Iglesia.

Pero la Iglesia, esposa de Jesucristo, no es verdadera si no es única; pues Jesucristo no puede tener muchas esposas: ¿qué son, pues, las iglesias rivales y divididas. desmintiendo la afirmación del Apóstol, que en Cristo el Sí y el No es imposible que habiten juntos? ¡ Cuán ciego es preciso estar para no ver que, siendo la unión el principio del cristianismo, y por consecuencia formándolo la unidad, las palabras de comunión é iglesia en plural son un contrasentido cristiano, y constituyen la mas completa de todas las divisiones; la división organizada! Tal es el espectáculo que nos presenta el protestantismo, cuyo principio se funda de tal modo en la división y la separación, que esta es la ley de su desenvolvimiento. ¿Cómo este principio que, aplicado á todas las asociaciones humanas, á la familia, á la nacionalidad, sería rechazado por absurdo, puede ser razonable aplicado á la Religión, cuyo fin es perfeccionar y consumar la unión de los hombres?

Por el contrario, ¡qué bien corresponde la Iglesia católica á este fin de la Religión, brillando como verdadera esposa de Jesucristo en medio del gran tumulto de iglesias que, en vez de reunir los hombres en Cristo, dividen á Cristo entre los hombres!

La Iglesia, en esto, es solo el desarrollo de la Virgen María, cuya maternidad es el tipo inspirador y como el Sacramento de la Iglesia, según la expresión

¹⁻Himnos y Letanías en honor de la santísima Virgen.

de Mr. Olier. De aquí proviene que en la más remota antigüedad cristiana se diese á María el nombre de Iglesia. « Yo le doy con júbilo el nombre de Iglesia, » decía Clemente de Alejandría. María vive en la Iglesia. Hay más: derrama en la misma Iglesia la vida que recibió en su plenitud para ser la dispensadora de la gracia en el cuerpo católico. « Llama á sus hijos á su alrededor, añade perfectamente Clemente de Alejandría, y los nutre con leche sagrada, con el Verbo hecho niño.» María, en una palabra, es Madre de los hombres, Madre de los cristianos; no solo de una manera indirecta y por elipsis, por haber dado á luz una vez para ellos la Vida, el Verbo; sino en sentido propio y directo, comunicándoles en particular y concurriendo con su caridad maternal á su nacimiento espiritual en la Iglesia. Tal es la doctrina.

¡Qué influencia de unión no deberá ejercer tal doctrina sobre la sociedad cristiana, por la acción real de María en el cuerpo de la Iglesia, por la persuación de fe y de piedad que difunde, reuniendo á los cristianos al pie de los altares! Su influencia es la de la maternidad, tan poderosa en la familia, que sin ella la familia no existe; la influencia de la maternidad extendida á la sociedad entera y haciéndose sentir en ella, como en familia, por cuanta ternura, unión y encanto simpático tiene el corazón de una Madre, y de una Madre semejante.

¡Y con qué riqueza no inspira el culto católico tales sentimientos por medio de todas esas bendiciones é invocaciones dirigidas á María cuando, en las vastas basílicas, la multitud de los cristianos, despojándose de cuanto les particulariza en la sociedad humana, se confunden en un solo sentimiento, una sola expresión y una sola voz de filial amor á María! cuando la saludan, cuando la alaban de concierto con esas brillantes Salves, acompañadas de tantos títulos gloriosos, como Reina de los cielos, Soberana de los Angeles, Estrella del mar, Fuerta del cielo, Madre, sobre todo, Madre del Redentor, Madre de la misericordia. Madre de la dirina gracia! cuando la invocan, apellidándola rida, dulzura y esperanza nuestra! cuando se acoge bajo su protección, suplicándola no desatienda sus plegarias en las necesidades que los rodean, y los libre de todo peligro! cuando entre todas las calificaciones con que se distinguen en el mundo, solo conservan el título comun de desterrados hijos de Eva, y suspirando, gimiendo y llorando desde el fondo de este ralle de lágrimas, la gritan: MUESTRA QUE ERES Madre; ruelre á nosotros esos tus ojos misericordiosos, danos la paz, rompe nuestros lazos, disipa nuestros males, procúranos bienes; que por tí nuestras plegarias scan gratas para Aquel que por nosotros se dignó ser tu Hijo, y que al salir de este destierro nos muestres à Jesús, fruto bendito de tu rientre!

Todos estos acentos del alma humana, tan poderosos ya para inspirarla á un mismo tiempo el sentimiento de su miseria y la confianza en el celestial socorro, cuando salen de boca del individuo ó de la familia, son mucho más eficaces si los pronuncia la sociedad entera. ¡Qué profunda reacción de vida religiosa, moral y social no ejercerán, multiplicándose por el nú-

mero y concentrándose por la unión!

¡Y qué será cuando se piense que los escucha el cielo y los acepta; pues instigada por su corazón maternal y por la caridad de su divino Hijo que lo llena, María derrama en la Iglesia que la invoca raudales de gracia y de vida, que producen cosechas de santidad y virtud!

No es esto una piadosa imaginación; es una sensible realidad que experimenta en cada uno de sus miembros, como en su cuerpo, la sociedad cristiana, la Iglesia católica; que siente circular en sí como la savia y alimento de esa vida sobrenatural con que vive y hace vivir al mundo.

Tal es la influencia del culto de María sobre la so-

ciedad, en su triple acción de doctrina, de moral y de culto.

Mas, después de haberla examinado en su estado colectivo, preciso es verla en su aplicación á todas las condiciones de la vida humana; y, por decirlo así, en su distribución á todas las venas del cuerpo social; es un culto verdaderamente admirable por su adaptación á todas las circunstancias y estados de la vida.

Armonías del culto de la Virgen en sus relaciones con las diversas condiciones de la vida humana

Armonías humano divinas son las que resultan del dulcísimo amor y devoción á María. En efecto; es una prepiedad maravillosa del culto de la Virgen el adaptarse á todas las situaciones y condiciones de la vida humana, hasta el punto de que al mismo tiempo que encierra en sí cuanto hay más genérico y adecuado para obrar sobre las muchedumbres, se distribuye y aplica á todas las categorías de existencias que las componen, como si solamente fuese hecho para cada una de ellas en particular. Es el culto de todos y el culto propio de cada uno. Por él se particulariza el cristianismo, sin dejar de ser colectivo, y abraza cada personalidad por lo que la distingue, uniéndola al cuerpo, sin absorverla. Tal es el caracter y oficio de la madre de familia. Caracter admirable que justifica el culto de la Virgen por el servicio más eminentemente cristiano y religioso; el de religar todos los miembros á su Cabeza ó Jefe, como este enlaza todo el cuerpo á Dios.

Así, el culto de la Virgen es el culto propio de la muger, el culto propio del hombre; el culto propio

de la infancia, de la juventud, de la edad madura y de la vejez; el culto propio tanto del simple é ignorante, como del doctor y del sabio; el culto propio del justo y del pecador; el culto propio del religioso y del seglar; del pueblo y del soberano; de cada nación y de la humanidad entera.

Esta tésis es tan incontestable como digna de consideración. Se presta á un desenvolvimiento ilimitado; pero con solo enunciarla basta para su justificación. Pocas palabras serán suficientes para hacerla admitir, dejando á cada uno el placer de explorarla y seguirla en todas sus aplicaciones.

De la muger y del hombre

Dijimos primeramente que el culto de la Virgen es el culto propio de la muger y el del hombre.

Nadie, en efecto, negará que sea el culto propio de la muger. Lo que honramos en María es la Muger, en contraposición del papel que al principio desempeñó; recobrando sobre el enemigo del género humano la ventaja que ella le había dejado tomar, y distinta del hombre por una iniciativa de reparación, tan propia de su sexo, como lo fué la iniciativa de la culpa.

Hay mas; porque la reparación se ha verificado en María por una operación más exclusivamente propia de su sexo, que el acontecimiento de la caída, por una obra de maternidad, y por el privilegio de una virginidad, que toma de esta maternidad un carácter de prodigio que honra particularmente á la muger. Es, por tanto, á la muger, y como muger, á quien en grado extraordinario honramos en María, como reparadora y modelo de su sexo en todos sus estados de virgen y de madre, y por las virtudes que pertenecen á su temperamento y vocación: la modestía, la dulzura, la discreción, la resignación, el silencio, el retiro, el ano-

nadamiento; en una palabra, lo que hay más reservado, más velado y más femenino entre las mugeres.

« Acercaos, pues, dice San Agustín, acercaos, vírgenes, á la Virgen; venid, vosotras que concebís, á Aquella que ha concebido; venid, madres, á la Madre; llegad, las que amamantais, á Aquella que amamantó; sencillas jóvenes, venid vosotras también á encontrar en Ella á la Joven. La Virgen María ha tomado así en Jesucristo cuantos estados hay en su sexo para poder favorecer á toda muger que la implore, y para restaurar, nueva Eva, su sexo entero; así como el de los hombres lo fué por el nuevo Adán, Jesucristo, nuestro Señor. »

Hemos debido insistir recordando todos los caracteres del culto de María que constituyen el culto propio de la muger, por ser de igual modo el culto propio del hombre. Lo es, en efecto, hasta el punto de hacer creer que sea más bien el culto del hombre que

el de la muger.

Como ya hemos dicho, la Religión está ordenada sobre la naturaleza para rehacerla sin destruirla; para ennoblecerla con la educación celeste. Todo cuanto hay de fundamental en la naturaleza sirve de objeto y medio para la gracia. La influencia de un sexo para con el otro es lo más propio de la naturaleza humana, aún para las relaciones intelectuales, morales y sociales que distinguen nuestra especie. Semejante influencia se halla en todas las relaciones del hombre y de la muger, y su influencia es recíproca. Existen, aun fuera del matrimonio, alianzas entre ambos sexos en todas las situaciones de la existencia humana. Así sucede con la madre respecto al hijo, y con las hijas respecto al padre, con los hermanos respecto á las hermanas, etc. Los dos sexos se inclinan uno hácia otro por una recíproca simpatía que proviene de su distinción. De tal suerte es así, que mientras más muger sea una muger, mayor influencia tendrá sobre el hombre; y recíprocamente.

Sentado esto, cuanto hemos dicho para demostrar que María es la muger por excelencia, y que por tal título es propio de la muger su culto, demuestra que es más propio todavía del hombre. Nada más cierto. Aun viviendo María, quiso Dios que fuese así.

A pesar de ser virgen, fué confiada, no á una muger, sino á un hombre, que la honra con un culto de protección, de respeto y de casta fidelidad, á José. Muerto José, no se retira á casa de ninguna muger, sino que sigue viviendo con Jesús, que hasta los treinta años continúa honrándola con su sumisión, para consolidar y consagrar la relación que quería establecer entre su santa Madre y el sexo del hombre. Durante la vida apostólica de Jesús, ¿con quién nos presenta el Evangelio más frecuentemente á María, sino con su parentela masculina, con los primos de Jesús? A su muerte, no confió este divino Hijo su Madre á Marta ni á María, cuyos cuidados y homenajes gustaba de recibir El mismo; la separa de estas santas mugeres, y crea expresamente para Ella un hijo en un hombre, en su muy amado Discípulo, con quien Ella termina su vida, influyendo sobre él y por él en la Iglesia con toda su gracia de Madre de Dios, convertida en Madre de los hombres.

Por último, cuando llega su muerte y su asunción bienaventurada, ¿de quién recibe las primeras ovaciones de la tierra? De los Apóstoles solos, llegados de todas partes para aclamarla por su Reina, como lo era de los Profetas y los Patriarcas desde el principio de

los tiempos.

Lo mismo ha sido en las edades siguientes. Siempre los hombres se nos presentan mas solícitos que las mugeres para honrar á la Virgen y preconizarla. Así acontece en esa sucesión de Padres y Doctores, que en cierto modo se transmiten el privilegio de san Juan, de tributar á María un culto especial y mirarla como su protectora: san Ignacio, san Justino, san Irineo, Clemente de Alejandría, Orígenes, san Arquelao, san Gregorio Neocesariense, san Efren, san Epifanio, san Ambrosio, san Gerónimo, san Agustín, san Cirilo y todos los Padres de Éfeso, san Ildefonso, san Juan Damasceno, san Anselmo, san Bernardo, Alberto el Grande, santo Domingo, san Francisco, Gerson, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Sales, Bossuet; hé aquí el cortejo de María.

Los artistas lo saben muy bien. Nunca veréis mugeres en los cuadros consagrados á María por los grandes maestros, sino siempre hombres al pié de su trono maternal: san Juan 6 san Gerónimo, san Francisco 6 san Agustín recibiendo de Ella, como leche de pura doctrina, al Verbo hecho niño. Ellos han comprendido admirablemente esta oposición de sexos como constitutiva de una de las mas ricas armonías de la naturaleza, de la gracia y del arte.

Por consecuencia de la misma ley, siempre las Ordenes religiosas de hombres han sido más devotas del culto de María que las de mugeres. Ningún Santo encontraréis que no haya tenido una devoción tierna y filial á la Virgen, á medida que es más grande en santidad, mientras que las mayores Santas, aún cuando hayan atribuido su santidad á la especial protección de la Virgen, como santa Teresa, absorben frecuentemente su culto en el del Señor. Los hombres, cuyo sentimiento es menos exclusivo, aventajan á la muger, pues no tiene lugar en ellos la conducta contraria: sin ser menos fervorosos para el culto del Hijo, como san Bernardo y san Francisco, por ejemplo, han tributado un culto mas entusiasta á la Madre; y son así mas ricos y completos en su manera de concebir y sentir el orden natural.

Así es que el culto de la Virgen es, bajo cierto punto de vista, el culto propio del hombre, come, bajo otro aspecto, es el culto propio de la muger.

De las cuatro edades

Lo mismo ha de decirse, de las edades que de los sexos; el culto de María es propio de las cuatro edades de la vida humana. Que sea propio de la infancia, cosa es evidente; pues, en cierto modo, está modelado por ella. Durante mucho tiempo el niño no conoce en el mundo á otro que á sí mismo y á su madre. Hé aquí todo su horizonte. Solo por esta conexión de niño y de madre puede, pues, elevársele á la noción de Dios. El culto de la Virgen-Madre y del Niño-Dios es, por tanto, admirablemente adecuado á las necesidades de la infancia. Sin él, quedaría privada la educación elemental del hombre de lo que debe ser su principal fundamento: la Religión; por él es iniciado desde el principio en la Religión entera.

Mas ¿cómo semejante culto puede convenir á las demás edades de la vida humana? Por lo mismo que tan adecuado es á las necesidades de la infancia, debe, al parecer, pasar con ella para dar lugar á un culto más viril, y no puede convenir igualmente al joven, al hombre maduro y al anciano.

Diré, pues, que el culto de la Virgen es el culto propio de la juventud, como si solo fuese instituído para ella, por ser el culto de la pureza, de la castidad, que nunca está de mas contra el ímpetu de los sentidos, ya reprimiendo, ya regulando su ardor. En las tempestades, que son tan frecuentes en ese cabo de buena esperanza de la vida, ¡cuántos naufragios ha evitado esa Estrella del mar, cuya virginal influencia previene ó reprime el alboroto de las olas! ¡Cuántas inocencias han sido salvadas ó reparadas por la virginal protección de María! ¡Para cuántos peligros han sido seguro puerto sus altares! ¡Cuántas almas hubieran zozobrado, á no apartarlas de los escollos su mano poderosa, logrando bogar hácia los continen-

tes de la virtud y del honor bajo el soplo purificante de su santidad! Y porqué deplorames hoy día tantos jóvenes precoxmente decadentes? ¡No tienen amor á María!

Y doblado ya ese cabo en la edad madura de la vida en que el hombre labra su fortuna y multiplica su existencia con sus intereses; en que llega á ser jefe responsable de su familia; en que se lanza á los negocios y empleos; en que vuelve como un bajel cargado de oro y mercancías; en que se prepara sucesores de su nombre y de su honor en sus hijos, y presenta tantos flancos á la desgracia; en esta edad de los ex-rotos, ¡qué culto más adecuado á la salvación de tantos intereses y al cumplimiento de tantas obligaciones que el culto de María, de quien jamás se ha oido decir que ninguno de sus devotos acogidos bajo su

protección haya sido abandonado!

Por último, la vejez, ¡Ah! ¡cuán propio para ella es el culto de María! Esta segunda infancia necesita de la muger, como la primera. Pero frecuentemente ha desaparecido la muger; y solitaria, fatigada, la vejez busca en vano á su alrededor este inflexible apoyo, tanto más necesario á esta edad, cuanto sus necesidades van en aumento. Hé aquí lo que le proporciona el culto de María. En este invierno de la vida, el corazón marchito y helado encuentra á un tiempo junto á los altares de María un descanso y un hogar, y como una nueva juventud. Se purifica y renace, como el fénix, en la fragua de esta caridad virginal, desde donde, engañando al sepulcro, alza su vuelo al firmamento. Sobre todo, el culto de la Virgen sirve mucho á la vejez para desprenderla de la vida, dulcificándola el tránsito á la eternidad. El más semejante á los muertos, muere con mayor pena, ha dicho muy justamente el poeta. Toda la existencia ya transcurrida deja ver el fondo de la miseria humana, y sus faltas acumuladas, cuya responsabilidad pesa sobre la conciencia del anciano. Lo que entonces necesita, es el profundo sentimiento de la divina misericordia, tal como nos lo muestra el Evangelio en el Salvador Niño, recibido de las manos de María por el viejo Simeón, á quien inspiró el júbilo de dejar la vida, y de cantar su *Nune dimittis*...

Así, el culto de María es tan propio de cada edad

como de cada sexo.

De los estados intelectuales

También lo es de cada estado de la inteligencia; del simple y del ignorante, como del doctor y del filósofo.

La primera parte de esta proposición basta enunciarla para probarla. Se relega, por lo común, el culto de María á las pobres gentes. En efecto, si fuese posible suprimir este culto en las dos terceras partes de la especie humana, no sabrían dónde apoyarse para poderse elevar á Dios; mas por María y el Niño-Jesús los más pobres de espíritu se hallan iniciados en la ciencia celeste. Pero ¿quién no admirará la divinidad de la Religión en esta propiedad del culto de María, de iniciar á los simples en la ciencia de Dios, cuando considere que el mismo culto es á un tiempo el más poderoso medio por donde el filósofo y el doctor pueden elevarse á los más altos misterios de tan gran ciencia?

Esto es lo que, en el entusiasmo de su genio, cantaba san Anselmo, al decir á María: «Generadora de la eterna é inaccesible lumbre, que superas en altura la ciencia de todos los filósofos, tu eres el esplendor, la prudencia y el genio de las almas. Sagrado tesoro del Espíritu Santo, ruega por nosotros.»

Si por el cristianismo tenemos una noción más sublime y al mismo tiempo más práctica de Dios, no es porque el cristianismo nos la haya proporcionado directamente. Dios hace que lo conozcamos, no en sí mismo y en el cielo de los cielos; sino en su Verbo y en el cielo de la tierra, que es María. El punto visual por donde se ha puesto Dios al alcance de nuestra vista está en la humillación, en el anonadamiento del Verbo. De otro modo, ¿para qué se habría humillado? ¿Para qué se habría anonadado? Es, pues, en su humillación donde brilla su conocimiento. ¿Y cuál es el asiento de esta humillación, si no es María?

Si quereis estudiar á Dios en sí mismo, ciertamente podeis hacerlo, y yo os invito á ello; pero, fuera de que lo que descubrais será en gran parte una reminiscencia del cristianismo, llegareis á un resultado inferior al cristianismo propio, es decir, á la noción de Dios en Jesucristo. Si de igual modo quereis estudiar en sí mismo á Jesucristo, ciertamente podeis hacerlo, y llegareis á un conocimiento de Dios, superior al teismo; pero por superior que sea tal conocimiento, será inferior al que lograreis estudiando á Jesucristo en María, como habeis estudiado á Dios en Jesucristo. Así debe ser, si es verdad que la Sabiduría eterna no hace nada sin razón, y si no fué sin razón que quiso mostrarse al mundo por María.

Por lo demás, no es inexplicable esta función científica de María. En el anonadamiento del Verbo es donde brillan todos los atributos de Dios en un grado inconcebible á todo el pensamiento humano: su santidad, que le hace rechazar todas las hostias y oblaciones, y hace decir á su Hijo: Heme aquí para cumplir, oh Dios, tu voluntad! — su justicia, que le hace exigir esta víctima infinita, como única expiación del pecado; — su amor, pues tanto ama al mundo, que le dió su propio Hijo; — su grandeza, que reclama, como pontífice, la adoración que le deben todas sus obras, á un Dios como Él; — su poder, que desde el más profundo abatimiento á que se reduce este Dios pontífice y víctima, lo eleva, en la humanidad que ha tomado para su designio, hasta hacer doblarse toda

rodilla ante Él, en el cielo, sobre la tierra y en los infiernos; — su sabiduría, por fin, en el maravilloso concierto de su poder, grandexa, amor, justicia y santidad.

Pues todos estos atributos de la Divinidad, que la realzan hasta un grado que el cielo mismo no conocía, solo brillan por cuanto EL VERBO SE HIZO CARNE en el seno de María. Así, María es como el foco óptico del Plan divino, en el que se cruzan y concentran cuantos rayos vienen del Infinito para difundirse sobre la humanidad.

Recordemos, en fin, que las humillaciones del Verbo no nos revelan los atributos de Dios, sino en cuanto tenemos conciencia de ellas; y que nada nos da más conciencia de las humillaciones de Jesús que las correspondientes grandezas de María. Lo que nos hace sentir, en efecto, que Dios mismo en Jesucristo se ha hecho Hijo de María, es que María sea Madre de Dios, y que esta dignidad la proporcione los homenajes de cielo y tierra. Las grandezas de María vienen á ser, de este modo, una escala de proporción que nos sirve para medir cuál es el Hijo por quien recibe tales honores, como el Hijo nos sirve para medir cuál es el Padre.

Esto es lo que explica los cuarenta mil volúmenes que ya le ha consagrado el pensamiento humano. Este es el asunto mas inagotable y fecundo, y el que mas ha ejercitado la inteligencia santificada por el cristianismo. No hay un solo genio cristiano que no se haya explayado en él para su reposo, como el águila sobre las cimas solitarias desde donde contempla mas de cerca al sol. De tal modo es cierto lo que decimos, que puede medirse, históricamente, la profundidad de la ciencia y la altura del genio entre los Doctores de la Iglesia por su culto á María y sus grandezas.

Por tanto, este culto es el culto de cada estado de la inteligencia; de los grandes talentos como de los simples.

Del justo y del pecador

En cuarto lugar, es el culto de cada estado de la

conciencia; así del justo, como del pecador.

Esta proposición es de una evidencia práctica. La Religión recibe de la experiencia, bajo este aspecto, la más admirable justificación. Y sin embargo, ¿qué cosa más maravillosa ni más señalada con el carácter divino, que un culto propio á la vez para la mayor inocencia y la más profunda criminalidad? Tal se ve en María, Reina de los Ángeles y Refugio de los pecadores. ¿Cuál es la inocencia, cuál la pureza que no pueda progresar con el culto de María, de esta Virgen inmaculada, Huerto Cerrado, que la santidad misma de Dios ha embalsamado con su flor, y de donde ha exhalado sus perfumes por el mundo? El Angel no tiene gerarquía, dominación, ni trono tan elevado que no se humille ante Ella y no la proclame más elevada en santidad sobre el Serafín, que lo está este sobre toda la milicia celestial, como dice Gerson.

Ultimamente, por la afinidad espiritual que la proporciona con su Dios la obra corporal que le ha hecho su Hijo, confina, dice el Angel de las escuelas,

con la Divinidad.

Hé aquí la Virgen de las vírgenes, cuya influencia hace germinar y crecer tantas flores de justicia y de santidad en la Iglesia, por la gracia de que ha sido colmada entre todas las criaturas, y que desde su seno se desborda y derrama sobre todos los cristianos. De aquí esas cofradías, esos coros de vírgenes y niños que por todas partes rodean los altares de María, que llegan incesantemente á inspirarse en su culto, expresando la pureza por el candor de su alma y la frescura de sus cantos.

Pues bien; este mismo culto es el culto propio de los más abandonados pecadores. Es el último de que se despoja el alma en sus extravíos, y el primero á que vuelve en sus arrepentimientos. Cuando se ha apartado de Dios y del mismo Jesucristo, el pecador se inclina todavía á la Religión por María, por alguna señal de sus devociones que todavía lleva sobre sí, por alguna plegaria que aún se atreve á dirigirla; débil lazo que podrá salvarle. Por pura que sea María, es una criatura, es muger y Madre: se identifica en los recuerdos del corazón con la madre, que cuando niño le enseñó su culto, y todo esto conserva alguna devoción entre los desórdenes de la vida, como una centella de consuelo y esperanza, que tal vez un día se convertirá en foco de santidad.

Y al acercarse este día bendito, ¿quién favorece la reconciliación sino María? ¿Cómo llegar á Dios después de tantas ofensas? El mismo Salvador, Jesucristo, aun cuando sea hombre, aún cuando haya presentado en sus parábolas las mayores significaciones de misericordia y dulzura, no puede disipar todo temor. El carácter de Juez, propio suyo, espanta al pecador; y así conviene para que la confianza no pase á ser presunción. Mas también conviene que el temor no llegue á la desesperación; María facilita la transición, y se muestra la primera, ó mas bien, Dios se muestra por Ella al pecador, como se ha mostrado al mundo; así, por el omnipotente patrocinio de la Madre de Jesús, el mas temeroso es confiado, dice san Efren, hasta la audacia.

Así se ve diariamente, y esto es lo que proporciona á la Iglesia y á la sociedad tantas conversiones, especialmente en sus santuarios, de Lourdes, Nueva Pompeya, Guadalupe, Luján, y tantos otros, de que está cubierta la tierra.

Por tanto, el culto de María es á un tiempo el culto del inocente y el del criminal; lo que se explica admirablemente. La misericordia que reclama el pecador, reclama á su vez la intercesión de la inocencia para suavizar la justicia que la retiene; pero de una inocencia que no se halle sugeta á justicia, sin lo cual sería detenida á su vez por las cualidades de este atributo. Mientras más pura é inmaculada es María y menos sugeta se halla á justicia, en mejor situación se halla para pedir misericordía. Sin duda solo pertenece á la soberana justicia el conceder misericordia; así, la misericordia obtenida para nosotros por María es la de Dios, alcanzada por los méritos de Jesucristo. Mas como aún en Jesucristo se nos presenta mezclada con la justicia, su dispensación fué concedida á María para que nada nos impidiese solicitarla y esperarla, y para que la justicia por parte de Dios y la confianza por la del hombre, se combinasen perfectamente por esta admirable mediación. María de esta suerte continúa el oficio de su maternidad divina, por la cual la benignidad de Dios nuestro Salvador ha aparecido al mundo (Tit. III, 12). Ella fué colmada la primera de la misericordia y de la gracia, para ser su dispensadora; y la gracia insigne de su concepción inmaculada la eleva sobre la naturaleza decaida para ponerla en situación más propia de poder favorecerla. María fué concebida sin pecado, para ser el refugio de los pecadores.

Del contemplativo y del activo

Una quinta armonía del culto de la Virgen se descubre en que es á un tiempo el culto del contemplativo y solitario, y del hombre de acción y de sociedad.

Es, en efecto, el culto del cenobita y del religioso, cuya soledad puebla con todos los coros de Angeles que acompañan á su Reina; cuya austeridad templa con toda la dulzura de la Virgen llena de gracia, y cuyas tentaciones disipa con toda la pureza de Aquella que holló á sus piés á la serpiente. Volveremos á estas consideraciones en el próximo capítulo; su

enunciado basta aquí para el objeto que nos proponemos. No es esto lo que asombra, por ser muy natural que el culto de la Reina del cielo y de la Virgen sea propio de cuantos profesan la contemplación y la castidad.

Mas ¿cómo puede ser igualmente este culto el culto del misionero en su apostolado, el del marino en las tempestades, y el del soldado en la pelea; el culto de la joven y del joven entre las seducciones del mundo y los escollos de la sociedad?

Mucho hay que decir sobre todas estas armonías del culto de la Virgen. Nos limitaremos á dos ó tres

consideraciones generales.

En la humanidad reformada por el cristianismo, el hombre es eminentemente religioso, y el religioso no es por su estado menos hombre. La gracia, repitámoslo siempre, nada destruye y todo lo concilia. Ella gobierna los instintos de la naturaleza humana bajo el hábito del trapense y del cartujo, y las aspiraciones de la naturaleza celeste bajo la armadura del soldado y el traje del hombre de sociedad. El culto de la Virgen responde á entrambas necesidades, pues junta á la vez lo que hay más humano en la Religión y lo que hay más celestial en la naturaleza, siendo como la unión del hombre y de Dios: Dios-con-nosotros.

De aquí proceden dos extremos en el culto de la Virgen-Madre y del Niño-Dios. El religioso encuentra en él un compendio de la naturaleza humana santificada, y el seglar el compendio de la religión humanizada. Así, lo que tiene de humano en María, y, por Ella, en el Hijo de Dios, lo que recuerda la niñez, la familia, la madre y las impresiones más puras de la humanidad, templa el rigor y encanta la soledad del religioso; y lo que tiene de celestial, virginal y divino, corrige la disipasión y santifica la acción del seglar. Estas modificaciones y armonías de la gracia y la naturaleza, que tan bien revelan á su comun Autor, y cuya perfección adorable nos presenta el Hombre-

Dios, han quedado siempre privilegio del catolicismo. El protestantismo las ha falsificado hasta el punto de achacar como defecto del catolicismo estos caracteres de la verdadera Religión.

A la explicación que acabamos de hacer de la doble conveniencia del culto de María para el religioso y el seglar, se puede añadir aquí que el alto caracter de la maternidad impreso en María, Madre del Redentor y de todos los rescatados, la constituye, por otra parte, en el seno de la humanidad, en una verdadera madre con relación á una familia cuyos miembros han abrazado profesiones diversas. Ella les sigue en cada una de sus carreras por opuestas que sean, y les alcanza socorros y gracias adecuadas á su situación; Ella comprende sus necesidades, sea cual fuere su naturaleza; oye su llamamiento, por cualquier parte que venga; inspira á todos la misma confianza; por último, es siempre igual y diversamente madre.

La Providencia, queriendo humillarse al alcance del hombre, ¿podía manifestarse por un instrumento mas expresivo y á la vez mas transparente? Digo mas transparente, porque en todas esas aplicaciones del culto de María es su intercesión la que obra. Su maternidad solo tiene influencia para obtener; para descubrir por consecuencia la mano del soberano Donador, de quien ella misma ha sido la mas favorecida, y á quien glorifica la primera por todo lo que de él ha recibido.

De grandes y humildes

También hemos dicho que el culto de María es tan adecuado para el pueblo y los humildes, como para los soberanos y los grandes. María pertenece al pueblo. Hija de un pastor de Judá, esposa de un pobre carpintero, dió á luz en un pesebre. El hijo que dió

al mundo es un Dios; pero un Dios, no solo hecho hombre, sino hecho pobre para ser el Dios de los pobres. Por esto la humildad de su sierva le valieron la gracia de ser su Madre. Fiel á esta gracia, permanece asociada al destino de este Dios humillado, para humillarle, según parece, aún más. Pastores son los primeros convocados para honrar su maternidad, adorando al Niño que Ella les presenta. Poco después le lleva al templo para consagrarle por el humilde sacrificio de dos palomas. Huye con él á Egipto en humilde cabalgadura, para sustraerle al furor de un rey; y solo vuelve á la despreciada aldea de Nazaret para hacerle olvidar en la oscuridad de que le rodea hasta los treinta años. Cuando Jesús se manifiesta por los prodigios de sus milagros y de su doctrina, desaparece Ella entre la multitud del pueblo que le sigue, impidiéndola acercársele. Cuando muere en el mas infame suplicio, recibe Ella toda la ignominia y participa de todo el horror al pié del cadalso.

Por último, no vuelve á hablarse más de Ella, sino para decir que estaba unida á los Apóstoles, procedentes del pueblo bajo, y especialmente á Juan el pescador.

Que el culto de tal muger sea el culto predilecto del pobre y del humilde, se concibe; porque en ella y por ella la causa del pobre y del humilde ha triunfado en el universo. Así, su canto de triunfo, el Magnificat, es el canto libertador del humilde contra el soberbio, del pequeño contra el grande, del pobre contra el rico. «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva... Ha desplegado la fuerza de su brazo; ha confundido á los soberbios y disipado los designios de su corazón; ha derribado del trono á los poderosos y ha exaltado á los humildes; ha colmado de bienes á los hambrientos y ha expulsado á los ricos con las manos vacías».

El destino del culto de María ha correspondido

perfectamente á este oráculo y á este principio. Es el culto popular por excelencia. Es el libre concurso y el entusiasmo de los pueblos el que la ha erigido los más famosos templos, y por espléndido que en ellos sea su culto, es menos ferviente que en esa multitud de humildes santuarios donde la invoca la miseria humana bajo todos los nombres con que responde á sus necesidades. Siempre es el pueblo el más solícito para María, y casi no permite á los grandes acercarse á Ella. De todo se vale para erigir un altar á la querida Virgen. La pajiza cabaña ve brillar su dulce imagen, el hueco de un muro, la abertura de una encina, la meseta de musgo, lo más sencillo y humilde basta para honrarla, y expresa mejor que todo la confianza popular que la invoca.

Y sin embargo, este mismo culto es al mismo tiempo el culto por excelencia de los soberanos y los grandes. Apenas se habla más que de reino, de corona, trono, poder, triunfo, gloria, grandeza y honor,

en el destino y el culto de María.

Descendiente de David y de ese Salomón que había deslumbrado al Oriente con el brillo de su poder, María recibe el homenaje de un Angel que le anuncia un Hijo, cuya grandeza eclipsará la de sus abuelos. «Serágrande y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y su reino jamás tendrá fin.» (Luc. I, 32). La gloria de María acompaña y aun precede á la de su Hijo, de quien es como la aurora. Es saludada, por el enviado de Dios, llena de gracia y bendita entre todas las mugeres; colma de honor con su visita á Isabel, que la proclama Bienaventurada por haber creido en la anunciada grandeza.

Ella misma, con la conciencia de las grandes cosas que ha obrado en Ella el Omnipotente, profetiza el culto de que será objeto en todos los venideros siglos. Apenas ha dado al mundo el Fruto bendito de sus entrañas, cuando los soberanos y los imperios se turban (Matth. II, 3), como á la venida del Rey (Matth. II, 2) que ha de someterlos á su imperio universal; y los reyes de Oriente vienen á poner á sus piés sus coronas. El culto de la maternidad divina de María es desde entonces el culto de los reyes, por ser la soberanía la que le tributaba este homenaje en la persona de los Magos, como la pobreza en la de los pastores. Unos y otros eran la cabeza de esas dos condiciones extremas de la humanidad regenerada por el cristianismo. María se hallaba en esto asociada al destino de Jesús, y lo estuvo hasta el fin, hasta la cruz, cuya ignominia y dolores fueron

para ambos el camino de la gloria. (1)

También para que en esto el culto de María fuese propio y distinto, aun hallándose asociado al de su Hijo, recibió en su Asunción gloriosa una institución especial. Elevada por los Angeles á la celeste morada donde el Rey de los reyes está sentado en un trono estrellado, ha sido allí entronizada como Reina y Señora de todos los reinos. Desde esta elevación que domina, no solo á los reyes de la tierra, sino á los Tronos, Dominaciones, Potestades y Principados del cielo, recibe los homenajes de todas las soberanías, y las favorece con su influencia para con Aquel que tiene en lo más alto del cielo las riendas de todos los imperios. Por esto su culto es verdaderamente inferior al de su Hijo, que Ella realza con sus intercesiones; más por lo mismo es distinto y constituye para María un culto propio de invocación y de súplica, que la vale los homenages y votos de todos los poderes. Los emperadores y reyes se conducen, respecto de Ella, como los vasallos de estos mismos reyes con los ministros de sus gracias. Hácense sus cortesanos para obtener por Ella las mercedes del Rey de los reyes; y como tales mercedes son gracias de reina y de gobierno, apoyan en cierto modo su autoridad en

 $^{1-\}xi {\rm No}$ era preciso que el Cristo padecíese y que entrase así en su gloria? (Luc. XXIV, 26).

su sumisión á María, y hacen de su culto el paladión

de sus coronas y Estados.

Así, el culto de María es tan eminentemente el culto de los reyes, como el de los pueblos, y toda su historia, desde Constantino hasta Luis XIII y Napoleón, nos la representa bajo este doble aspecto. Su cifra y su imágen brillan en las condecoraciones de los grandes, como sobre el sayal y los harapos del pobre; el cetro y la muleta se cruzan al pie de sus altares.

Además de las razones particulares que hemos dado de cada una de las propiedades del culto de María, hay una razón general que muestra su mútua conexión, y es la relación entre la humildad de María y su gloria. Ella es la más humilde de las criaturas, y por esto su culto es el culto de los humildes; pero, por ser la más humilde, 'también es la más glorificada y poderosa, y por esto su culto es el culto de los grandes. (1)

De cada nacionalidad y del género humano

Por último, el culto de María es el culto propio de cada nacionalidad, así como del género humano.

Se puede decir de María lo que se ha dicho de su Hijo: Todas las naciones le han sido dadas en herencia. Mas lo particularmente admirable, es que cada nación, á pesar de la profunda diversidad de costumbres, de clima y de destino que las diferencia, honra á María, no con un culto común y general, sino propio y nacional. Que haya sido el culto de María el

culto entusiasta del imperio de Oriente, se concibe á causa de las costumbres y destinos de tal imperio; pero que en igual grado haya sido el culto de los pueblos nuevos, de las razas francas, sajonas, normandas. que han aparecido con tan opuestos destinos y costumbres... esto es lo sorprendente. En la diversa multitud de establecimientos y nacionalidades que han fundado esos pueblos en Europa, que cada uno de ellos haya profesado igual devoción á María, y gravitado en cierto modo al rededor de su culto; que Inglaterra, Francia, España, Portugal, Polonia, Dinamarca, Hungría, Alemania, Italia, Austria; que cada uno de esos reinos se haya gloriado de ser en particular la nación privilegiada de María; que no haya en ellos, por decirlo así, un acontecimiento público y nacional, una batalla, una empresa, una institución, cuyo éxito no se haya fundado en un voto hecho á María, y que se vea presente esta devoción nacional é histórica en los monumentos que todavía cubren el suelo, ó en las huellas que por todas partes se descubren en crónicas y archivos, he aquí lo verdaderamente maravilloso.

En fin, que hoy el culto de María sea la devoción del italiano y del moscovita, del español y del dálmata, del canadiense y del francés, del brasileño, del uruguayo, etc., y del maronita, del sirio, etc., en una palabra, de todos los antípodas; y que en todas partes sea nacional, y al mismo tiempo local; he aquí lo que

no puede ser sino por obra divina. Evidentemente hay aquí alguna cosa que domina al

hombre.

Y al mismo tiempo que es María la Patrona nacional de cada pueblo, es también la Patrona del género humano. La fraternidad universal, cuya primera fuente, emponzoñada por la mancha original de la antigua Eva, había producido, desde la primera pareja de hermanos la desunión fratricida de razas y naciones, se ha reconstituido, en la nueva Eva, Madre del Vivo y de los vivos, á quienes unió en su integridad virginal.

^{1—}Un ministro protestante exclamaba: «Véase la obra del fanatismo católico»: «hace de la humilde María la Reina de los ángeles y de los hombres.» Pero est es la más completa inconciencia del espíritu del Evangelio, que pone la humildad como base de toda grandexa: exattavit humiles. Y ¿acaso no es más ser Madre de Dios que Reina de ciclos y tierra? ¡Qué pobre es el criterio protestante!

La grande y bella noción de Humanidad, Fraternidad y Familia, extendida á todo el género humano, de que tan penetrados nos hallamos, y que aparece á cada instante en nuestras ideas y costumbres, no tiene otro principio ni otro alimento. Somos todos hermanos en Jesucristo, decimos comunmente. ¿Qué es esto sino decir que todos somos hijos de María, como somos hijos de Dios? Nuestra comun fraternidad estriba en esta deble filiación, como sobre sus dos polos; puesto que descansa sobre Cristo, como sobre su eje, y Cristo es Hijo de María é Hijo de Dios. También en su calidad de Hijo de María y hecho de la Muger, nos eleva á la adopción de hijos de Dios. Esta celeste filiación y la fraternidad cristiana que nos eleva á ella, tiene su principio iniciador en la maternidad virginal de María.

El culto de maternidad tan augusta forma de todo el género humano una familia, inspirándola fraternidad. Lo que hemos reconocido de la influencia de este culto sobre los individuos, sobre la familia, sobre la sociedad y sus diversas condiciones y sobre cada nación del globo, se aplica al globo entero y á toda la raza humana. María ejerce sobre el género humano una influencia general y especial: general, en cuanto se extiende á todos los hombres; especial, en cuanto es distinta de la que ejerce sobre las naciones, sobre las sociedades, las familias y los individuos, siendo propia del género humano, como género humano.

Tal es principalmente la influencia de la maternidad de María. Ante todo, es Madre y Patrona del género humano. Hé aquí su inmediato ministerio, y como tal es Madre y Patrona de los grupos secundarios que lo componen. Todos los misterios en que ha tenido parte, la Encarnación, la Visitación, la Natividad, la Presentación, la Redención, tienen por objeto al género humano, y por tal causa la damos el nombre genérico de Eva. Hé aquí por qué, además, todas las expresiones de su culto comprenden á la humanidad

entera y en proporción universal. De aquí provienen una amplitud, una solemnidad, una sublimidad incomparables en este culto; y al mismo tiempo una dulzura, una sencillez, una gracia interesante, cuya influencia obrando sobre el hombre, en lo que más tiene de hombre, le une á Cristo para elevarlo á Dios.

Comprendiendo el culto de la Virgen Madre á toda la familia humana desde el principio hasta el fin de los tiempos, interesándola en su maternidad, reuniéndola al rededor de una cuna, dándola un Salvador, á quien Ella cria entre las vicisitudes de la pobreza, á quien ofrece en sacrificio para la redención universal, y cuya gloria sube á participar en el cielo, para desde allí asistirnos con su maternal protección, este culto, repito, junta en sí cuanto hay más poderoso é interesante para ayudar á la humanidad en todas sus situaciones y hacerla cumplir su destino; porque obra con toda la fuerza de la divina caridad en el corazón de una madre.

Tales son las armonías del culto de la Virgen en sus relaciones con las diversas condiciones de la vida humana. Estas cortas páginas podrían, desarrollándose, formar un volúmen. Hemos debido contenernos limitándonos á abrir las fuentes. La justificación del culto de María brota con tal fuerza de razón y verdad, que bastaría para probar la Religión entera.

Mas la influencia de María en la Iglesia y sobre el mundo es preciso examinarla también en las instituciones cristianas, que tan poderosamente influyen sobre la constitución, la vida y la marcha del género humano.

Influencia del culto de la Virgen sobre las instituciones cristianas

Inagotable es esta materia de la influencia del culto de la Virgen, porque María vive en todo, en la Iglesia y en el mundo. Sería necesario estudiarlo todo y todo explorarlo para apreciar esta vida prodigiosa de la humilde Virgen de Nazaret, elevada á la excelsitud de Madre de Dios y Patrona del género humano. Semejante empresa es superior á nuestras fuerzas, y quedamos vencidos por su inmensidad. Solo podemos arrojar algunos pensamientos en este abismo, sin esperar llenarlo nunca; pero á lo menos habremos dado idea de su extensión y profundidad.

¡Qué ideas no despierta, por ejemplo, el título de

este nuevo estudio!

¿Qué han sido las Órdenes religiosas en la formación del mundo moderno? ¿Qué son las asociaciones, las congregaciones, las obras de caridad, de beneficencia en su existencia actual, y en su evolución hacia lo por venir? La contestación á tales preguntas debe llevarnos á esta otra: ¿Cuál es la influencia del culto de la Virgen? Porque el culto de la Virgen concurre de tal modo á la vida de estas instituciones, que cuanto han sido y son le debe ser atribuído, no como al principio, sino como al medio rital de su existencia y acción. Y esto es lo que vamos á indicar.

Las Órdenes religiosas y el culto de Maria

No vamos á hacer la apología de las Órdenes religiosas y de sus servicios á la sociedad y á la civilización; y solo causaremos pasmo y admiración á las inteligencias atrasadas al aseverar que sin tales instituciones aún se hallaría el mundo moderno en el cáos. Esta verdad resalta de cuantos estudios históricos se han hecho en estos últimos tiempos, aunque sus autores, filósofos ó protestantes, no hayan sido enteramente justos en esta materia. Repasando las bellas páginas que ha escrito Balmes sobre este punto, se vé y se siente todo lo que ha progresado la verdad en la opinión. Muy consolador es el poder decir que estas páginas, que algunos años atrás eran aventuradas,

se hallan hoy ya casi añejas.

La causa está juzgada en casación contra todas las ciegas preocupaciones de la herejía y de la impiedad. Y ¿cómo no había de tributarse justicia á las Órdenes religiosas en una época eminentemente arqueológica y cuya gloria consistirá en la sabia imparcialidad con que ha recogido la herencia del pasado? Imparcialidad que frecuentemente es producida por la indiferencia, es verdad, como la del escribano, que hace el inventario de una herencia vacante por cuenta de aquel á quien pertenezca, sea el que fuere; pero que no deja de ser exacto en sus apreciaciones. Y esta herencia, que llena con sus tesoros toda la ciencia moderna, es la herencia de las Ordenes religiosas, de los monjes, de los conventos. Al través de las ruinas de todas las revoluciones, tratamos con estos venerables proscriptos, y aprovechándonos de sus luces, sin participar frecuentemente de la fe que ha sido su foco, la civilización ha ido formando el tesoro de sus conocimientos.

Encontramos, es cierto, algunas veces motivos de crítica; pero en esto mismo les somos deudores, pues sin ellos no les llevaríamos esta ventaja. Solo hablamos aquí del orden intelectual; pero lo mismo sucede en lo restante, aun en el orden industrial. Los descubrimientos de que tan orgullosos nos hallamos para el perfeccionamiento de la vida social en todas sus fases, no han podido existir sino después de la satisfacción

de más imperiosas necesidades. Y son los monjes los que han desmontado, allanado, desecado, fundado el terreno sobre que coloca Europa sus líneas férreas. Han creado lo que hoy perfeccionan, trabajando de primera mano las cosas de que en la actualidad gozan. No hablo ahora de las ciencias metafísicas y teológicas: en este orden fundamental han quedado siendo nuestros maestros, y ojalá fuésemos sus discípulos; pero de tal modo somos inferiores á ellos, que ni aun los comprendemos. Por lo menos los admiramos, con la conciencia de nuestra inferioridad, en esas creaciones arquitectónicas, que son como la forma en relieve de su ciencia, de la vida religiosa que les iluminaba y animaba; en esas maravillosas basílicas, que son como vastos tratados, como sumas teológicas, donde, por un arte que asombra, la piedra, la madera, el plomo, lo más insensible y bruto que existe en la naturaleza, recibe el honor de expresar é inspirar lo más espiritual y sobrenatural: lo celeste, lo infinito, la plegaria, la adoración, el éxtasis.

Por último, ¿qué diré de lo que les debemos en el orden moral y social? Ellos, me atrevo á decirlo, han formado este aire cristiano que respiramos; quiero decir, esta multitud de ideas y costumbres que atribuimos á la filosofía, y que se hallaba en el Evangelio mucho antes de estar en nuestros libros, como fundadamente lo dice Rousseau. Pero no basta que se hallase en el Evangelio; era preciso inocularlo al mundo, mantenerlo en él á pesar de todos los trastornos de la corrupción y la barbarie, y hacerlo pasar á las costumbres hasta la asimilación; de tal suerte que por grandes que fuesen las infracciones individuales, ó aún los sacrilegios de las revoluciones, volviésemos á él por la fuerza lógica del temperamento social. Y lo mismo que en Europa ha sucedido en América proporcionalmente.

Ahora bien; ¿quién hace esto? El catolicismo, sin

duda, la Iglesia; pero la Iglesia, mediante las Ordenes religiosas; y hé aquí cómo:

El Evangelio se compone de preceptos y de consejos. Sin las Ordenes religiosas, toda la parte del Evangelio, que es de consejo, no hubiera tenido aplicación social, hubiera sido vana; lo que no puede suponerse razonablemente. El Evangelio, en este punto, solo se justifica por las Ordenes religiosas. Más, sin la práctica de los consejos, ¿qué hubiera sido de los preceptos? Hubieran sido juzgados como imposibles por los mismos que han llegado á practicarlos, como lo son todavía para ellos sus consejos. Preciso era, pues, que el yugo del Evangelio fuese llevado por algunos hasta el santo rigor del consejo, para que la multitud no retrocediese ante los preceptos, para que se persuadiese de que quien puede lo más, puede lo menos, y que la cobardía fuese estimulada ó confundida. Preciso era que existiesen en el mundo unos como focos de edificación y de santidad, de donde el espíritu del Evangelio, concentrado hasta la perfección, irradiase en la sociedad, persuadiéndola su obligación estricta. Tales han sido las Ordenes religiosas, buenas en todo tiempo para no dejar prescribir ó degenerar el Evangelio; pero sobre todo, en el seno de la corrupción y la barbarie, de donde había de nacer la civilización cristiana.

Las Ordenes religiosas han sido como los remolcadores del mundo moderno. Profesando el voto de virginidad, han llevado el mundo á la casta indisolubilidad del matrimonio; profesando el voto de pobreza, á la moderación en las riquezas y los deseos; profesando el voto de la obediencia, á la sumisión y á la resignación en todos los rigores y deberes de la vida; por la vida regular, por la disciplina monástica, por las constituciones y las leyes, que hacían de sus asociaciones verdaderas órdenes religiosas admirables, donde todas las condiciones de gobierno y de sociabilidad se hallaban en la más bella armonía en

el seno del caos; han sacado al mundo de este caos, y lo han llevado á este grande ORDEN social de que gozamos hoy, cuando el espíritu opuesto á su formación no viene á disolverlo. En una palabra, con prodigios de virtud han combatido los prodigios de la licencia. Como los héroes de la fábula, han domado los mónstruos de la perversidad humana: su lucha ha sido sublime. La grandeza de sus proporciones no puede ser comprendida en nuestra parcialidad y estrechez de miras. Llegamos á veces hasta hacer partícipes á las Ordenes religiosas de los desórdenes en cuyo seno han vivido, en lugar de ver en ellas los esfuerzos de un gran combate, cuyo encarnizamiento atestiguan los desórdenes mismos; pero combate en que han sido vencedoras, y nosotros somos su conquista. Hoy mismo si sufren persecución, débese á que son el mas poderoso dique contra esa corriente de sensualismo materialista con que se pretende arrastrarnos el espíritu de incredulidad; considérese, sinó, quienes son sus enemigos.

No terminaríamos si quisiéramos recordar, aún someramente, lo que debe el mundo á tan venerables instituciones. Bástenos decir, dejando á las meditaciones del lector un asunto que apenas podemos tocar, que seis grandes peligros han amenazado la existencia del mundo moderno en su formación y en su desarrollo, y solo han sido conjurados por las Ordenes religiosas, por el contrapeso de su santidad y la energía de su actividad: — la corrupción pagana, por los Padres del desierto y las Ordenes monásticas del Oriente; — la barbarie germánica, por la grande Orden de san Benito, y sus inmediatos vástagos, la de los Cartujos y del Cister; — la barbarie musulmana por las Ordenes militares de Malta, de los Templarios, de los Teutónicos y de la Merced — el socialismo de los albigenses y valdenses, por las dos grandes Ordenes de santo Domingo y san Francisco; - el protestantismo y el jansenismo, por los célebres institutos de los

Jesuitas, del Oratorio, de los Lazaristas, de los Suldicianos, y tantos otros;—por último, el socialismo actual, por las Congregaciones populares de enseñanza y de caridad, especialmente los dos institutos de Don Bosco, los Salesianos y las Auxiliadoras.

En estas seis fases vienen á colocarse otra multitud de Órdenes que respondían á las necesidades de su tiempo, y que, elevando los corazones al cielo, procuraban y formaban el orden social en la tierra. Apelamos, sin temor, en cuanto á la verdad de estas apreciaciones, á todo espíritu verdaderamente ilustrado é imparcial; pues reconocerá con nosotros que el bajel que lleva los destinos sociales ha estado á punto de naufragar en estas seis grandes crisis, tan prolongadas y renovadas con tanta frecuencia, y que las Ordenes religiosas han sido su salvación.

Esta verdad es una conquista hecha para la ciencia y para la buena fe. Mas ¿porqué, entonces, se las persigue y desconoce hoy día? En primer lugar, respondo que no es la civilización sino la impiedad encarnada en la Masonería: eso es lo que estamos viendo en Francia; es el gobierno jacobino, no la nación cristiana. En segundo lugar, se las persigue por ser los mejores auxiliares de la influencia del Evangelio en el mundo, lo que precisamente es la causa de su persecución; si así no fuera, no las perseguiría la incredulidad y el jacobinismo. Han sido suprimidas en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. ¡Qué sarcasmo lanzado al rostro de la civilización moderna! No existe en la historia del mundo una injusticia mas odiosa, una monstruosidad mas infame, ni una intolerancia mas brutal. ¡ Ciento setenta mil religiosos arrojados á la calle ó al ostracismo, por el crimen de no pensar como los jacobinos! Sin duda alguna, semejante proscripción es el mas bello timbre de las Ordenes religiosas; con brutalidades semejantes solo se desacredita el victimario y no la víctima.

Ahora bien; es cosa digna de reflexión profunda que no exista una sola de estas Ordenes que en su formación y acción no haya sido el producto y el agente de la devoción á la Virgen; que no haya recibido de Ella su investidura, que no se haya propuesto honrar sus grandezas, reproducir sus virtudes, y hacer de su culto el medio de perfección en lo interior y el movil de la persuación en lo exterior.

La teoría y el hecho se unen estrechamente para poner esta verdad fuera de toda controversia.

Siendo la virginidad el nervio de todas estas instituciones, naturalmente debían de nacer del culto de Aquella que la personifica é inspira, del culto de la VIRGEN. Siendo su alma el espíritu de fraternidad, debían constituirse bajo la influencia de la MADRE, que es el seno y el nudo de toda unión fraternal, que tiene su más alta y pura expresión en María.

Por áltimo, siendo su objeto la fecundidad regeneradora, debían tomarla en el culto de Aquella en quien ha sido elevada hasta el prodigio, en el culto de la VIRGEN-MADRE. Como Virgen, como Madre, como Virgen-Madre, el culto de María responde admirablemente á la constitución de las Ordenes religiosas.

Además de esto, María es el tipo y como la forma de la vida religiosa en sus tres votos: el de castidad, llevado hasta la pregunta hecha al Embajador celeste: ¿Cómo puede ser esto, sino conoxco varón? El voto de obediencia, tan felizmente profesado en la respuesta: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra; y el voto de pobreza y de sacrificio, tan admirablemente practicado en el establo de Belen y sobre el Calvario.

Además de estos caracteres fundamentales de toda Orden religiosa, María presenta el tipo de las cuatro diversas aplicaciones de la vida regular: la vida contemplativa, la vida activa, la apostólica, y la militante; la primera en su corazón, donde guardaba y meditaba todo lo que oía de Jesús; la segunda en Nazaret, donde sostenía su existencia y la de Jesús con el trabajo de sus manos; la tercera en el Cenáculo, donde instruía á los Apóstoles, y la cuarta en el cielo, desde donde quebranta al dragón, siéndole terrible como un ejército formado en batalla. Así, todas las Ordenes religiosas, sin excepción, han encontrado en María un atributo correspondiente á su carácter distintivo: las Ordenes contemplativas, las Ordenes trabajadoras, las apostólicas y las militares.

Por último, la influencia que hemos reconocido al culto de María sobre la vida cristiana en general, debe hacerse sentir en el más alto grado en la vida religiosa, donde tiene su perfección. Miembros mas estrechamente unidos á Jesucristo, los religiosos se encuentran por esta causa en relación mas filial con la Madre de este divino Jefe. Siendo en ellos más intensa la vida cristiana, el seno maternal de donde ha nacido al mundo les es más íntimo y familiar. Aspirando á la perfección evangélica, se elevan por la imitación y el auxilio de Aquella que fué su obra maestra. Mas penetrados, á causa de la santidad de su profesión, de la indignidad humana, de su oposición con el objeto celestial á que se dirigen, y del rigor de la cuenta final que les será exigida, el misericordioso patrocinio de María les es mas propio. Al mismo tiempo que corresponde á la altura de su vocación, ayudándolos á elevarse á ella, templa su severidad con todo el encanto de la muger bendita entre las demás mugeres, de la Virgen llena de gracia, de la Reina de los Angeles, de la Madre de Dios.

Tal es, considerada en su teoría, la influencia del culto de la Virgen, sobre las Órdenes religiosas.

Las Ordenes religiosas en su relación histórica con el culto de Maria

La historia de todas estas Órdenes nos presenta la

más perfecta aplicación de la teoría expuesta.

Cosa convincente es para el valor cristiano de este culto, y que lo recomienda á cuantos tienen á pecho el ser cristianos, que todas las Órdenes religiosas han procurado consagrarse más inmediatamente á María; han florecido por esta devoción, y solo han degenerado siendo infieles á Ella, y por Ella se han salvado, cuando han querido reformarse. Existe entre todas las Órdenes religiosas, con este motivo, una emulación y rivalidad filiales. Ninguna ha querido ceder á las otras, y cada una se prevale de tal ó cual favor, de tal ó cual devoción; y reproduciendo tal ó cual atributo de María, todas han ofrecido el espectáculo de una familia de hijos que se disputan las ternuras de una madre y el honor de servirla.

Así, pues, aquellos que han querido ser y han sido los mas cristianos entre los cristianos, han sido los mas devotos á María. Este es un hecho constante en la historia del cristianismo. ¡Y qué se venga á acusar á este culto de superfetación! Intentar prescindir de él, á vista de semejante testimonio, es tener una confianza muy grande, ó una muy pequeña ambición.

Además del uso general en todas las Órdenes religiosas de honrar diariamente á María con el canto colectivo de la Salve ó del Are marís, que la proclama por Madre, y que pone el reposo de la comunidad bajo su custodia; el Orden patriarcal de san Benito ha practicado, según mandato expreso de su ilustre fundador, el honrar á la Virgen en la primera estación de la procesión que ha de verificarse los domingos. La mayor parte de las abadías de Cluny han sido consagradas á María, siguiendo las intencio-

nes de san Benito, que la había consagrado uno de los seis primeros monasterios de su Orden en el mismo lugar donde había recibido la inspiración de su gran designio y la revelación de la bendición que le estaba reservada.

Saliendo de este tronco común, las demás Órdenes religiosas han desplegado, bajo diversos caracteres, el culto de la Virgen-Madre, atribuyéndola su nacimiento y sus progresos. Así, la Orden contemplativa de san Bruno tuvo por cuna el santuario de Casalibus, consagrado á María, y por devoción constitutiva

la recitación diaria de su Oficio.

La Orden trabajadora del Cister, que tuvo por primeros fundadores á los abades Roberto y Alberico, nació de la Orden de Cluny por un celo de reforma, cuya inspiración fué altamente atribuída á la santísima Virgen. Para reconocer su virginal patrocinio, la cogulla blanca fué sustituída á la negra de Cluny, y se decretó que todos los monasterios del Cister fuesen universalmente consagrados á María.

San Bernardo llevó mas adelante aún la devoción á María, que había adquirido en esta santa Orden, cuando se leen las suaves expresiones de su piedad

hacia Ella.

De la misma inspiración nació la Orden clerical y apostólica de los *Premostratenses*, fundada por san Norberto para formar obreros evangélicos, reformar los cabildos, evangelizar los pueblos, y que, propagándose por Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, reparó los trastornos de la herejía socialista de Tonquelin en los Países-Bajos, y contuvo la inmoralidad con la austera pureza de su regla en el siglo XII. Esta santa Orden fué consagrada á la Virgen por la vestidura blanca que recibió de Ella para *pre-mostrar* la pureza de alma y el candor de espíritu con que debía brillar en medio de la corrupción de los pueblos. ¿No es un bello espectáculo esta filosofía práctica del candor del espíritu y de la pureza de la vida, pro-

puesta á la ambición de las almas generosas como la primera de todas las riquezas, mostrada en el seno de los desórdenes más antisociales por la blancura de un hábito recibido de la Virgen Inmaculada, y predicada por legiones de ángeles dedicados á su profesión?

La Orden de los Serritas nació también del voto de penitencia y de pobreza que hicieron á la Virgen siete ricos mercaderes de Florencia. Con este objeto se retiraron á Monte-Senario, donde vivieron en el retiro y en la mortificación, llevando un vestido negro para significar la santa viudez de María, después de la ascensión de su divino Hijo. Esta Orden fué deudora de su principal desarrollo á san Felipe Benizio, su general, que instituyó la devoción de Nuestra Señora de los siete Dolores, cuyo culto opuso á la herejía de los husitas, y que edificó á Europa entera, durante una gran parte del siglo XIII, con su celo y sus virtudes. El escudo de esta Orden lleva siete lirios en campo azul enlazados por una M coronada, expresando la real maternidad de María, de quien los siete piadosos mercaderes de Florencia se habían declarado servitas, ó siervos.

La Orden de la Merced 6 de la Redención de cautivos, tan honrosa para la Religión y la humanidad, nació igualmente, como se sabe, de la devoción á la Virgen. A los tres votes ordinarios religiosos, los miembros de esta Orden añadían el de emplear sus bienes, su libertad y su vida en la redención de los cautivos, tan numerosos en aquellos tiempos en que las potencias musulmanas se mofaban impunemente de Europa, saqueando sus costas como una presa que se les había arrancado, y que amenazaban siempre someter á su dominio. ¡ Madre de Dios, desatad las cadenas de los cautivos! era el lema de esta Orden heróica.

Basta nombrar las grandes Ordenes del Carmelo, de santo Domingo y de san Francisco, en sus múltiples manifestaciones, para recordar á un tiempo lo más civilizador y protector que hubo en el mundo. Estas grandes Ordenes se disputan entre sí el honor de ser más particularmente consagradas á María, y atribuyen igualmente su origen á una impulsión de su divina maternidad. Llevan su investidura y señal, los Carmelitas en el Escapulario, los domínicos en el Rosario, y los Franciscanos y Capuchinos en el privilegio de la Porciúncula. En ellos y por ellos el culto de la Virgen ha salvado al mundo de las tinieblas y la corrupción.

Las Ordenes militares y de caballer a

Podríamos mencionar también las instituciones más modernas, que han pululado con asombrosa fecundidad, bajo diversas denominaciones; pero preciso es limitarnos á estas principales indicaciones. Debemos, sin embargo, unir á ellas las de las Ordenes militares. Sabido es que tales Ordenes nacieron de las cruzadas; algunas existían antes como Ordenes simplemente hospitalarias, establecidas por tolerancia en Palestina para servicio de los peregrinos, indigentes y enfermos, y para facilitar el culto de los Santos Lugares: tales fueron la Orden de San Juan de Jerusalén, convertida después en la Orden de Malta, la de los Templarios y la del Santo Sepulcro. La misma devoción á los Lugares Santos dió origen á la Orden de los Caballeros Teutónicos, importada después en Alemania. Pronto estas Ordenes se hicieron militares por la necesidad de defenderse y proteger la civilización cristiana contra la media-luna.

Cuando hoy se ve el sol de esta civilización subir hasta el majestuoso desarrollo del siglo de Luis XIV, hasta las maravillas industriales de nuestro tiempo; y por otro lado la innoble degradación y el estancamiento en que yacen sumidas las razas

turcas, se experimenta como un remordimiento de ingratitud é injusticia respecto de estas célebres Ordenes que guardaron la cuna de Europa, que durante tantos siglos rechazaron 6 contuvieron la barbarie rugiente que la amenazaba, y contra las que hemos empleado la ilustración que las debemos. Sin duda degeneraron de la pureza de su primera institución; mas ¿ qué es lo que no degenera en la humanidad, excepto el gran prodigio de la Iglesia y del Papado, que Dios mismo sostendrá hasta el fin del mundo? Las Ordenes militares se hallaban más expuestas á esta alteración que las Ordenes puramente religiosas, porque su organización era más complexa, y porque como el objeto que determinaba su tensión no era permanente en ellas, como el combate espiritual contra los vicios, la relajación debió suceder al esfuerzo y al éxito. Mas la pregunta justa que respecto de ellas debe hacerse, es si cumplieron el objeto de su institución: si salvaron á Europa de la media-luna; como en efecto, lo consiguieron.

Todas estas Ordenes se han gloriado, no menos que las puramente religiosas, de depender de la Reina del cielo, y atribuirla sus victorias. Los caballeros de Jerusalen se colocaron desde su principio bajo la salvaguardia de la Virgen, á la que dedicaron su primera iglesia y su primer monasterio cerca del Santo Sepulcro, bajo el título de Santa María Latina. Mas tarde, cuando fueron constituidos militarmente por Inocencio III, para ser el baluarte de la cristiandad con el nombre de caballeros de Malta, tomaron la insignia de Nuestra Señora, que fué una cruz blanca sobre su manto negro, y obtuvieron en muchas empresas señalados testimonios de la celestial asistencia de María, particularmente en el sitio de Rodas, donde los mismos turcos cubrieron la vergüenza de su derrota confesando esta milagrosa intervención.

Lo mismo sucedió á la Orden de los Templarios; y la blancura de su túnica era la señal de su consagra-

ción á la Virgen. En cuanto á los caballeros Teutónicos, que rindieron un doble servicio á la cristianidad contra los sarracenos en Oriente y contra los idólatras en el Norte de Europa, donde conquistaron á la civilización la Prusia, Pomerania y Lituania, su nombre de soldados de la Virgen, 6 de caballeros de Nuestra Señora, lo dice todo. Como signo de esta virginal consagración, llevaban la ropa y el manto blanco, y sobre su pecho una cruz negra, en medio de la cual resaltaba otra más pequeña blanca: por último, después de haber arrancado la Prusia al paganismo, construyeron en memoria de su devoción á María una ciudad que llamaron Mariemburgo. Así se doblaban estos hombres de hierro bajo el yugo de la más dulce y más humilde de las criaturas, y atribuían al poder espiritual de su patrocinio para con Dios todos los

prodigios de su fuerza y valor.

Nos limitaremos á nombrar las demás Ordenes de caballería igualmente fundadas para honrar á la Virgen por una devoción especial, é inspirándose en esta devoción para defensa del cristianismo: tales como la Orden de Nuestra Señora de la Estrella, instituída por el rey Roberto; la de Nuestra Señora del Lirio, por Don García de Navarra; la de los caballeros de Avis, 6 Hermanos de Santa María de Évora, en recuerdo de la victoria de este nombre ganada contra los moros en Portugal; la Orden de la Milicia de la Virgen, instituída por Urbano IV para socorrer á las viudas y pobres y á los huérfanos; la gran Orden de la Anunciada, por Amadeo de Saboya; la del Cardo de Nuestra Señora, por Luis de Borbón, nieto de Carlos VI, en cumplimiento de un voto hecho á la Virgen para obtener el término de los males con que los ingleses oprimían á Francia; la Orden del Vaso de Nuestra Señora, fundada por Fernando de Castilla contra los moros; la del Toisón de oro, ó del Toisón de Gedeón, figura de la Madre de Dios; la de la Milicia de la Virgen María de Monte Carmelo, fundada

por Eurique IV, y compuesta de los más valientes caballeros para acompañarle en los combates; la de la *Milicia de la Inmaculada Concepción*, por tres particulares italianos, contra las últimas empresas de los inficles.

Pero debe notarse también que todas estas Ordenes componían en Europa, no teniendo todavía fuerzas regulares para defenderse, ni instituciones nacionales para gobernarse, centinelas contra la barbarie, y centros de unión contra la anarquía de las sociedades. ¡Para qué cosa grande ó útil no ha servido la devoción á María!

Las Ordenes de mugeres — Resumen

Nada hemos dicho todavía de las Ordenes religiosas de mugeres instituídas bajo el patrocinio de la Virgen; pero son innumerables, y no fueron menos provechosas contra los desórdenes de la ignorancia y de la inmoralidad. Además de las que correspondían á las Ordenes religiosas de hombres, y que reproducían sus instituciones, adaptadas á la santificación de la muger, como las Benedictinas, las Cistercienses, las Carmelitas, etc., pueden citarse como instituciones especiales para las mugeres: la grande Orden de Fontevral, fundada sobre la maternidad de María respecto de san Juan, y aplicada al socorro de las víctimas de la inmoralidad pública; la Orden de Señoras de san Juan de Jerusalen, fundada á favor de las señoritas pobres por la muger de Don Alfonso el Sabio; la de Nuestra Señora de la Torre de los Espejos, fundada por la bienaventurada santa Francisca Romana, en cuya vida, escrita en nuestros días por plumas seglares, aspiramos los perfumes de las virtudes de tan santa Orden; la de la Anunciada

de Bourges, instituída por la desgraciada Juana de Francia, pobre flor nacida entre tantas espinas, hija de Luis XI, hermana de Carlos VIII, esposa de Luis XII, y que entre tantas grandezas solo experimentó sufrimientos, en medio de los cuales Dios la hizo llegar á la más alta perfección; su regla especial es la imitación de la Virgen María según el Evangelio; la grande Orden de la Visitación de santa María, fundada por san Francisco da Sales. En fin, para abreviar, las tres Ordenes dedicadas á la educación de las jóvenes con los títulos populares de Ursulinas, Hermanas de Nuestra Señora y Congregación de Nuestra Señora; y las más recientes, de Nuestra Señora de Caridad del Buen Fastor, de Nuestra Señora del Huerto, de María Auxiliadora, de la Inmaculada Concepción, de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, fundación uruguaya, del Inmaculado Corazón de María y muchas otras, que sería imposible enumerar.

Pero adviértase que solo hemos citado las Ordenes religiosas, sea de hombres, sea de mugeres, ostensiblemente consagradas á la Virgen, y estas son las más considerables; pero no lo estaban menos las otras, hasta tal punto, que no se podría citar una sola en que esta devoción no haya tenido igual importancia.

Además, todas estas instituciones se ramificaban en la sociedad y penetraban en todas las condiciones por las terceras Ordenes; es decir, por la afiliación de personas laicas á su espíritu, mediante ciertas observancias adecuadas á la vida seglar, y también por devociones y peregrinaciones, cuyo privilegio tenían la mayor parte de las Ordenes religiosas; de suerte que, influyendo sobre estas instituciones, el culto de María brillaba en el mundo por tantos focos de gracias y virtudes.

* *

Por incompleta y rápida que haya sido esta reseña

basta para justificar lo que hemos expuesto al principio de este estudio, á saber; que la teoría y el hecho se unen estrechamente para demostrar que el culto de la santísima Virgen ha sido por excelencia el medio generador y vital de las instituciones religiosas, y que á su influencia debe atribuirse la influencia tan considerable que han ejercido sobre la sociedad.

Además, si todavía pudiera dudarse de la influencia del culto de la Virgen para la perfección de la vida cristiana en las Ordenes religiosas, se llegaría al más seguro convencimiento por la relación de causa á efecto que siempre ha existido entre tal culto y tales instituciones en todo su destino, sea de fundación, de inobservancia, de reforma, ó de supresión. Así como no hay Orden que no se haya fundado bajo el patrocinio de la Virgen, tampoco hay ninguna en que la inobservancia no haya comenzado por el resfriamiento de esta devoción, y cuya reforma no haya principiado por una conversión á su fervor antiguo.

En cuanto á su supresión por el protestantismo, sabido es que fué simultánea con la destrucción del culto de la Virgen. ¿Cómo hubiera sido de otra manera, siendo la supresión de la castidad, de la pobreza y de la obediencia? ¿Qué horror no debían sentir hacia la Virgen, que ha profesado tales virtudes hasta llegar á ser por ellas Madre de Dios, los que las han violado hasta el extremo de destruir todos sus asilos?

Bástenos decir que el odio profundo, las enemistades implacables de la Reforma contra el culto de la Madre de Dios, concurriendo con la destrucción de las Ordenes religiosas, son la mayor apología de estas instituciones. Es el cumplimiento de la antigua profecía: Pondré enemistades entre tí y la Muger, entre tu descendencia y la suya. Las Ordenes religiosas han aparecido claramente como la descendencia de la Virgen, por esas comunes enemistades de que con ella han sido objeto, y que fueron la señal de reprobación

de la falsa Reforma. (1)

Por el contrario, la verdadera reforma, la que se hizo dentro de la Iglesia, v que, salvándola, salvó también á la falsa Reforma de sus últimos excesos y la contuvo en la pendiente del abismo á donde arrastraba al mundo, se señaló por el renovamiento de la devoción á la santísima Virgen, y por nuevas instituciones religiosas que se inspiraron en esta devoción. Tales fueron particularmente la Sociedad de Jesús, los Padres del Oratorio, los Laxaristas, los Sulpicianos, los Redentoristas, á los cuales podemos añadir

1-Confe-amos con lealtad que en la época presente el protestantismo ha carbiado su odio en una respetuosa admiración por las Ordenes religiosas; y mientras la incredulidad y el jacobinismo, en ronizados en las naciones latinas, las arrojan con infamia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos las reci-ben con la más amplia tolerancia. Mas para que se vea que no calumniamos al protestantismo transcribiremos de las obras de Hyndman, jefe del socialismo inglés, y después de Marx, la figura mas saliente de la Internacional,

el siguiente juicio:

«Las relaciones de la Iglesia, de los monjes y del clero con el pueblo, dice Hyndman eran desde todos los puntos de vista, de la mayor importancia. No hay nada más singular en la historia del espíritu humano que el modo como esta importante parte de la sociedad de la Edad Media ha sido tratada, por regla general, por nuestros economistas, por nuestros historiadores y por nuestros teólogos protestantes. Escritores de temperamentos modernos, y aún muy cultos, parece que, cuando estudian esta importante parte de la economía de la Edad Media, pierden su imparcialidad y se separan de la verdad. Así como el capitalista moderno no puede ver más que la tiranía sin freno y sin ley y la opresión en las relaciones de los señores feudales con el pueblo, asi también estos escritores que representan la escuela económica de la burguesía y los doctores del Protestantismo, no ven en la Iglesia católica del siglo XVI más que corrupción moral, libertinaje é hipocresia. Ahora bien, ya es tiempo de desarraigar estos prejuicios que hombres, que tenían su interés en ocultar la verdad, han impuesto hasta ahora al público. No es cierto que la Iglesia de nuestros antepasados no fuese más que el vicio y la mentira organizados, como estos fai áticos se complacen en presentárnosla... No es cierto que las inmensas rentas del clero celibatario y de las Religiosas ofrecidas á la virginidad se gastasen muellemente en los excesos de una vida disoluta... Cierto que no está libre de abusos, y la mayor perte de estos abusos son atacados y censurados por los miembros de la Iglesia misma; existen en ella también casos de opresión y de persecución bajo diferentes formas; pero bien sabido es que la Iglesia católica ha sido la única grande corporación en la cual ha reinado siempre el principio de la igualdad de todas las condiciones.

reinado siempre el principio de la igualdad de todas las condiciones.

Al menos en ella el hombre superior, que fuera de la Iglesia tenía que inclinarse profundamente delante del fiero barón normando, cuyos rudos antepasados habían formado parte de las cuadrillas de Guillermo, podía llegar á obtener una dignidad con la cual podía á su vez hacer temblar al barón prepotente, ignorante y brutal. El Papa Sixto V fué escogido de entre el polvo de la calle; nuestro Papa inglés Adriano IV era hijo de un pobre labrador; y estos no son más que dos ojemplos entre los miles que existen de prínci-

pes de la Iglesia que han salido de las clases más humildes.

en nuestros días los Maristas, los Oblatos de María, la Congregación del Espíritu Santo y del Sagrado Coraxón de María, la sociedad de Sacerdotes de la Inmaculada Concepción, los Hermanos de la Doctrina cristiana, de la Sagrada Familia, y muchos otros.

Todas estas santas instituciones han sido y son la descendencia de María. La Sociedad de Jesús ha nacido, como se sabe, de la consagración caballeresca de san Ignacio á la Madre de Dios; los Redentoristas, fueron fundados por San Alfonso M. de Ligorio, panegirista de las grandezas de María; el Oratorio brotó en Francia del gran corazón del cardenal de Berulle, célebre por sus bellos discursos de las grandexas de Jesús y de María; y esta congregación, desfigurada después por el soplo del jansenismo, ha reapa-

« Las cuentas de los monasterios, que todavía se conservan, demues ran que una gran parte de sus rentas se empleaba por los superiores de cada Orden en el cuidado, en el alimento y alojamiento de los viajeros, de los mendicantes, de los enfermos, y en otras obras de caridad. Aún a-lunitiendo que segastasen grandes cantidades en ceremonias religiosas y en iluminaciones, y que ciertos monasterios tuviesen un refectorio de lujo y bodegas abundantes, siempre resultaría que los abades y los priores eran los mejores propietarios de Inglaterra, y que mientras que la Igles a católica estuvo en poder de sus bienes, la pobreza permanente, el panperismo populur fué una cosa desconocida. Las múltiples ocupaciones que aquella proporcionaba á la población en medio de la cual vivía como propietaria, las mejoras de sus dominios rurales, la construcción de edificios, la precisa creación de caminos, cosa capital, sobre todo en aquella época: todo esto, junto á su acción caritativa y al propio tiempo alimentadora de los pobres, fundadora, y di ectora de escuelas, y á los servicios que su conciencia y su devoción prestaban á los enfermos, todo ello demuestra cuán precios s han sido pa a la humanidad estos monjes y estas monjas, tan odiosamente censurados.

« Los pobres, que siempre encontraron ayuda y socorro en la Iglesia; los cam nantes, á los cuales los conventos ofrecian siempre alojamiento y comida; lo. hijos del pueblo, que recibian en ellos instrucción y educación, todos ellos fueron instantáneamente privados de estas limosnas, de este refugio, de esta instrucción. La grande y po erosa propiedad inmueble eclesiástica que, por su propia naturaleza concedía su influencia al pueblo contra los príncipes y contra la nobleza, no fué sinó un nuevo medio de opresióu popular en manos de los nuevos señores y de la burguesía: El anhelado disfrute del suelo y la usur; fueron entonces sancionados, en vez de ser condenados y censurados, como lo habían sido en la época anterior, y la religión protestante se convirtió en causa directa é inmediata de la miseria en Inglaterra. »

Lo mismo sucedió, y en mayor escala, en Alemania y demás Estados del Norte, al aceptar la Reforma. Y ¿qué diría á esto Carlos Marx.? Lo que ha dicho ya; que subscribiría esta opinión sin vacilaciones de ningún género.

— Socialist

La cita ha sido prolija; pero no podía ser más adecuada ni más imparcial: tauto Hyndman como Marx, no son ni protestantes ni católicos.

recido en nuestros días con brillo bajo el significativo nombre de Oratorio de la Inmaculada Concepción.

Las congregaciones de los sacerdotes de San Lázaro y de las Hermanas de Caridad, cuyo solo nombre basta para su elogio, han nacido de una santidad que recibió sus primeras inspiraciones de Nuestra Señora de Buglose, la santidad del gran Vicente de Paul, tan devoto del culto de la Inmaculada Concepción, y cuyas hijas son tan justamente llamadas por los orientales las Marias. Nos limitamos á estas principales comunidades, como ejemplo de la influencia del culto de María, que volverá á encontrarse en las demás instituciones católicas, por ser como su aroma y su gloria.

Las obras de caridad y de beneficencia respecto al culto de Maria

El patrocinio inspirador de María se extiende también á las Obras de caridad y beneficencia, religiosas ó laicas, que bajo todas las formas combaten la miseria, la enfermedad, la ignorancia, la corrupción, todos los males de la naturaleza y de la sociedad; de suerte, que cada día salva este patrocinio al mundo, directa ó indirectamente, pues la filantropía no es más que un remedo suyo.

Recorred todos sus establecimientos y obras; las que se refieren á la infancia y á la adolescencia, como las cunas, las salas de asilo, las asociaciones de madres de familia, etc.; las relativas á los jóvenes, como las escuelas cristianas, las obras de los huérfanos, de los aprendices, de los catecismos, de las pequeñas conferencias, etc.; ó de las jóvenes, como las escuelas de las Hermanas, los talleres, las casas de preservación, y otras treinta que sería muy prolijo nombrar; las que tienen por objeto los males de nacimiento ó de la juventud, como los expósitos, los

sordo-mudos, los miños ciegos; ó la pobreza, la enfermedad y la vejez, la instrucción y la hospitalidad, como las sociedades de san Vicente de Paul, la obra de las familias, de los pobres enfermos, de las Hermanitas de los pobres; todas las que tienen por objeto la penitencia y la rehabilitación, como las sociedades de amparo para los jórenes salidos de las cárceles, y los presuntos reos salidos libres; las casas de misericordia y del buen Pastor, la obra de san Francisco Regis, las colonias agrícolas, etc., etc., en una palabra que todo lo comprende, la caridad con todas sus industrias; recorred, digo, con el Manual de las obras en la mano, y en todas partes se os presentará la Religión bajo la enseña de la Virgen-Madre.

Pero nada es mas lógico, ni mas fácil de concebir. Cada una de estas obras es el cristianismo dirigiéndose á socorrer tal ó cual necesidad, así como se ha dirigido al mundo entero. Para el mundo entero, el cristianismo ha sido una obra: la obra de que hablaba el Profeta cuando decía: «Señor, vivificaréis vuestra obra en medio de los tiempos; después de vuestra cólera, os acordaréis de vuestra misericordia». Es la misma obra cuyo cumplimiento alababa María, cuando cantaba: Se ha acordado de su misericordia; y que proclamaba Jesús, cuando decía: « Los ciegos ven, los cajos andan, los leprosos se curan, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio está anunciado á los pobres. » (Matth. XI, 5). Hé aquí todas las obras en la grande obra del cristianismo. El cristianismo es el Cristo continuado atraresando las edades y dispensando el bien, y socorriendo cada miseria en particular, como ha socorrido la miseria humana en general.

¿Y cómo ha socorrido la miseria humana en general? ¿Cómo ha VIVIFICADO su obra en medio de los tiempos, sino tomando vida en el casto seno de la Virgen María? De aquí, de esta humilde fuente, elevada á la altura de Madre de Dios, brotó y se derramó sobre

toda la humanidad la celeste misericordia. Así, después de haber cantado María los grandes prodigios que Dios ha obrado en Ella, continúa diciendo: « y su misericordia se difunde de edad en edad sobre los que le temen; » y prosigue cantando los efectos de esta misericordia en la confusión de los soberbios, la humillación de los tiranos, la condenación de los avaros y la elevación de los pequeños, la hartura de los hambrientos y la salvación de la humilde Israel. Israel, es decir, cualquiera que languidece y que Jesucristo llega á reanimar.

He aquí lo que hace Jesucristo en cada obra, de igual modo que lo hizo en la obra de las obras. Vivifica aquéllas como vivificó ésta; en María y por María!

El principio vivífico y fecundante en cada obra cristiana, que aproxima y enlaza los elementos de que se compone, formando un ser moral distinto, una Obra; que le inspira un soplo de vida, y la hace mover y funcionar con esa maravillosa organización que admiramos en cada obra cristiana, es Dios; pero Dioscon-nosotros, por María. Es María, por tanto, el nudo vital de cada obra, y de todas las obras, siendo Ella misma por excelencia la Obrera de la gracia, la Obrera de quien el mismo Obrero ha querido ser formado.

El protestantismo, cuya acción él se ha propuesto combatir más particularmente, tiene que ser vencido en tal terreno. Podrá éste, á fuerza de dinero y de oposición, formar coaliciones, pero nunca obras. El espíritu de beneficencia, el mismo celo cristiano que yo reconozco gustoso en muchos de sus miembros, cuyos esfuerzos estoy pronto á elogiar, al mismo tiempo que deploro su impotencia, está herido de esterilidad.

En este punto existe entre el protestantismo y el catolicismo una desigualdad decisiva. ¿ De dónde procede? El protestantismo no es menos ardiente, humanamente hablando; al contrario, lo es todavía más. Dispone de muchos más recursos; es más libre y más ligero en sus movimientos, pues no tiene las trabas,

las mortificaciones y los escrúpulos, cuyo sobrepeso ha arrojado; y sin embargo, sale vencido en obras de caridad. Así se ha visto en Crimea, y se ve en todas partes. Sus diaconisas son un pobre remedo de la Hermana de caridad.

Si alguno quiere convencerse plenamente de esta cuestión, le bastará leer las investigaciones y relaciones oficiales del protestantismo, descubriendo las llagas sin fondo del pauperismo económico y moral sin poder oponerles ninguna de estas obras con que el ca-

tolicismo las combate y previene.

¿En qué consiste esto? En que el protestantismo ha roto los canales de la vida y la fecundidad cristianas, siendo el primero el culto de la Madre de Dios, por quien la misma Vida ha sido dada al mundo. Así, por negar el culto á la Madre ha llegado hasta negar la divinidad del Hijo, pudiendo citar como ejemplo, entre muchos, el de uno de sus más afamados teólogos, A. Harnack, profesor de Berlin, en su obra Esencia del cristianismo, que acaba de publicar; y muy aplaudida por el protestantismo, á pesar de declarar que Jesús jamás afirmó que era Dios. Y después; pretenden enseñarnos el puro Evangelio!

Pero en la Iglesia el culto de la Madre Dios garante la divinidad del Hijo; y cubre María con su maternidad y reanima con su caridad cuanto vive en la Iglesia y en el cristianismo. El Amor eterno, Jesucristo, se ha inflamado en ella como en su foco, y desde él no cesa de inflamar las almas. Por esto las instituciones, cuyo objeto es comunicarla, resplandecen en la Iglesia, todas por una misma inspiración y cada una en diverso sentido; tomando en esta plenitud de virtud y gracia la especialidad de acción y carácter que reclama su aplicación en el mundo.

El culto de María en la poesía y las bellas artes

Este solo título exigiría volúmenes; y sin embargo, no será más que una indicación. Regularmente, cuanto más se escribe sobre un asunto, tanto más se le agota. Lo contrario sucede con el cristianismo; mientras más se dice de él, más queda por decir. Esta es propiedad de lo infinito, de lo divino.

El asunto de la Virgen María presenta en el más alto grado este carácter cristiano de inagotable fecundidad. De aquí surge una prueba general mayor que todas las presentadas; la que no manifestamos, y se siente como en potencia. Nuestra ambición en esta obra se reduce á hacer sentir esta plenitud potencial del culto de María. Lo que decimos solo tiene un valor de iniciación para este fin; son ojeadas sobre el infinito, y como el preludio de un océano de armonías.

En la inmensa biblioteca de escritos sobre María, es admirable ver cómo la humilde Virgen de Nazaret ha sido objeto de la razón, de la imaginación y de la sensibilidad, en la ciencia, en la poesía y en las bellas artes; pero ¿cómo agotar, ni aún tratar ligeramente asunto tan inmenso? Nos limitaremos á hacer algunas indicaciones para que se vislumbre al menos la inagotable fecundidad del culto de María.

El cristianismo es una ciencia universal y una inmensa epopeya que todo lo comprende: Dios, con todos sus atributos y perfecciones; la criatura, con todos los dones que ha recibido, el uso que de ellos ha hecho, y los destinos que se prepara; Cristo, en quien y por quien tales destinos son ordenados, reparados y consumados, Tales son los fines y los personajes de este gran drama, que empieza en las profundidades de la eternidad por la generación eterna del Verbo; se expone en la creación de los mundos; se anuda en la caída de la humanidad; se prosigue al través de todas las transformaciones de los pueblos y revoluciones de los imperios, hasta la venida de Cristo, en quien la acción se desenlaza sobre el Calvario; desde donde se prolonga reproduciéndose en su Iglesia hasta la consumación final del tiempo y de sus pruebas por el juicio universal, que principiará las sanciones de la eternidad.

Y en tan vasto cuadro, ¡qué infinita diversidad de escenas, relacionándose todas en el Verbo encarnado, con Cristo que es su héroe, y por Él con la humanidad, de que cada uno de nosotros somos miembros! Nada existe en la creación, nada en la naturaleza sensible, moral é intelectual, que no esté implicado en tan vasta Acción y que no gravite al rededor de Jesucristo, que es el centro de ella.

Per Él, todo el mundo de la naturaleza viene á juntarse con el de la gracia, que lo eleva al de la gloria, para que todas las cosas sean consumadas en la unidad del Ser, así como han sido sacadas de la nada.

Tal es la ciencia y poesía del cristianismo, cuya esencia y objeto es á un mismo tiempo Cristo; esencia, como lo Verdadero, lo Bueno y lo Bello encarnado; objeto, como héroe de este poema, de este plan divino que comprende todas las cosas en Cristo, ya sean las del cielo, ya las de la tierra.

Así se puede decir que se hallan contenidos en Cristo los tesoros de la poesía, de la ciencia y de la sabiduría, y que solo es lo Verdadero y lo Bueno en cuanto es también lo Bello, por la divina identidad de estas tres potencias. Todo el cristianismo está impregnado de este perfume, de este aroma de lo Bello, que se desprende de lo Verdadero y del Bien.

Maria es la obra maestra de la belleza

Ahora, aplicando lo dicho á la Virgen María, bajo el aspecto de la belleza, María es la madre de lo Bello infinito, manifestado en lo finito. Lo Bello es una flor cuyo tallo es Ella. Toda cuanta poesía produce y exhala esta flor, se halla en María como en su primera y mas inmediata emanación. Sola Ella le ha recibido tal como es en sí mismo, en esa Belleza esencial é increada que enamora á los angeles y al mismo Dios, que resplandece en todas las maravillas de la naturaleza, é inspira todas las del arte. La parte de belleza inefable que Homero, Fidias, Rafael, Murillo, Rubens, Palestrina, Mozart, Perosi, y todos los artistas han percibido y expresado, es tan solo un soplo, un rasgo, una nota del Ideal de que María ha concebido, contenido y producido la realidad plena. María es el artista por excelencia, la Reina del arte y de la poesía; porque ha concebido y producido en obra al mismo autor ó inspirador de todas las obras, á lo Bello en persona, en quien se contienen todos los tesoros de la poesía y del arte.

María es así la primera obra, la obra maestra de lo Bello encarnado en su seno. Porque, como Él ha venido para reproducirse en las almas, por la virtud sobrenatural de la gracia inherente á su encarnación, la primera alma que ha embellecido es la de la Virgen, en la cual se ha hecho carne. Siendo su carne divina el elemento sacramental de su consagración, siendo lo Bello que hace germinar virgenes (Zach. IX, 17), ha germinado espiritualmente á María, la Virgen de las vírgenes, así como Él ha sido en Ella germinado corporalmente. La relación de su humanidad con las entrañas donde la ha tomado, nos da la proporción de la relación de su divinidad con el alma de María,

que animaba la sangre que de ella recibió. Relación incomparable y que toca á los límites de la Divini-

dad, como dice el Angel de las escuelas.

Hé aquí por qué, aun antes de descender á Ella, la ha provisto de sus gracias; la ha preservado de toda mancha en su concepción; la ha adornado y embellecido con todo el arte de un Dios y todo el amor de un Hijo, como el tabernáculo de su llegada y como la sustancia de que quería ser formado. Ella era desde entonces llena de gracia; jy cuál no sería su belleza para que ante Ella se inclinase la naturaleza angélica, y para que Dios mismo, complaciéndose en su obra, exclamase á su vista: «Toda eres bella y limpia de mancha!»

* *

María es realzada en belleza como en gracia, pues el efecto de la gracia es transfigurarse en la belleza. La mas santa de las criaturas es por esta causa la mas bella: ¡tanta es la identidad entre el Bien y la Belleza!

Así como se ha llamado á María la Santidad creada, puede apellidársela también la Belleza creada, es decir, la Belleza por excelencia entre todas las bellezas creadas, desde la flor de los campos hasta el serafín, no teniendo sobre ella sino á la Belleza infinita y creadora, que ha sido en la tierra el fruto de su virginidad, y que, saliendo de ella, la ha dejado su forma, esa forma de todas las bellezas que ha sembrado en el universo. Como se ha manifestado en la creación, se ha manifestado en María, con toda la superioridad de la misma persona sobre la imágen y sobre el discurso.

No es, pues, una vana y gratuita amplificación, sino una rigorosa consecuencia de doctrina, el decir que la poesía se exalta é inflama al contacto de María, y que agota en su alabanza todas las comparaciones é imágenes de la naturaleza, por ser la belleza que reune los encantos de todas las demás, y las supera. Aun el satírico Erasmo, enmudecido y extasiado con la contemplación de la Virgen, no puede menos de alabarla así:

« Eres más brillante que la aurora, le dice, más bella que la argentada luna, más pura que el fresco lirio entreabierto, más blanca que la intacta nieve, más graciosa que la rosa en primavera, más preciosa que los rubíes, más dulce que la miel, más suave que la vida, más elevada que los cielos, más casta que los angeles. Salud, noble santuario de Dios eterno, trono sublime de la Divinidad!» (Pœan.)

La sagrada Escritura ha precedido á todos los poetas en esta manera de concebir y alabar á María, y aún les ha dado el ejemplo con el precepto, revistiendo el culto de la santísima Virgen de todos los colores y figuras que ha podido escoger en el universo, que es como el Eden poético de esta nueva Eva, cuya belleza refleja y embellece todas las bellezas de la creación.

* *

En esta belleza soberana preciso es hacer entrar más particularmente todas las bellezas naturales de la muger, de la virgen y la madre, sobrenaturalizadas en la muger bendita entre todas las mugeres, en la Virgen, Madre de Dios.

La muger ha sido creada por Dios para ser la poesía del hombre. Ella es como el prisma al través del cual todo lo ve lleno de encanto: encanto que fué funesto después del pecado á que dió lugar, y que, abriendo los ojos á la inocencia, hizo al pudor bajar los suyos.

El pudor fué desde entonces la primera condición de la virtud en la muger. Mas, por una relación admirable inherente á la identidad de lo Bello y del Bien, el pudor es á un mismo tiempo la primera condición de ese encanto cuyo velo es. La belleza se ha interesado á su preservativo hasta el punto de que, aín queriendo apartarlo de sí, lo transforma en arte para formarse del mismo como un arma. Las verdaderas gracias, entre los antiguos, eran decentes, gratiæ decentes. Así es como salieron del cincel de Sócrates. Mas para que las gracias sean perfectas, no debe ser el pudor tan solo un adorno, sino una virtud querida y abrazada á causa de sí misma, por el mismo olvido de aquellas gracias que entonces brotan de ella con más brillo, con el trío de las verdaderas gracias: las gracias de lo Verdadero, de lo Bueno y de lo Bello.

De aquí esta bella expresión de la sagrada Escritura: «La muger santa y púdica es una gracia que supera toda gracia.» (Eccli. XXVI, 19); y esta otra: «Como el sol se levanta sobre el mundo en las alturas de Dios, así la casta belleza de la muger es el embellecimiento de su casa.» (Ibid. 21)

María es la personificación de la belleza creada

Si todo esto es cierto, María es su personificación más acabada, y en un grado que todo lo domina; pues el pudor ha sido elevado en Ella hasta la virginidad y la virginidad hasta la maternidad divina. Bendita entre todas las mugeres, santa entre todas las criaturas. Ella, es, por esto mismo, belleza entre todas las bellezas, gracia entre todas las gracias. Toda la casta belleza, toda la gracia púdica que ha existido y existirá entre todas las mugeres, ha sido reunida hasta la plenitud en María; y todo lo que su sexo ha tenido de angélico, ha sido elevado en Ella hasta constituírla Reina de los Angeles. Lo que decían los poetas de la primera muger, á quien los dioses concedieron á porfía todas las gracias y todos los dones, y que solo era una

alegoría de la belleza de Eva antes del pecado, es tanto más verdadero en María, cuanto que en Ella la gracia ha excedido al pecado. María es la verdadera *Pandora*, pues ha sido colmada de todos los dones.

En una palabra, está llena de gracia en ambos sentidos, porque la gracia divina produce la gracia humana; y en una correspondencia, en una transparencia tan perfecta, que la gracia de que ha sido colmada nada ha perdido de su efecto, ni de su brillo, resplandeciendo en Ella como una llama viva en una lámpara de alabastro. ¡Qué será, pues, al pensar que no es la gracia solamente, sino el mismo Autor de la gracia, la Belleza misma quien ha vivido en Ella y en Ella ha permanecido por su santidad y por su belleza! Si Dios es admirable en sus Santos ¿cuánto no lo será en su Madre? « Por su propia virtud, dice san Ambrosio, ha revestido el mundo, y, como bajo esta vestidura universal, resplandece en todos los seres. » Así, y en un sentido más personal, ha revestido á María, y bajo esta vestidura virginal, resplandece en Ella con el esplendor con que brilla en todos los seres; en el firmamento. en los astros, en el sol.

Hé aquí por qué la Virgen es ofrecida á nuestro culto, por el Apóstol de las visiones, en ese brillo universal que concentra en su persona: vestida del sol, la luna bajo sus piés, y la cabeza coronada de estrellas. Hé aquí por qué también la Iglesia agota, tomándolo de las Escrituras, el lenguaje de la gracia y la belleza para alabar á María en su oficio:

« Como la mirra escogida ; oh Madre de Dios! habéis exhalado olor de suavidad;

« La gracia está sobre vuestros labios; por esto Dios os bendijo por toda eternidad;

«Con vuestra gracia y belleza adelantad en prosperidad, y reinad.

«Como gentes llenas de júbilo, así son los que en Vos permanecen, santa Madre de Dios. « Correremos tras vuestros pasos al olor de vuestros perfumes; las jóvenes os amaron con extremo.

«Sois bella y resplandeciente, hija de Jerusalen; terrible en vuestras victorias, como un ejército ordenado en batalla.

«Sois bella, y llena de una admirable dulzura en vuestras delicias, ¡oh santa Madre de Dios!

«¿Cuál es Aquella que se adelanta como una aurora en su oriente, bella como la luna y brillante como el sol?

« Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor,

y de la grandeza, y de la santa esperanza.»

Hé aquí algunos rasgos de la belleza de María que se compone de todas las bellezas: de las de la muger, de la virgen y de la madre; de las bellezas del hombre, del Angel, de Dios; de las bellezas de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; en una palabra, de todas las bellezas del HOMBRE-DIOS, resplandeciente en la VIRGEN-MADRE.

¡Qué paleta esta para la imaginación! ¡qué fuente de suavidad para el corazón! ¡qué tesoro de belleza

para las bellas artes!

Mas lo que aun duplica las bellezas de María, lo que las realza hasta el más alto grado respecto de la imaginación y sensibilidad, haciéndolas por excelencia el objeto de la poesía y del arte, es que se nos presentan veladas por todas las pruebas de nuestra mortalidad regenerada; veladas de humildad, silencio, sufrimiento, compasión, resignación, recogimiento, aquiescencia y amor; veladas, en una palabra, por la suprema gracia del sacrificio, que ennoblece y embellece siempre á la víctima. Gracia tanto más eminente en María, cuanto que su sacrificio solo ha sido igualado por la santidad de su aceptación; gracia tanto más tierna para nuestros corazones, cuanto que, por una parte, une á María con la gran Víctima con todos los dolores de su maternidad que le ofrece á la Jus-

ticia; y por otra le une al género humano con toda la caridad que la hizo ofrecerle para nuestra salvación.

* *

Todas las gracias, todas las bellezas de María se dirigen en cierto modo á nosotros, y se aplican á nuestros males y sufrimientos, para ser el bálsamo y la curación de ellos.

De aquí una cosa admirablemente poética en el culto de María; y es que toda la poesía de la miseria humana, fuente de toda grande poesía en la tierra, encuentra en él su mas penetrante expresión y como su eco celeste.

« Por todas partes, prosigue Erasmo, la multitud de los desgraciados eleva sus gritos hácia ti; todas las edades, clases y condiciones reclaman el apoyo de María. María es á quien con voz unánime imploran jóvenes y ancianos, grandes y pequeños. A tí el mercader confía sus intereses; á tí el navegante encomienda su vida; á tí el pobre labrador confía la esperanza del año. A tí el soldado que se arroja en los azares de las batallas dirige sus votos; el culpable, agobiado de remordimientos, te reclama por abogada; el puro amor te escoge por confidente y guarda de su felicidad. Los huérfanos te nombran su madre; los pupilos, su tutora; los criminales, su patrona; los cautivos, su libertadora; los viajeros extraviados, su guía saludable; los afligidos, su consoladora; los enfermos, su curación; todas las almas desesperadas, su esperanza. ¡Oh Virgen! ¿Quién jamás te ha suplicado en vano? ¿Quién se retiró alguna vez de tus altares sin haber sido escuchado?... Hé aquí por qué la piedad reconocida de los cristianos te ha elevado santuarios por todas partes, y por qué donde quiera humea el incienso en tu honor ».

Así es que el culto de María forma como el eco armónico de todos los males de la tierra y de todos los bienes del cielo; así aquel forma como la poesía de todos los dramas del destino humano en la infinita diversidad de sus situaciones.

En fin, lo que María es en cada uno de estos dramas, lo es también en el gran drama que los comprende á todos; en esta epopeya del cristianismo, cuya vasta acción ya hemos trazado. Si Cristo es su héroe, la Virgen es evidentemente el nudo á que se refieren todos los preludios y de donde proviene todo desarrollo. Predestinada desde la eternidad con la misma predestinación que Cristo, ha estado presente

en los consejos eternos de la Sabiduría.

Además de este parto divino, cuyo grande acontecimiento ha sido determinado por su hágase, y cuyas consecuencias son y serán por siempre el efecto de su fe en la palabra del Angel, no existe un misterio del Hombre-Dios que no comprenda á la Virgen-Madre, que no nos la presente asociada á Él para la obra de la salvación humana, y practicando con esta divina Cabeza el gran ministerio de su maternidad extendido á todos sus miembros; desde la Encarnación, en que recibió á Dios en su seno, hasta la Asunción, en que fué recibida por El en la gloria. Todos los misterios del Evangelio, la Visitación, la Natividad, la Presentación, la fuga á Egipto, la vida oculta en Nazaret, el encuentro en el templo, las bodas de Caná, la vida apostólica de Jesús, el Calvario, el Cenáculo; todas estas escenas adorables en que lo Bello divino brilla por sí, desnudo de todo ornato; donde hace brillar, por las mismas debilidades y humillaciones de que se reviste, todas las gracias de la justicia, de la sabiduría, de la santidad, de la misericordia, del poder y del amor; todas estas escenas, repito, toman de la figura de María una dulzura, un encanto, una belleza, cuyo sentimiento no puede expresarse; sentimiento tanto mas verdadero, cuanto que brota de la doctrina; por que, como hemos dicho muchas veces, siendo todos

estos misterios los misterios del *Hombre-Dios*, solo tiene sentido por la *Virgen-Madre*, que nos le muestra por todas partes en esa verdadera humanidad, por la cual nos eleva á su divinidad, en esa *filiación* de María que nos hace hijos de Dios.

Tal es el fondo permanente y el nudo de esta acción por excelencia que se desarrolla, para cada uno de nosotros, como se ha desarrollado en Cristo y en su santa Madre, per la gloria, por el ciele, á donde María nos ayuda á llegar, correspondiendo, con todas las gracias que obtiene para nosotros, á todos los votos y homenajes que la dirigimos desde la tierra.

Hé aquí lo que María es para la ciencia teológica, al mismo tiempo que lo es para la imaginación y la sensibilidad en la poesía y bellas artes, ya se la considere en sí misma, ya en la ejecución del plan divino. Todo lo que acabamos de decir con este motivo nada es, si no se refiere á las impresiones de esta verdad que el lector ha podido experimentar en las diversas partes de la presente obra; si no se refiere principalmente á la experiencia que haya podido verificar en sí mismo por su devoción á María. ¿Quién es el que ha practicado esta devoción, el que se ha arrodillado con la sencillez filial del corazón ante los altares de María, y no ha sentido aquellos dardos melífluos que hieren al alma con heridas de gracia y suavidad, suavidad y gracia de las cuales estas palabras, dirigidas á un ídolo de la amistad, son la mas justa expresión, elevándolas á María? « Vos sois mi estrella; vuestra presencia tan llena de encanto, los dulces reflejos de vuestra alma, son para mí una inspiración poderosa. ¡Vos sois mi poesía entera, sois la misma poesía! » (1)

El Sursum corda producido por el cristianismo en la humanidad, debió tener por efecto imprimir al arte una dirección celeste, colocando su objeto en lo infinito divino. Y como este mismo Infinito se ha hecho humano en Cristo, y por Cristo en María, y por su gracia en los Santos, el arte encontró en tan nuevos modelos cuanto le era necesario en la forma para

expresar la belleza celeste y elevarse á ella.

Cambiáronse desde entonces las condiciones del arte; sus polos fueron, per decirlo así, trastornados. La forma era la señora, y fué becha la sierva: la expresión prevaleció. El arte pasó de lo exterior á lo interior; se hizo espiritual, animado, y animado de una vida superior, de un soplo sobrenatural. En vez de ligarnos á sus formas y por ellas á la parte sensible de la naturaleza de donde las toma, en vez de retenernos en sus lazos y enervarnos, tuvo por efecto recogernos en lo interior, desprendernos del foco sensible por la espiritualidad de sus obras; desprendernos de estas obras mismas por el sentimiento celestial que respiran; y elevarnos al foco divino de donde emana y donde fraterniza con la ciencia y la santidad.

Tal es el arte cristiano comparado con el arte pagano en todas sus ramificaciones: la arquitectura, la estatuaria, la pintura y la música. Tuvo sobre su antecesor la superioridad de la expresión sobre la forma, del espíritu sobre la materia, del alma sobre el cuerpo, de la gracia divina sobre la gracia humana. Agradó menos, porque nos arrebataba la belleza creada, sin ponernos todavía en posesión de la belleza increada, provocándonos á una ascensión cuyo término no está en la tierra; pero, por otra parte, infundió en nosotros tal sentimiento de esta belleza increada, que nos hizo perder el reposo en la belleza creada, ó no nos lo dejó sino para encontrar en tal complacencia nuestra mengua y abyección.

Así se ha visto en la desviación y la decadencia del arte, partiendo del Renacimiento. Se intentó inútil-

mente volver á la antigüedad; pues desde la altura á que el cristianismo lo había elevado, el arte no podía descender sin abatirse más allá de su estado anterior. En esta caída, no pudo volver y continuar en la antigua belleza, cuyo secreto se perdió desde el día en que la belleza cristiana le fué revelada. El Renacimiento introdujo un falso antiguo, un arte mestizo, que era solo una apostasía y una corrupción del arte cristiano, peor que el arte pagano. No insultemos á este achacándole tales producciones adúlteras. El arte que produjo la Venus de Milo es santo, en comparación del que produjo la Diana de Poitiers. Aquella solo está desnuda; esta se halla deshonestamente despojada. Pueden aplicarse al arte estas palabras del divino Maestro: Si yo no hubiese venido, no tendrían el pecado que tienen (Joan. XXV, 22). Puede el pecado sorprender al gusto; pero nunca obtendrá su homenaje y adhesión. Rompiendo la relación del alma con el Bier, la rompe con lo Bello, y la caída del arte, que se prostituye, es infalible.

Hemos ya llegado á lo mas profundo de esta caida.

Es un oficio para el vicio.

La divisa del arte antiguo era el arte para lo Bello, á lo cual el cristianismo ha venido á añadir lo Bello para el Bien y la Verdad, á la altura en donde se identifican y en donde existe; en Dios.

Si quiere levantarse de su caida, el arte debe venir á purificarse en la gracia de este Dios hecho homre para ser nuestro modelo y nuestra forma en todo; en lo Bello, como en lo Verdadero y en el Bien.

Así al arte como á la conciencia y á la ciencia, y á todo hombre en sus aspiraciones, ha sido dicho: « Mira y obra según el modelo que te ha sido mostrado». (Exod. XXV, 40), Jesús.

En María ha puesto Jesús su gracia y belleza

Mas, para poder imitar ese modelo, Jesús, preciso es verlo como se ha dejado ver, en María y por María. En Ella ha puesto su gracia entera y su belleza: se ha puesto El mismo; y solamente por Ella ha querido mostrarse y darse á nosotros.

En esto, como en todo, ha elevado su primera obra, sin deshacerla. A la muger ha sido dada la belleza con todas sus gracias, para que fuese su tem-

plo vivo y su tipo creado.

Aunque manchado y degenerado, fué purificado este templo y reparado este tipo por el mismo Dios,

arquetipo de la belleza.

Por tanto, siempre la muger ha tenido el cetro de la belleza; y solamente en María este cetro es Jesucristo, la belleza misma, resplandeciendo en Ella y por Ella en la humanidad.

Dejemos hablar sobre tan inefable asunto á dos

maestros, Lamennais y de Maistre:

«Investigando los diversos tipos que presenta el arte antes del cristianismo, dice el primero, se halla entre los antiguos el tipo de la muger bajo las diversas modificaciones de esposa, de madre y de joven; pero el de la Virgen-Madre, nacido del dogma cristiano, le es completamente extraño. Santa en Cristo, que ha tomado en Ella nuestra naturaleza para regenerarla, es la muger según el espíritu, así como la Venus antigua era la muger según la carne. Tal como una flor aérea, flota Ella en medio de una límpida luz que parece velarla al mismo tiempo que la revela. De Ella se exhala un exquisito perfume de inocencia, y la rodea como una vestidura: sobre su frente serena, y donde, sin embargo, aparece ya el germen de un dolor inmenso presentido y plenamente aceptado, sobre sus labios que sonríen al Niño divino, en su mirada virginal y maternal, en la pureza de sus funciones llenas de gracia celeste, se reconoce juntamente la sencillez de la hija de los hombres, y la augusta é inefable
santidad de Aquella en quien se ha encarnado el Verbo
eterno para la salvación del mundo. He aquí la muger
según el cristianismo, la segunda Eva reparadora de
la humanidad, arruinada por la primera; y cuando,
después de una vida oculta, la volvemos á ver al pie
de la cruz sobre la cual se consuma el voluntario sacrificio de su Hijo, cuando está allí desfallecida bajo
el peso de sus incomprensibles angustias, y recibiendo
de manos del Padre el cáliz de amargura y agotándolo
hasta las heces, sin exhalar una queja, ¡qué distancia
entre la Madre de Cristo y la antigua Niobe!» (1)

* *

Escuchemos ahora á Mr. de Maistre:

«Los primeros ensayos y los primeros grandes esfuerzos de la pintura y de la escultura representaron en otro tiempo los héroes y los dioses. En el renacimiento de las artes, Cristo y sus héroes se ofrecieron á la imaginación de los artistas, pidiéndoles obras maestras de un orden superior. El arte antiguo había sentido y expresado lo bello ideal; el cristianismo exigía un bello celeste, y dió modelos de todas clases: sus ancianos, sus jóvenes, sus niños, sus mugeres, sus vírgenes, son seres nuevos que parecen desafiar al genio.»

« Habiendo sido la belleza dada á la muger, esta debía ser el modelo escogido para las dos primeras artes de imitación. Como el vicio era una religión en la antigüedad, podía esta permitirse mucha amplitud sobre tal punto; pero el cristianismo, que no admite nada capaz de alterar la moral, ha dictado respecto de este asunto una ley muy sencilla. Por ella prohibe

¹⁻Bosquejo de una filosofia, tomo 3.

del nuestro; sea cuando junto al lecho del dolor viene

á servir y consolar al pobre enfermo, ó cuando al pie

toda representación cuyo original ofendería en el mundo la vista de la sabiduría humana... Se ha dicho que semejante prohibición perjudica al arte; pero es un error basado sobre una falsa idea de lo bello, que el vicio define á su manera, confundiendo lo que agrada con lo bello, ó en otros términos, lo que agrada á los sentidos con lo que agrada á la inteligencia.

Lo bello en todos los géneros imaginables es lo que agrada á la virtud ilustrada. Cualquiera otra definición es falsa ó insuficiente. Las máximas perniciosas se propagan por la medianía, puesta á sueldo del vicio para enriquecerse. Lo bello religioso está sobre lo bello ideal, por ser el ideal de lo ideal (1); pero pocos pueden elevarse á tal altura: el artista vulgar deja lo bello por lo agradable. Eclipsado por el talento que produjo la Transfiguración y la Virgen de la Silla, se dirige á los sentides para atraerse los sufragios de la multitud, conociendo muy bien que el vicio se llama legión.

Una ley severa, impregnada en todos los pensamientos del arte, le hace el mayor servicio oponiéndose á la corrupción, que destruye por fin lo bello en todos sus géneros, como una úlcera maligna que corroe la vida. (2)

« Por tanto, la muger cristiana es un modelo sobrenatural como el Angel. Ella es todavía más bella que la belleza, sea cuando, por confesar su fe, marche al suplicio con las gracias severas de su sexo y el valor del altar presenta su mano al hombre á quien exclusivamente amará hasta el sepulcro. En todas estas cabezas de tan diverso carácter hay siempre un sello general que las refiere al mismo principio de belleza. « Y así como de la reunión de una multitud de rascos tomados de diferentes bellezas, se vió en otro

«Y así como de la reunión de una multitud de rasgos tomados de diferentes bellezas, se vió en otro tiempo nacer uno de les famosos modelos de la antigüedad, de igual manera todos los rasgos de la belleza santa se reunen como en un foco para producir la figura de María; la desesperación, y, sin embargo, el más querido objeto del arte moderno en todo su vigor. Parece que el imperio del sexo penetra hasta en este círculo religioso, y que los hombres abrazan con empeño la idea de la muger divinizada. Teniendo también un hijo misterioso sobre sus rodillas, la fabulosa Isis obtenía ya no sé qué preferencia de las imaginaciones antiguas. Queriendo cada cual poseer su imágen, dijo un poeta: Sabido es que los pintores son alimentados por Isis. (Juven. XII, 28).

« En el orden de la verdad y de la santidad, María puede dar margen á una observación semejante. Siempre la misma y siempre nueva, ninguna figura ha ejercitado más el talento imitativo. El pincel de los mayores maestros parece haber hecho de Ella un motivo de empeño y de emulación. En este asunto mil y mil veces repetido, tan pronto superaban á sus rivales, como se superaban á sí mismos. No hay en Europa una galería distinguida que no tenga algunas obras maestras en este género; y mientras que el aficionado se extasía ante ellas, el misionero armado de la misma figura, aunque débilmente ejecutada, comienza con eficacia la obra de la regeneración humana.»

« Las consideraciones precedentes explican por qué hemos sido, según todas las apariencias, tan superiores á los antiguos en la pintura, cuanto nos han superado en la estatuaria; ó á lo menos, por qué no

¹⁻No podría decirse que es la realidad?

^{2—}Estas verdades deberían grabarse en todas las salas de Exposiciones, y sobre todo en la del tribunal de exámen.

Mr. Cousin. inspirándose de Platón y del cristianismo, ha coincidido admirablemente con De Maistre en este fragmento de su argumento del Gorgias: «Todo lo que solo brilla dirigiéndose à las pasiones inferiores de la naturaleza humana, no mercee ser llamado arte; pues el carácter de este es dirigirse à lo más noble que existe en nosotros, y despertar las simpatías poderosas, pero ocultas, del alma con la verded, por el intermedio de la belleza empleada como una forma de la verdad misma. Lo bello es agradable, y el arte agrada sin duda; pero lo agradable no es lo bello: el arte se propone otra cosa que cansar placer. Lo que sustituye el agrado á la belleza y procura solo agradar: no es un arte; es una práctica servil, dice Platon, un oficio como el de la cocina.»

hemos podido llegar á igual perfección en ambos géneros. Y es porque, no habiendo tenido modelos entre nosotros, la pintura ha nacido sencillamente en la Iglesia; y siendo natural este nacimiento, ha producido libremente cuanto podía producir. Por el contrario, en la escultura hemos copiado; y es una ley universal que toda copia sea inferior á su original. En vano sería, por otra parte, que para las representaciones religiosas se buscase un ángel en el Apolo de Belvedere, una virgen en la Vénus de Médicis, un mártir en Laocoonte, un san Juan en Platón, etc., etc., no están allí.

« Cuando antiguamente preguntaron á Fidias, que pensaba en su Júpiter: ¿ Dónde buscarás tu modelo? ¿ Subirás al Olimpo?... Fidias respondió: Le he encontrado en Homero.

« De igual modo, si se hubiese preguntado á Rafael: ¿Dónde has visto á María? hubiera podido responder: La he visto en san Lucas; porque para uno y otro artista solo existía un modelo intelectual.»

Resumiremos el presente estudio con esta bella verdad vislumbrada por Platon, y casi al momento desvanecida en el vacío de la sabiduría antigua, como tantas otras verdades que ha venido á descifrar el cristianismo.

« Existe una íntima simpatía entre la pureza, la verdad y la belleza; porque lo mas puro es esencialmente lo mas verdadero y lo mas bello. » (Filebo).

Siendo la religión del Hijo de Dios, nacido de la Virgen-Madre, la religión de la pureza, y de una pureza que, en la Virgen inmaculada se eleva hasta el prodigio, es la religión de la verdad y de la belleza. De aquí la estrecha alianza de pureza, belleza y verdad en las expresiones del culto de María: « Paloma mía, mi toda pura, hermosa mía » (1).

Tal es María, en quien el Verbo se hizo carne y

habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad (Joan. I, 14), por quien nos fué concedido en el más alto grado el sentido de lo verdadero en las ciencias, y el sentido de lo bello en la poesía y en las artes.

Pero renunciamos á hacer la historia de todos los prodigios que la poesía y las bellas artes han realizado inspirándose en el culto de María; basten las indicaciones que dejamos hechas en varias partes de este estudio.

Quedan, sin embargo, indicadas á grandes rasgos las grandezas, explendores y beneficios del culto de la Virgen Inmaculada, sólo inferiores á los del culto del Hijo de esta Virgen.

Si María, Virgen y Madre, es el prodigio, vaticinado por el profeta, lo es también su culto; su culto que ha conmovido y conmueve al mundo entero para glorificar al Señor, como ella lo dijo. Y ese prodigio ha asombrado á la tierra con sus beneficios, con su belleza, su castidad, su humildad y sus grandezas, apareciendo como el hermoso bien, la belleza creada, que ha sido propuesta como ideal á la humanidad, á la poesía y á las bellas artes. Y este hermoso bien i ha sido suprimido por el protestantismo iconoclasta! este es su crimen; crimen de leso cristianismo y de lesa-humanidad, que no le será perdonado sin reparación, como un hijo no perdona la ofensa hecha á la madre.

EPILOGO

sobre el culto de la Virgen y de los Santos

Por la grandeza de su culto y la sublimidad de su moral, dice Rousseau, demuestra la Iglesia que es la religión mas digna de Dios y de los hombres.

En efecto; presentar á la imitación de los hombres los altos ejemplos de santidad y de todas las virtudes del cristianismo, practicadas en grado heróico, es lo que se propone la Iglesia con el culto de los Santos y especialmente con el de la criatura santísima, Madre de Dios, la Virgen María: lo que constituye, sin duda alguna, la escuela mas eficaz para la virtud y la santidad.

Juzgamos, por tanto, conveniente exponer de una manera compendiosa la doctrina de la Iglesia católica acerca del culto de los Santos y en especial de la santísima Virgen, ya que tan indignamente ese culto es calificado de fanatismo é idolatría por las sectas disidentes; mientras que, tanto filosófica como teológicamente es una creencia inexpugnable y digna del género humano.

La expondremos en breves párrafos para facilitar su comprensión, empezando por el culto de los santos.

Fundamento natural del culto de los santos. Su influencia moral. Efecto de su abolición

Si el culto de los santos no existiera, debiera ser creado: tan necesaria y eficaz es para el espíritu humano la imitación de los grandes ejemplos que sirven de modelo á la humanidad. En efecto, entre los nobles instintos que honran al corazón del hombre, debe colocarse en primer lugar la necesidad que naturalmente experimenta de rodear de respeto y veneración

las acciones grandes y virtuosas.

Celebrar la memoria de los hombres que han merecido bien de sus semejantes por el espectáculo de grandes virtudes, por enseñanzas ó instituciones sabias y útiles, es á la vez una deuda de gratitud y una gran lección de virtud y moralidad. «Los honores rendidos á los héroes, ha dicho S. Agustín, son la más eficaz excitación al heroísmo». El pueblo que nada hiciera para perpetuar el recuerdo de sus grandes hombres, carecería de la institución más necesaria, de una escuela de virtud y patriotismo; pero este pueblo no existe, ni ha existido jamás.

Cada nación tiene sus héroes y sus sabios, cuya conducta y enseñanzas propone á la imitación de las generaciones siguientes; y de tal manera, que el respeto que ella les profesa se extiende á todo lo que recuerda su memoria, á sus despojos mortales, á los lugares que les vieran nacer, vivir y morir, á sus imágenes, á sus estatuas, hasta los muebles que

usaron. (1)

El culto civil de los hombres ilustres, de sus reliquias, de sus imágenes, es cosa tan antigua como esparcida por el mundo entero; es por tanto legítima en su principio, y hace parte de las leyes de la humanidad. Pues tan legítimo como el culto civil á los

héroes, es el culto religioso á los santos.

Sin duda, los hombres han abusado de esta ley, como de todas las demás. La antigüedad pagana se equivocó groseramente en la elección de sus héroes, y más groseramente aún en el culto que les rindió. La fuerza material que primaba despóticamente sobre la tierra, confiscó en su provecho los honores de la apoteosis. La vía sacra, que conducía al Capitolio á los déspotas desoladores del mundo, se convirtió en el único camino del cielo.

Fué gloria del cristianismo abolir estos cultos monstruosos y reservar á solo Dios los honores supremos de la adoración; quedando reprobada la idolatria, que, había cubierto de dioses á la tierra. No hay mas Dios, que el Dios único y verdadero.

Pero en lugar de hacer de Dios un monarca egoísta é inaccesible á la debilidad humana, celoso en mantener la distancia infinita que le separa de la criatura, lo representó como un Padre infinitamente bueno, que quiere rodearse de los hombres como hijos, y que no los somete durante algunos días á las pruebas dolorosas de la vida, sino para asociarlos á su gloria, á su poder y á las delicias del reino, que no tendrá fin. De aquí el culto de reneración á los santos, esto es, á los que practicaron la perfección cristiana en grado heróico.

¿Qué es el cielo según el Evangelio? Es la casa del Padre de familia, donde hay mansiones para todos; porque todos son llamados á poseerle (Juan 14. 2); ¿y qué es necesario para entrar en él? Basta amar sinceramente á Dios y á los hombres; porque en esto consiste toda la ley y constituye la santidad. (Math.

¹⁻Con suma compasión hemos visto á predicadores protestantes que con 1—Con suma compasión hemos visto á predicadores protestantes que con suma insensatez, aunque con aplauso de los ignorantes, decían: «¿no veis hasta donde llega la idolatría de los católicos que se postran. para venerarlo, ante un pedazo de palo, revestido de trapos (una imagen de santo)!» Pero esta es una vulgaridad del género tonto: no es al trapo ni al palo, ni á la imagen ó estatua, sino á la persona á que se refiere; es un culto relativo. Bien lo saben, pero se proponen ridiculizar calumniando. ¿Admitiríamos un reproche por los honores y culto civil que rendimos á la bandera de la patria, pues al fin y al cabo es un pedazo de trapo asido á un asta ó palo enhiesto? Nó; porque el homenage se dirige á la patria, que ese trapo ó bandera simboliza; entre sus pliegues sentimos vivir el espíritu, el alma de la patria. Así, en las imágenes de los santos, veneramos á las personas que representan.

El amor de Dios y del prójimo llevado hasta la perfección, esto es, hasta el sacrificio de sí mismo, he aquí lo que forma á los héroes cristianos y les da derecho á los primeros puestos de honor y valimiento; y si la condición es difícil, no excede las fuerzas de ninguno.

Ahora bien; dirigir todas las ambiciones á la gloria de Dios y la felicidad de los hombres ¿qué cosa más moral y benéfica? No exigir para el puesto de honor más que lo que está al alcance de cada cual ¿no es el medio más propio para producir una emulación uni-

versal de perfección y santidad?

Mas para que esta enseñanza sea eficaz, debe realizarse bajo nuestros ojos y entrar por ellos en cierto modo. De la misma manera que el culto no logra su fin principal, que es inspirar el sentimiento de la adoración, sino trayendo á la mente la soberanía de Dios por el grandor de las pompas; tampoco podría lograr el segundo fin del mismo culto, que consiste en hacer que el hombre aspire á la santidad, sin hacer brillar á nuestros ojos el esplendor de los que ya han sido coronados en la gloria celeste.

Dios debe aparecer en el templo tal como se ofrece al pensamiento, tal como se manifestará en el último día, rodeado del cortejo glorioso de sus santos.

He aquí cabalmente lo que hace la Iglesia católica; promueve y excita una santa emulación entre sus hijos, invitándolos á imitar cada día los ejemplos, y á celebrar los triunfos de aquellos de sus hermanos, que el cielo y la tierra han llamado con voto común á subir al honor de los altares.

Y qué elocuentes predicadores son esos héroes de toda edad, sexo y condición, que dicen á cada uno: nosotros fuimos lo que sois vosotros; solo de vosotros depende llegar á ser lo que somos nosotros, y más grandes aún; porque la época de merecer, que ya acabó para nosotros, continúa para vosotros con toda su inmensa grandeza.

En cuanto á las precauciones tomadas por la Iglesia antes de discernir á un Santo los honores del altar, son tan rigurosas y prudentes, que su fallo acerca de la grandeza moral del sujeto canonizado jamás ha podido ponerse en duda (1). Y á quien dudase de los milagros por los cuales Dios se digna señalar la entrada triunfante de un héroe cristiano en el cielo, é invita á los hombres á unir sus aclamaciones con las de los bienaventurados, les diremos: reflexionad un instante y vereis en el hecho mismo del culto de los santos un milagro mas sorprendente que los que rehusais creer.

Que la Iglesia haya obtenido los honores del culto público para reyes, pontífices y hombres notables. muertos en medio de los testimonios de la veneración universal, nada hay en esto que supere el poder humano. Pero que haya podido elevar desde el polvo á los honores del altar á hombres de nada, esclavos, siervos, labriegos, pastores, trabajadores, pobres artesanos, hasta mendigos; que haya inducido á los emperadores, reyes y grandes del mundo, á inclinarse ante los restos de esas personas, tan de nada para el orgullo humano; que haya transformado los tristes tugurios que habitaban en templos suntuosos; á escogerlos por protectores de sus capitales y de sus Estados; todo esto es humanamente inexplicable. Baste citar una santa Genoveva pastora, patrona de París; san Isidro labrador, patrón de Madrid; santa Zita sirvienta, patrona de Luca; san Benezet pastor, patrón de Aviñón; san Benito Labre, mendigo, y muchos otros, ¿Podría, preguntamos, hacer triunfar en su

^{1—}A un noble inglés protestante, al encontrarse en Roma, le fué ofrecido por un prelado amigo, un proceso verbal, que contenía la prueba de varios milagros. Después de haberlo leido con mucha atención, se lo devolvió, diciéndole: «Si todos los milagros que se reciben en la Iglesia romana estuviesen confirmados y fundados sobre pruebas tan evidentes como lo están estos, no tendríamos ninguna dificultad en suscribirlos». Pues bien, respondió el prelado, de todos estos milagros, que os parecen tan convincentes, ninguno ha sido admitido por la Congregación de Ritos, porque no se les ha creido suficientemente probados ».—Daubenton, Vida de S. F. de Regis.

favor tan grandes apoteosis, si no fuera por el esplendor de su santidad heróica?

* *

Pero consideremos, aunque brevemente, el cfecto moral de estas apoteosis sagradas; y veremos que es inmenso.

Desde luego, no podría imaginarse medio más propio y eficaz para preservar á los grandes del orgullo y á los pequeños de la abyección; para inspirarles á todos sentimientos recíprocos de estimación y caridad; para recordarles, en fin, que todos somos hermanos, y que no existe ante Dios otra nobleza que la de la virtud.

El mundo, tan lleno de errores y corrupción, tiene también sus héroes y fiestas. La historia, la poesía, las bellas artes, celebran de mil maneras los triunfos del orgullo, de la ambición, de la concupiscencia y de la lujuria ¿qué sería de la sociedad si, á la apoteosis de todos los vicios, la religión no opusiese el culto de todas las virtudes?

La admiración es una necesidad que es necesario satisfacer; quitadle su alimento legítimo, el espectáculo de las grandes virtudes, y la veréis embelezarse por los grandes crímenes. Ah! doquiera que el protestantismo ha derribado las estátuas de los héroes cristianos, la irreligión y el cisma las han elevado á sus infelices y degradantes apóstoles. Las coronas que la juventud ginebrina depositaba con honor un día á los piés del Cristo y de su purísima Madre, las ofrece hoy al autor inmoral de la Nueva Eloisa y de las Confesiones; y las visitas al santuario de la Reina de las vírgenes han sido sustituidas por las peregrinaciones de Ferney al cínico Voltaire.

Se engañan, pues, y mucho, los que consideran á los reformadores del siglo diez y seis, por haber abolido el culto de los santos, como profundos pensadores y reformadores benéficos de la humanidad; mientras que, tan desconocedores del espíritu humano, como del cristianismo, no fueron mas que furiosos iconoclastas, no teniendo de propio más que el genio de la destrucción. La barbarie que sus manos realizaron destruyendo las obras maestras del arte cristiano, no es mas que una débil imagen de las tristes y dolorosas devastaciones obradas por su pluma en un orden superior, el religioso y moral.

Pero bien saben los mismos filósofos del siglo, cuán grande escuela de moral y santidad es el culto de los santos. Jamás su veneración ha excitado en las almas el mas insignificante aliciente al vicio, ni fomentado pasión alguna; sino que el gran ejemplo de sus heroicas virtudes, las ha alentado á despreciar los vicios, amar la perfección moral y acallar, dominándolas, las ardientes sugestiones de la pasión en esa lucha perenne de la vida entre el bien y el mal. Con tan sublime ejemplo se aprende cómo podemos triunfar, con honor de nuestra persona, y satisfacción de nuestra conciencia, en esas batallas y tentaciones tan terribles con que permite el Señor sea acrisolada nuestra virtud y coronada nuestra victoria; ya que las espinas y abrojos de esta vida pueden convertirse, como para los santos que veneramos triunfantes, en esa purísima flor que se abrirá un día para nosotros en la eternidad feliz, si hemos sabido imitarlos.

Teologia del culto de los santos ¿ Porqué es rechazada por los protestantes? Fundamentos de este culto

En verdad, la mayor parte de los protestantes de algún valer y buena fe convienen, por fin, en que la Iglesia católica no adora, ni ha adorado jamás á los santos; y la absurda acusación de idolatría no se lee

ya sino en los innobles panfletos de los Malan, de los Monod y otros sectarios vulgares ó de mala fe.

Nos reprochan, sin embargo, que damos á los santos demasiado lugar é importancia en el culto. Pero ino podríamos, á nuestra vez, preguntarles porqué ellos no les han dado ninguna, olvidando la Escritura que nos dice: Alabad al Señor en sus santos: « laudate Dominum in sanctis ejus» (Ps. 150.); á pesar de proclamarse tan celosos cumplidores de la palabra de Dios?

¿Y en qué ha venido á parar, en su sistema religioso, la gran familia de los hijos de Dios, unida para siempre por los imperecederos lazos de la caridad, cuyos hermanos mayores, posesores afortunados de la heredad celestial, emplean su crédito é intercesión ante el Padre común en provecho de sus hermanos empeñados aún en los combates de esta vida de prueba?

Ese intercambio consolador de honores y de beneficios, de plegarias é intercesiones entre los habitantes de la tierra y los del cielo, que toda la antigüedad cristiana profesa en el símbolo, bajo el nombre de comunión de los santos, extensión sagrada de la solidaridad humana, ¿era acaso una práctica injuriosa á Dios y nociva á los hombres, como lo afirmaron los protector dides referendence protector de servicio de la solidaridad profesas de la solidad profesas de la solidad p

pretendidos reformadores protestantes?

¿Y en qué se fundaron estos ergotistas iconoclastas para destruír la magnífica ciudad espiritual, que la fe ofrece á nuestros homenages y á nuestro amor, ciudad inmensa de la que Dios y su Cristo son el jefe, la piedra angular; María, la reina; los ángeles, los profetas, los apóstoles, todos los bienaventurados son en diverso grado, los ministros, los ciudadanos llegados á la edad perfecta, y de quienes nosotros somos los hermanos menores, flotando todavía entre la vida y la muerte? (Efes. II. 19.20 — Hebr. I. 14 — I Petr. II. 2.)

¿Acaso se fundan en la Biblia, á la que no cesan de apelar? Pero precisamente es la Biblia la que nos representa por todas partes á Dios rodeado de sus ángeles y de sus santos, como de otros tantos ministros y consejeros (Daniel VII. 10—III Reg. XXII. 19.); honrándolos con el nombre de amigos (Ps. 138. 17.); haciendo de sus nombres un título de su gloria (Exod. III. 16—Alibi); haciéndolos sentar sobre su trono, asociándolos al ejercicio de su soberanía, como se los asocia á los goces que le da la tierra (Sap. III. 8.—Apoc. III. 21.—Luc. XV. 7.) y preponiéndolos, en fin, á la guarda de los individuos, de las ciudades y de las naciones. (Daniel VII. 16.—IX. 21.—X. 13.—XII. 1.)

¡Pretextaban temer rebajar á Dios en el pensamiento de los hombres elevando á los santos! Pero esto es conocer muy mal á Dios y á los hombres. ¿Qué ser más triste y menos amable que este Dios de la Reforma, Dios solitario y celoso, eclipsando á los santos por el esplendor de su gloria, en lugar de hacerlos brillar como soles, pues los justos resplandecerán como el sol (Mat. XIII. 43.); reduciéndolos á no ser ante

él más que figurines mudos y sin vida?

Transportad el sol al vacío; quitadle esos torrentes de luz con que abrillanta nuestro planeta; ¿en qué se convierte para el ojo del hombre? Es la tierra la que nos hace admirar el sol, y es en sus santos que Dios quiere presentarse admirable. « Mirabilis Deus in sanctis suis » (Ps. 67.36.), que es lo que la Iglesia se

propone al celebrar el culto de los santos.

Atribuir á los bienaventurados una parte activa en el gobierno divino, hubiese sido, según ellos, dar á entender que la mano del Altísimo no es asaz poderosa para sostener por si sola el cetro del mundo. ¡Qué filosofía tan pobre! ¿Se ha ocurrido jamás al pensamiento del cristiano, por poco instruído que sea, que Dios, al asociar los santos á su gobierno, se proponía menos glorificarlos que aliviarse á si mismo?

¡Qué ignorancia también de la Escritura y de la hu-

manidad!

¿No sabían esos orgullosos biblistas que el cielo,

que Jesucristo nos promete, es el reino de su Padre, su propio trono, del que somos, con él, los herederos? (Rom. VIII, 17.). ¿Ignoran la promesa que ha hecho á sus apóstoles y á sus imitadores de asociarlos al poder que él recibió de juzgar al mundo, y la invitación de hacernos amigos en el cielo, capaces de abrirnos sus puertas? (Mat. XIX, 28. Luc. XVI, 9.)

Consideran, pues, como otras tantas sinecuras los tronos, las virtudes, las potestades, las dominaciones, los principados, de que la Escritura puebla los cielos.

En fin, no han leído en el corazón del hombre: la ambición desmesurada que lo agita, la sed insaciable que tiene de grandeza y de poder ¿no son una prueba sensible de nuestra vocación al supremo imperio?

Y ¿ quién ambicionaría el cielo, si la felicidad de que allí se goza debía ser una eterna quietud é inactividad desolante?

* *

A este conjunto de motivos bíblicos y filosóficos, que no solamente justifican el culto que rendimos á los santos, sino que tenderían á hacerlo considerar como necesario, si la Iglesia católica no se hubiese limitado á declararlo bueno y útil, (Conc. Trid. ses. 25.) ¿qué oponían los pretendidos reformadores? Algunos pasages de la Escritura, entre otros el de S. Pablo, (I Timot. II. 5.): « Así como no hay mas que un Dios, no hay mas que un Mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre». Recurrir, pues, á la intercesión de los santos, dicen, es reconocer muchos mediadores y hacer injuria á Jesucristo: ¿qué cosa mas evidente?

Pero ¿qué hubiesen respondido á este razonamiento perfectamente semejante? Cristo ha dicho: «No llameis á nadie sobre la tierra vuestro padre, porque no teneis mas que un solo Padre que está en los cielos», (Matth. XXIII. 9.). Por tanto, el niño que

da al autor de sus días el nombre de padre y le tributa el honor y la obediencia que corresponden á este título, viola la ley de Cristo, injuria á Dios y

atenta contra su paternidad divina.

Responderían, sin duda, que los honores rendidos á los padres de esta tierra, lejos de ser injuriosos al Padre celestial, que los ordena expresamente, (Exod. XX. 12.), le son agradables y se refieren á él, no siendo la paternidad humana más que una derivación, una imagen visible de la paternidad divina; que Dios, por lo mismo que asocia á los padres á la procreación del hijo, les da participación en los derechos y honores de la paternidad, á condición, sin embargo, de que el hijo honrará á sus padres y no adorará sino á Dios, único verdadero autor de la vida.

Responderían, pues, que es este título solamente, y la autoridad absoluta, que de él se deriva, lo que Jesucristo en el texto precitado reclama para su Pa-

dre celestial.

Pues bien; tal es igualmente la respuesta que debe darse á la objeción sacada de las anteriores palabras del Apóstol. Al honrar á los santos, es á Dios á quien honramos, autor de su gloria, y que quiere ser en ellos glorificado, (II Tesal. I, 10.) y solo El ser adorado.

Reconocemos y confesamos que el favor de que gozan los santos, como las gracias que nos obtienen, es el fruto de la sangre de Jesucristo. Pedirles que usen de este favor para apoyar nuestras súplicas, y pensar que sus plegarias son más agradables que las nuestras ; sería hacer injuria al Mediador supremo, ó más bien no es tributarle gloria?

Nada es más glorioso para Jesucristo que haber poblado el cielo de distribuidores de sus gracias; nada demuestra mejor las riquezas infinitas de sus méritos, que el derecho que concede á tantas manos de sa-

carlas sin agotamiento.

En fin, esta benévola intervención entre Cristo y

los hombres, que el protestante rehusa á los santos, es necesario que la acuerde á los apóstoles durante su vida mortal. Es evidente por la Escritura que Jesucristo los había establecido sus ministros, sus plenipotenciarios, los dispensadores de sus dones, los padres de las almas, sus coadjutores en la redención del mundo, y ellos tenían en estas diversas cualidades derecho á los homenages, al respeto, á la sumisión, á la confianza de todos los cristianos. (Matt. X. 4. — Marc. XVI. 16. — Luc. X. 16. — I Cor. III. 9. — II Cor. V. 20.)

Es evidente, además, que eran los órganos, los intermediarios de los hombres ante Dios, y que consideraban la plegaria y la oración, como su primera función

y ministerio. (Act. VI. 4.)

Pero estas gloriosas relaciones, que unía y ligaba la sociedad cristiana á sus fundadores ¿habrían quedado rotas por la muerte? Al dar á Jesucristo y á su Iglesia la mayor prueba de amor por la efusión de su propia sangre, perderían los apóstoles la gloriosa misión de interceder por los fieles, y sus derechos á lá admiración, al amor y al reconocimiento de los hom-

bres? (Matt. V. 13. 14.)

Al asociarlos á su gloria, ¿les habría el Cristo excluido de su solicitud por esta Iglesia, conquistada con su sangre, pero edificada y cimentada por sus trabajos y su martirio? El celo que les hacía desear ser anatema por sus hermanos ¿se habría amortiguado en el seno de la eternal caridad? (Roma. IV. 3.) Sus plegarias, tan poderosas un tiempo para volver los muertos á la vida, ¿quedarán ahora sin valor ante el Dios, que los premia y glorifica? En una palabra ¿no serían en el cielo, donde reinan con esplendor, más que una vana sombra de lo que fueron sobre la tierra? ¿Quién osaría afirmarlo? Solamente el ilógico y estrecho criterio protestante.

En cuanto al texto sagrado que nos prohibe adorar dioses extraños, y nos ordena no adorar

ni servir á otro Dios que á Jehová, que suelen oponernos los protestantes vulgares, no merece los honores de la refutación; ya que no adoramos á los santos, y solo los veneramos; ni son dioses, sino criaturas como nosotros, pero merecedoras de nuestra veneración por su perfección y santidad. Pero ya hemos declarado que los mismos protestantes ilustrados ya no se atreven á oponer semejante objeción, por ser calumniosa, además de impertinente.

He aquí, pues, demostrado suficientemente que el olvido total de los santos en el culto protestante es profundamente antipático á la Escritura y al espíritu general del cristianismo; además de haber dejado demostrado que no es menos condenable bajo el punto

de vista filosófico y moral.

Bastaría lo expuesto para incluir el culto de María, reina de los ángeles y de los santos, gratia plena; pero él merece alguna ampliación.

Unidad de la familia humana—Papel y función de Adan y Eva—Su caida—Elección de un nuevo hombre y de una nueva muger—Expectación universal de la Virgen María—Salutación del angel á María.

María es una criatura universal que resplandece en el drama grandioso de la creación y de la redención desde los orígenes.

En efecto; Dios ha querido hacer del género humano una sola familia; y esta familia necesitaba de

un padre y de una madre.

Adan y Eva fueron desde el principio investidos con esta dignidad, y sería rebajar su papel y misión limitándola, como en los irracionales, á la propagación de la especie.

En el pensamiento del Criador, Adan no es un

hombre, sino el hombre, el gefe, el rey de la humanidad; tiene entre sus manos los eternos destinos de sus innumerables descendientes. En él estaba la sublime misión de conducirlos á la gloria por la vía de la obediencia, ó la terrible facultad de perderlos asociándolos á su rebelión! Y para alentarlo en tan grande responsabilidad, Dios le dió una ayuda, una

compañera, que fué Eva.

Es incalculable la acción é influencia de la muger en la familia y en los destinos de la sociedad. Si el hombre es la cabeza, la muger es su corazón; al primero la razón que indica la sabiduría y la felicidad; á ella el sentimiento que inspira la una y produce la otra. Si ella encanta y duplica por sus virtudes la existencia de su esposo, (Eccli. XXVI. 1.) ¡qué torrente de beneficios no derrama sobre sus hijos! El menor quizás es el de llevarlos nueve meses en su seno, pues los lleva durante toda la vida en su corazón. No vive, ni respira sino para ellos. Sus goces son los suyos, y sus dolores son sus dolores; su ingeniosa ternura tiene consuelos para todas las penas, remedio para todos los males, endulzando siempre los que no puede curar.

Tanto como su mano es dulce y delicada en los cuidados que reclama el cuerpo, su palabra es insinuante y hábil para penetrar en los repliegues del alma; las lecciones que el padre dirige á la inteligencia, ella las hace llegar al corazón: ella posee el arte de transformar los preceptos en hábitos virtuosos, las luces en sentimientos activos, y la verdad en

amor.

Dueña de los corazones, la muger es el mas poderoso lazo de la familia. Si el hijo llega á desconocer gravemente la autoridad paterna, el padre no tiene mas que un sentimiento, el de la indignación, y un pensamiento, el del castigo. La justicia, que consulta ante todo, exige como preliminares del perdón satistisfacciones rigurosas; pero el orgullo que ha extraviado al hijo, le impide someterse, y el temor lo aleja: la separación sería eterna, si no estuviese aquí la madre para abrir el corazón del culpable al arrepentimiento, y el del padre á la clemencia. La presencia del prófugo reaviva una cólera mal apagada; la madre se interpone, y la tormenta espira ante este sol de dulzura.

Pero no es menos poderosa ante el mismo Dios la mediación de la madre religiosa; llevadas sobre las alas de la fé y del amor, sentimientos que en ella predominan, sus plegarias llegan mas pronto al corazón de Dios. Leed las vidas de los santos, y encontraréis muy pocos que no hayan mamado la virtud con la leche materna, ó que no hayan vuelto á Dios por las amonestaciones, los ejemplos y las plegarias de una madre virtuosa.

El corazón es todo el hombre, y un buen corazón

es la obra de una buena madre.

Tal debía ser la sublime misión de la primera muger en medio de la inmensa familia contenida en su seno; por eso recibió de Adán un nombre sinóni-

mo de vida, el de Eva. (Gen. III. 20.)

¡Qué aumento de gloria y de poder no hubiese adquirido para ella y su esposo, si fiel á su misión, hubiera sostenido al hombre en la lucha contra el tentador y determinado su triunfo, como determinó su caída! Todas las generaciones humanas habrían saludado, de siglo en siglo, por una aclamación unánime de agradecimiento y de amor, á los dos seres á quienes, después de Dios, hubiesen debido la existencia y la felicidad. Adan hubiese sido el bendito de las naciones y Eva la bendita entre todas las mugeres.

¡ Qué imperio no hubiesen ejercido sobre Dios por sus plegarias cuando, confirmados en su amor por la primera victoria, ó una serie de victorias decididas por la primera, no hubiesen tenido que preocuparse más que de la dicha de sus hijos sometidos todavía á prueba! Supongamos que uno de ellos sucumbiera; no es indudable que hubiese encontrado en Adan y Eva poderosos y victoriosos intercesores? Si la plegaria de Moisés fué asaz poderosa para abolir la sentencia de muerte pronunciada contra su pueblo (Exod. 32), ¿cómo hubiese resistido el Señor á las súplicas de los gefes del género humano, sostenidas por las plegarias de los hijos, que hubiesen permanecido fieles?

* *

Estas admirables relaciones con Dios y con su posteridad, Adan y Eva las perdieron con la inocencia. De dispensadores que eran de la vida del alma y del cuerpo, se convirtieron en dispensadores de la doble muerte del tiempo y de la eternidad; pero si ellos cambiaron de papel, Dios no cambió de plan y designios.

La familia humana, que su primer gefe había perdido, rebelándola contra el Padre supremo, Dios la quiso rehacer dándole un nuevo gefe. Del mismo modo que hemos encontrado la muerte en la rebelión del primer Adan, debemos encontrar la vida en la obediencia del segundo. (Rom. V. 12.)

Fué por la muger que Satán triunfó del hombre; es por la muger también que el hombre triunfará de Satán.

Oigamos al mismo Dios anunciar á los dos culpables la elección que ha hecho de un nuevo hombre y de una nueva muger; dirigiendo la palabra á su vencedor, la guerra que tú has creído consumar con tu propia ventaja, le dice, yo la renovaré entre tí y la muger, entre tu descendencia y la suya, y ella te quebrantará la cabeza. (Gen. III. 15.). Si el universo cristiano ha reconocido constantemente al Cristo redentor en esta raza ó descendencia de la muger, destinada á quebrantar el imperio de Satán, es necesario también reconocer á la Madre de Cristo en la muger prometida.

Y hé aquí á María á la cabeza del nuevo combate en

que el averno será abatido, como Eva ha sido la primera en el ataque, en que el hombre sucumbió.

Esta consoladora promesa, recogida con alegría por nuestros infortunados padres, se esparce de generación en generación, y, durante cuatro mil años, todas las naciones permanecen en la espectativa de esta bienaventurada Virgen-Madre que lleva en su seno la salvación del mundo.

La raza de Jacob suspira más que las otras por la estrella que se levantará sobre ella. (Numes. XXIV.17.) Los profetas del Señor le hacen ver en lontananza, en las más hermosas imágenes, esta muger que concebirá un hombre por un prodigio nuevo sobre la tierra. (Jerem. XXXI. 22.) Aquí es un tallo que se levanta cargado con una flor divina. (Is. XI. 1.) Allá es una tierra fecundada por el cielo, en donde germina el Salvador. (Is. 45.8.)

Este pueblo está por sucumbir bajo el golpe de dos formidables enemigos: Dios le envía un profeta para reanimar su valor ¡y qué le hace decir! Hé aquí que la Virgen concebirá y dará á lux un hijo que se apellidará Emmanuel. (Is. VII. 14.)

Es Dios un buen padre que consuela á su familia diciéndole: Tened valor, porque hé aquí que viene vuestra madre.

En fin, los tiempos se han cumplido; la deseada de las naciones ha llegado, aunque desconocida todavía para los hombres y á sí misma: es el Altísimo que va á revelar al mundo su libertadora, y á María los prodigios de misericordia que quiere obrar en ella y por ella.

Vosotros los que nos acusais de elevar demasiado á María, escuchad las palabras del embajador celestial á la Virgen de Nazaret: Yo te saludo, llena de gracia, el Señor está contigo y bendita eres entre las mugeres... hé aquí que concebirás en tu seno y darás á lux un Hijo, al que darás el nombre de Jesús.

El será grande y será llamado el Hijo del Altísi-

mo, etc. (Luc. I. 28 y siguientes.)

¿Qué son todas las alabanzas que la Iglesia ha discernido á María, sea en sus preces, por boca de sus predicadores y por la pluma de sus escritores, sino un pálido comentario de las palabras del Angel? Qué son los honores que ella le rinde y los sentitimientos de gratitud, de amor, de confianza que nos inspira para con ella, sino la consecuencia natural y legítima de la incomparable dignidad á la que Dios la ha elevado y de los bienes infinitos que hemos recibido por su intermedio?

Mas, para mejor concebir, en cuanto es permitido á nuestra flaqueza, las grandezas de la nueva Muger y sus derechos á nuestros homenages, volvamos al

paralelo de las dos Evas.

Paralelo de Eva y de Maria.—Preeminencia de Maria sobre la primera muger.—Sus derechos al título de Madre de los hombres.

Hemos visto que era grande ante Dios y los hombres, llena de dignidad y de porvenir, la misión de la primera muger; pero era conservadora y por tanto, fácil de cumplir. Para defenderse de las seducciones del averno y preservar de ellas á los hijos nacidos con inclinaciones virtuosas, Eva no tenía necesidad mas que de una medida común de sabiduría y de virtud.

Mas, al contrario, era de una dificultad inmensa la obra confiada á la nueva Muger. Si era necesaria nada menos que la omnipotencia divina en las manos de su Hijo para destruír el trono de Satán afianzado por un reinado de cuarenta siglos, y para hacer entrar en las vías de la santidad un mundo adorador de todos los vicios ¿ no tenía necesidad de una caridad sin

límites la que debía recoger en sus brazos las innumerables generaciones de desgraciados arrojados por Adan y Eva sobre una tierra maldita?

Así Dios, que siempre proporciona el poder de los medios á la elevación del objeto, debía mostrarse pródigo en sus gracias respecto á María; y si el autor sagrado (Eccli. XVII) nos dice que Eva las recibió en gran medida, el arcángel Gabriel nos enseña que

María posee la plenitud.

Y así como el nuevo Adan, descendido del cielo debía sobrepujar al Adan formado del limo de la tierra, así en proporción (y salva la infinita distancia que hay del ser creado al eterno) la Virgen destinada á concebir en su seno al Hombre-Dios, debía sobrepujar á la virgen sacada del costado del hombre. Basta la menor reflexión acerca de lo que nos enseña la Escritura sobre una y otra, para percibir la prodigiosa diferencia que las separa.

En el plan de la creación Eva solo figura en segunda línea. Adan existía ya, había recibido la investidura de rey de la creación y la ley del Creador, y ella aún no había aparecido; sale del costado de Adan y le es dada como compañera, siendo el hombre quien le declara su origen y destino y le da un nombre.

(Gen. II. 23.)

Mas en el plan de la regeneración, la Muger ocupa el primer rango: Pondré enemistades entre tí y la Muger, etc. La Virgen concebirá, etc. En el Evangelio María aparece antes que Jesús; ella no saldrá del costado del Hombre-Dios, sino que el Hombre-Dios será concebido y formado en sus castas entrañas; ella podrá decirle en verdad: tú eres hueso de mis huesos, la carne de mi carne.

No es el nuevo Adan quien le declarará su destino y le dará un nombre; es á ella á quien el Altísimo revela la grandeza de su Hijo y le confiere el derecho de imponerle el nombre para siempre adorable de Jesús. No será solamente la ayuda y la compañera del Salvador, sino que será su Madre, y, en esta cualidad, mandará durante treinta años á Aquel ante quien toda rodilla se doblará en los cielos y en la tierra.

El cielo no revela á la primera muger los designios que tiene sobre ella, ni exige su consentimiento; pero obra de otro modo respecto á María. Dios se digna tratar con ella del grande misterio por intermedio de un príncipe de la corte celestial. María pone condiciones, estipula la conservación de su virginidad, y la obra de la Encarnación, que tiene desde tantos siglos en espectatira al cielo y á la tierra, queda en suspenso hasta que la Virgen no consiente, al decir de Bossuet; hasta pronunciar el hágase, fiat.

Qué inteligencia humana podría medir la distancia que existe entre la Madre de Dios y la compañera

de Adan?

Pero prosigamos, con la Escritura en la mano, la historia de estas dos mugeres. Apenas Eva sale de las manos de su Creador y es instruída por Adan acerca de sus debercs, que ya la vemos conversar con el ángel de las tinieblas, tomar el fruto fatal del árbol, y hace pasar la muerte de su seno al de su esposo y al de toda su posteridad. Ambos culpables, llenos de terror y de confusión, procuran huir de su propia vista y de la del Creador. Dios aparece, y anuncia pro-

longados y terribles castigos.

María, apenas terminada su conferencia con el mensagero celestial, y concebido en su seno el Autor de la vida, que, devorada por las llamas de la caridad, traspasa las altas montañas y entra en la casa de Isabel: un rayo de vida salido de su seno penetra en el seno de su prima, despierta al niño que en él dormía en las sombras de la muerte. El más grande de los hijos de los hombres, hecho el primero de los hijos adoptivos de María, celebra por un extremecimiento de alegría su santificación y la presencia de su divinal bienhechora. La alegría del hijo se comunica á la madre: Isabel, lle-

na del Espíritu Santo, prodiga á la Madre de su Señor los homenages de su veneración y amor. María, á su vez, celebra, en un cántico divino, el cumplimiento de la promesa, que borrará la sentencia de muerte pronunciada en el Edén, y los torrentes de misericordia que place al Señor esparcir por medio de ella sobre todas las generaciones, confesando que el Señor ha obrado en ella grandes prodigios. (Luc. I. 46. sig.)

Eva da á luz á su primogénito, y, en el gozo que experimenta de verse madre de un hombre, le apellida su posesión, Cain, (Gen. IV. 1.); triste posesión sin embargo, la de un hijo que será el primer fratricida, y poblará la tierra de una raza impía y maldita.

María da á luz á su Hijo único, y, por el nombre de Salvador que le da, anuncia que es la gloria y la posesión del mundo; y oye á los ángeles que celebran la gloria que él dará á su Dios y la paz que traerá para los hombres. Pocos días después María ve con dolor, mezclado de alegría, la primer gota de sangre que derrama en la circuncisión por la salud del género humano; ella lo ofrece como víctima de propiciación sobre el altar del Señor, y el Altísimo le anuncia, por el profeta Simeón, que, asociada también al sacrificio de su Hijo, la espada del dolor traspasará su alma. (Luc. II. 35.) Y desde entonces, con el prolongado martirio de su Hijo, comienza el largo martirio de la Madre, en el destierro que sufren en Egipto, en la vida dura y humilde que llevan en Nazaret.

* *

La Escritura no menciona más á Eva después del nacimiento de su tercer hijo; pero su obra le sobrevivió: el error, el crimen, las miserias y la muerte, que introdujo en el mundo, continúan sus devastaciones y aseguran á su nombre una triste inmortalidad.

El papel de María se agiganta con el de su Hijo.

Jesús sale del largo y oscuro retiro de Nazaret; asiste con algunos de sus discípulos á las bodas de Caná; María está á su lado: su caridad maternal se apercibe del embarazo de los esposos, y, queriendo evitarles la confusión, pide á Jesús un milagro. Jesús parece dificultarlo por su respuesta; pero esta respuesta, de que han abusado torpemente los enemigos desgraciados del culto de María, encierra bajo una forma, en apariencia severa, un magnífico elogio de su poderosa intercesión. ¿Qué significan, en efecto, estas palabras: Mi hora no ha llegado todaría? (Joan. II. 4.) seguidas al instante del milagro pedido, convirtiendo el agua en vino, sino que la plegaria de María, puede acelerar los momentos de la omnipotencia y abreviar las dilaciones que ella se impone?

Este milagro, observa el evangelista que lo recuerda, el primero que obró Jesús, manifestó su gloria, y sus discipulos creyeron en él. De manera que por el celo de su caridad y la potencia de su plegaria, esta Madre, para siempre bendita, contribuyó á revelar al mundo su Salvador, é hizo germinar en el corazón de sus apóstoles esa fé que, algunos años después, conquistó el mundo al cristianismo. Así María exita siempre la fé de los pueblos por medio

de su culto maternal.

María durante la vida pública de Jesús, casi desaparece confundida con las santas mugeres que siguen al Cristo. ¿Porqué desaparece María durante los trabajos evangélicos de Jesús? Porque Jesús, su Hijo, va en busca de los pecadores; y María, la llena de gracia, está excenta de pecado; es abandonada por que es santa, perfecta, inmaculada; y así Jesús hace resaltar la santidad incomparable de su Madre. Pero hé aquí que vuelve á mostrarse al pié de la cruz; mas ¿cómo explicar la presencia de la mas amante de las madres ante el espectáculo mas desgarrador, si una orden del cielo no hubiese señalado allí su puesto para el cumplimiento de un gran misterio? Sí; ya lo

había anunciado el profeta Simeón; y así tenía que ser en el plan divino, porque María es la corredento-

ra del género humano.

El Gólgota es la contraposición del drama infeliz del Eden. ¿Qué vemos de ambas partes? Un árbol, un hombre, una muger, y Satán invisible bajo una forma visible: allí está el árbol de la ciencia del mal, cargado con el fruto de muerte; aquí el árbol de la

salvación, que lleva el fruto de vida.

Allá, á la palabra del angel infernal, el fruto de muerte desciende del arbol al seno de la muger, pasa de sus manos al seno del hombre; y estos dos seres desgraciados, unidos por el instinto de la voluptuosidad, hacen correr por las venas del género humano un torrente de muerte é infortunios. Aquí el fruto de vida, concebido en las entrañas de la Muger, al anuncio del mensagero celestial, pasa de su seno á sus brazos y desde allí, por un acto de inmensa caridad, sube al arbol de la cruz, en donde atormentado bajo el peso de la justicia divina, esparce sobre la humanidad regenerada un océano de bendiciones y de vida.

Allá, Satán se arrastra á los piés de la muger, le ofrece el atractivo del placer y de las grandezas, la conquista junto con el hombre y los precipita en un abismo de dolor y confusión. Satán al pié de la cruz, parece triunfar de la Muger por los ultrages con que la aflije y los furores que ejerce en su Hijo; pero es aquí precisamente que el pié victorioso de María le quebranta la cabeza, y aún antes de separarse del Calvario, la Madre de los dolores oye al cielo, la tierra y á los mismos ángeles del infierno, rendir homenage á la divinidad de su Hijo, y por esto mismo á su maternidad divina. (Matt. XXVII. 54.) Y desde ese momento en que se consumó su compasión al pie de la cruz, quedó constituída corredentora y Madre espiritual de los redimidos, como era Madre del Redentor.

María al entregar su alma á la espada de dolor, asociándose con una heróica caridad al sacrificio de su Hijo, nos vuelve por él á la vida, y recibe en sus brazos maternales la familia de los hijos de Dios, fruto de los dolores de su compasión en el Calvario. Muger, le dice el Salvador poco antes de declarar consumada la obra de la redención, Muger, hé ahí á tu hijo, señalándole al único cristiano presente, San Juan; y dice después á éste: he aqui á tu madre.

Tantos títulos ¿no bastarán para fundar los derechos de María á la veneración, á la gratitud, al amor, á la confianza del cristiano, y se dirá todavía que su divina sustitución á Eva en las prerrogativas y funciones de Madre común de los hijos de Dios es una ilusión, una superfectación fanática ó idolátrica?

El protestantismo tiene que sentirse anonadado y avergonzado ante su ingratitud y negación de culto á la misma Madre del Redentor. María no fué una muger vulgar, tomada al acaso para servir de madre carnal al Salvador, como afirma el protestantismo; sino la Muger predestinada desde el origen, con la misma predestinación eterna del Verbo Encarnado, y por tanto preparada por el mismo Dios con todas las perfecciones y gracias concebibles: es la criatura llena de gracia, en la que realizó grandes prodigios el Señor.

La devoción á Maria es innata en el cristiano. — Origen primero de este sentimiento.—Su universalidad.—Conclusión.

Existen cuestiones y problemas que el corazón los resuelve mejor que el espíritu y la inteligencia; tal es la que nos ocupa; pues para ningún hijo es necesario el raciocinio con el fin de determinarle á que ame á su madre.

Encontrad un corazón sinceramente cristiano, esto es, animado de un verdadero amor por Jesucristo, que se dirija con gratitud y amor al seno que lo concibió y á los pechos que le amamantaron. ¿Cuál es el pecador, tocado por la contrición de sus faltas, y temeroso de los juicios de Dios, que no invoque con confianza á esta Madre de misericordia, cuya plegaria victoriosa serena el rostro del Padre celestial, y que cubriendo con su sombra, como una nube benéfica, la tierra culpable, la defiende de los ardores del sol de justicia, y transforma en rocío los rayos fulminantes?

Para el desgraciado hijo de Eva, que siente cada día circular por sus venas el incentivo del pecado, ¿qué ccsa más natural que recurrir á la que el cielo

ha escogido para secar su frente?

Se nos acusa de exaltar demasiado la intercesión de María al apellidarla dispensadora de las gracias; pero ¿acaso no es por medio de María, que Dios ha querido darnos á su Hijo, orígen de todas las gracias? Se nos imputa á crimen de idolatría el ir á Jesús por María ¿pero no es por María que vino Jesús á nosotros? La interposición de esta bienaventurada Madre ¿no es acaso un hecho divino, que el católico no crea, sino que reconoce y acepta en la esencia misma del cristianismo?

Estas consideraciones, como todas las que hemos hecho anteriormente, son muy propias sin duda para justificar el sentimiento de piedad filial de los católicos hácia la Madre de Dios; pero este sentimiento tiene un principio más profundo, más íntimo, más enérgico: es el efecto de la comunicación que Jesu-

cristo nos hace de su propia vida.

Recuérdese la doctrina cristiana sobre la justificación, y la inefable unión que los sacramentos establecen entre Cristo y los fieles. Así, el efecto indubitable del bautismo, según todas las enseñanzas evangélicas, es hacernos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y coherederos, sus miembros vivos; pero ¿se puede ser hermano de Jesucristo sin ser hijo de María? ¿Puédese acaso, vivir de su vida moral, estar

animado de sus sentimientos, sin compartir su ternura hácia su santa y dignísima Madre? Nuestra filiación de María ¿no es nuestra fraternidad en Jesucristo, su Hijo?

Que se profundice algo este asunto, y se verá que la devoción hácia María tiene su raiz en las entrañas mismas del cristianismo; que es la consecuencia lógica y necesaria de las relaciones íntimas de Cristo con sus miembros; y se verá, por esto mismo, en la profunda indiferencia de los partidarios de la Reforma hacia María, una prueba no equívoca de su frialdad para con el Hijo, y hasta su ruptura, como sucede en varias sectas protestantes, que niegan su divinidad.

* *

A estos testimonios del alma naturalmente cristiana en favor del culto de María, á este conjunto de hechos biblícos é ideales cristianos, que conspiran para justificarlo ¿ qué pueden oponer sus tristes detractores?

Ellos piden un pasage de la Escritura que prescriba, ó que, al menos, autorice este culto. Pero ¿no declara el Evangelio que María es Madre de Dios, y que por consiguiente es digna de todos nuestros homenages y veneración, como confiesa el mismo Lutero? ¿No es Cristo quien nos ha dicho á todos en la persona del único cristiano que estaba al pié de la cruz: hé ahi á vuestra madre! ¿No es la Escritura la que nos muestra por todas partes á María desempeñando en nuestro favor las funciones de la mas amable de las madres y entregando su corazón á los mas terribles dolores para darnos la mas preciosa de las vidas? ¿Es necesario algo mas para hijos bien nacidos? ¿Qué pensar del corazón que, en presencia de la mejor de las madres, esperase la orden de amarla?

Se desea una palabra de la Escritura que autorice los honores que rendimos á María; pues bien, que se escuche al mismo Espíritu Santo anunciando, por boca de María, el concierto de las bendiciones y alabanzas que se le dirigirán eternamente desde el seno de todas las generaciones: hé aquí que desde este momento todas las generaciones me llamarán bienarenturada; (Luc. I. 48.) expresiones en las que ve Lutero el culto externo é interno debido á María.

Pero ¿dónde está entre vosotros, preguntaremos á nuestros hermanos disidentes, este testimonio público de veneración y de amor hacia la Madre del Dios-Salvador? Desde que os separásteis de la Iglesia católica ¿ cuáles son los monumentos que habeis erigido en su honor, ya que los monumentos, hasta en el orden profano, son la voz de los pueblos, la expresión sensible de su creencia? ¿Qué descubrimos en vuestras ciudades y pueblos, que nos recuerde, aunque más no sea, la memoria de María? Por el contrario, lo que vemos son las ruinas de los monumentos, los trozos informes de las estátuas, que la piedad de vuestros padres católicos le habían dedicado. Y ¿qué encontramos en vuestros oradores sagrados y escritores de teología, sino un torrente de calumnias, de injurias y de sarcasmos contra los devotos de la Madre común? Y hasta muchos de vosotros mentís á sabiendas, salvo una supina ignorancia, afirmando que somos idólatras, adorando á María, reos de Mariolatría; y que sustituimos á Jesús por María, acusándonos de Marianismo, cuando ya, desde los primeros doctores de la Iglesia, se ha declarado que solo veneramos á María, y no adoramos sino á Dios y á Jesucristo. Cesad, pues, de calumniar, ya que no sois capaces de

Y eso se llama calumniar á la fuerza, imputándonos doctrinas que rechazamos; lo que es suma impudencia. Pero acaso recurrís á estos medios reprobados para paliar vuestra injustificada indiferencia hacia la Madre de Dios, que considerais una muger vulgar, mientras después de Dios, no existe mayor grandeza por la

plenitud de su gracia y santidad, y por su incompara-

ble dignidad, cual es su maternidad divina.

¡Cosa inconcebible, y que es deplorada aún por vuestros más hábiles ministros! «La Muger por excelencia, la que el cielo elevó prodigiosamente por encima de todas las mugeres, es precisamente la única de que nuestro culto prohibe el elogio, y hasta nombrarla litúrgicamente. No se osa hablar de María; pero cuando el prejuicio teológico no está presente para hacer oposición al buen sentido y á la razón, los ministros elogian en el cementerio ó en el templo á las mugeres notables que entierran. » M. C. A. Muller (Las Bellas Artes). Es esto reconocer y honrar á Cristo? El, tan sensible al menor beneficio, y que quiso que la memoria de la muger que esparció perfumes sobre su persona, se propagase tan lejos, y durase tanto como su Evangelio, (Marc. XIV. 9.) ¿creeis que apruebe entre cristianos ese escandaloso olvido de la incomparable Madre, que lo formó de su carne y sangre, lo amamantó con su leche, lo siguió hasta el pié de la cruz, y recibió en sus brazos sus restos inanimados? Pareceis hombres que no hubieseis tenido madre, ó que poseeis un corazón que no siente los latidos del amor filial.

Y; sois vosotros los que pretendeis venir á enseñarnos el puro Evangelio, cuyo espíritu y letra, sin embargo, habeis mutilado á vuestro antojo, según las múltiples sectas que constituyen el protestantismo, no teniendo de común más que el odio á la Iglesia, de la que apostataron sus padres; y el desprecio á la Madre de Dios, que esa Iglesia se esmera en venerar, como corresponde á la dignidad del Hijo!

* *

Sois, en verdad, una triste excepción en el campo del cristianismo.

Recorred, sino, todos los siglos cristianos, y no po-

dreis encontrar uno sólo que no haya realizado la palabra protética de María por medio de espléndidas demostraciones de su piedad ardorosa hácia esa excelsa Muger. ¡Qué religiosa emulación por celebrar y honrar á la Madre entre todos los pueblos que han conocido y adorado al Hijo! En ninguna parte encontrareis á ese Cristo solitario y abstracto, soñado por los fundadores de vuestro culto, sino al Cristo tal como se mostró á la visión de los profetas, tal como aparece en el Evangelio, hijo de la Virgen, llevado por mucho tiempo en su seno y en sus brazos, cumpliendo durante treinta años para con ella los deberes del hijo más sumiso, espirando bajo su mirada maternal, y reposando aún sobre sus brazos, antes de pasar de la cruz al sepulcro.

Interrogad todas las generaciones cristianas, y no encontrareis una sola de las grandes voces del cristianismo, desde los primeros sucesores de Pedro, hasta Pío X; desde los Ignacios, los Ireneos, los Epifanios, los Cirilos, los Ambrosios, los Agustinos, hasta San Bernardo, Bossuet y San Alfonso, que no haya entonado un himno de alabanza á María; ningún soberano, fiel á la religión de Cristo, que no haya querido reinar bajo los auspicios de la Madre; ninguna ilustración en las ciencias, en la literatura y en las bellas artes, que no le haya consagrado alguna de sus vigilias. ¡Cuántas obras maestras, en todos los géneros, inspi-

radas por la devoción á María!

Buscad un año en que los fieles no acudan varias veces al pié de sus altares para solemnizar sus fiestas; un mes, ó una semana, en que no consagren un día á su memoria; un día en que la campana no los invite varias veces á dirigirle la salutación del arcángel. Buscad una ciudad donde no tenga un templo, un templo donde no tenga un altar, un altar que no ofrezca algún monumento de la confianza de los hijos y de las bondades de la Madre. Y este sentimiento universal de tierna devoción á María, que

vemos triunfar, al través de los siglos, de los sarcasmos de la impiedad y de la heregía, como de la acción demoledora del tiempo ¿cuándo se ha manifestado con mas energía que en esta época de frialdad é indiferencia? ¡Admirable instinto de la familia cristiana! Cuando el infernal dragón redobla sus silbidos y destila su último veneno, entonces de todas partes se elevan las mas ardientes plegarias hácia aquella que le quebrantó la cabeza. Cuando infames romanceros rebuscan en los últimos repliegues del corazón humano para infundir en él la corrupción, entonces todos, pastores y fieles, buscan un asilo en el Corazón sin mancha, cuya inefable pureza ningún soplo impuro ha empañado; acogiéndose á él, á la manera de los pequeñuelos, que en los peligros extremos, no se contentan con guarecerse cabe la madre y refugiarse en sus brazos, sino que se esfuerzan por penetrar en su seno maternal.

Si como enseña San Agustín, debemos odiar de muerte al error aunque amar á las personas: interficite errores, diligite homines. Odiando vuestro odio á María, os decimos: ¡Queridos hermanos separados! ¿hasta cuándo carecereis de corazón para tener valor de permanecer apartados de la Madre común? Imponed silencio por un instante á vuestros prejuicios, no menos antipáticos al corazón que á la inteligencia del cristiano, y preguntaos á vosotros mismos si la verdadera familia de Cristo no está allí donde su divina Madre es tan filialmente querida y

honrada.

¿No lo comprendeis? Para la Iglesia católica, ya desde las catacumbas, ha sido su más bello timbre y honor, cobijar á sus hijos bajo el manto augusto de la Madre del Redentor. La devoción de la Madre ha sido la más dulce garantía de la adoración del Hijo; por eso en el seno de esa Iglesia jamás se ha dudado de la divinidad de Jesucristo; mientras no sucede así en el protestantismo.

El culto de las imágenes

Queremos terminar la defensa del culto de los santos, añadiendo algunas palabras sobre el culto de sus imágenes; tema tan debatido é ilustrado desde el siglo VIII especialmente, al tratarse de la heregía de los iconoclastas, (enemigos de las imágenes), que calumniaban á los católicos de iconolatras, (adoradores de imágenes); verdadera calumnia, ya que, distinguiendo la Iglesia entre culto relativo y absoluto, así como entre adoración y veneración, colocaba el culto de las imágenes y el de los santos en su verdadero terreno. No adora, sino que venera á los santos; mientras no venera á las imágenes en sí mismas con culto absoluto, sino á los santos que representan, esto es, con culto relativo.

De manera que, después que la Iglesia explica su creencia de un modo tan claro, no dejando al error ningún motivo de introducirse, es una prueba de ignorancia, ó de malísima fe el insistir, como hacen los protestantes, en atribuirle sentimientos ó intenciones que hace profesión pública de condenar y

refutar.

Sin embargo, tratemos la cuestión con alguna amplitud refutando al protestantismo, que manifestó desde su origen el furor iconoclasta, destruyendo las más preciosas obras de arte, á título de idolatría.

Nos oponen desde luego, la ley general del Decálogo (Exod. 20. 1. etc.) que prohibe toda especie de imágenes, y que se les dé ninguna especie de culto: y nos preguntan ¿con qué autoridad queremos limitar, interpretar ó modificar esta ley?

Respondemos que con la autoridad de la recta razón y del buen sentido, á que recurren los mismos protestantes cuando se ven embarazados con la letra de la Sagrada Escritura. Nosotros sostenemos que esta prohibición no es absoluta, sino relativa, en cuanto no se debe dar culto absoluto á las imágenes, como hacían los pueblos idólatras. Pues en primer lugar, sería un absurdo proscribir la escultura y la pintura como artes perniciosas por sí mismas; es imposible que un pueblo cultive estas dos artes sin que-quiera representar los personages que respeta y ama, y es imposible respetar y amar un personage sin estimar y respetar la figura que le representa, como sucede con los retra-

tos ó estatuas de nuestros padres y héroes.

En segundo lugar, porque la segunda parte de la ley citada debe explicarse por la primera. La primera dice: Vosotros no tendreis más Dios que á mi; luego la segunda: Vosotros no hareis idolo, ni escultura, y no los honrareis, quiere decir: Vosotros no hareis imágenes para honrarlas como dioses. Además, la misma ley que prohibe los ídolos y las estátuas, prohibe también erigir columnas y lápidas notables para adorarlas (Levit. XXVI. 1.) Luego Dios no prohibió las primeras más bien que las segundas. sino en cuanto se erigían para ser adoradas. Los protestantes ¿darán acaso en el mismo desatino que los judíos, quienes se persuadían de que toda figura estaba prohibida por su ley, que la pintura y la escultura les eran también prohibidas? Luego lo que prohibe el Señor es convertir las estatuas é imágenes en ídolos; y es supina ignorancia afirmar que la Iglesia así lo hace.

Pero los protestantes, para engañar á los simples, insisten en acusarnos de que efectivamente adoramos y servimos las imágenes, y que, por consiguiente, les tributamos el mismo culto que daban á sus ídoles los paganos.

Esta es una calumnia fundada en palabras ambíguas. Adorar y servir á un objeto es tributarle honores por sí mismo, limitándolos á él, sin referirlos á otro ninguno: así es como los paganos honraron á sus

ídolos. Estaban persuadidos de que el dios que representaban las estátuas, en virtud de su consagración, se encerraba en ellas, las animaba, y recibía desde allí los inciensos de sus adoradores; luego honraban la estátua como un dios, ó como animada por él: en esto consiste la idolatría. Serán tan audaces, ó tan cándidos los protestantes, que nos atribuyan este error? Cuando nosotros les decimos: Si la Eucaristía no es más que la figura del cuerpo de Jesucristo, como vosotros pretendeis ¿ por qué San Pablo dice que los que la profanan se hacen reos del cuerpo y sangre de Jesucristo? Nos respoden: porque el ultraje hecho á la figura recae sobre el original: luego reconocen que el honor ú ofensa hecho á la figura es un culto relativo y no absoluto, como el de los paganos; y como el culto dirigido al original no es idolatría, se infiere que tampoco lo será el que se dirige á su imágen ó figura.

Mas, la tenacidad y obstinación protestante llegó al extremo de sostener que el uso de las imágenes es malo en sí mismo, prescindiendo de los abusos que pueden resultar. Pero esta pretensión choca con el buen sentido: no podemos honrar á Dios sino dirigiéndole las mismas señales de respeto que damos á los hombres: una de las señales de más respeto y veneración, que podemos dar á un personaje es tener su retrato, estimarle y besarle, etc. ¿Porqué ha de ser un crimen el manifestar esta señal de respeto, de amor y de reconocimiento dirigida á Dios, á Jesucristo y á los santos? Porque Dios lo prohibió, replican los protestantes: más, acabamos de probar que esta prohibición no puede ser perpetua y absoluta. Todos los que tienen algún sentimiento de religión convienen en que es necesario multiplicar alrededor de nosotros los símbolos de la presencia divina: no hay un símbolo más enérgico, ni más sensible que la imagen, ó figura en que Dios se dignó presentarse á los hom-

Por fin, dicen los protestantes: si esta práctica no

and the second of the second of the second

es mala en si misma, es por lo menos peligrosa para el pueblo: este no tiene bastante penetración para poder distinguir el culto relativo del culto absoluto: no ve más que la imagen y á la imagen limita, como los paganos, toda su veneración y todos sus votos: este es un abismo cuyo preservativo es casi imposible.

Sin embargo no es más imposible enseñar á distinguir la bandera, como símbolo de la patria, ó la es-

tatua, como representación del héroe.

Cuando un ignorante saluda la bandera, ó la estatua ¿se le puede acusar de haber dirigido su intención á la bandera ó á la estatua, y no á la patria ó al héroe? Y ¿porqué se le ha de suponer más estúpido en materia de culto religioso que en materia de culto civil?

Nada más sabio que el decreto del Concilio Tridentino. Manda á los Prelados y Párrocos que enseñen « que se deben guardar y conservar, singularmente en los templos, las imágenes de Jesucristo, de la santísima Virgen y de otros santos, y darles el honor y la veneración que se les debe: no porque se crea que reside en ellas alguna divinidad ó alguna virtud, por la que se les deba honrar, ó que sea preciso pedirles alguna cosa, ó poner en ella su confianza, como los paganos la ponían en sus ídolos, sino porque el honor que se dirige á las imágenes se refiere á los originales que representan; de manera que, besándolas, descubriéndonos y prosternándonos en su presencia, adoramos á Jesucristo, y honramos á los santos, de quienes son imágen ó figura.»

¿Qué pueden reprender los protestantes en una de-

cisión tan exacta y tan bien motivada?

El Concilio se funda en el uso de la Iglesia desde los primeros tiempos del cristianismo, en el sentir unánime de los Padres y Doctores, en los decretos de los Concilios, singularmente en el de Nicea (ses. 25. c. II). Así que por parte de los protestantes es una reprobable temeridad suponer que desde el siglo IV

de la Iglesia, Jesucristo la dejó caer en la idolatría más grosera, arraigándose hasta nuestros días; que es lo mismo que decir que un puñado de hereges iconoclastas, que aparecieron al través de los siglos, vieron mejor la verdad que toda la sociedad de los cristianos

de todos los tiempos y lugares.

Al principio afirmaban los protestantes que el culto de las imágines era una práctica nueva y abusiva, que se había introducido en la Iglesia en los siglos de ignorancia; pues bien: ya en las catacumbas se encuentran muchas pinturas y sagradas imágines de Jesucristo, de la Virgen y de los apóstoles, pertenecientes por lo menos á los siglos II y III. Efectivamente se encuentran en todos los monumentos antiguos, como prueba Martigny en su Diccionario de antiquedades cristianas; y añade que este uso en los tres primeros siglos, quita la importancia que se ha querido dar al decreto del Concilio de Iliberis prohibiendo las imágenes, lo cual sin duda obedecía á circunstancias especiales de la época, por el temor de la persecución; así como el de Elvira, en España, dictado durante la persecución de Diocleciano: no contenían una prohibición general y fundada en principios.

Mas aún; está probado que las sectas de los cristianos orientales, como los nestorianos, nacidos en el siglo V y los eutiquianos en el VI, conservaron el uso de venerar las imágenes en sus templos; práctica, que es por lo tanto, más antigua que su cisma, y que es de tradición apostólica, como escribía san Basilio y san Juan Damasceno, ya que se remontaba á las cata-

cumbas.

Por lo demás, es indudable que desde los primeros siglos fueron honradas y veneradas las imágenes, como representaciones de los personages ó de alguno de los misterios de la religión. La escultura y la pintura como artes plásticas son medios apropiados, así como la elocuencia y la poesía, para obrar sobre el espíritu y el corazón de los hombres, á fin de formarlos y

enaltecerlos por la representación de los personages célebres, de las acciones heroicas y de las verdades morales. Estos medios de civilización, que responden perfectamente á la naturaleza del hombre, á la vez material y espiritual, no podían ser mirados con indiferencia por la Iglesia católica, siendo la maestra de la humanidad; y por eso, desde su origen, según lo permitieron las circunstancias, hizo uso de las imágenes para fomentar la piedad de los fieles.

De manera que mientras la Iglesia por medio de ese culto fomentó las bellas artes, poblando la tierra de obras maestras, los protestantes, en su furor iconoclasta, semejaron una invasión de bárbaros, destruyendo infinidad de tesoros artísticos acumulados por la piedad de sus antepasados, bajo el pretexto de que los católicos cometían el error grosero de idolatría.

Hasta el pequeño niño sabe, enseñado por su madre católica, que está en los cielos esa otra mamá, la Virgen-Madre, cuya imágen tiene en la cabecera de la cama, siendo la Virgen y no su imagen, la que venera, al saludarla con la plegaria del ángel.

Queda, pues, completamente vindicado de las calumnias protestantes, el culto que rendimos á la Virgen y á los santos, así como á sus imágenes.

POLÉMICA EXEGÉTICA

En esta parte, como lo indica su titul. queremos ocuparnos, á manera de Apéndice, de la refutación de algunas imputaciones calumniosas de la heregía respecto al culto de la Santísima Virgen, y al mismo tiempo examinar ciertos pasages de la S. Escritura, de que abusan especialmente los protestantes, como opuestos al culto que la Iglesia tributa á María. Los expondremos en varios párrafo-separados.

Calumniosa imputación de marianismo y mariolatría

La incredulidad y el protestantismo, para paliar su indiferencia, y hasta injurioso desprecio, per el culto de María, llegan á tacharlo de idolátrico, calificándolo como Mariolatria, y de injurioso á Jesucristo, porque se sustituye el Marianismo ó culto de María, al Cristianismo, ó culto de Jesucristo.

Aunque la imputación es ridícula y vulgar, vamos á tomarla en consideración, en obsequio á los poco instruídos. Desde luego, es sabido que la *idolatría* consiste en tribu-

tar á la criatura el culto de adoración debido á solo Dios.

Ahora bien, la Iglesia siempre ha enseñado que el culto rendido á María es el de veneración, que denomina hiperdulia por ser superior al tributado á los santos, que se llama culto de dulia, condenando á los coliridienses, hereges que rendían á María el culto de latría, debido á Dios (San Epifanio. Hæres. 79).

Esta heregía de los idólatras de María, nacida de un resto de propensión idolátrica, hasta el punto de tributarla sacrificios como á una divinidad, tuvo origen entre los pueblos ignorantes de la Arabia, y no tomó extensión alguna. «Preciso es ver una obra diabólica, dice San Epifanio (siglo IV) en una práctica tan llena de idola-

tría. Confieso que el cuerpo de María fué templo de la santidad; sin embargo María no es Dios. Por muy escogida y superior que sea, es en cierto modo una muger de la misma naturaleza que las demás, aunque haya sido consagrada por grandes honores y gracias en su alma y en su cuerpo...

»Por excelente, por santa, por eminentemente digna de honores que sea María, no debemos tributarla adoración.» Es, pues, muy antiguo y muy sabido para les católicos que los honores y culto de veneración rendidos á la Madre de Dios no deben extenderse á tributarla adoración, que solo es debida á Dios. Pero compárese este modo de S. Epifanio de feombatir abusos en el culto de María, con el procedimiento de los protestantes: á pretexto de que solo á Dios se debe adoración, niegan á María los honores del culto de

amor v veneración! Por consiguiente, cuando ese gran Doctor, San Epifanio. enseña con la Iglesia el culto de María Virgen, Madre de Dios, como un culto en cierto modo sin medida, como debe serlo en su orden de culto, de honor y caridad, teniendo por objeto la incomensurable y perenne grandeza de Madre de Dios, no es un culto sospechoso de exageración, como lo demuestra el haberse opuesto á la mariolatría. Pero esto mismo debe convencer al protestantismo de que no tenemos necesidad de sus advertencias para saber que no corresponde á María el culto de adoración; y por consiguiente, que la imputación de mariolatria es una verdadera calumnia, pues es achacar á la Iglesia lo que ella misma ha repudiado y condenado en la heregía de los coliridienses. Lo sabemos; con excepción del vulgo ignorante del protestantismo, lo que pretenden con esa imputación de idolatría es paliar su glacial indiferencia por la sublime criatura, que es Madre de Dios.

La Iglesia evita precisamente la idolatría distinguiendo á María de Jesucristo, y con María á todos los Santos y á todas las criaturas, por el mismo honor que les tributamos; honor que, por muy grande que sea, no solo jamás puede hacer sombra á la Divinidad, sino que la glorifica tanto más, cuanto mayor sea, pues en ellos honramos á sus servidores, á las obras de su gracia y á los heraldos de su gloria. No aclamamos á María bienaventurada sino porque Dios ha mirado la humildad de su sierva, porque ha obrado en ella grandes prodigios, y porque ella glorifica al Señor; porque María es quien manifiesta á Jesucristo y le refleja por la gloria misma que de El recibe; porque es María, Madre de Dios, quien demuestra á Jesucristo Dios.

Así, celebrar á María como Madre de Dios, es procla-

mar la divinidad de Jesucristo; luego no existe marianismo en el culto de María, esto es, no se sustituye María en lugar de Jesucristo, sino que se proclama la divinidad del Redentor, Hijo de María.

Por tanto, cuando el protestantismo afirma que repudia el culto de María, porque usurpa el de Jesucristo, es una sutileza que no es difícil de aclarar: realzamos la adoración del Hijo por la veneración de la Madre, y profesamos el culto de Jesucristo Dios por el culto de María Madre de Dios. Así, pues, el culto de la maternidad divina de María es por excelencia el culto de la divinidad de Jesucristo. Este culto no prodiga á María el honor y la veneración, sino porque reserva para Jesucristo la adoración. De este modo el gran culto de María es la proclamación más cumplida de la divinidad, y por tanto, de la adoración de Jesucristo, de quien María saca la grandeza incomparable de su maternidad.

Portanto, es falsa la imputación de marianismo, en cuanto que sustituyamos á Jesucristo por María, sino que por María vamos á su divino Hijo.

No suplantamos el cristianismo por el marianismo, si así quiere llamarse el culto de María; sino que por el marianismo vamos al cristianismo, esto es, profesamos el cristianismo verdadero por la adoración á Jesucristo y la veneración á su digna Madre.

Esto es todo el cristianismo, ya que no se concibe á Jesucristo sin su Madre, ni á ésta sin su Hijo. He aquí la sublime y gloriosa economía de la Iglesia católica, á fuer de verdadera, la que en el Concilio de Efeso condenó à Nestorio por negar á la Virgen el título de Madre de Dios, es decir, por negar la divinidad de Jesucristo.

* *

Pero notemos de paso la pretensión del protestantismo que, á pesar de admitir el libre exámen de la Biblia, y declararse falible, pretende ser el verdadero cristianismo.

¿Cómo se atreve á decir á los católicos: el protestantismo, aunque se considera falible, es el cristianismo verdadero, y es falso el catolicismo, que se considera infalible? ¿Con qué autoridad hace esa afirmación, si previamente se declara falible y admite la libre interpretación de la Biblia? Si su regla de fé es la libre interpretación de las Escrituras ¿coa qué razón y derecho excluyen la interpretación que dá la Iglesia? La Iglesia, que es la maestra á quien debe oirse y seguirse bajo pena de ser considerado

como infiel y publicado: Si Ecclesia non audierit, sit tibi

tamquam etnicus et publicanus. (Mat. XVIII. 17.)

Para que el cristianismo no se reduzca á la simple condición de un sistema religioso, y sea una religión que obligue en conciencia, esto es, para constituir un credo, una fé religiosa, cuya práctica nos merezca la felicidad eterna, ó salvación, es necesario que su enseñanza se base en una autoridad infalible; pues de otro modo podría enseñarnos el error y el mal, lo que no podría conducirnos á la salvación ó felicidad eterna. En efecto: Jesucristo al promulgar su doctrina dijo á sus apóstoles: «Id v enseñad á todas las gentes á observar cuanto os he mandado; el que creyere se salvará y el que no creyere se condenará.» (Joan. XXV. 26.) Ahora bien ¿cómo podía imponernos semejante obligación, bajo pena de salvación ó condenación, si no garantía la verdadera enseñanza, esto es, si no hacía infalible ese magisterio? Luego si entre todas las Iglesias, que se llaman cristianas, solo la católica es infalible en ese magisterio, ella sola debe ser creída; presumiéndose de derecho inaceptables las demás, por el solo hecho de declararse falibles, que nadie puede confiar su salvación á una religión que puede ensenarle el error y el mal, desde que se considera falible.

No; Jesucristo no abandonó su doctrina á la libre interpretación de cada individuo, sino que la impuso: el que creyere se salvará y el que no creyere se condenará. Y esto es lo que ambiciona y desea la conciencia humana: estar cierta, tener plena seguridad de que profesa una religión verdadera. A esta aspiración tan legítima respondió Jesucristo fundando su Iglesia con un magisterio infalible, cuando declaró al apóstol Pedro que sobre él fundaba su Iglesia, y que rogaría por él para que no desfalleciese su fé, á fin de que confirmase en ella á sus hermanos. Así tenía que ser una obra é institución creada por Dios, cual es la Iglesia de Jesucristo, la que reconocemos en esto, en que tiene por fundamento y maestro infalible á Pedro en sus legítimos sucesores, hasta la consumación de los siglos, á fin de que sea siempre la misma religión cristiana fundada por Jesucristo. Y ¿no es hasta ridículo pretender que constituya la religión verdadera y el Evangelio puro, un conjunto de sectas (mas de mil, conocidas,)? ¿Y de donde proviene que la Reforma haya dividido el cristianismo en ese número vergonzoso de sectas? Precisamente por su principio ó falsa regla de fé: «La Biblia ó palabra divina interpretada libremente por cada individuo.» ¿Podía ser obra de Dios un semillero de heregías ó interpretaciones antojadizas de la Biblia? Nó; esta regla fué

invención de Lutero para interpretar á su talante la palabra de Dios y sacudir, lo que llamaba en su apostasía, el yugo papista, esto es, el magisterio infalible del Papa, que antes él mismo había reconocido, como necesario; ya que Jesucristo siendo verdadero Dios, no podía abandonar su doctrina al capricho de los hombres, como ha abandonado

la ciencia á las disputas de los sabios.

Por eso ha dicho un célebre publicísta: «ó negar la divinidad de Jesucristo, ó caer de rodillas ante la autoridad del Papa»; porque, en efecto, no se puede admitir la divinidad de Jesucristo sin admitir el magisterio infalible del Jefe visible de la Iglesia de Jesucristo. Por lo demás, no debemos extrañar que, á pesar de ser la Iglesia católica el verdadero cristianismo, existan disidentes y hereges; pues ya nos lo había anunciado y explicado la Escritura: «Es necesario que haya también heregías, á fin de que se manifiesten los que sean verdaderamente probados.» (I Cor. XI. 13.).

Hé aquí la misión que desempeña el protestantismo: existe para que se manifiesten los verdaderos discípulos de Jesucristo, al ser probada su fé por las controversias y calumnias de la pretendida Reforma protestante. Demos

gracias á Dios, que sabe sacar bien del mal!

Mas, se nos preguntará ¿con qué objeto hemos hecho las anteriores reflexiones con ocasión del culto de María? Y respondemos: para probar que, si hemos demostrado la legitimidad del culto de la santísima Virgen y de los Santos, solo nos hemos propuesto ilustrar la fe de los creyentes y habilitarlos para contestar á los sofismas de los protestantes; pero que la plena seguridad y confianza de los fieles reposa en una autoridad más alta y segura, cual es el magisterio infalible de la Iglesia, lo que engendra en los católicos la certeza inquebrantable de que profesamos el verdadero cristianismo; mientras es una pretensión insensata en el protestantismo, que de antemano se declara falible, afirmar que enseña el puro Evangelio, esto es, el cristianismo verdadero, al paso que admite como evangélicas y cristianas todas las sectas antojadizas que han nacido del libre examen de la Biblia, excluyendo, por una contradicción inconcebible, la interpretación católica; aunque se comprende, si se considera que, siendo la verdad única, el error es múltiple.

Las bodas de Caná

Respecto al culto de la Virgen, merecen tratarse de un modo especial algunos pasages evangélicos, de que han abusabo los protestantes; y vamos á empezar por el de las bodas de Caná, porque lejos de constituir una objeción contra el culto de María, es la demostración más espléndida, que contiene el Evangelio, sobre la poderosa intercesión de María ante Jesucristo: he aquí porque lo trataremos con mayor amplitud.

Jesús tenía cerca de treinta años cuando fué preconizado y bautizado por San Juan, á quien dejan para seguirle, dos discípulos, á los que se juntan después otros dos, siendo uno de ellos Pedro. María va á determinar su divina manifestación, abriéndole en cierto modo su carrera. Hé aquí la narración de tan grande misterio, verificado en

Caná de Galilea:

Dice el Evangelio: «Y tres dias después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la Madre de Jesús; y fué también convidado á las bodas Jesús con sus discípulos. Y llegando á faltar vino, la Madre de Jesús le dice: No tienen vino. Y Jesús le responde: Muger ¿qué cosa hay comun entre tú y yo? aún no es llegada mi hora. Dijo su Madre á los que servían: haced cuanto él os dijere.

«Y había allí seis urnas de piedra para la purificación usada entre los judíos, y cabían en cada una dos ó tres cántaros. Jesús les dijo: llenad las urnas de agua; y las llenaron hasta arriba. Y Jesús les dijo: sacad y llevad al mayordomo; y le llevaron. Y luego que gustó el mayordomo el agua hecha vino, y no sabía de dónde era (aunque los sirvientes lo sabían, porque habían sacado el agua), llamó al esposo, y le dijo: todo hombre sirve primero el buen vino; y después que han bebido bien, entonces dá el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora.

«Este fué el primer milagro de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea; y manifestó su gloria, y creyeron en él sus

discípulos.» (Joan. II. 2-11.)

Sabido es que este relato sirve de motivo á la oposición al culto de la Madre de Dios, y de escándalo, á los débiles; y sin embargo es uno de los más edificantes fundamentos del culto á la santísima Virgen, como de ello se convencerá muy pronto el lector.

En efecto; volviendo á la narración del Evangelio, vemos que la presencia de María á estas bodas, por amistad con los desposados quizás, es la que atrae la de Jesús: «Jesús fué también convidado á las bodas con sus discípulos.» Llegando á faltar vino, la Madre de Dios se interesa caritativamente por sacar del apuro á los esposos, y llama sobre él el interés y el poder de su divino Hijo, á quien no le dice más que estas palabras: no tienen vino.

¿Podrá imaginarse que ha existido quién crea que tales palabras han sido inspiradas á María por un vano sentimiento de ambición maternal, deseosa de hacer conocer públicamente la divinidad de su Hijo, para recibir su reflejo? Por el contrario, en su brevedad sublime respiran la caridad, la discreción, la confianza, la fé, la dignidad modesta y paciente, el alma entera de María. No manda, ni aún suplica; limítase á indicar á la divina Bondad que hace falta el vino. Y como aquí la beneficencia de Jesús no puede manifestarse sino por milagro, y por un milagro que no tiene precedente, las palabras de María demuestran una fé maravillosa en el divino poder de su Hijo. Hay al mismo tiempo en esta palabra no tienen vino, una admirable confianza de María en su influencia para con Jesús; pero una confianza enteramente de sumisión, porque su ascendiente consiste en el sentimiento de su dependencia. En fin, se siente aquí una especie de intima inteligencia entre María y Jesús, que la exime de largos discursos.

Hé aquí algunos de los grandes sentimientos que respiran estas sencillas palabras de María; pocas son en número, pero su misma brevedad aumenta su importancia.

* *

«Y Jesús la dijo: Muger ¿qué cosa hay común entre tú y yo? Mi hora no es llegada todavía.»

Esta es la contestación de Jesús tan ofensiva para la santísima Virgen, según los censores de su culto. En primer lugar, llama Muger á María, porque es la Muger por excelencia, así como él se llama el Hijo del hombre.

En las palabras: ¿qué cosa hay común entre tú y yo? hemos seguido las traducciones ordinarias, y ningún temor

existe en atenernos á ellas.

Mas, la verdad nos obliga á decir que no son estos los mismos términos del Evangelio, y que el sentido se halla notablemente modificado. Los términos más propios de la traducción de ¿quid mihi et tibi est? según todos los intérpretes menos sospechosos, en particular Calvino y Grocio, son los siguientes: ¿qué nos va en esto á tí y á mí?» Lo cual concuerda con muchos otros lugares de la Escritura, especialmente con el de Mat. VIII. 29.

Nadie hay que desconozca ahora la diferencia que existe entre ambas versiones; porque en la primera existe una idea de exclusión general que no se encuentra en la segunda.

Pero además de ser la textual, concuerda mejor esta versión última con la segunda parte de la respuesta del Salvador, en que expresa el motivo: mi hora no es llegada todavia. Tal es la verdad literal del Evangelio, que se resiste materialmente al abuso que se hace cuando, sin tener en cuenta la conducta de Jesucristo, que fija inmediatamente el sentido, se quiere dar á su respuesta la significación de un dogma, que excluye toda relación de culto entre él y María; mientras que se comprende muy bien que, no habiendo llegado para Jesús, la hora de servirse de su poder, no era bajo tal aspecto oportuno el invocarlo. Y si además, se considera que, á pesar de esta inoportunidad por no ser la hora, el milagro pedido por María se realizó, sube de punto la influencia de intercesión en María para con su

divino Hijo, como veremos más adelante.

Pero en esta explicación preliminar, solo nos hemos propuesto desterrar semejante abuso del texto evangélico. Por lo demás, las palabras de María no tienen vino, cuya caridad, discreción y fé hemos admirado, parece que debían de obtener una contestación, no solo menos severa, sino enteramente diversa; la que daba constantemente Jesús en el curso de su vida á los que le demandaban milagrosas curaciones: Ten confianza; tu fé te. ha salvado - Jamás he encontrado tan grande fé en Israel. - Muger, tu fé es grande! por lo que acabas de decir, se cumplirá lo que deseas, etc. Por miserable, por indigno que fuese cualquiera de sus gracias, tener confianza era un medio infalible de obtenerlas: tu fé te ha salvado. Será, pues, porque María no es pecadora como la Magdalena, porque no es extraña, como la Cananea, por que es santa, porque es madre y digna Madre de Jesús, que Jesús le dá una respuesta, en apariencia tan severa ¿qué nos va en esto á tí y á mí? Decirlo sería una blasfemia, puesto que semejante reproche recaería sobre Jesús. Así; pues, no es el honor de María, es el honor de Jesús el que nos obliga á ver en su respuesta diversa intención de la que en ella aparece. «Era tan modesta y temerosa de Dios María, dice Calvino, que no necesitaba corrección tan severa.» (Com. de S. Juan.)

Esta consideración se robustece al observar que Jesús habló siempre á su Madre santísima en igual tono, y que por consiguiente ninguna cosa particular añade á sus palabras la tal circunstancia. Así, á la queja tan legítima y na-

tural de María con motivo de su desaparición en el templo, responde con el propio tono: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar? Más tarde, al decirle que su Madre y sus hermanos (patientes) le buscaban para hablarle, responderá: Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios.

Cuando una voz, elevándose de entre la multitud, grita: Bienarenturado el seno que te ha llevado y los pechos que te amamantaron, Jesús responde: Bienaventurados más bien aquellos que reciben y observan la palabra de Dios.

Ahora bien; es evidente que María no ha merecido estas severidades de Jesús en las citadas circunstancias; y, como no habiéndolas merecido, Jesús no habrá querido sistemáticamente emplearlas, preciso es inferir, no solo del misterio de Caná, sino de todas estas páginas del Evangelio, que las respuestas de Jesús se hallan exentas de la intención de severidad que en ellas aparece contra María. Antes bien, veremos que representan grandezas para María.

Purgada así de este espíritu de vituperio la palabra de Jesús, deja ver otro que concuerda tan maravillosamente con ella, cuando el primero se resiste completamente á serle aplicado. Fijemos pues en él toda la atención.

Ese espíritu es un espíritu de general enseñanza, cuyo objeto somos nosotros, y María solo el texto. Tal explicación, dada por Nicole al tratarse de la respuesta de Jesús encontrado en el templo, es aplicable á todos los rasgos de severidad aparente contra María: «La respuesta dada por Jesús á la Virgen ¿porque me. buscabáis?, etc.» parece dura; pero consiste en que entonces hablaba al género humano, á cuantos padres y madres hicieren, por malos motivos, lo que hacía la Virgen por buenos. A ellos se dirige esta advertencia: «¿No sabiáis? etc.» Y en el caso que nos ocupa, confiesa Calvino que: «Lo que habla Cristo en este sentido (de severidad) no tanto se refiere á María, como á las demás.» (Com. de S. Juan).

Pero ¿cuál es esta enseñanza, que tiene á los otros por objeto? Es que Jesucristo, como Salvador, es de todos nosotros, sin distinción alguna, ni aún de su Madre misma; es que todos pueden llegar á ser, como él mismo lo ha dicho, su modre, sus hermanos y sus hermanas, con tal de que escuchen y observen sus doctrinas; es que los más extraviados y perdidos tienen particulares derechos á su ternura; puesto que para seguirlos y volverlos al redil, abandonará las ovejas fieles y á su Madre misma; y es, por consecuencia, que siendo su Madre inocente y pura, no tiene tanta relación con Jesús, como Salvador, pues solo

ha venido este para las ovejas perdidas, según el mismo lo proclama, (Mat. 15.24.); es que consagrado enteramente á su Padre celestial, de quien ha recibido la misión de Salvador, desaparece de su vista su misma Madre, en comparación de la importantísima empresa que forma la soberana regla de su conducta y de todos sus prodigios; regla que no debe a moldar á consideraciones particulares, siendo no tanto Hijo de María, como Mediador universal del mundo, esto es, siendo solo su Hijo para ser nuestro Mediador. No es decir esto, observa S. Ambrosio, que rehuse las filiales consideraciones debidas á tan santa Madre, sino que debe subordinarlas al gran ministerio de que su Padre le ha investido, al carácter público de Salvador, de que no puede despojarse, y que, por consecuencia, debía de profesar y conservar en el momento de acceder á la súplica de María; es, en fin, que ha querido con esto, no solo excitar hasta el más alto grado nuestra confianza en su amor y en su completa abnegación en beneficio de nuestras almas, sino ser el vivo ejemplo de la abnegación y amor que en pago le debemos; ser el ejemplo de estas palabras, que ha hecho resonar en su Evangelio: Si alguno, al venir á mi, no aborreciere á su padre, á su madre, á su muger, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y á su misma vida, no puede ser mi discípulo, (Luc. 14, 26.) que quiere decir: Quien ame á su padre y á su madre mas que à mi, no es mi discipulo, (Mat. 10. 27.).

Tal es la medida del amor que nos exige; amor que nos dedica primero, al dirigir estas palabras, á la más tierna, santa y admirable de las madres: Muger, mi hora no llega-

do todavía.

He aquí la primera explicación de estas palabras; pero es preciso investigar otras, porque la luz no se compone de un ravo solo.

La segunda explicación es que Jesús ha querido mostrarnos la fe, la constancia de María en su mayor alteza, sometiéndolas á la prueba más dura: y en esto la trata con la mayor distinción, como trata á las grandes almas, á las que más quiere, con reproches ó abandonos, que son únicamente estratagemas de su ternura. Encontramos ejemplo de semejante conducta en las duras palabras que dirige á la Cananea, cuando ésta le suplica por su hija: No es justo tomar el pan de los niños y arrojárlo á los perros: y en la siguiente exclamación con que acompaña el milagro concedido á su humilde constancia: ¡Oh muger! tu fe es gran-

de... que se cumpla la que deseas.

La prueba es infinitamente más fuerte para María en proporción de su dignidad v santidad. Pero jqué fe tan grande será la que sale victoriosa de tal prueba, y que por una gloriosa recompensa inclina á su favor al mismo Dios!

Por último, un tercer significado, de las palabras del Salvador, que vemos manifiesto en su conducta, es la intención de realzar la gracia que iba á conceder á María, mostrándola como superior á cuanto podía pedírsele, ya que declara que no era llegada su hora.

Así, las palabras de Jesús no humillan á María, sino que elevan al más alto grado el objeto de la súplica que ella le

hace, hasta colocarlo fuera de su hora.

De manera que, tanto como es alta la dificultad que la opone, tanta es la gloria que le prepara en su triunfo; haciéndonos ver con tan insigne ejemplo, que nada hay que no mieda ella obtener de su misericordia; y que es lo que la Iglesia llama la omnipotencia suplicante de María.

En efecto; el milagro pedido no se recomendaba por su grande interés, lo cual es tanto más notable, cuanto que era el primero que debía comenzar la serie de los prodigios del Salvador; pero mientras menos se recomienda este milagro por sí mismo, más aparece debido solamente á la consideración y á la influencia de María: hacerla resaltar era su principal objeto, y tanto que Jesús lo realza por una dificultad de superior naturaleza, tanto que parecía atarle á él mismo las manos, que solo María desata por su humildad: Mi hora, dice Jesús, no es llegada todavía; esto es, la hora de mi manifestación divina, de mi gloria, que el milagro que se le pide haría brillar antes de tiempo.

¡Cuán grande es por tanto, bajo tan elevado punto de vista, la importancia del milagro que María pide á Jesús con estas sencillas y humildes palabras: No tienen vino; puesto que puede asegurarse que los demas milagros de su vida se hallan representados en este v, en cierto modo, contenidos en él, como en sus primicias, ya que el prodigio de Caná era el primero, y dependiendo de la influencia de

Maria!

Tal es la tercera significación de las palabras de Jesús: diversas son estas tres explicaciones; pero no contrarias, sino hermanas, y todas ellas igualmente aceptables. Su misma variedad es un testimonio de su verdad, porque es propio de la palabra divina resplandecer en diferentes direcciones, como el sol que es su imágen. all and the second of the seco

Poderosa intercesión de Maria

Los protestantes han pretendido deducir de las precedentes palabras de Jesús el rechazo de la intercesión de María, como para con ello reprobar el culto de intercesión que le rinde la Iglesia católica; pero no han tenido en cuenta que este fallo es contrario á la conducta de Jesús, de la que depende el verdadero sentido de sus palabras. Pues Jesús, á pesar de todos los considerandos, que precedieron al milagro, que solo sirvieron para hacer resaltar más la influencia de María, otorgó el milagro pedido.

Examinemos sino, la conducta de María ante la aparente negativa de Jesús, al decirle: Mi hora no ha llegado todavía. En efecto; cualquiera creería que el milagro pedido era negado, y así debiera haberlo creído María, si no tuviera la intuición del corazón de su divino Hijo, ó una profética y sublime confianza, pues Ella dice á los sirvien-

tes, segura del milagro: Haced lo que él os diga.

«Las palabras del Hijo pueden parecer duras y severas, dice San Bernardo, pero debe tenerse en cuenta que Jesús conocía á la que hablaba, y María no ignoraba quien era el que la hablaba, y para que comprendais como ha tomado la respuesta y adivinado la condescendencia de su Hijo para con ella, considerad que dice á los servidores; Haced lo que él os diga.»

¿Cómo adivinó María que su Hijo la iba á complacer, á

pesar de no haber llegado su hora?

María que había engendrado al Verbo, en su interior conversaba con esta Palabra, con este Verbo, con este Hijo á quien había engendrado, y que aun saliendo de su seno, había permanecido en su alma, santuario íntimo donde sustentaba con él perpetuo coloquio. Cuando Jesús parecía olvidarla y desdeñarla exteriormente como Salvador, no dejaba de hablarla y complacerla interiormente como Dios. Exteriormente la decía: Muger ¿qué nos va en esto á ti y á mí? Mi hora no es llegada todavía; y en su interior: Madre mía, pídeme, que yo no puedo apartar de tí mi rostro.

A esta última palabra interior de Jesús se refiere claramente la de María: Haced lo que él os diga: aquella se oye, por decirlo así, al oir esta. Y ¿cómo explicarlo de otra suerte? ¿Cómo, al revés de la contestación exterior de Jesús, hubiera comprendido María que iba á cumplirse inmediatamente el milagro, que parecía habérsele negado de un modo tan duro? ¿Cómo hubiera advertido á los servido-

res que obedeciesen presto á Jesús, si interiormente el mismo espíritu de Jesús no se lo hubiese revelado, si no hu-

biese estado en inteligencia con Jesús?

Mas, lo admirable entre tantas cosas admirables, es la relación entre la palabra exterior y la palabra interior de Jesús á María. Ambas palabras, aunque parecen contradecirse, hállanse en el más armonioso concierto. ¿Cómo? Porque siendo la palabra exterior de Jesús, como ya hemos demostrado, una palabra de prueba para hacer resaltar la importancia del milagro, la humildad de María la había vuelto digna de la inmediata palabra interior, digna del milagro que demandaba; habiendo verificado ya, por decirlo así, este milagro, cambiando la severidad de Jesús en condescendencia, así como él iba á cambiar el agua en vino.

Esto es lo que de las palabras de María se deduce: haced lo que él os diga; en las cuales se hallan el poder y la sumi-ión, la magestad y la humildad de María: Haced, palabra de mando y de confianza; lo que él os diga, palabra

de sumisión y de humildad.

Esta palabra: haced lo que él os diga, y la primera de súplica: no tienen vino, expresan ambas perfectamente el carácter de intercesión de María y del culto que le tributamos; caracter de Mediora para con el Mediador. Por la primera: No tienen vino, expresa nuestras necesidades con maternal interés, siendo á un tiempo Madre nuestra y de Jesús; y por la segunda: haced lo que él os diga, nos somete á Jesús por la satisfacción que de él obtiene; pide solamente para inclinarnos á obedecerle, y ella misma nos da el ejemplo. Este es el marianismo que nos lleva al cristianismo; María, Madre de Cristo, que nos lleva al Cristo Redentor.

* # #

Hé aquí el Evangelio en espíritu y en verdad. La conducta de Jesús, en la verificación del milagro obtenido por la fe y la humildad de María, es tan complaciente ahora para condescender á su petición, como antes había sido severo para probarla. María acaba de decir á los servidores: haced lo que él os diga; y abonando y ejecutando esta palabra, Jesús les dijo: tlenad de agua las urnas; y estando las urnas llenas, Jesús les dijo: sacad ahora y llevad al mayordomo, etc., verificando la petición de su Madre.

Tal es el desenlace de todo este misterio; desenlace por

el que deben de resolverse todas las dificultades.

En suma ¿qué vemos en este misterio? María demanda

y obtiene el milagro de Jesús. Entre la súplica y el cumplimiento media una respuesta, en apariencia severa, de Jesús. Mas ¿quién desconoce que la verdadera respuesta de Jesús consiste en el hecho y no en la palabra, y que según dice San Justino, no puede haberla querido herir de palabra honrándola al mismo tiempo de hecho? Y ¿quién desconoce que la palabra iba encaminada para nosotros, como advierte el mismo Calvino, y el hecho, el prodigio para la gloria de María? ¿Quién desconoce además que la palabra engrandece el hecho, realizado á pesar de no haber llegado su hora, y engrandeció también á María con esa severidad, que solo sirve de mayor merecimiento para María, para glorificarla anticipadamente y colocar el milagro á la altura de su santidad, y mostrarnos su santidad á la altura del prodigio? ¡Qué poder de intercesión es el de esta Madre, que obliga á su Hijo á anticipar su hora!

Suprimid la respuesta de Jesús, tan severa; dejad solamente la súplica de María y su inmediato cumplimiento, v habréis disminuido el testimonio de este milagro en favorde María; pues se nos presentaría como un milagro ordinario, á que se hallaba inclinado Jesús por su bondad para con sus huéspedes, tocándole á María la única gloria de haber propuesto la ocasión de verificarlo. Pero mencionando la respuesta de Jesús, enaltecéis este milagro sobre las circunstancias, sobre María, y en apariencia sobre el mismo Jesús; presentáis en su propio brillo, en estas sublimes palabras: haced lo que él os diga, la fé, la constancia, la humildad, la caridad de María; y hacéis de este milagro el prodigio de su influencia. Y la heregía, que pretendía sacar de ella una demostración de su desden para con la Madre de Dios, queda vencida y avergonzada.

Consecuencias del milagro de Caná

Dijimos que este milagro es el prodigio de la influencia de María; así lo acaba de demostrar la siguiente conclusión de la narración evangélica: Este fué el primero de los milagros de Jesús, y se verificó en Caná de Galilea; y por él manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

El hecho de notar el Evangelista que este fué el primero de los milagros de Jesús, nos indica en ello una mira. que solo puede ser la relación de este milagro con los demás. El Evangelio no le llama el primer milagro, considerándolo en particular; sino el primero de los milagros, ó mas literalmente, el principio de los demas milagros. Es decir, que el Evangelio, considerando todos los milagros. presenta el de Caná como su primer anillo; de la misma suerte que el manantial de las gracias espirituales con que Jesucristo había de inundar las almas tuvo su fuente en la que concedió á Juan Bautista en el misterio de la visitación de María á Santa Isabel, donde fué comunicada por Jesús á su Precursor esta primer gracia de santificación, mediante la voz y la intercesión de María. Igualmente, en el misterio de Caná, mediante la voz y la intercesión de María, Jesús emprende la serie de sus milagros.

Por tanto, el Evangelio nos recomienda intencionalmente á María como instrumento y canal de las gracias temporales y espirituales de Jesús en su dispensación general; lo que forma la doctrina católica. Semejante doctrina resultaba ya del misterio de la Encarnación del Verbo en el seno de María, en que vemos á Dios derramando sus gracias sobre el mundo por María, en la persona de Jesús, su Autor. De donde San Agustín y Bossuet sacan justamente la consecuencia de que «habiendo querido Dios darnos á Jesucristo, mediante la santísima Virgen. semejante orden no se cambia en lo sucesivo; y que así como ha contribuido María á nuestra salud en la Encarnación, que es el principio universal de la gracia, de igual modo contribuirá eternamente en todas las demas, que solo pueden considerarse como consecuencia de este gran misterio.» Y esto, que es una legítima deducción teológica, bajo otro aspecto, es un hecho evangélico.

El Evangelio confirma plenamente esta doctrina, presentándonos á Jesús, no solo viniendo al mundo por María, sino además confiriendo á María sus gracias espirituales y temporales en su primera fuente, y, por tanto, en todo su curso. Este es, repetimos, un hecho evangélico: el hecho de la primera de las santificaciones, el hecho del primero de los milagros de Jesús obrados por intercesión de María, como testimonio de su influencia en todas las gracias particulares y subsecuentes de que son cifra y emblema. Si los protestantes y cuantos se oponen al culto de la Virgen María, reflexionasen en esto, verían claramente que el Evangelio, en vez de apoyar sus objeciones, las rechaza completamente.

El Evangelio añade: Y él manifestó su gloria: lo cual confirma la explicación que hemos dado de estas palabras de Jesús: mi hora no es llegada todavía; hablaba de su gloriosa manifestación, que aparece anticipada en el milagro de Caná; y, por consecuencia, débese tal anticipación á la influencia de María.

¿Qué idea más extraordinaria, qué testimonio más considerable podía dar Jesucristo del poder conferido á las súplicas de su divina Madre, que anticipar por ella la hora de

su gloria, manifestándola antes de tiempo?

Y ¿cómo se explica este portento? No significa que Dios haya cambiado de propósito, ó que reforme su plan; sino que en tal plan y en tal propósito ha hecho entrar la súplica de María como medio determinante de su desarrollo, que, sin este medio, hubiera sido diferente. Según este desarrollo, la hora de la manifestación de Jesucristo no hubiese llegado sin la intercesión de María; así como la gracia de Jesucristo no habría llegado á Juan Bautista sin la Visitación de María; como Jesucristo no hubiera venido al mundo sin el consentimiento virginal de su Madre, ya que María estaba determinada á renunciar el honor de ser Madre de Jesucristo, si había de ser con detrimento de su virginidad.

Así cosa admirable! María influye sobre toda la economía del Plan divino: en el orden de la naturaleza, en el orden de la gracia y en el orden de la gloria. En el orden de la naturaleza, produce á Jesús, le coloca en el mundo y proporciona al mundo la causa final de su creación: en el orden de la gracia lleva á Jesucristo hasta nuestras almas, dándonos á comer el fruto del árbol de la vida que ella ha gustado la primera: en el orden de la gloria manifiesta á Jesús y determina su glorificación. Tal es lo que se nos enseña en los tres misterios evangélicos de la Anunciación,

de la Visitación y del milagro de Caná.

Lo acontecido en tan solomnes circunstancias del Evangelio solo se nos muestra en él con tan visible intención; para significarnos lo que ha de suceder siempre en el mundo. No olvidemos nunca que estos no son simplemente hechos históricos, sino misterios, es decir, enseñanzas, dogmas de lo que constantemente sucede: constantemente Jesucristo viene al mundo por María; constantemente María le lleva á nuestras almas por su visitación; constantemente María manifiesta su gloria por los prodigios que de su misericordia obtiene.

Y sus discípulos creyeron en él. Pues, ¿cómo no creían antes, siendo sus di cípulos? Creían, sí, pero con fé vacilante: se cree de nuevo cuando se cree con firmeza. Pocos incrédulos hay que no tengan mas fé de la que aparentan, y, muchas veces, mas de la que ellos mismos piensan: solo que rinden tributo á la moda de echarla de incrédulos. Por el contrario, no existe tan fervoroso creyente, que no

pueda creer con mayor intensidad todavía, y suplicar á Cristo, como sus discípulos: Señor, aumentad mi fé. Mas, sobre todo, v como última deducción del presente relato, diremos que toda fé es nula, en cierto modo, comparada con la que se obtiene por la intercesión de María, por las manifestaciones divinas, interiores y exteriores, de que es ella la angusta abogada é intercesora, como lo acredita diaramente la experiencia. Discípulos de Jesús, que creéis en él como si no creveseis; que os halláis faltos de fé, como aquellos faltos de vino, ¿queréis realmente creer en él? ¿queréis nacer para la fé cristiana? Pues lo conseguiréis por María, por su culto, por su intercesión, por su graciosa y maternal influencia. Los milagros de la fé, de la conversión de los hombres á su divino Hijo, del cambio del agua en vino, estos son propiamente sus milagros, estas sus victorias. Mirad lo que sucede con el protestantismo, que desprecia el culto de María: ya no es para él artículo de fé la divinidad de Jesucristo, desde que existen sectas protestantes que la niegan. El culto de la Madre de Dios es la garantía del culto de la divinidad del Hijo.

Aparente oscuridad de María en el Evangelio

Otra de las objeciones del protestantismo contra el culto de María es la deducida de la oscuridad, y como abandono de María, durante la vida pública de Jesús. Esto prueba, dicen, que Jesús quiso separar á su Madre de todo acto público, para evitar el pretexto de rendirle culto.

En verdad, durante su vida pública debía Jesús desentenderse de su Madre, como *Madre*, por su oficio de *Salvador*, que se extiende á todo el género humano, sin distinción alguna y sin consideración al parentezco de la carne.

Pero ¿quiere saberse la razón? María es descuidada porque era Santa; pues viniendo Jesús al mundo como Salvador, como Médico, como Pastor, debía inclinarse más bien á las ovejas perdidas, á los enfermos, á los pecadores, que á los justos. Debía desentenderse de María, porque había precavido en ella el mal de que venía á curarnos. Y también, si se quiere, porque la eminente santidad de María debía de ser exaltada por las aparentes humillaciones, que son las gracias de Dios para los justos, así como los halagos y las blanduras son las que dispensa á los pecadores.

La suprema humillación del Cristo fué aparecer abandonado por el Padre: «Dios mío, porqué me has aban-

donado?» Así fué la de María, aparecer abandonada, descuidada por su Hijo. Hé aquí el misterio del abandono y oscuridad aparente de María durante la vida pública de Jesucristo, para asemejársele al Redentor en todo.

Teniendo, pues, presente estas razones, toda la conducta de Jesucristo respecto de María se explica, y no solo desvanece en nosotros hasta la menor duda de sus sentimientos hácia María, sino que nos dá de ella misma la

mas alta idea, y la glorifica.

Las circunstancias en que más sensible aparece el oscurecimiento de la santísima Virgen son: la transfiguración gloriosa de Jesús en el Tabor, la institución de la Eucaristía en la santa cena, la resurrección y ascensión de Jesucristo á los cielos; mientras solo se la ve figurar al pié del Calvario y en el Cenáculo. Pero todo esto redunda en gloria de María.

No estuvo en el Tabor, ni en la resurrección, ni en la ascención, porque no tenía necesidad de fortalecer su fé, como los discípulos, pues ella no dudó jamás de la divinidad de su Hijo, ni del cumplimiento de sus promesas. Por eso dijo Jesús resucitado al Apostol Tomás: biena-

venturados los que no vieron y creyeron, como María.

Tampoco María estuvo en la Cena, ya porque ella no iba á ser constituida sacerdote; ya porque, como dice S. Agustín, «habiendo tomado Cristo su carne de la carne de María, es la misma carne de María la que nos da á comer para nuestra salvación.» He aquí el sentido admirable de la ausencia de María de la Cena: se hallaba ausente á fuerza de estar presente y en comunión con su divino Hijo, hasta el punto de ser ella misma en él la sustancia de este sacramento de la Eucaristía.

Pero María estuvo al pié del Calvario para cumplir la profecía de Simeón, para ser martirizada con su Hijo, viendo atravesada su alma por la misma espada, y quedar así

constituida Corredentora del mundo.

En una palabra, la grandeza de la dignidad de María, había de ser la de su dolor, para convertirse en la medida de su gloria, pues el destino de María se hallaba de tal suerte identificado con el de Jesús en su pasión, que según la gran profecía, la misma espada de dolor que herirá al Hijo traspasará á la Madre: Et tuam ipsius animam pertransibit gladius.

Durante la vida pública de Jesús casi se limita el Evangelio á decir que le seguía en sus viajes evangélicos; pero esto en un sentido muy glorioso para la santísima Virgen; leemos en el Apocalipsis (14. 4.), que en los esplendores de la Jerusalen celestial «las vírgenes siguen al Cordero por-

todas partes.» La Virgen de las vírgenes hacía en la tierra lo que después había de continuar en el cielo; la Oveja virgen seguia al Cordero sin mancha en todas sus fatigas y humillaciones; pero le siguió principalmente en la inmolación, en el sacrificio. Preciso es que le cueste su Hijo único el ser Madre de los cristianos, y coopera á nuestro nacimiento espiritual por la ofrenda voluntaria que de él hace.

Tanto cuesta á María ser Madre de los hombres! Ella es la Eva de la nueva alianza y la Madre comun de todos los fieles; mas para ello preciso es que consienta en la muerte de su Primogénito; preciso es que se junte al Padre Eterno y entreguen ambos su comun Hijo, de comun acuerdo, al suplicio. Para esto la Providencia la llama al pié de la cruz; viene allí á inmolar á su Hijo verdadero; á que muera para que los hombres vivan! Tal es el sentido, el valor y el efecto de la Compasión de María en el Calvario.

* #

No era necesario para la santísima Virgen presenciar las apariciones de su divino Hijo después de la resurrección y en la ascención, puesto que el solo objeto de semejantes apariciones, como lo indica el Evangelio, era convencer la incredulidad de los Apóstoles, y prepararlos á recibir los dones que ya la Virgen poseía; pero muy de notar es que las narraciones divinas la hagan reaparecer después de la desaparición de su Hijo, para mostrárnosla en el Cenáculo. perseverando en la oración con los apóstoles y las santas mugeres. (Act. 1. 14.) ¿Acaso pudo ser en vano el conservar á María en la tierra después de la ascensión de su Hijo? No; sino para cooperar á la formación de la Iglesia de Jesucristo. ¿Cómo? Cooperando de un modo eficaz á la formación de la fe cristiana en el Cenáculo, como había cooperado á la redención en el Calvario, y á la encarnación en Nazaret. Y así como debemos el tener á Jesucristo á su consentimiento, debamos también el conocimiento de Jesucristo á su testimonio.

En efecto, el testimonio natural é histórico no podía ser suplido entre los Apóstoles por la inspiración; por eso se circunscribe por ellos, comenzando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que subió al cielo, es decir, á los tres años de la vida pública de Jesucristo, único periodo de su vida, que los Apóstoles habían conocido; y eso exigieron

para la elección del sucesor de Judas.

Ahora, pues, entre los apóstoles ¿quién podrá dar testimonio de los treinta años precedentes de la vida del Salvador, del glorioso misterio de su nacimiento y principal-

mente del grande y fundamental misterio de su concepción divina de la *Encarnación?* ¿Qué dichoso tesorero de tal riqueza vendrá á juntarla al caudal apostólico?

Claramente se ve que es la santísima Virgen, es María, á la que el historiador sagrado nos muestra en el Cenáculo unida á los Apóstoles en un mismo espíritu; mención tanto mas significativa en este sentido, cuanto que el historiador es San Lncas, el evangelista de estos misterios, y quiere expresar así que semejante testimonio proviene de María, quien dice en su Evangelio que María lo había conservado todo en su coraxón. San Anselmo no duda de ello: «Aunque descendió el Espíritu Santo, dice, muchos grandes misterios fueron revelados por María á los Apóstoles». (Lib. de Excel. Virg.).

Y en qué se fundaba el valor de su testimonio? En una sola cosa: en su santidad supereminente, en su dignidad de *Madre de Dios, Madre de Jesús;* santidad y dignidad que son la base de la fé de los Apóstoles en el misterio de la Encarnación, y, por consecuencia, de la fé del universo en

el cristianismo.

El universo cristiano, pues, ya lo sepa, ó ya lo ignore, tributa á la eminente santidad y dignidad de María un testimonio proporcionado á su fé en el Verbo hecho carne; puesto que no cree en el Verbo encarnado, sino porque cree en la santísima Virgen María.

Aparente desconocimiento de Maria por Jesús

Existen otros dos pasages del Evangelio, de los que abusan los protestantes, para oponerse al culto de María; hélos aquí: cuando «dirigiéndose al pueblo reunido á su rededor, llegó uno á decirle: Hé aquí á tu Madre y á tus hermanos (parientes), que desean hablarte; y respondió: ¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos? Y extendiendo la mano sobre los que le rodeaban, añadió: Hé aquí á mi madre y mis hermanos; porque quien hace la voluntad de mi Padre, y escucha y observa su palabra, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre.» (Mat. XII. 47.)

El otro pasaje es, cuando dirigiéndose al pueblo «una muger alzó la voz de entre la multitud, y le dijo: ¡Dichoso el seno que te ha llevado y los pechos que te han amamantado! Y Jesús respondió: dichosos más bien los que escuchan

la palabra de Dios y la observan. (Luc. XI. 27.)

Ante todo, recordamos que cuando, como en estos casos, Jesús habla como Salvador, sus palabras más bien que á María, se dirigen á nuestra enseñanza. Por tanto, aquí nos enseña, como Salvador, que son «su madre y sus hermanos los que escuchan su palabra y la cumplen»; pues en esto consiste la salvación eterna y la bienaventuranza. De manera que si su misma Madre es bisnaventurada, lo es más bien por haber escuchado y cumplido la palabra divina. Pero ¿á quién se le puede ocurrir que, como Hijo de María, ha negado á su Madre, ó que se proponía despreciarla y negar su dignidad, proclamada por el Espíritu Santo en otros pasages del mismo Evangelio, que ya dejamos citados?

En efecto; al ser interrumpido Jesús en su predicación con la consideración de su Madre y parientes, ha querido enseñarnos que no puede ser su discípulo el que ame á sus padres y parientes más que á él; pues se le ama oyendo y observando su palabra; que en esto consiste la bienaventuranza, aún para su propia Madre y parientes, y que antes bien, solo es Hijo de María para ser nuestro Salvador.

Pero en estas palabras está muy lejos de querer ofender á su santísima Madre, ni rehusarle las consideraciones debidas á tan digna Madre, aunque debe subordinarlas al gran ministerio de que su Padre le ha investido,

según anteriormente hemos explicado.

Sin embargo, en estos pasages Jesús realza infinitamente á María, haciendo de ella el más sublime panegírico; tanto que todo lo que se ha dicho y puede decirse de la grandeza y gloria de María solo se aproxima á las palabras de Jesús, y solo es verdad en cuanto se aproxima á ellas. Hé aquí el fundamento de toda la doctrina católica relativa al culto de la santísima Virgen; fundamento que nunca puede ser meditado tanto como merece.

Jesucristo ha dicho: «quien no aborreciere á su padre, á su madre, á su hermano, etc., no puede ser mi discípulo.» ¿Pueden tomarse estas palabras al pié de la letra? Nó; pues estarían en contradicción con el cuarto mandamiento: honrarás á tu padre y á tu madre. Y en efecto, sabemos que deben interpretarse así: «quien ame más que á mí, á su padre y á su madre, no puede ser mi discípulo.» Luego, no es extraño que lo mismo suceda con las palabras citadas respecto de María. Así que, como muy juiciosamente observa Grocio, Jesús no desaprueba la alabanza hecha á su Madre, ni desmiente que por serlo merezca la apelliden bienaventurada, pues ya lo kabían dicho el Angel en su salutación, Isabel en la Visitación, y la misma Virgen en la plenitud del Espíritu Santo; sino que añade una cosa más grande, á saber: que la beatitud eterna y sólida no consiste en el solo hecho de haberle concebido y dado á

luz, y, en tal sentido, que no es exclusiva de María: todos pueden alcanzarla; y esto debía enseñar como Salvador.

Ser Madre de Jesús con una maternidad ordinaria y puramente carnal, como lo entendía la muger del Evangelio, en su ignorancia del carácter virginal y divino de la maternidad de María, no debía ser considerado como el supremo objeto de alabanza, en sentido cristiano, y Jesucristo debía proponer otro mas elevado, exclamando: «Dichosos mas bien los que escuchan y cumplen la palabra de Dios». Ser Madre de Jesús, aún con el carácter virginal y divino que admiramos en María, no es propiamente y en rigor, lo que constituye su gloria y lo que la hace merecer los honores y homenages del universo, sino su santidad.

Tal es, en verdad, el alcance de estas divinas palabras: colocar sobre toda beatitud, sobre toda prerogativa y toda grandeza la fidelidad en escuchar y cumplir la palabra de Dios. Esta es la vocación que todo lo domina, que se extiende á todas las almas, sin distinción de la maternidad de María; puesto que Jesús añade, aludiendo á tan augusta maternidad: Estos son mi madre, mis hermanos y mis hermanas. Y en verdad, observa Grocio, escuchar la palabra es concebir á Cristo, y observarla, es darlo á luz. Así todos los fieles conciben y dan á luz á Cristo en su alma, y bajo este punto de vista esencial y fundamental, no existe privilegio para María.

Mas si no existe en esto privilegio para María, tampoco existe exclusión: claramente estaba ella comprendida en la respuesta general de Jesucristo, tanto más, cuanto que era personalmente objeto de ella; de donde con evidencia resulta que Jesús no niega, ni podía negar, la beatitud y la gloria de María, sino que por el contrario, la concede el más amplio fundamento. Será glorificada por el Señor, por haberle glorificado ella misma, cumpliendo la voluntad del Padre, más que engendrando al Hijo de su propia carne.

En efecto; admírese como se relacionan á esta palabra de Jesús todas las otras palabras del Evangelio, de donde sacamos los fundamentos de nuestro culto á María. Si la saluda el Angel bendita entre todas las mugeres, no es por haber engendrado á Cristo, pues el misterio de la Encarnación aún no se había cumplido, sino por ser llena de gracia, y porque el Señor está con ella. Si se confunde y asombra Isabel viendo que la Madre de su Señor viene á visitarla, y si, poseída del Espíritu Santo y alzando la voz, la proclama bienaventurada, no es propia y únicamente porque lleye á Cristo en su seno, sino porque ha creido su

palabra. Porque por su fe en la palabra del Señor se cumplirán las cosas que le han sido anunciadas. Si María, contestando en seguida, es arrebatada de júbilo en Dios su Salvador y le glorifica, no es porque se la haya saludado como á Madre de Dios, sino por que el Señor ha contemplado la humildad de su sierva. «Por esto todas las generaciones la apellidarán Bienaventurada».

Se ve, pues, que cuantas veces glorifica el Evangelio á María lo hace por ser Madre de Dios fiel en escuchar y guardar su palabra. Esta gran réplica del Hijo de Dios: «Dichosos más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan», dirigida á la generalidad de los fieles, alcanza plenamente á María, y solo la confunde entre la multitud para hacerla brillar más por esto mismo. María es elevada por el mismo concepto con que todos podemos elevarnos; pero lo es hasta un grado incomparable, al que no logra aproximarse ninguna santidad de la tierra, ni virtud alguna de los cielos, porque ha sido la más fiel y la más humilde entre todas las criaturas.

No confundamos los dones de Dios. Haber engendrado según la carne al Verbo eterno, y, por el más inaudito de

los milagros, convertirse en Madre de su Creador, es un honor insigne que María ha recibido de Dios; mas no es un mérito que Dios haya podido ni debido, segun las leyes de su justicia, recompensar en María. Solo alaba, solo recompensa en ella lo que ella ha hecho por él. Tan cierto es esto que, si por una suposición, de la que solo puede resultar gloria para Dios y para María, pues realza la soberana equidad del juicio de Dios y el mérito inestimable de la perfecta cooperación de María; si después de haber concebido esta al Verbo de Dios, no hubiera sido obediente á su palabra, y se hubiese olvidado hasta el punto de complacerse en sí misma, no gozaría de la felicidad y gloria que disfruta en los cielos; porque Dios no habría encontrado en ella el carácter de sus elegidos, que es la justicia y la santidad. Por el contrario, si María, aun sin haber concebido el Verbo divino, hubiese sido, ó podido ser, tan obediente y humilde como lo fué concibiéndolo, tan santa y fiel, tan consumada en virtud y tan llena de mérito, me atrevo á decir, con Bourdalone, que sin ser Madre de Dios se hallaría, como se halla, la más próxima al trono de Dios.

Tal es el verdadero sentido, y no puede ser otro, el de las palabras de Jesucristo: «Dichosos más bien los que reciben la palabra de Dios y la cumplen»: Si mi Madre es tan dichosa, como lo es, es porque, siendo mi Madre, ha creído en la palabra de Dios; y no sería dichosa, á pesar de ser mi Madre, sino hubiese sido fiel á la palabra de Dios.

Mas, con semejante doctrina ino se aminora la prerogativa de Madre de Dios, que ocupa tanto lugar en el culto de María, que puede casi decirse que exclusivamente lo constituye? ¿No se oscurecen así tantas páginas en que se exalta la maternidad divina como fuente de valimiento y crédito de María cerca de su Hijo, fundamento de nuestra confianza en su intercesión hasta hacer adelantar su hora á Jesús por complacerla, ó en consideración á su inter-

De ningún modo; y hé aquí la conciliación de ambas verdades:

La grandeza de los Santos proviene de las gracias que reciben y de la fidelidad con que á ellas corresponden; y, por otra parte, las gracias que reciben son proporcionadas á las funciones á que Dios los predestina. María predestinada á la más eminente de todas, en la economía general del plan divino, al ministerio sublime de Madre de Dios, ha recibido especiales gracias á causa de tan augusta predestinación; gracias extraordinarias, que llegan á la plenitud de las gracias. Esto es en lo que el Hijo de Dios, obrando como soberano y como Dios, ha privilegiado á María, distinguiéndola como á Madre suva: lo cual en nada se opone á la regla general de beatitud, que acabamos de exponer, porque estableciendo dicha regla por condición general de la beatitud, escuchar y cumplir la palabra de Dios, no prejuzga el principio de la desigual dispensación de las gracias y de la gerarquía celestial de los elegidos, expresada por estas divinas palabras: Muchas mansiones hay en la casa de mi Padre (Joan. 14, 2.)

Ahora bien; habiendo María correspondido á la plenitud de gracia con una plenitud de fidelidad; su beatitud, fruto de ambas, participa de su predestinación como Madre de Dios. Solo es dichosa porque ha sido fiel; pero como su fidelidad ha llenado la medida de las gracias que ha recibido, y estas gracias le han sido conferidas en proporción á la dignidad de su ministerio de Madre de Dios, es dichosa, gloriosa y poderosa á los ojos de Dios á proporción de esta dignidad; no pura y simplemente como Madre de Dios, sino como la digna, fiel y santísima Madre de Dios.

Mas, sobre todo, semejante grandeza se funda en su humildad, y en esto más particularmente consiste que la divina maternidad contribuye á su beatitud y grandeza. Siendo la humildad el fundamento de la gloria; aprended de mí, porque soy humilde de corazón, como dijo Jesucristo; María es tanto más elevada, cuanto más humilde ha sido, imitando á su divino Hijo. Habiendo permanecido María, la más humilde de las criaturas en medio de su dignidad

sublime de Madre de Dios, ha conseguido infinitamente más mérito que si no hubiese experimentado la prueba de tan maravillosa dignidad. Su maternidad ha realzado el precio de su humildad; y lo que hace que semejante humildad sea incomparable, es el haber sido unida á la plenitud de la gracia, á la plenitud del mérito y á la plenitud de los honores: es la grandeza de las grandezas.

Por fin, volviendo á la explicación de Grocio, si es verdad que escuchar la palabra de Dios es concebir al Cristo. y ponerla en obra es darlo á luz, y por eso los que escuchan y observan la palabra de Dios son la madre y los parientes de Cristo; medida María por esta ley comun y general de la grandeza cristiana, es la Madre de Cristo por excelencia, y la mas elevada de todas las criaturas cerca de él; porque no le ha concebido, sino porque ha creido la palabra de Dios, y le ha dado á luz por haber sido fiel á ella. Y si lo ha concedido y dado á luz mas perfectamente por haberlo hecho en persona, y que por María nos es dado á nosotros concebirlo en espíritu, no es tan solo por que el Espíritu Santo haya descendido sobre ella de un modo sobreeminente, sino porque ella ha correspondido á esta divina obra por una cooperación de fé, de caridad, de humildad, de santidad incomparable, que la hace merecer tan maravillosa prerogativa, y constituye el verdadero titulo de su beatitud y su grandeza.

Así, pues, las palabras que ha pronunciado Cristo durante su vida pública relativas á María, si parecen oscurecerla es para distinguirla mejor, y si la hacen entrar en la comunidad de los fieles, es solo para que ella ocupe el primer lugar; y por tanto, la doctrina católica de la elevación de María y el culto que la debemos, entendida rectamente, encuentra firme apoyo y amplio fundamento en el Evan-

gelio y en la Biblia.

Queremos añadir la siguiente reflexión para confirmar

lo que acabamos de decir.

Según la exposición anterior, el sentido moral y el sentido común más vulgares ¿podrían admitir que la Madre de Cristo, anunciada muchos siglos había por tantos símbolos y profecias, objeto de la embajada y homenages de un Augel, como llena de gracia y bendita entre todas las mugeres; llamada á dar y á discutir su libre consentimiento de alianza con el Altísimo, porque no quería ser madre con detrimento de su virginidad; Madre, esposa, templo vivo del mismo Dios; saludada tan respetuosamen-

te como Madre del Señor por Isabel en la plenitud de la inspiración del Espíritu Santo; anunciando ella misma por la doble inspiración del Espíritu Santo y del Verbo. que llevaba en sus entrañas, su grandeza y su gloria eternas, en ese cántico de su humildad y gratitud que preludiaron los pasados siglos, y al que deben responder los siglos futuros bienaventurada por todas las generaciones; ¿podría admitirse, repito, que la Madre de Cristo, que después de haber llegado á serlo con tanta gloria por el gran misterio de la Encarnación, lo ha sido tan soberanamente por treinta años que Cristo la ha obedecido, y de un modo tan fiel y doloroso por toda una vida de contemplación y de martirio, no mereciera sino el olvido en la segunda parte del Evangelio, por parte de un Hijo, que es la Justicia y la Bondad misma, y que en consideración á ella adelantó su hora con el primero de sus milagros? Si este olvido ú oscuridad aparentes fuese injurioso á María

no lo sería aún más para el propio Jesucristo?
Y si no es injurioso, siendo tan intencional ¿no se convertiría más bien en testimonio de gloria? Si, por cierto. Jesucristo en su vida pública de Redentor de los pecadores, debió prescindir intencionalmente de su Madre, porque era Santa con toda la plenitud de la gracia; y aunque la Virgen lo seguía á todas partes, no era como las ovejas desgraciadas, que por lo mismo eran el objeto del amor y cuidados del Redentor. Y si este ministerio público de Jesús hace que María aparezca oscurecida ¿qué puede implicar esto contra la grandeza de María, consistiendo toda su grandeza en la maternidad misma, que le es inherente? Así como Jesús es siempre Dios, á pesar de todas las humillaciones de su vida oscuridad de su infancia y la ignominia de su muerte, María es siempre Madre de Dios, aún bajo la aparente oscuridad que nos la oculta durante la vida pública de Jesús; apareciendo sin embargo, al pié de la cruz en el Calvario para consumar con su Hijo la salvación del mundo como Coredentora, y cumplir la profecía de Simeón.

Desaparece durante la vida pública y trabajos apostólicos de Jesús, porque ella no era oveja descarriada, ni pecadora, mientras á los pecadores y ovejas descarriadas se dirigían esos trabajos y misión de Salvador: no vine á buscar á los justos, sino á los pecadores: pero María era santa, llena de gracia y en ella confirmada; por su misma santidad y dignidad debía ser descuidada, esto es, no tenía necesidad de ser conquistada y buscada, como los pecadores. Mas cuando llega el momento supremo de consumarse el sacrificio de la redención, entonces la santa é inmacu-

lada aparece en el Calvario para ofrecer al Padre la víctima de su Hijo común, y tener la gloria del martirio como

corredentora del género humano.

Así que la aparente oscuridad de María es la revelación de su gloria suprema. ¡Ah! cuán grande es la dignidad, gloria y poder de la Madre de Dios. Y ¿quién no sentirá, si es cristiano sincero, la verdad de esta hermosa expresión de Sor Juana Inés de la Cruz, gran literata mejicana? «No sé que se tiene, que en hablando de María Santísima se enciende el corazón mas helado».

Por fin; y sólo para que se vea hasta dónde llega el des-precio y odio de los protestantes á la Virgen María, vamos á hacernos cargo de una objeción tomada del folleto protestante La bienaventurada Virgen María y los Evangélicos: «Durante toda la vida pública de nuestro Salvador la figura de la bendita Virgen desaparece (1). La vemos en las bodas de Caná de Galilea, y después la encontramos ipásmese el lector! acompañando á los parientes carando del Señor para tomar preso á nuestro Redentor, alegando que estaba Loco! (San Marcos III. 21-31) Desde este acontecimiento, ya no se vuelve á encontrar á María, sino al pié de la cruz, donde el Salvador le paga aquel acto de pocu caridad acordándose de ella para recomendarla al cuidado del apostol y evangelista Juan. Permitió el Señor este extranísimo eclipse de María para que los cristianos no fuésemos á ser enredados en la idolatría, ese idolátrico culto de los papistas á María».

Parece imposible que se pueda tratar con más desprecio y desdén á la Madre de Dios. Y esto se dice cabalmente en un folleto en que se declara que su propósito es deshacer el cargo injusto que se hace á los evangélicos (protestantes) de aborrecer à María, y probar que la honran mejor

y aman más que los papistas! (sic).

Para hacernos cargo de la objeción, citemos el texto del Evangelio. «Versículo 20, «Y vinieron (Jesús y sus discípulos) á la casa, y concurrió de nuevo tanta gente, que ni aún podían tomar alimento.—21. Y cuando lo oyeron los suyos, salieron para echarle mano: porque decían: Se ha puesto enagenado... 31. Y llegaron su Madre y sus hermanos (parientes); y quedándose de la parte de afuera, le enviaron á llamar».

Son múltiples las interpretaciones que á este texto se han

¹⁻Ya hemos dado la razón y su significado.

dado, como puede verse en S. Beda, S. Juan Crisóstomo, Grocio, Maldonado, Scio, Migne y muchos otros que se ocu-

pan especialmente de este pasaje.

Así, advierten algunos intérpretes que el texto griego dice en vez de enagenado, fuera de sí, estático, olvidado de sí, hasta el punto de no tomar alimento, por el fervor y aplicación á las cosas del Evangelio, lo que parece concordar con el versículo 20, que advierte haber concurrido tanta gente, que ni aún podían tomar alimento. Otros indican que eran las turbas las que, engañadas por los fariseos, decían que estaba poseído de Belzebú ó enagenado.

Pero aun cuando se dé por cierto que eran los allegados y parientes de Jesús, los suyos, como dice el versículo 21, los que creyeron que Jesús estaba enagenado, ya fuese porque no comprendían su celo y ciencia, habiéndolo conocido en el taller del carpintero; de ninguna manera debe incluirse á su Madre, no solo porque el evangelista no la nombra en el versículo 21; pues cuando quiere incluirla la nombra expresamente, como hace en el versículo 31; sino porque, aun cuando los parientes ó algunos de ellos hubiesen dado crédito á los fariseos, nunca pudo suporterse esto en María, que conocía la divinidad de su Hijo, desde el momento de la Encarnación, en que el angel le anunció que concibiría al Hijo del Altísimo, cuya convicción demostró María en las bodas de Caná al pedir á su Hijo el milagro de la conversión del agua en vino.

El atribuir, pues, á María que creyese que Jesús estaba enagenado, como propalaban los fariseos y pudieron creer-lo algunos de los suyos, ignorando el misterio de la Encarnación del Verbo, es una infamia protestante, que ni siquiera respeta á la Madre de Dios. Y véase la mala fe de los evangélicos: en el versículo 21 solo se menciona á los allegados de Jesús, tos suyos, indeterminadamente, y no á María; y si en el versículo 31 aparece mencionada su madre con sus hermanos, es porque iría, sin duda, para ver á su Hijo, y no porque crevese lo que ella no podía creer.

sabiendo que era Dios.

De todos modos, lo que queda demostrado es la poca consideración y el ningún respeto que el protestantismo tiene por María, la Madre de nuestro Dios y Salvador; y queda demostrado que en vez de venerarla y amarla la insultan, porque es el mayor insulto que puede hacerse á María suponer que llegase á creer que su divino Hijo estaba loco. ¡Pásmese el lector! diremos á nuestra vez, al ver de qué manera es que los evangélicos honran á María mejor que los papistas (católicos). Indudablemente, estaría enagenado el que así se atreve á insultar á la Madre de Dios.

APÉNDICE

Las Congregaciones Religiosas

Tratamos en el texto de las Ordenes religiosas en sus relaciones con el culto de María; aquí queremos añadir algunas consideraciones en defensa de las mismas, ya que tan injustamente las persigue el anticlericalismo jacobino, con escándalo de los mismos liberales que proclaman con sinceridad la libertad civil y religiosa. En efecto; si las benéficas Congregaciones Religiosas son la víctima de estos tiempos, no es sino porque hacen sombra é importunan á la incredulidad materialista esas legiones de religiosos que rezan, que predican, que escriben, y que enseñan sin apartarse de la virtud y de la verdad. La virtud es sin quererlo, un reproche para el vicio; como la verdad es un sol resplandeciente que disipa las tinieblas del error. Por eso es que hoy se persiguen las Congregaciones Religiosas; se pretende substraer al pueblo de la benéfica influencia de la religión y acallar con el silencio de la verdad la voz del remordimiento. Todos los enemigos de la Iglesia se han dado esta palabra de orden, esta contraseña: perseguirlas; porque dada la influencia que ante el pueblo, y las naciones gozan, es difícil, sin limpiar el paso, que la perversidad realice sus malvados fines. Una voz que clama, que avisa, que advierte al inocente, es un serio obstáculo á los planes de un criminal.

Pero como estamos en la época de la masonería triunfante, pretenden los perseguidores sellar con el timbre de la verdad y sancionar con leyes sus intentos; lo hacen, según dicen, por el bien de la enseñanza, por la paz del pueblo, por el bien de la nación, y concluyen con Caifás: que es preciso inmolar víctimas en aras de la libertad. En vano responderán los menos injustos: no las encontramos culpables, tienen derecho á ser libres: por que la voz de

las logias y el grito de la mal entendida y sarcástica libertad aturdirá al mundo con la voz de ¡muera! ¡muera! como en ¡Jerusalen gritaban ¡crucifícale! ¡crucifícale! Cuando la injusticia es hipócrita se viste con el manto de la verdad; cuando se ve descubierta recurre al despotismo. Es lo que acaba de suceder en Francia.

Pero las Congregaciones, á pesar de los Caifás y los Pilatos, vivirán lozanas y frescas, aún después del extermi-

nio, porque son la vanguardia de la Iglesia.

Para que se pueda formar una idea exacta, aunque suscinta de la naturaleza y beneficios de las Ordenes religiosas, vamos á transcribir la carta que el sapientisimo León XIII, dirigió al Cardenal Arzobispo de París en los momentos de la persecución jacobina. «Las Ordenes religiosas, como todos saben, traen su orígen y razón de ser de aquellos sublimes consejos evangélicos que nuestro Señor enseñó á los siglos, para que los practiquen los que desean alcanzar la perfección cristiana. Además del temple fuerte y generoso, que con la oración y contem-plación de las divinas verdades, con la austeridad de la vida, con la observancia de determinadas reglas se esfuerzan en tocar el ápice de la vida espiritual, constituyen estas santas comunidades. Como nacidas al calor maternal de la Iglesia, cuya autoridad aprueba y sanciona su manera de vida y sus reglas, las Ordenes Religiosas son la porción escogida del rebaño de Cristo. Son, según se expresa San Cipriano, el honor y ornamento de la gracia espiritual, al mismo tiempo que son prueba de la santa fecundidad de la Iglesia.

Los sagrados votos, que libre y espontáneamente pronuncian, después de haberlos meditado con detenida reflexión en el tiempo del noviciado, han sido en el curso de los siglos mirados con gran respeto y como manantial

perenne de las más heróicas virtudes.

El fin de estas santas promesas es doble: ante todo elevar á las personas que las hacen á un grado más alto de perfección: después á prepararlas, purificando y fortificando sus almas, á un ministerio externo, que ejercen para la salvación eterna del prójimo y para alivio de todos los que sufren. Así, trabajando bajo la dirección suprema de la Sede Apostólica por realizar el ideal de la perfección trazado por Jesucristo, y viviendo sujetos á reglas que no contienen nada en absoluto que se oponga á cualquier régimen político, los Institutos religiosos cooperan eficazmente á la misión de la Iglesia, que esencialmente consiste en santificar las almas y hacer bien á la humanidad.

Y es por ésto, que en aquellas regiones donde la Iglesia goza de su justa libertad, donde se respeta el derecho natural, que todo ciudadano tiene de escoger el género de vida más conforme á sus inclinaciones y más adecuado á la consecución de su perfeccionamiento moral; las Ordenes religiosas se han levantado lozanas como fruto espontáneo del terreno católico, y los Obispos las han tenido, y no sin razón, como los mayores auxiliares en el santo ministerio y en la caridad cristiana.

Pero no sólo han prestado importantes servicios á la Iglesia desde su origen, sino también á la sociedad civil. Suyo es el mérito de haber con el apostolado del ejemplo y de la palabra, predicado la virtud á las muchedumbres, de haber formado y adornado las almas grandes con la enseñanza de las ciencias sagradas y profanas, y de haber con obras sabias y duraderas, aumentando el patrimonio

de las bellas artes.

Mientras sus doctores ilustraban al mundo con la profundidad y amplitud de su saber, mientras sus casas, convertidas en refugio y asilo de los conocimientos divinos y humanos en el naufragio universal de la barbarie, salvaban de ruina cierta á las obras admirables de la ilustración antigua, otros religiosos se reunían en las regiones inhospitalarias, en los pantanos, en las florestas impenetrables, y allí con sudores y trabajos y en medio de continuos peligros, cultivaban con su sudor las tierras, como con su ejemplo las almas, fundaban al rededor de sus monasterios y á la sombra de la cruz, aquellos centros de población que más tarde fueron grandes aldeas y después populosas ciudades, regidas con la dulzura del Evangelio, donde la agricultura y la industria dieron sus primeros pasos.

Cuando el número de los sacerdotes era escaso, ó lo exigían las necesidades de los tiempos, se vieron salir de los claustros á legiones de apóstoles, eminentes por su doctrina y santidad, que en ayuda de los Obispos ejercieron en la sociedad un saludable influjo, calmando discordias, extinguiendo odios, encauzando á los pueblos por el sentimiento del deber y exaltando la autoridad de los gobiernos

v de la civilización cristiana...

Y hoy mismo, dedicados los unos á la enseñanza de la juventud, inculcan junto con la instrucción, los principios de la religión, de la virtud y del deber, sobre las cuales se basan principalmente la tranquilidad pública y la prosperidad de los Estados; mientras consagrados los otros á diversas obras de caridad, llevan en su eficaz trabajo el bálsamo á todas las dolencias físicas y morales, en los innumerables

asilos en que asisten á los enfermos, á los ancianos, huérfanos, dementes é incurables, sin que jamás hayan disminuído su celo y valor ni los peligros, ni las contrariedades, ni la ingratitud misma...

Por ésto se comprenderá que la destrucción de las Congregaciones ocasionaría á la sociedad daños irremediables. El sofocar ese abundante y límpido manantial de bienes y bendiciones, sería aumentar considerablemente la miseria pública, y se ahogaría esa voz elocuente que desde los claustros predica al universo la verdadera fraternidad y concordia. En una sociedad en que reinan tantos elementos de odio y turbulencia, se necesitan ejemplos de abnegación, de amor y de desinterés. Y ¿qué cosa más propia para levantar y tranquilizar los ánimos abatidos y revolucionarios, que el espectáculo de estos hombres y mujeres que sacrifican lo una posición cómoda, y muchas veces ilustre y noble, se hacen voluntariamente hermanos de los hijos del pueblo, practicando con ellos la verdadera igualdad, mediante la asistencia generosa y sin reserva de los desheredados, de los pobres y de los dolientes?

Y tan admirable ha sido y es la actividad de las Congregaciones, que no se ha podido ceñir ni contener en su círculo, se ha desbordado como torrente de amor y ha ido á llevar la antorcha del Evangelio hasta los confines del mundo, y con el Evangelio, el nombre, la vida, el prestigio de las naciones en que se meció su cuna. Desterrados voluntarios, los misioneros van á través de las borrascas del océano y de las arenas del desierto, á buscar almas que conquistar, en regiones lejanas y á veces inexploradas.

Y allí se establecen en medio de las tribus salvajes para civilizarlas; enseñándoles los elementos del cristianismo, el amor de Dios y del prójimo, el trabajo, el respeto al débil y las buenas costumbres; y su sacrificio es tanto más de admirarse, cuanto no esperan recompensa alguna terrena, y se sacrifican hasta morir por la fatiga, por el clima ó bajo el acero de un verdugo.

Respetan las leyes, se someten á la autoridad constituída y por doquiera pasan, esparcen en las gentes la civilización y la paz; no tienen más ambición que la de iluminar á los que están en el error, guiarlos á la moral cristiana y á la conciencia de su dignidad de hombres. No es raro tampoco que presten á la ciencia un poderoso auxilio, ya con descubrimientos en diversos ramos, ya con el estudio de las razas de la especie humana, de las lenguas, la historia, la naturaleza y productos del suelo y otras cuestiones de este género...»

Tales son, en breve resúmen, los méritos de las Ordenes

religiosas. La historia imparcial los ha registrado en sus anales y es supérfluo hablar más acerca de ellos. Ni su actividad, ni su celo, ni su amor hacia el prójimo han disminuído en nuestros días. A la vista está el bien que ejercen en provecho de las gentes; su virtud brilla aún con un esplendor tal, que ni las calumnias, ni las parcialidades podrán empañarlo.

Mediten nuestros lectores seriamente estas verdades, que tan gráficamente nos trazó la pluma de oro del gran León XIII, y entonces podrán tener en su justo aprecio las acusaciones lanzadas por los jacobinos y masones contra las beneméritas Congregaciones religiosas, que quieren destruir porque no les es posible emular sus beneficios, abnegación y grandeza. Estos méritos que han reconocido muchas veces hasta los hombres más despreocupados, que con públicas recompensas han honrado todas las naciones, son la refutación más convincente de las calumnias que se les infiere y que hacen de las Congregaciones la gloria más grande de la Iglesia y de las naciones civilizadas.

¡Hasta cuando la impiedad ha de prevalecer contra la justicia y la razón, aún en plena civilización cristiana! María, bajo cuyo manto se cobijan las Ordenes religiosas será hoy su refugio y salvación como lo ha sido en todas las épocas, según dejamos demostrado en el texto.

Literatas americanas

No muy en zaga le va la América española á la madre patria respecto de poetisas y escritoras; vamos á comprobarlo con la siguiente lista de literatas, aunque asaz incompleta, pero que son un verdadero honor para la muger y para la América latina. Hemos querido hacer esta transcripción para ilustrar el capítulo de esta obra titulado Feminismo cristiano.

Enumeraremos las mugeres literatas por orden de la na-

ción á que pertenecen:

Méjico-Sor Juana Inés de la Cruz, notable poetisa americana, llamada la décima musa, de vastísima erudición, y la más ilustrada en ciencias sagradas y profanas. ·Hasta 1715 se habían hecho va siete ediciones de sus obras en Sevilla y Madrid.—Doña María Estrada Medinilla, escritora del siglo XVII; publicó en 1641 un curioso poema titulado « Descripción de una corrida de toros en Méjico». -Doña Ester Tapia de Castellanos, contemporánea, autora de «Flores silvestres». — Doña Isabel Prieto de Landázuri y doña Mercedes Salazar de Cámara, autoras de muy inspiradas poesías. Doña María del Refugio Argumedo, Dolores Correa de Zapata, Laureana Wright de Kleihans, Lucía G. Herrera, Luisa Muñoz y Ledo, Francisca C. Cuéllar, Laura Méndez de Cuéllar, Dolores Delahanty, Julia Pérez Montes de Oca, Refugio Barragán de Toscano y otras, son muy notables entre las escritoras de la patria de la «Décima musa», Sor Juana Inés de la Cruz, la más notable de todas.

Perú-Sor Josefa Bravo de Lagunas y Villela, del siglo XVIII, notable poetisa.—Doña Manuela Carrillo de Andrade y Sotomayor, también del siglo XVIII y notable poetisa, autora de varias comedias y muchas otras producciones.—Sor María Juana, siglo XVIII, autora de un tesoro métrico titulado «Poesías Sagradas».—Contemporáneas: Carolina García de Bambarén, escritora y pintora notable.—Justa García Robledo, inspiradísima poetisa.—Jesús Sánchez de Barreto, conocida con el pseudónimo Dalmira, quien, además de sus composiciones poéticas, ha publicado algunos notables trabajos en prosa, tales como «La emancipación de la muger» y «La ingratitud, la gratitud y el amor».—María Natividad Cortés y Amalia Puga, distinguidas poetisas y escritoras.—Juana Rosa de Amézaga, distinguida colaboradora en la «Revista de Lima».—

Lastenia Larriva de Llona, Manuela Villarán de Placencia; Manuela Antonia Márquez, excelente compositora de música y pianista de primer orden, es además escritora robusta y poetisa lírica muy notable.—Leonor Sauri, Leonor Manrique, Jesús Sánchez de Barreto, Rosa Riglos de Orbegozo, Juana Lazo de Elespuru, Adriana Buendía y algunas otras, todas contemporáneas, son novelistas unas, dramaturgas otras, escritoras de aliento muchas y casi todas merecen figurar entre los escritores americanos.

CHILE—Sor Ursula Suárez, clarisa (1668 á 1749), autora de una obra inédita titulada «Relación de las singulares misericordias que ha usado el Señor con una religiosa, indigna esposa suya».—Mercedes Marín de Solar (1804-1866) distinguidísima escritora, fundadora juntamente con Sanfuentes de la poesía chilena; más que chilena, la señora Marín de Solar, es honra y gloria de la literatura americana.—Contemporáneas: Mercedes Ignacia Rojas, Quiteria Varas Marín y la excelente escritora doña Rosario Orrego de Uribe, aplaudida redactora de la «Revista de Valparaíso» en 1873, y autora de la notable novela «Alberto el ju-

gador». - Carolina Lizardi, notable escritora.

Colombia - Sor Francisca Josefa de Castillo y Guevara, bogotana (1671-1748) de la cual se conocen dos obras con estos títulos: «Vida de la Venerable Madre Francisca de la Concepción, escrita por ella» y «Sentimientos espirituales de la V. Madre Francisca Josefa». De esta notabilísima escritora colombiana dice un biógrafo: «La madre Castillo es el escritor más notable de Colombia en el siglo XVIII; su estilo y su lenguaje la colocan al lado de Santa Teresa de Jesús, y hasta en las peripecias de su vida le fué parecida».—Doña Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861) autora de dos obras: «Ensayo sobre los deberes de los casados»; «Economía doméstica», y de algunas otras producciones en prosa y verso. -Doña Silveria Espinosa de Rendón, siglo XIX, autora de novelas, piezas dramáticas, y de artículos de costumbres, de literatura y de moral. - Doña Soledad Acosta de Samper, autora de muchas obras históricas notables, de algunas novelas y de muchos artículos de moral y de educación; es escritora de gran ilustración, muy piadosa y fecunda. - Doña Elena Miralles de Zuleta y Mercedes Parraga de Quijano, escritoras en prosa; contemporáneas: Agripina Montes del Valle, Agripina Samper de Ancirar, Elena F. Lince, Mercedes Suárez, Leonor Díaz, Mercedes Hurtado Alvarez, Ubaldina Ponce de León; Mary Faith, elegante autora de «Ideas y Sentimientos», hermoso libro de nuestros días; Evangelista C. de Rincón Soler, autora de «Los emigrados». Ponciana Camacho de Figueredo, autora de «Escenas de nuestra vida». Mercedes Gómez, autora de «Misterio de la vida». Herminia Gómez de Abadía, autora de «Dos religiones, ó Mario y Frinea», y «Del colegio al hogar». Ubaldina Dávila de Pouce, autora de «El trabajo». - Entre las poetisas merecen figurar: Bertilda Samper Acosta, hija de doña Soledad Acosta, Amelia Denis, Mercedes Flórez, Priscila de Núñez, Rafaela Mendoza (Emma.), Eva Verbel de Abarca y otras más ó menos notables.

ARGENTINA Y URUGUAY - Doña Juana Manuela Gorriti (1819-1874), directora que fué de un notable colegio en Lima y elegante autora de «Sueños y realidades», obra publicada en 1865. — Doña María Eugenia Echenique de Córdoba, publicó en 1873 una obra con el título «Posición de la muger en el siglo XIX». -Doña Rosa Guerra († en 1869), autora de Julia ó la educación»; de «La camelia», de otras obras dramáticas y de una colección de poesías. - Eduarda Mansilla de García, nació en 1838, autora de «Lucía Miranda», novela histórica muy aplaudida y de «Pablo ó la vida en las Pampas», narración histórica muy amena, publicada con un prólogo de Labontage y muchos aplausos de la prensa europea. Se publicó en francés y fué reproducida întegra en una gran revista estética titulada L'Artiste. Esta novela mereció una carta de Víctor Hugo á la autora, muy encomiástica. Publicó, además, «Diálogo sobre la resignación»; dos proverbios «Similia similibus» y «María», que han sido representados con aplauso, y un drama en cuatro actos y en prosa. Como música es excelente compositora. - Josefa Marzo de Noronha, célebre educadora, redactora de los «Anales de la educación común», directora de una escuela de ambos sexos, con cerca de 400 alumnas, conferencista pública, especialmente en los pueblos pequeños, y organizadora de sociedades para el fomento de las escuelas y Bibliotecas populares. Es autora de excelentes poesías y de varias obras sobre instrucción primaria, originales unas y traducidas otras. De ella es también un drama histórico titulado «La Revolución de Mayo», y una «Historia elemental de la conquista del Río de la Plata.-Antonia Moncloa y Santander, del siglo XVIII; estuvo dotada de grande ingenio y de una habilidad poco común en el manejo de la lengua castellana. Lució estas dotes en su correspondencia epistolar, y adquirió por ésta tal reputación que sus cartas se coleccionaron para publicarlas en España (1). Contemporáneas: Emma Berdier, poetisa

y pintora; Joefina Pelliza de Sagasta, que á los diez y siete años de edad escribía sus mejores composiciones: Petrina Rosende de Sierra, etc.

¿Y de la República O. del Uruguay? Como somos tan

jóvenes, no queremos ofender la modestia de las que viven. Bolivia-María Josefa Mugía, nació en 1820. Ciega desde la edad de 14 años, ha sabido crearse un bello mundo en su alma con sus inspiradas poesías. - Mercedes Belzú de Dorado, hija del general Belzú y de la célebre escritora Juana Manuela Gorriti, ya mencionada entre las escritoras argentinas, notable poetisa y correcta traductora de varias poesías de Hugo, Lamartine v Shakespeare.— Carolina Freire de Jáimez, autora de los dramas «Pizarro» y «María de Bellido».—Lindaura Anzoategui de Campero, Adela Zamudio (Soledad), Hersilia Fernández de Mugía, María Josefa Mugía, Natalia Palacios, Corina del Pozo de Aramayo (Rebeca); Laura de Ugarte; todas ellas honra del parnaso boliviano.

ECUADOR—Jerónima Velasco de Quito, de quien dice Lope de Vega en su «Laurel de Apolo»:

«Parece que se opone á competencia en Quito, aquella Safo, aquella Erina, que si doña Jerónima divina se mereció llamar por excelencia ¿qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia podrá oponerse á perfecciones tales que substancias imitan celestiales? Pues ya sus manos bellas estampan el Velazco en las estrellas.»

Dolores Veintemilla de Galindo, poetisa, pintora y música.—Angela Caamaño de Vireid, notable escritora en prosa y verso.—Magdalena Dávalos, escritora, pintora, escultora y música.—Dolores Sucre, apreciable poetisa del

Guavas, etc.

Brasil—Angela Amaral de Rangel llamada la Musa ciega (siglo XVIII). Enteramente ciega dictaba versos admirables, muchos de los cuales fueron publicados en la obra titulada «Júbilos de América».—Rita Juana Souza, notable literata del siglo XVIII.—Bárbara Heliodora Silveira, del mismo siglo.—María Joaquina Leixas (1767-1853), literata muy virtuosa é ilustrada.—Hermelinda Gracia da Cunha Malos († 1830), llamada la Filósofa. En 1807 publicó un excelente libro titulado «Sentencias». - Delfina Da Cunha (1791-1857).—Amalia Narcisa, contemporánea

¹⁻Diccionario biográfico americano, por Cortés.

y autora de una interesante colección de poesías con el tí-

tulo de Nebulosas, y un libro en prosa.

GUATEMALA—Antonia Navarro, doctora en ingeniería, escritora notable y la primera muger de Centro América que ha seguido carrera científica.—Son notables también las siguientes poetisas: Jesús La Parra, Dolores Montenegro y Antonia Galindo.

Venezuela—En esta República no escasean las escritoras y las poetisas, como se verá por la siguiente lista:

La notable Antonia Esteller, ilustrada colaboradora de «La Religión», de Caracas, autora de artículos muy interesantes, firmados casi siempre con el speudónimo María; la conocida poetisa Lolita de Lima; la inteligente autora de la novelita titulada: «Promesa», Trinidad Benítez López; y las escritoras en prosa unas, y en verso otras, y en prosa y verso muchas; Dolores Colcín de Monsant, Mercedes de Enríquez, María de la Paz Pérez de Santander, Margarita de Pimentel, Magdalena Seijas, Carmen Perigé, Concepción de Taillardac, Rufa Potentini, Isabel Losada, Isabel de Crespo Alas, Isabel González, Adela Fomartié, Africa Casado, Mercedes y Luisa Limardo, é Isabel Pachano de Maury.

Cuba-Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda (1816

á 1873), de quien dice un biógrafo:

«Es el más brillante ingenio de muger que ha honrado la literatura española.» Y D. Juan Nicasio Gallego: «Nadie le puede negar la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.» Y Pastor Díaz: «Fué uno de los más ilustres poetas de su nación y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos.

Acababa de imprimir los cinco tomos de sus «Obras literarias», admirable monumento levantado á las Letras,

cuando la sorprendió la muerte.

Doña Ursula Céspedes de Escanaverino, doña Luisa Molina, doña Luisa Pérez de Montes de Oca, doña Ana María Cabrera, doña Mercedes Valdés Mendoza, doña Mercedes Araus y Yara, la conocida autora de la interesante comedia «El Avaro supersticioso», son todas, poetisas contemporáneas, gloria y honor de Cuba. (1) Queda, pues, demostrado que la muger puede cultivar con éxito las letras, las ciencias y las bellas artes.

INDICE

	PÁGINA
Proemio	0
A por ogé. Morée en al estate	3 5
Apología. María en el cristianismo	
El culto de María.	12
María, Madre de los hombres	18
La intercesión y la imitación en el culto de María.	25
Grandezas del culto de María como tipo universal	20
de perfección	32
	97
la muger	37
María virgen y madre	42
Idea general sobre la importancia religiosa, moral	1=
y social del culto de María	45
Culto evangélico y bíblico de María	53
Culto de la cantícima Vinna de Maria	56
Culto de la santísima Virgen en la primitiva Iglesia antes del Concilio de Efeso	C.A
Pinturas de las catacumbas.	64 65
7 1	70
Antiguas liturgias.	75
Culto de María desde el Concilio de Éfeso. Institu-	(9
ción de sus festividades	83
Cuadro histórico del culto de María desde el si-	00
glo VII hasta los tiempos modernos	94
	119
Los tiempos modernos	110
SOFÍA DE LA HISTORIA	133
sofía de La Historia	100
mucer-	135
muger	137
Lo que ha llegado á ser la muger por el cristianismo.	153
Cómo ha llegado la muger á su estado actual	166
Teminismo cristiano	195
nfluencia del culto de la Virgen sobre la vida de	100
los individuos	214
nfluencia del culto de la Santísima Virgen sobre la	214
familia	225
	220

^{1—}Véase el Diccionario Orográfico americano de J. D. Cortés, del cual hemos tomado casi todos los anteriores datos.

Influencia del culto de María sobre la sociedad	233
¿Ejerce el culto de María influencia sobre la sociedad?	235
En qué consiste la influencia del culto de María .	241
Armonías del culto de la Virgen en sus relaciones	
con las diversas condiciones de la vida humana.	254
Influencia del culto de la Virgen sobre las institu-	204
ciones cristianas.	276
ciones cristianas. Las Ordenes religiosas y el culto de María	276
Las Ordenes religiosas en su relación histórica con	.410
	284
Las Ordenes militares y de caballería	287
Las Ordenes de mugeres. – Resumen	
Las obras de caridad y de beneficencia respecto al	290
Las obras de caridad y de benencencia respecto ai	90=
culto de María	295
El culto de Maria en la poesia y bellas artes	299
María es la obra maestra de la belleza	301
María es la personificación de la belleza creada	304
En María ha puesto Jesús su gracia y belleza	312
Epílogo sobre el culto de la Virgen y de los Santos	319
Fundamento natural del culto de los Santos. Su in-	
influencia moral. Efecto de su abolición	320
Teología del culto de los Santos Unidad de la familia humana Paralelo de Eva y de María.	325
Unidad de la familia humana	331
	336
La devoción á María es innata en el cristiano	342
El culto de las imágenes	349
Polémica exegética	356
Las bodas de Caná	360
Las bodas de Caná Poderosa intercesión de María	366
Consecuencias del milagro de Caná	368
Aparente oscuridad de María en el Evangelio	371
Aparente desconocimiento de María por Jesús	374
APÉNDICE. Las Congregaciones. Literatas ameri-	
canas	383
	000

Erratas notables

Página 48, línea 9, dice: ¿cómo hemos de pedirte? Lénse ¿cómo no hemos, etc.?
Página 62, línea 31, dice: un culto místico. Lénse un

ragina 52, filea 31, dice: direction matter. Pedise direction mítico.

Página 147, línea 35, dice: misión religiosa y racional.

Léase: y nacional.

Página 280, línea 18, dice: con que se pretende. Léase:

con que pretende.
Página 298, línea 24, dice: la Madre Dios. Lónso: Ma-

dre de Dios.